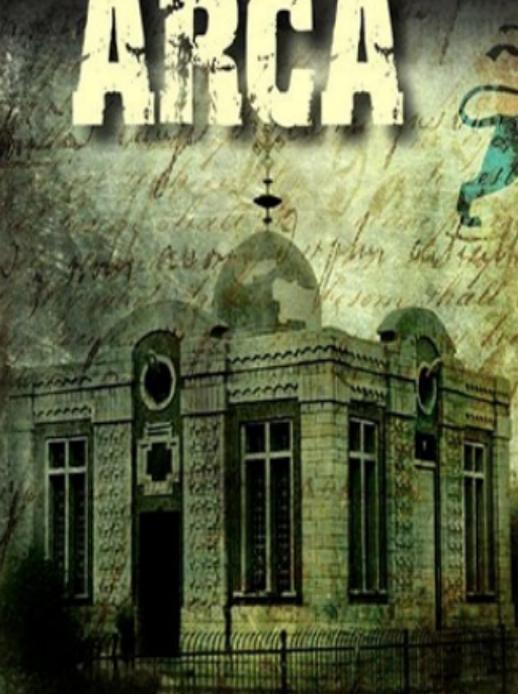


MICHAEL CRANE

**LA
PROFECIA
DEL
ARCA**



Una intriga que tiene sus raíces en el origen de los tiempos...



El Libro de la Gloria de los Reyes, el texto sagrado de los coptos, anuncia que llegará un día en que el Profeta revelará al mundo el contenido del Arca de la Alianza. Pero ese momento también es temido por quienes, con tal revelación, quedarán privados de su poder terrenal y espiritual. Mary Campion es una joven

abogada norteamericana,
pasional e idealista, que
trabaja para una ONG
especializada en
adopciones
internacionales. En la
ciudad de Aksum se
tropieza con el ejecutivo
británico Jack Miles,
quien intenta aclarar el
destino de ciertos fondos
enviados a Etiopía por la
multinacional para la que
trabaja. De repente se
ven envueltos en una
intriga que hunde sus

raíces en las grutas de la comunidad esenia de Qumrán, en los documentos secretos de los caballeros templarios y en los oscuros pasillos del Vaticano. Pronto descubrirán que quienes se sienten amenazados por el Arca de la Alianza son demasiado poderosos, y las vidas de ambos demasiado insignificantes.



Michael Crane

La profecía del arca

ePub r1.0

x3l3n1o 20.01.14

Título original: *La profezia dell'arca*

Michael Crane, 2008

Traducción: María Prior Venegas

Editor digital: x3l3n1o

ePub base r1.0



PRÓLOGO

«Percibí cómo se cerraba la última puerta, y entendí que por fin me había quedado solo».

El guardián se había marchado.

Tom Baedeker salió de la sombra de la columna que lo había escondido durante dos largas horas. Aguzó el oído y comprobó cómo el ruido de los pasos de los peregrinos se desperdigaba

por el exterior.

Miró hacia arriba y se vio sobrecogido por un sentimiento de vértigo. En las últimas luces del día se confundían columnas y arcos, inscripciones y mosaicos.

La Cúpula de la Roca le amenazaba desde arriba con sus reflejos dorados. Y precisamente abajo, en el centro exacto de la Mezquita de Omar, se alzaba sobre el trono la *Shetiyyah*, la gran piedra que los hebreos y los

musulmanes consideraban el fundamento del mundo.

Tom dio unos pocos pasos hacia delante y se acercó hasta la piedra. Sentía cómo el corazón le latía con fuerza y la respiración se hacía cada vez más difícil. Estaba corriendo un riesgo mortal, pero le valía la pena. Había pasado años de estudio, de feroces polémicas e incomprensiones entre los académicos. Habían sido años de pistas falsas y

tiempo malgastado, pero aquella noche, finalmente, tenía la ocasión de encontrar la confirmación de sus últimos y definitivos descubrimientos.

Alargó la mano más allá del recinto que protegía la piedra. La tocó, y la sintió lisa casi como si fuera de cristal. Era oscura, ancha, de una decena de metros, de forma irregular. Y emanaba un aura mágica.

No se asombraba de que millones de peregrinos le

atribuyeran poderes extraordinarios. Aquella piedra estaba allí desde mucho antes de que el hombre pisara la faz de la Tierra.

—¿Nos movemos?

Baedeker se dio la vuelta con rapidez.

—¡Soy yo, cálmate!

El arqueólogo reconoció en la semioscuridad al joven árabe que se había ocupado de todo. Lo agarró por la solapa, apretando con fuerza. Por un momento,

temió que lo hubiera dejado tirado.

—¿Dónde diablos te has metido?

—Estoy aquí desde esta mañana. Es fácil esconderse en la Mezquita de Omar... Pero no era prudente que nos vieran juntos. Ahora estamos solos.

—¿Lo tienes todo?

El joven señaló con un gesto la enorme mochila que llevaba sobre los hombros.

—Lo tengo todo. Comencemos ya. Tenemos

cuatro horas de tiempo. Luego el guardián realizará de nuevo su ronda de inspección.

Los dos hombres dieron la vuelta a la *Shetiyyah*.

Algo apartada, una escalera se abría en el suelo y descendía hacia el interior. Antes de acceder encendieron las antorchas, y recorrieron rápidamente los treinta escalones que llevaban a la caverna subterránea. Los musulmanes la llamaban *Bir*

el-Arweh, Fuente de las Almas. Era aquí donde los peregrinos rezaban con fervor y se ponían pacientemente a la escucha. Según la fe islámica se oían las voces de los muertos, fundidas con el rumor de los ríos del paraíso. Baedeker vio que el árabe murmuraba entre labios de forma suave.

—¿Qué diablos estás diciendo?

—Rezo a Alá, el Compasivo, para que nos proteja. Porque lo que

estamos haciendo es un sacrilegio. Nadie puede violar la Mezquita de Omar.

—Gilipolleces... —

contestó el arqueólogo.

—Yo comienzo por el suelo. Tú por la pared que da al sur.

El otro asintió y se pusieron silenciosamente manos a la obra. Baedeker se arrodilló y comenzó a golpear la piedra fría de la caverna con la palma de la mano lentamente. Buscaba una hendidura, una anilla, un

surco. Algo que fuera artificial, que indicara la existencia de una trampa, una abertura excavada por el hombre.

Nadie llevaba a cabo investigaciones allá abajo desde hacía más de un siglo, ante la oposición de las autoridades musulmanas que controlaban la explanada del templo. Pero él sabía que estaba allí. Tenía que estar. No podía estar en otra parte. El pasaje secreto que llevaba hasta la Fuente de las

Almas, desde las vísceras de la tierra, al lugar donde estaba escondida el Arca de la Alianza desde la época de la destrucción del Templo de Salomón. Y donde, según los textos que él había por fin interpretado, ésta se encontraba todavía, vigilada por los espíritus y los demonios.

Los dos hombres trabajaron febrilmente durante una hora, con luz artificial, sin intercambiar ninguna palabra, para

mirarse posteriormente y comprobar que estaban chorreando de sudor.

—Yo no he encontrado nada —dijo el árabe.

—Y sin embargo tiene que haber algo. Estoy convencido. Y no me iré hasta que lo encuentre...

Siguieron registrando la caverna, invirtiendo los papeles. El musulmán se agachó sobre el suelo, mientras que Baedeker iba controlando las paredes. Las registró todas durante dos

horas más, hasta que, cuando comenzaba a rendirse ante la evidencia, y quizá debido a la rabia con que golpeaba las paredes que permanecían sordas, oyó una voz alarmada. Hablaba en árabe y provenía de la parte de arriba.

—El guardián —susurró su compañero, mirándolo asustado—. Ha vuelto antes de tiempo. Nos ha oído. ¡Tenemos que escapar!

Y sin esperar una respuesta se lanzó hacia las

escaleras.

Baedeker dudó unos instantes. Todos sus esfuerzos parecían esfumarse. Sentía cómo una rabia imponente le invadía el corazón. Pero no podía dejar que le pillaran allá abajo. Se jugaba la vida, estaba seguro de que le matarían si le cogían. Así que recogió la mochila con el detector de metales. Pero pesaba demasiado y tuvo que dejarla. Apagó la antorcha y siguió a su compañero

escaleras arriba.

Los dos hombres se lanzaron en medio de la oscuridad y se chocaron contra el guardián, que comenzó a gritar con la voz muy aguda, pidiendo ayuda. Nadie le podía socorrer. Las autoridades musulmanas no se molestaban en mantener a un guardia armado en la mezquita. Sólo el pensamiento de que alguien pudiera violarla era inaceptable.

Baedeker y el árabe

buscaron la salida por la escuela coránica, en el lado sur de la cúpula. Tras empujar las puertas de madera se encontraron en el exterior. Bajo la luna llena, que iluminaba la explanada del templo: el corazón de Jerusalén.

Se alejaron con el paso rápido, sin perder el ritmo, adentrándose por las callejuelas de la Ciudad Vieja. Tras varias vueltas, aparentemente sin sentido, intercambiaron una mirada

de entendimiento y entraron por una puerta.

—¡Mierda! —exclamó inmediatamente el arqueólogo.

—¡Cálmate! Ahora sabemos que allí abajo no hay pasadizos secretos. Ni siquiera en cien años habríamos encontrado algo. Estabas equivocado. Y, a fin de cuentas, no nos ha ido del todo mal...

Baedeker no le prestó atención.

—¿Por qué ha vuelto el

guardián tan pronto?

El otro movió la cabeza.

—Quizás no le hemos dado dinero suficiente. O quizás ha tenido algún remordimiento...

El arqueólogo iba de una esquina a la otra por el rellano del edificio, rumiando palabras. El árabe le puso la mano sobre los hombros.

—Tienes que darme mi paga, amigo...

—Tienes toda la razón
—susurró el occidental.

El joven consiguió ver solamente la mano cerrada en un puño que le alcanzó la mandíbula. Por la boca le salió un gemido, una mezcla de dolor y sorpresa.

Baedeker le golpeó de nuevo, en el estómago, con todas sus fuerzas. En su ímpetu estaba toda su rabia ante la decepción. Tras el impacto el hombre cayó al suelo sin conocimiento.

El arqueólogo se quedó mirándolo, jadeando. Se preguntó si no era mejor

matarlo. Pero no era capaz, así que salió de allí.

De nuevo en la calle notó la presencia de la luna llena. No le había traído suerte. Mientras se encaminaba susurró una imprecación con los dientes medio cerrados. El árabe decía la verdad: bajo la *Shetiyyah* no había nada.

Quien hubiera robado el Arca de la Alianza, casi tres milenios antes, no la había escondido bajo la explanada del templo. Si los nuevos

testimonios que había descubierto decían la verdad, tenía que haber encontrado un pasadizo secreto. Un recorrido todavía desconocido por el simple hecho de que nadie había tenido el coraje de ir a buscarla en el lugar más prohibido de la tierra. En cambio no había hallado nada.

Entonces, ¿dónde había ido a parar el Arca?

¿Dónde?



PRIMERA PARTE

AKSUM

Capítulo 1

A diferencia del calendario que indicaba que el mes de marzo ya había llegado a la mitad, en Nueva York todavía era pleno invierno. La nieve que había caído en abundancia unos días antes había dejado en el suelo una capa fina de hielo, transformando las calles en una pista de patinaje. Mientras se ponía el sujetador, Mary Champion

observó desde la ventana las figuras de los hombres y mujeres caminar torpemente en busca de un precario equilibrio. Luego levantó la mirada. Desde el ático que asomaba a la Quinta Avenida veía cerca la mole imponente de la catedral de San Patricio. Casi podía tocar con una mano la cima de los pináculos neogóticos de mármol blanco. Sonrió pensando en el tiempo, no demasiado lejano, en el que los sacerdotes de las

catedrales habían intentado convencerla para que se hiciera monja. Por suerte, no lo habían conseguido.

—¿Te tengo que acompañar a casa? —le preguntó Ted, mientras seguía cómodamente tumbado en la cama.

Mary se dio la vuelta hacia donde estaba.

—Ted Kotcheff, no parece estar listo para saltar de la cama y comportarte como un caballero.

El hombre bostezó.

Estirándose observaba a su pareja que se estaba vistiendo. La luz del sol le resbalaba por la piel lisa, resaltando todavía más sus sinuosas curvas. Era verdaderamente bella. Tenía ese encanto particular que llama la atención de los hombres, y despierta la envidia de las mujeres.

—Tienes razón —dijo sin dejar de mirarla fijamente, e incorporándose un poco—, pero ha sido un día horrible... ¿Cuándo nos

vemos?

Mary se acercó al espejo, con dos pequeños pendientes de perla en la mano. Respondió sin darse la vuelta.

—Mañana me marcho. Y estaré fuera bastante tiempo.

A través del espejo vio cómo Kotcheff se sentaba encima de la cama.

—No me has dicho nada. ¿Dónde vas?

—África. Seis meses.

El hombre se quedó con

los ojos abiertos de par en par.

—¿Te has vuelto loca?

¿Y tu trabajo?

Mary se dio la vuelta.

Agarró la camiseta que colgaba del respaldo de una de las sillas.

—Me voy precisamente pensando en mi trabajo.

—No entiendo qué tiene que ver África con tu profesión...

—No importa.

La mujer se acercó a la cama, agachándose para

besar a aquel hombre, el cual la cogió por una muñeca y la tiró hacia sí.

—¿No quieres que te acompañe?

Campion sonrió.

—¿Y si nos reconocieran? Un juez no puede acostarse con una abogada. Sobre todo cuando la ve diariamente en los tribunales. Lo prohíben los libros...

Kotcheff le soltó el brazo y la miró con cara de enfadado.

—¿Pero qué es lo que os pasa a las mujeres? ¿No puedes contentarte con lo que tienes?

—Tú te contentas, yo no.

Mientras cerraba la puerta tras ella, Mary entendió que aquella historia había terminado. Lo miró una última vez encenderse un cigarrillo y se despidió de él en silencio.

Nada más llegar a la calle, Mary detuvo un taxi.

—A la esquina con la 88.

La joven se relajó en cuanto se sentó. El taxista comenzó inmediatamente a charlar. Sólo cuando se dio cuenta de que su cliente no le estaba escuchando, el hombre se calló. Por otro lado, el trayecto no necesitaba de mucho tiempo.

El taxi, que no había dejado la Quinta, se encontró muy pronto bordeando el lado este del Central Park. En ese trayecto, incluido entre las calles 59 y 96, muchos

edificios austeros proyectaban sus fachadas hacia la calle más cara de Nueva York. Aquí, a principios del siglo XX, se habían trasladado las familias más ricas de la ciudad y bastaba con observar los edificios para entender el refinado bienestar que se escondía detrás de las paredes.

—Hemos llegado.

Una vez en la esquina con la 88, el taxista se detuvo.

Mary se espabiló y bajó.

Miró sin prestar atención la silueta del Guggenheim, una de las pocas estructuras que rompían la uniformidad del frente de aquella calle, y entró en el tercer portal de la 88. En la quinta planta estaba su despacho. En la sexta, su apartamento. Siete años antes, su padre había querido ofrecerle ambos a toda costa como regalo tras terminar la licenciatura. Un regalo que ella había pagado de forma exhaustiva. No con

dinero, sino con su profesión, llevando hasta lo más alto el nombre de la familia. Precisamente el tipo de compensación que más valoraba su padre.

Apenas había tenido tiempo para cerrar la puerta de casa y el teléfono empezó a sonar.

Ya sabía quién era.

—Te lo ruego, pasa una vez más por casa, después de cenar...

El tono de su madre era agobiante, y ella intentó

responder de la forma más firme posible.

—El domingo estuvimos juntos toda la mañana y no paramos de discutir. No tenemos nada más que decirnos.

—¡Pero no puedes irte sin hacer las paces con tu padre!

Mary sonrió para sí misma.

—Papá y yo estamos en paz, no temas. Aunque no lo quiere admitir, sabe muy bien que estoy haciendo lo

que debo. No es algo que se me ha pasado por la cabeza sin más. Y él se da perfecta cuenta de que irá a favor de mi carrera. Cuando vuelva a Nueva York seré una experta en esa materia.

—Cuando vuelvas a la ciudad —la madre hablaba con la voz lúgubre— encontrarás al que habrá trabajado durante tu ausencia para sobrepasarte. Es así como funciona...

—No en este caso —le aseguró Mary—, verás como

esta vez no irán así las cosas.

Unos segundos de silencio se adueñaron de ambas.

—Vamos, que no quieres pasar por casa...

La joven suspiró.

—No. Os llamaré cuando llegue —dijo.

Luego, sobrecogida por un repentino remordimiento, añadió—: ¿Qué dijo papá el otro día cuando me marché?

—Dijo que de su única hija esperaba una mayor unión con la familia.

Mary se acaloró. Eran ese tipo de cosas las que más la enfurecían.

—¡He saldado todas mis deudas! —gritó por el teléfono—. ¡Y soy libre! ¡Libre! ¿Entiendes? No permitiré que la familia decida por mi vida. Ya lo hicisteis con John... ¿Qué es lo que queréis de nosotros?

Colgó completamente encolerizada.

Reflexionó sólo pocos segundos después. No llamaría para pedir perdón.

Quizás, después de todo, un largo periodo de separación de los todopoderosos Champion sería bueno para todos. En especial para ella.

Aquella noche, una vez cerradas las maletas, Mary bajó hasta el garaje y sacó de la guantera del coche algunas viejas fotografías instantáneas que llevaba siempre consigo. No las dejaría en Nueva York. Luego vació los asientos y los compartimentos de cualquier objeto personal.

Había dado ya indicaciones al portero para que entregara el Chevrolet al chófer de familia, y no quería que extraños registraran entre sus cosas. Tal y como le había dicho a Ted, pensaba estar fuera unos seis meses, pero en realidad sabía que todo era posible. Incluso que su estancia en Etiopía durara mucho más.

Cuando volvió a su apartamento en la sexta planta, se cambió y esperó. Durante la última noche en

la ciudad, había invitado a casa a su mejor amiga. Quizás la única que tenía.

Sigourney Kidman había sido compañera de clase en el instituto y luego en la universidad. Hasta terminar el colegio habían sido amigas, a pesar de que entre ellas había un abismo. Sigourney provenía de una familia de la pequeña burguesía y ni siquiera trabajando habría podido frecuentar el College St. John de Harvard junto a

Mary. Sólo sus excelentes capacidades le habían permitido llegar tan alto. Se habían licenciado juntas en derecho con las notas más altas, eligiendo luego ejercer la abogacía. Pero aquí sus caminos se separaron repentinamente. De pronto, Sigourney eligió el matrimonio como meta en su vida. Una vez que puso los ojos en un joven consejero delegado de una empresa que trabajaba en el sector energético, le sedujo

hasta lograr conquistarle y casarse con él. Para su amiga fue una situación muy complicada, que no conseguía digerir. Sigourney, en cambio, le respondía: ¿qué quieres que haga? Será que deseo tanto ser rica. Ahora soy rica, y estoy bien.

La hija del empleado había elegido bien. La empresa del marido era sólida, se movía en un sector que no cedía nunca «porque la gente va siempre en

coche», los dividendos caían seguros, y ella había consolidado la unión poniendo en el mundo a dos niños de tres años. Pero ni siquiera las nuevas preocupaciones como madre habían conseguido separarla de su amiga de siempre, de la heredera de la familia Champion. Y un encuentro a la semana era lo mínimo que se concedían.

—Éste, por desgracia, será el último en un tiempo —observó tristemente

Sigourney. Mary sonrió.

—Seguiremos en contacto. Sabes muy bien que seguiremos hablando. Creo que recibirás noticias mías antes y más que mis padres. Es más, pienso que te pediré que seas tú quien les tenga informados.

—En ese caso —respondió su amiga—, será mejor que me cuentes qué es lo que vas a hacer allí. Porque no lo he entendido bien...

Mary Champion suspiró.

Nadie la entendía. Ella explicaba y explicaba, pero nadie lograba entrever los motivos de su misión. Ni siquiera aquellos, como sus padres o sus amigos, que tendrían que haber hecho algún esfuerzo para comprenderla. Cuando respondió, en su voz se percibía un poco de sufrimiento.

—El motivo de mi traslado se resume en pocas palabras: la Casa de Adán.

—¿Y eso qué es?

—Una organización no gubernamental etíope que se ocupa de adopciones internacionales. Trabajo con sus tres dirigentes desde hace tres años y he decidido ir a ver cómo trabajan día a día.

Sigourney arqueó una ceja.

—No será seguramente la única institución en la Tierra que se ocupa de niños abandonados. ¿Por qué les has elegido a ellos? Vamos, quiero decir, ¿qué necesidad

tienes de ir a Etiopía? Vete a México, que está más cerca...

—Ya te lo he dicho, trabajo con ellos desde hace tiempo... —Mary se cansaba—. Y si te digo la verdad, tengo contactos con muchas otras organizaciones. He traído a niños de América Latina, y del Este de Europa. Pero hay un motivo especial por el que les he elegido a ellos. Etiopía no tiene nada que ver.

Su amiga esperó unos segundos. Luego continuó, nerviosa:

—Y bien, estoy esperando. ¿Cuál es ese motivo?

Sigourney se fue después de cenar. Cuando no tenía tiempo para cocinar, Mary pedía los mejores platos en *Carlo's*, el restaurante italiano que, a solo dos manzanas de casa, recibía ya desde hace años a la exigente clientela de la zona. Y así lo había hecho también

aquella noche.

—¡Fantásticos! —había dicho Kidman, saboreando unos sencillos *gnocchi* con salsa de tomate y carne. Y había devorado literalmente el pescado asado y una bandeja de quesos típicos.

Luego, después del postre, había mirado el reloj, alarmándose inmediatamente.

—¡Tengo que irme! Bob no se duerme sin que esté mamá en casa. Y para un niño de cinco años ya es

demasiado tarde...

Mary acompañó a su amiga hasta el ascensor, y recibió su última recomendación. Pero Sigourney no conseguía esconder su propio malestar.

—No pensaba que, no habría creído... Vamos — concluyó, imprimiéndole un beso en la frente de Champion—, intenta actuar de la mejor forma posible... ¡Y vuelve pronto!

Kidman desapareció detrás de las puertas del

ascensor.

Mary entró en el salón y se encaminó hacia la escalera de caracol interior que la llevaba al quinto piso.

Una vez allí, en su despacho, todo pareció repentinamente frío. De repente sintió un distanciamiento con la vida que había llevado hasta ese mismo día y la novedad electrizante de los meses que tenían que venir. Se sentía ya lejos de los asuntos que se amontonaban en su

despacho, de esos de los que a la mañana siguiente se ocuparían sus dos asociadas: divorcios, herencias, reconocimientos, custodias de hijos... Y adopciones.

Encendió una lámpara de mesa, observó distraída los diplomas que colgaban de las paredes, se quitó los zapatos y se tumbó sobre la *chaise longue* que decoraba ampliamente una esquina de la sala.

Reflexionó.

No estaba segura de si

había hecho bien hablando con Sigourney. A pesar de sus promesas, estaba casi convencida de que en menos de cuarenta y ocho horas lo que le había dicho habría llegado a los oídos de amigos y familiares. Quizás podría haberse limitado a suministrarle la versión oficial, la que había ya ofrecido a sus padres y su hermano. La experiencia que conseguiría realizar en África en el ámbito de las adopciones internacionales

le daría una ventaja extraordinaria, una vez que volviera a su país, frente a sus competidores. Lo que en Nueva York significaba conquistar las simpatías de los clientes más adinerados. Dios sólo sabía las pretensiones más bizarras que tenían los ricos de la Gran Manzana decididos a llevarse a casa a un niño africano o asiático. Desde el ADN hasta la posibilidad de que tuviera antecedentes en familia de ladrones,

prostitutas o enfermos de sida. Pretendían tener información desde sobre la dieta que había seguido desde pequeño a las preferencias políticas de los padres. Querían saberlo todo por adelantado, incluidas un montón de cosas que no representaban seguramente lo esencial en la vida de aquellos pobrecillos a quienes les estaban arrancando un niño. Por último, querían reservarse el derecho de mandar a casa el

paquete en el caso de que no se sintieran satisfechos. A Mary le habría sido suficiente esto para justificar su marcha. Era un viaje de carácter profesional. Pero no había conseguido vencer el deseo de desahogarse. Y si no era con Sigourney, ¿con quién podía hacerlo?

A medianoche, decidió por fin que había llegado el momento de irse a la cama.

A la mañana siguiente, a las cinco, un taxi la llevaría al aeropuerto Kennedy. Se

embarcaría hacia Frankfurt, y desde aquí continuaría hacia El Cairo y Addis Abeba. Si todo funcionaba, y con el cambio horario de por medio, esperaba aterrizar en Etiopía casi treinta y seis horas después de haber dejado su casa. Sabía ya que los responsables de la Casa de Adán se preparaban para recibirla.

Antes de irse a la cama comprobó una vez más que tenía consigo el pasaporte, el

dinero, las credenciales legales, y las carpetas de sus clientes más importantes. Por último, metió con cuidado en el bolso una carpeta muy fina. Contenía todos sus documentos personales. Incluidos los informes de los especialistas que la habían declarado estéril. También utilizaría aquellos si era necesario. Porque estaba decidida a no volver de África sin un niño.

Un niño completamente suyo.

Un hijo.

Capítulo 2

—Solo necesito un poco de paciencia. Ya casi he terminado.

Jack se vio obligado a doblar de nuevo la cabeza.

De pasada, había visto discurrir por la pantalla la banda roja de *Sky*. Y la pantalla que anunciaba que en pocos minutos comenzaría *Business Now*, el programa sobre las noticias económicas que el

Network satélite mandaba por onda cada día a las cuatro de la tarde.

Las oficinas de United Foods, la multinacional americana para la que trabajaba, no estaban muy lejos de los estudios televisivos y en aquella hora el tráfico de Londres era el menos congestivo de todo el día. Pero había trabajado hasta el último de los detalles en el asunto sobre el que quería hablar al público, y había llegado tarde.

Todavía le quedaba por someterse a aquella interminable sesión de maquillaje, con la mirada fija en un espejo. Todo para tan solo cinco minutos de transmisión.

Por fin el hombre le quitó el papel situado debajo de la barbilla y le dejó que se marchara. Miles no tuvo ni siquiera tiempo para preguntarse qué podía hacer.

—Venga conmigo —le dijo un encargado de producción. Lo cogió por un

brazo y lo condujo hasta detrás de las cámaras. Nigel Hancock, el director del programa hablaba ya a los espectadores. El hombre de *Sky* miró al invitado a la cara y le dijo:

—Durante la próxima pausa publicitaria le sentaremos junto al escritorio de Hancock. Cuando volvamos le encuadraremos a él, que introducirá el argumento. Cuando responda a sus preguntas tendrá nuestro

objetivo mirándole, siempre a medio cuerpo o en primer plano. Tiene que recordar sólo una cosa: mire a Nigel mientras comience a responder, luego mire siempre hacia la cámara, pero nunca hacia abajo o hacia arriba. No guiñe los ojos ni haga muecas. Y si tiene tics, aguántese. ¿Ha entendido bien?

Jack Miles hizo una señal de afirmación con la cabeza.

Luego llegó su turno.

Dócilmente, siguió al hombre que le llevaba al sillón.

No tuvo ni siquiera el tiempo de darle la mano a Hancock.

La luz roja se encendió. Después, fue el director del programa quien condujo las danzas.

Nigel Hancock, uno de los rostros más conocidos de *Sky*, presentó a Jack al gran público como un importante dirigente de United Foods Company. Era la sociedad

que cada día negociaba la compra venta de cereales y cabezas de ganado en la Bolsa Alimentaria de Chicago. La misma que vendía a un precio muy elevado la comida ya enlatada al hambriento gobierno de Vietnam del Norte, medía con un metro diferente las protestas sindicales en las fábricas de transformación de Brasil y Alemania, y daba a los abogados instrucciones sobre cómo llevar a cabo la

batalla para la homologación legislativa de los OGM. Pero era también la sociedad que invertía grandes recursos en un despacho dedicado exclusivamente al sostenimiento de los países en vías de desarrollo.

—Ahora veremos el vídeo donde United Foods está a punto de lanzar al mundo una importante iniciativa humanitaria — declaró Hancock, sonriendo. Luego se dirigió hacia su invitado—. ¿Cuánto dura el

anuncio, Jack?

—Treinta segundos —
respondió con seguridad.

—¿Dónde será emitido?

Miles se aclaró la voz.

—Tenemos preparadas
varias versiones. En las
redes satélites de los países
interesados transmitiremos
una útil a la población,
indicando los centros de
difusión y los números de
teléfono a los que se tienen
que dirigir para pedir ayuda.
Aquí, en el Reino Unido,
resaltaremos la función

social de la empresa. Intentaremos hacer entender que también una empresa sin fin de lucro puede ser útil al prójimo.

—Es un punto en el que nos detenemos a menudo. A estas alturas los ingleses deberían haber aprendido que no todo el dinero es nocivo —anotó Hancock—. ¿Qué anuncio nos muestras ahora?

—Pienso que es el que irá en onda a Etiopía.

—Ok —concluyó el

periodista—, veamos de qué se trata...

La intensidad de la luz disminuyó y en el vídeo la imagen de un sol ardiente dejó lugar a una panorámica veloz de tierras áridas y sedientas. La cámara fue uniéndose rápidamente los campos no cultivados, los pueblos de fango abandonados, las familias sentadas en la arena en espera de una ayuda que no llegaba nunca, vacas que no tenían nada que rumiar. La

vista panorámica se cerraba sobre los muelles de un puerto. Aquí la cámara se detuvo. Grandes naves con contenedores descargaban miles de sacos de ayuda. Diferentes encuadramientos mostraban en cada saco el logo de la ONU y el de United Foods. Y cuando los sacos literalmente desbordaban en los muelles, la cámara volvía a volar, recorriendo hacia atrás el camino hecho antes del anuncio. Esta vez las

imágenes de pobreza y desolación dejaban paso a familias bien nutridas, niños que jugaban entre las cabañas, ganado pastando tranquilamente. Sobre todo, allá donde el objetivo se detenía, los cereales crecían milagrosamente en un segundo, transformando Etiopía en un valle verde y próspero. Por último, una voz suave y melódica recitaba dos direcciones y dos números de teléfono. La última parte del anuncio era

toda para la ONU, United Foods, y el agradecimiento oficial del gobierno africano a los donantes de ayudas internacionales.

Cuando la luz volvió al estudio, Hancock miró con aire desafiante a su invitado.

—No he entendido muy bien quién realiza el milagro de la multiplicación de las cosechas...

Miles rio.

—Naciones Unidas, y sobre todo United Foods. Porque no entregaremos

únicamente a las poblaciones del cuerno de África cantidades de alimentos. Les llevaremos también las mejores semillas OGM hoy en circulación. Cuando nuestros cereales hayan crecido, Etiopía se parecerá de verdad a la tierra feliz que aparece en el anuncio.

El director del programa se agachó hacia el dependiente de United Foods.

—¿Sabes que los

ambientalistas han programado ya protestas delante de vuestra sede?

—¿Y por qué? —replicó Miles, asombrado.

—Precisamente por el asunto de los OGM. Dicen que así destrozaráis a los campesinos africanos, metiéndoos en los bolsillos una cantidad de dinero enorme y asumiendo el control de la agricultura local. Por lo que se ve, vuestras semillas cuestan una barbaridad...

—Los ambientalistas deberían pensárselo —dijo Miles mientras levantaba los hombros—. Es más, sobre el argumento quiero hacer aquí un anuncio especial. Hemos concedido a los gobiernos de Etiopía, Eritrea y Somalia el uso en exclusiva durante cinco años del invento de semillas particularmente adaptadas al clima de esas regiones. Y se lo hemos concedido gratuitamente. Serán ellos quienes traten las condiciones de venta con los

ciudadanos. Recuerdo a todos, además, que estas ayudas están dentro de los programas humanitarios de UF. La ONU cubrirá parte de los cien millones de dólares de gasto, pero el resto correrá por nuestra cuenta. Sólo con estas condiciones las Naciones Unidas han aprobado el proyecto y han aceptado trabajar conjuntamente con mi empresa. Yo mismo volaré hasta allí dentro de unos días para controlar que cada cosa

esté en su lugar...

—Muy loable por vuestra parte —comentó Hancock con cierta jocosidad—, parece casi que hubierais renunciado a las reglas del libre mercado... Naturalmente, tanta publicidad benéfica no podrá ser más que positiva para vuestras cuentas, ¿no? ¿Para cuándo la próxima trimestral?

—Dentro de dos semanas exactas. Y por lo que sé, los balances harán

saltar chispas...

—Bien, amigos telespectadores —concluyó el presentador dirigiéndose al público—, agradecemos a United Foods por haber profundizado hoy en *Business Now*. Y nos despedimos de Jack Miles.

Miles hizo un gesto de despedida a la cámara, esbozando una sonrisa. Y eso fue todo.

Jack creía en lo que hacía.

Licenciado entre los

mejores en la London School of Economics, había formado parte del círculo de Robert Browning, el creador de la teoría del «liberalismo solidario». Mirado con desprecio y hostilidad por los académicos tradicionalistas, Browning había contribuido a que el mundo considerara la economía como un instrumento justo para mejorar las condiciones de vida de las poblaciones menos afortunadas. Junto a

gente como Amartya Sen y Kofi Annan, había luchado enfurecidamente para la afirmación del microcrédito, para la adopción de elecciones más democráticas en el seno del Fondo Monetario Internacional, para el abatimiento de la deuda exterior de los países pobres, para la financiación de grandes obras en Asia y África por parte del Banco Mundial. Y Jack Miles había disfrutado de la suerte de ser un estudiante de Browning

en los años de mayor creatividad y dinamismo del profesor.

Con una formación de estas características, había sido un verdadero problema para el joven inglés encontrar fuera de la universidad la empresa apropiada, la empresa a la que dedicar su trabajo. Allá donde se dirigía, veía cinismo e intereses. Banca, finanzas, energía, química, sector farmacéutico, seguros: los departamentos

más remunerativos eran también los más sucios. Por otro lado, quería estar en primera línea, quería ser útil a los demás. No podía esconderse en una segunda fila.

Había sido afortunado. Cuatro años antes se había presentado sin grandes expectativas en la sede de United Foods, en Camden Street, para una entrevista. El director de recursos humanos había demostrado ser bastante inteligente

leyendo su currículum y preguntándole qué es lo que le gustaría hacer. El matrimonio con el programa de ayudas humanitarias de UF había sido acordado en pocos minutos. Y no había lugar a dudas. Se trataba de una unión de éxito. Precisamente porque creía en ella. Precisamente porque creía que incluso una multinacional podía ser buena. La pasión que ponía en el trabajo ayudaba a la empresa y a él a prosperar.

Los resultados no se hicieron esperar.

Cinco días después de la firma del acuerdo con Naciones Unidas para el cuerno de África, Jack Miles recibió de sus jefes una consistente gratificación.

Sentado en la mesa de un bar, Jack se encontraba perdido en sus pensamientos. Fantaseaba sobre cómo gastaría aquella última paga. Finalmente se podría comprar un *home theatre* estratosférico. Sonrió

preguntándose cuántos acuerdos más tendría que concluir para poderse permitir una sala de proyección, su sueño como cinéfilo. Enumeraba mentalmente los frentes en los que podía trabajar, cuando un hombre se sentó delante de él. Jack no pudo evitar notar su presencia. En aquella calle circulaban sobre todo empleados de chaqueta y corbata, más bien almidonados, y ese tipo llevaba un jersey y un

impermeable algo sucios sobre los hombros. Oyó que pedía una tortilla con setas. Luego Jack se adentró de nuevo en sus propios pensamientos. Costa Rica. Costa Rica era una elección apropiada. Veinte años antes el gobierno había nacionalizado las tierras y United Foods había tenido que hacer las maletas. Pero los nuevos políticos parecían mucho más sensibles a los progresos científicos y a las ventajas económicas de la

biotecnología alimentaria. Eso era, por la tarde tenía que preparar una estrategia para vencer las resistencias de Costa Rica. Se sentía cargado de energía. Hacer algo bueno para el mundo y, al mismo tiempo, para él mismo.

—¿Es usted Jack Miles?

El hombre con la gabardina bastante usada se dirigía a él. Miles levantó la vista del plato.

—Sí. ¿Y usted quién es?

—Paul Ferguson.

El dependiente de UF entró en la conversación.

—No nos conocemos...

Como respuesta el otro sacó su placa. Scotland Yard. Miles abrió los ojos de par en par, sonriendo.

—¡Como en las películas! ¿Qué puedo hacer por usted?

—Tendrá que venir conmigo, hasta mi despacho.

—¿Y por qué?

—Para evitar tener problemas. Venga a última hora de la tarde. Yo me

quedo hasta bien entrada la noche.

El hombre no añadió nada más. Y antes de irse terminó su tortilla hasta la última porción.

—Para evitarle discusiones y pérdidas de tiempo, Miles, le diré inmediatamente qué es lo que me ha llevado a invitarle a venir.

—Escuchemos...

Jack estaba sentado en una incómoda silla de madera, delante del

escritorio de Ferguson. No tenía nada que esconder, pero no se sentía cómodo. Estaba claro que algo iba mal. Y no le gustaba el ambiente. Aquel despacho necesitaba una limpieza. Imágenes viejas en las paredes, un ordenador que probablemente trabajaba todavía con Windows 2000, moqueta y papel en las paredes... ¿Dónde estaba el vidrio y el acero que Scotland Yard mostraba en todo el mundo por

televisión? Ferguson, por otro lado, parecía una caricatura del teniente Colombo. Del americano no tenía sólo la gabardina sino también un aspecto desmejorado y una mirada apagada. Incluso los mismos modales bruscos. De todos modos, no podía hacer otra cosa que escuchar.

—Me han llegado al oído voces desagradables. Hablan de asuntos poco limpios en United Foods. Y precisamente en la segunda

planta...

—No entiendo a qué se refiere —respondió Miles entre sorprendido y picado—. Lo que hacemos es absolutamente transparente. ¡Los libros contables hablan muy claro!

El policía se rio.

—¿Quiere tomarme el pelo? Los libros contables no demuestran nada. Escuche esto...

Ferguson abrió un cajón, del que sacó una pequeña grabadora. Apretó el botón

de inicio. Las palabras de un diálogo robado llenaron la sala. No duraba más de dos minutos, pero fueron suficientes.

—¿Reconoce a estos dos hombres?

Jack se sonrojó. No podía no reconocerlos.

—Sí —se carcajeó—, son mis jefes. —Luego levantó la cabeza—. ¿Qué es toda esta historia?

El inspector de Scotland Yard se acercó a la ventana. Hablaba dándole la espalda.

—Todo ha comenzado por casualidad. En un control fiscal rutinario. Los de Hacienda han descubierto que algún directivo de United Foods tiene un nivel de vida demasiado elevado. Casas, barcos, vacaciones en el extranjero. Han reflexionado y han decidido que no van a seguir con el asunto. Que es mucho mejor pasarnos el asunto a nosotros. Así es cómo hemos llegado a esta grabación.

Miles no sabía dónde mirar. Y la única frase que concibió le pareció ridícula incluso a él mismo.

—Yo no tengo nada que ver en esto.

Ferguson se sentó en el borde de la mesa, a pocos centímetros de él. Le apoyó una mano sobre el hombro.

—Lo sabemos. Pero tiene que ver en esto lo mismo...

—¿Qué quiere decir?

El policía le puso delante las copias de todos los

contratos cerrados por el programa humanitario de UF en los últimos tres años.

—Mire al final de estas hojas. Está su firma. Siempre.

—¿Y bien? Yo soy el portero, ejecuto las órdenes de mis superiores...

—Ya —replicó con sorna Ferguson—. En la mejor de las hipótesis, cuando esta historia salte fuera, usted será el idiota. Incapaz de ver lo que ocurría por encima de su cabeza. En

la peor, tendrá que convencer al juez de que no era un cómplice de esos cerdos. Va a tener que realizar un gran esfuerzo...

—Mucho dependerá de usted, ¿verdad?

—Exacto —asintió el inspector—. Por eso le he llamado para que venga. Quiero ofrecerle una posibilidad.

Miles miró fijamente al suelo.

—Yo no traiciono a quien me ha otorgado su

confianza y trabajo.

El policía lo cogió por un brazo, induciéndole a levantar la mirada.

—Piénselo bien, Jack. ¿Quién es el traidor? *Usted* les ha dado a ellos confianza y trabajo. Y mire cómo le recompensan: con honorarios de muerto de hambre. Los verdaderos traidores están allá arriba. Unas plantas por encima de usted...

—Se trata únicamente de una puesta en escena... una puesta en escena...

Jack Miles alargó la mano hacia la botella.

No la veía con claridad y al cogerla golpeó el vaso, que se rompió en el suelo.

Intentó sentarse bien en la silla, pero no lo consiguió.

Intentó recordar dónde estaban los vasos limpios. Tenía que conocer al menos su cocina. Abría una puerta

detrás de otra de los armarios de la cocina, cerrándolos frenéticamente.

—¡Jack!

Una voz de mujer llegó por detrás, confundida.

¿De dónde venía?

¿Quién se había permitido entrar en su casa?

—¡Jack, por el amor de dios! ¿Qué estás haciendo?

El hombre miró hacia la puerta. Estaba ocupada por una sombra borrosa. Luego, un rayo le iluminó la mente.

—Oh, Betty... Por un

instante he tenido miedo...

La mujer se le acercó y le cogió el rostro entre las manos.

—Amor mío, son las dos de la mañana... ¿Por qué estás en estas condiciones?

Estaba asustada, y Jack lo entendió. Se veían desde hacía pocos meses y ella se había trasladado a su apartamento dos semanas antes. Intentó tranquilizarla.

—No me has visto nunca borracho... No me había ocurrido... —Intentó

ponerse serio—. Te lo diré todo... Pero antes méteme la cabeza debajo de la ducha, te lo ruego...

Betty lo escoltó hasta el baño, y lo empujó bajo la ducha helada.

El *shock* fue eficaz. Pocos minutos después había casi vuelto a ser quien era.

—¿Y ahora quieres explicarme?

El hombre se sentó en la cama, con la mirada perdida.

—Ese Ferguson...

—¿Quién es Ferguson?

—Uno de Scotland Yard. Me ha obligado a ir a verle después del trabajo. Me ha tenido allí dos horas. Me ha hecho escuchar unas grabaciones. Estamos todos metidos en un buen problema. Yo estoy metido en un buen problema...

La mujer no dijo nada. Estaba blanca, y asustada.

Miles se levantó. Comenzó a andar por la habitación.

—No me lo puedo

creer... —Luego se detuvo —. El policía sostiene que los datos pasados por United Foods a Naciones Unidas sobre la situación del cuerno de África son falsos. Que los hemos obtenido aliándonos con los gobiernos locales. Que ni siquiera un cuarto de las ayudas prometidas llegará a África. Que una parte del dinero que soltará la ONU irá a los políticos corruptos de allá y otra buena parte se la meterán en el bolsillo mis jefes...

—¡Para! —le interrumpió la mujer—. ¿Y tú no te has dado nunca cuenta de nada?

El hombre abrió los brazos, impotente.

Betty enmudeció. Luego encontró un hilo de voz temblorosa.

—Sí, es así... No me he dado cuenta de nada.

Poco a poco la discusión fue degenerando, hasta que la mujer salió del cuarto furiosa, dejándolo solo. Jack sintió que algo dentro de él

estaba muriendo.

Poco después la escuchó moverse con prisas por el dormitorio. Tambaleándose llegó hasta el cuarto y se asomó. Era cómo se lo estaba imaginando. Betty estaba preparando las maletas. Ella le miró fijamente con aire cansado, sin dejar de meter un vestido tras otro.

—Se acabó, Jack. Lo siento, pero yo no me siento con fuerzas para afrontar estas cosas. No es tu culpa,

pero no era esto lo que quería. Teníamos que divertirnos, viajar... En cambio, mira en qué estado estás. No quiero meterme en esto. Lo siento. He cometido un error viniendo aquí. Tú me gustas mucho, pero yo no estoy lista. Espero que no me odies mucho por esto.

Él no le dio una respuesta.

No tenía ninguna.

La mujer cerró la maleta. No se había traído mucho, quizás porque sabía que de

todos modos, de una manera u otra, todo terminaría pronto. Se le acercó, le dio un beso en la mejilla y se fue.

Jack la observó marcharse con una sonrisa triste y llena de resignación. No, no estaba enfadado con ella. Tampoco él había creído mucho en toda aquella historia. Lo entendía ahora, que aún estando metido en un gran problema no pensaba que sintiera su marcha.

Y sin embargo aquella sensación en el fondo del estómago no le dejaba. Al final consiguió darle un nombre: desilusión.

—Señores y señoras. Esta es la primera llamada para el vuelo EZ 450276 con destino Addis Abeba de Easy Travel. Se ruega a los pasajeros que se acerquen al mostrador en orden y enseñen su tarjeta de embarque y un documento de reconocimiento válido. ¡Gracias y feliz viaje!

Jack Miles se levantó atontado del asiento en el que había esperado aquella llamada durante una buena hora y media. Buscó en el bolsillo de la chaqueta el pasaporte y la tarjeta que le habían dado en la facturación. Había pedido ventanilla y había conseguido que le dieran un asiento en la primera fila. En el bolso de viaje tenía un viejo *iPod*, que le permitiría evitar durante el vuelo cualquier conversación

inoportuna. Y, con un poco de suerte, apartaría los malos pensamientos y se dormiría. El sueño era lo que más ansiaba en aquel momento.

Conocía Etiopía exclusivamente a través de las imágenes construidas para el anuncio preparado por UF por los publicitarios. El vuelo para Addis Abeba estaba programado desde hacía tiempo, para supervisar en nombre de la empresa la aplicación de los programas humanitarios. En

Scotland Yard le habían entregado una misión más. Tenía que ir a África y ayudar a quien estaba encargado del asunto para establecer los límites, la entidad y las responsabilidades de la trufa. En alternativa, terminaría directamente en la lista de los indagados. Pero no había sido este temor el que le había llevado a tomar una decisión. Pesaba mucho más otra cosa.

Estaba cabreado.

Terriblemente cabreado con aquella gente que se había reído de él y de todos los académicos más nobles, de Browning hacia abajo. Todo ello en nombre del «liberalismo solidario», en nombre de un mundo más justo. Se había dejado llevar, poniendo como un estúpido su propia firma en todos aquellos negocios. Ahora les ofrecería la misma moneda de cambio.

—Gracias señor, ¡y buen viaje!

Jack Miles pasó la puerta del embarque y se encaminó por el largo pasillo que llevaba hasta el avión. Analizó el cielo nublado de Londres, deseándose a sí mismo suerte.

Una vez en altura, no tuvo dificultad en quedarse dormido.

Capítulo 3

Diez meses después de la marcha de Mary Champion de los Estados Unidos, a principios del mes de enero, Etiopía se encontraba en plena estación seca. Iniciada en octubre, duraría hasta finales del mes de marzo. Observando la tierra árida y seca, la mujer no pudo evitar recordar con añoranza el color verde brillante que lucían los campos apenas

unas semanas antes. Al finalizar el periodo de las lluvias, los altiplanos mostraban un color que podía causar envidia incluso en Irlanda, la isla de sus antepasados. Ahora, en cambio, todo era amarillo y estaba muerto.

A pesar de que una gran parte del país se encontraba por encima de los dos mil metros de altitud, el sol golpeaba implacable. Y mientras el Landruiser de Casa de Adán iba subiendo

por la carretera estrecha y en pésimas condiciones que llevaba hasta el poblado de Togissat, Mary veía a los campesinos faenar en los campos. Eran hombres de la etnia amara, los dominadores de la política y la sociedad etíope, aquellos que habían puesto orden entre todas las tribus del país. Intentaban obtener de la tierra el *teff*, un cereal que constituye la base de la cocina nacional. Mary dudaba de que la próxima

cosecha pudiera ser mejor que la anterior. Había visto cómo araban: dos bueyes huesudos que tiraban de un tronco de madera con una hoz de hierro, y detrás un campesino que empujaba y animaba a gritos. Y se horrorizaba al constatar lo muy atrasada que estaba la agricultura de Etiopía.

Pero estas impresiones, que provenían de los primeros meses de su permanencia allá abajo, habían dejado muy pronto su

sitio a las preocupaciones que le dictaban sus obligaciones: ayudar a la Casa de Adán en la preparación de adopciones internacionales.

—Aquí estamos.

La voz de Ibeldal la apartó de sus pensamientos.

Entre un bache y otro, el todoterreno había llegado hasta el poblado, al final de la vía. Unas pocas cabañas circulares se presentaron ante sus ojos. En poblados como Mukul, Mary había

recogido ya a una docena de niños, destinados a cambiar muy pronto de casa y familia. Y en todas partes había encontrado la misma calurosa acogida, la misma pobreza llena de dignidad, el mismo dolor contenido al ver cómo se marchaban los más pequeños de la comunidad. Aquella gente no pedía nada. Y no quería tampoco ser juzgada. Ella, que al principio permitía que sus lágrimas afloraran, se había rápidamente

acostumbrado al procedimiento. En el fondo tenía razón Ibeldal cuando decía: «Hoy sufren, pero mañana estarán mucho mejor. Saben muy bien que estos niños son afortunados. Allá donde les mandas tendrán un futuro. Aquí no tienen nada».

Aquella mañana, mientras el típico corro de niños ofrecía a la extranjera un ramo de flores amarillento gritando con fuertes voces que las

comprara, fueron recibidos por el jefe del poblado. Él se agachó en señal de saludo, les dio la mano y les condujo hasta la cabaña más alejada.

—Venid —les dijo—, os están esperando. Con la espera, no han dormido en toda la noche.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Mary en amárico.

Y todos se rieron, incluido el niño, al escuchar su pronunciación. Ella sabía que ocurriría pero tenía que

romper el hielo de alguna forma. Y aunque había aprendido bastante bien el idioma local, al principio pronunciaba con dudas solo unas pocas frases sencillas. Quien la escuchaba se sentía honrado, porque la extranjera realizaba un esfuerzo sincero por aprender su idioma.

—¿Y bien? ¿Cómo te llamas? —repitió la mujer, cogiendo la mano del pequeño.

—Samuel.

—¡Qué nombre más bonito! —exclamó Mary. Y dirigiéndose a Ibeldal, que le hacía de intérprete para evitar el riesgo de no entenderse en los asuntos más importantes, dijo en inglés—: Pregúntales a los adultos si se encuentra unido a alguna tradición o leyenda.

Fue así como supo que el niño se había llamado así en honor a Abuna Samuel, un santo que había vivido cerca de un río, donde predicaba y realizaba milagros en

compañía de un león a él muy devoto.

—¿Tú, de grande, quieres imitar a Abuna?

Samuel la miró algo despistado.

No había entendido el sentido de la pregunta. Ibeldal se la explicó y el pequeño hizo un gesto de negación con la cabeza. De grande, dijo, quería curar a los animales enfermos del poblado. Un murmullo de orgulloso asombro se difundió entre los familiares.

—¡Bien! Quieres ser veterinario. Te prometo que así será. Un día volverás aquí y te ocuparás de cuidar a las ovejas, las cabras, los mulos y las vacas de tu gente, ¿entendido?

El niño asintió con fuerza y todos rieron de nuevo. Luego, mientras él se unía a sus coetáneos y retomaba el juego, los adultos de la cabaña contaron al abogado americano la historia de Samuel, que no era larga. Y

le pareció parecida a otras muchas que había escuchado en el pasado. El hombre y la mujer con quienes hablaba ahora eran los tíos del niño. La mujer era la hermana de la madre de Samuel, que había muerto en el parto. Probablemente, pensó Mary, por una infección que no había sido curada, como ocurría con frecuencia. El padre, en cambio, había perdido su vida en una mina junto al Nilo Azul, durante la construcción de un

punte.

—Estamos seguros de que le ocurrió así porque se alejó de la familia. No tenía que haberse ido — añadieron. Pero las circunstancias actuales eran que el niño se había quedado solo, y ellos lo habían acogido como a un hijo. De comer, sin embargo, había poco para todos, por lo que habían contactado con la Casa de Adán precisamente gracias a Ibeldal, que recorría los poblados

ofreciendo a los huérfanos la posibilidad de entrar en un programa de adopción internacional. Y habían aceptado, si bien con alguna reticencia, la nueva e inesperada perspectiva.

Mary escuchó con atención aquella historia. Luego tomó la palabra. Contó bien las frases y miró a los ojos de la tía de Samuel. Lo que le dijo era fundamental, y esperaba lograr comunicar directamente con su

corazón.

—Quiero que sepáis que me ocuparé personalmente de Samuel. Me encargaré de que su nueva familia esté a la altura de vuestras esperanzas. Seréis regularmente informados sobre él, y si él quiere podrá escribiros. Es más, nosotros le animaremos para que lo haga. Tendrá suficiente comida, la mejor ropa, la mejor educación posible. Vamos, gozará de todas las oportunidades de sus

coetáneos en los Estados Unidos. ¿Me entendéis?

El hombre y la mujer asintieron, y también Ibeldal asintió contento.

—Bien —concluyó Mary sin perder más tiempo —, firmamos los papeles y todo quedará hecho.

—¡Esperad!

El jefe del poblado agarró a Ibeldal por un brazo mientras abría la puerta del Toyota.

—Vuestra sede central está en Gondar, ¿no es así?

—Sí. Ahora vamos para allá.

—Tengo unos pasajeros para vosotros...

Y sin ni siquiera esperar una respuesta, el hombre se giró hacia las cabañas.

—¿Qué ocurre?

—Quiere que nos llevemos a gente —explicó el etíope a Mary. La mujer miró hacia el coche.

Samuel estaba ya dentro, en el asiento posterior, con el rostro aplastado contra la ventanilla. Tenía ojos sólo

para sus familiares, a los que acababa de dejar. Había sido un breve saludo, lleno de afecto, y el niño no había derramado ninguna lágrima. Mary sabía por experiencia que aquel pequeño no conseguiría dormirse esa noche. Y así durante muchos días después. Necesitaría bastante tiempo para superar el trauma de verse alejado del poblado. Por eso deseaba que dejara Etiopía en el tiempo más breve posible. Adentrándose en un

ambiente nuevo y diferente, como era el de una enorme ciudad occidental, se vería obligado a enfrentarse a otros problemas, con otros desafíos.

Luego vio a las personas que querían que viajaran con ellos.

Dos adultos y un niño.

Los adultos eran sacerdotes. Los reconocía por la larga túnica blanca que llevaban puesta, y por el bastón de oración. El niño era un pequeño más del

altiplano, delgado, de unos diez años, con los ojos y el pelo negro, vestido con un chándal sucio y roto.

«Otro huérfano» — pensó para sí Mary.

Se preguntó cómo era que se encontraba en compañía de los religiosos, y concluyó que se lo estaban llevando a algún monasterio. Había miles en Etiopía, y estaban siempre necesitados de nuevas vocaciones. El pequeño caminaba dos pasos detrás de los adultos y no

dejaba de mirar a su alrededor. Se entendía que aquel lugar era nuevo para él. Ibeldal confabuló con el pequeño grupo y con el jefe del poblado. Luego le hizo un gesto a los tres para que se subieran al coche, y se acercó a Champion.

—Vienen de un poblado lejano —dijo, indicando los montes con un vago gesto de la mano—, y tienen que ir a Gondar. Así que nos han pedido que les llevemos al valle. ¿Tienes algo en

contra?

La mujer movió la cabeza.

—Son bienvenidos.

Habían empleado tres horas para subir desde Gondar a Togissat. Necesitaron al menos cuatro para volver a la antigua ciudad imperial. Llegados a mitad del recorrido, justo cuando la carretera de tierra estrecha que bajaba de las montañas estaba presta a abrirse sobre una de las pocas calles asfaltadas del

país, se les pinchó la rueda. El Toyota se encontraba en una bajada muy pronunciada y se necesitó toda la habilidad de Ibeldal — además de la ayuda de los dos sacerdotes— para bloquear el coche, que se encontraba en un equilibrio precario, y cambiar la rueda. Como siempre cuando pinchaban, a partir de este punto de la carretera y hasta el final fueron con los dedos cruzados. Si se les pinchaba otra rueda, no podrían

continuar su recorrido.

Durante todo el trayecto Mary estudió a sus compañeros de viaje, contenta de que algo la distrajera del aburrimiento del propio traslado. Le hubiera gustado charlar con ellos pero dudaba a la hora de tomar la iniciativa, sabiendo muy bien lo mucho que los etíopes veneraban a los religiosos. Una mujer, que además era extranjera, no podía dirigirse a ellos sin un motivo muy preciso. Su

deseo, sin embargo, tuvo que ser evidente, porque después de que cambiaran la rueda el más anciano de los sacerdotes comenzó a mirarla con insistencia. Hasta que ella se decidió.

—¿Cómo se llama, *Abbe*? —preguntó.

El hombre respondió con solemnidad:

—Gebrel. En vuestro idioma creo que se dice Gabriel. Sirvo al Señor desde hace cincuenta y siete años. Y ahora tengo casi

ochenta.

Afortunadamente parecía estar en buena forma. Mary le dirigió un gesto de reverencia.

—Su fidelidad a Dios es admirable. ¿Puedo preguntarle por qué vais a Gondar?

—Claro —le contestó con vivacidad el sacerdote—. No hay ningún secreto. Vamos a Gondar porque es el mejor modo para acercarnos a Aksum. Esa es nuestra verdadera meta.

—¿Vais en peregrinación?

—No estamos realizando ninguna peregrinación — contestó rápidamente, y le dirigió a la americana una mirada que la sonrojó—, sino la peregrinación. Dentro de pocos días se celebrará en Aksum el *Timkat*, la Epifanía, la fiesta más importante de nuestra religión. Saldrá en procesión por las calles de la ciudad el Arca de la Alianza. Y nosotros queremos estar allí.

Mary se echó en cara haber sido tan estúpida. Sabía muy bien que Aksum era la ciudad santa de los etíopes, y que no había nada que les importara más que el *Timkat*. Le hubiera gustado contestar que también ella creía en Cristo y que era católica. Pero luego decidió dejar el tema. *Abbe* Gebrel estaba ahora inmerso en un denso diálogo con el otro sacerdote y había dejado de prestarle atención.

Mary observó al niño

que estaba con los dos sacerdotes. Había entablado amistad casi inmediatamente con Samuel, si bien era más mayor que él. Le había mostrado un cuaderno lleno de dibujos, que guardaba celosamente bajo su chándal. Y lo había conquistado por completo poniéndole en la mano una peonza. En un par de horas, los dos niños parecían conocerse desde pequeños. La mujer sentía curiosidad por saber su nombre y si de

verdad, como imaginaba, los sacerdotes le llevarían hasta el monasterio. Pero para estas preguntas tenía que encontrar un momento más apropiado.

Al día siguiente, Mary permaneció encerrada varias horas en su despacho. Tenía que arreglar el *dossier* de cuatro niños. Todos estaban listos para marcharse hacia la costa este de los Estados Unidos: dos de etnia amara, un tigrito y un sidaza. En la autorización de los pequeños

para la expatriación, los responsables de la secretaría de la inmigración etíope habían demostrado ser en el pasado muy puntillosos. Y ella no quería perder demasiado tiempo discutiendo con los funcionarios estatales.

La sede de la Casa de Adán se encontraba justo a los pies de la colina que acogía la ciudad imperial de Gondar, con los castillos construidos por el soberano Fasiladas y por sus

descendientes entre los siglos XVII y XVIII. Mary, mirando al otro lado de la ventana desde la primera planta del bonito edificio donde estaba instalada la ONG, podía ver el autobús de los turistas que subían hacia la cima de la colina. La verdad es que no eran muchos. Lo que le confirmó una opinión bien precisa: a pesar de las reiteradas declaraciones del gobierno militar en el poder, tendría que pasar mucho tiempo

antes de que los extranjeros eligieran en masa Etiopía como meta de sus propios viajes. El motivo lo tenía siempre ante sus ojos: el país era muy pobre, las estructuras turísticas pocas y en malas condiciones, y las carreteras, puentes y ferrovías completamente insuficientes. Además, la burocracia estatal era demasiado complicada incluso para el más aventurero de los *tour* operadores, lo que

contrarrestaba extrañamente con el carácter de aquella gente. Los etíopes no eran en absoluto indolentes. Es más, los había encontrado siempre dinámicos, bien dispuestos a aprender, llenos de ganas por hacer cosas. Y no era seguramente una casualidad que las pocas empresas privadas prosperaran. Los chicos de la Casa de Adán habían sido toda una sorpresa. Rápidos y eficientes, trabajaban con pasión y no se echaban atrás

ante nada. Ibeldal, que hablaba un excelente inglés y con el que trabajaba codo con codo desde el momento en el que había llegado, no habría desencajado en ningún despacho occidental.

Precisamente en él estaba pensando. Al día siguiente, al alba, tenían pensado marcharse juntos hacia Addis Abeba. Un viaje largo, catorce horas en coche, pero era mejor presentarse personalmente ante los funcionarios de la

secretaría para la inmigración. Tenían que presentar los expedientes de Samuel y sus compañeros y obtener el visto para su salida. Estarían fuera tres días. Luego ella tenía que concederse unas vacaciones cortas. Desde que había llegado a Etiopía no se había detenido nunca, y se sentía cansada.

—¡Ibeldal! —llamó a través de la puerta de cristal.

Al no obtener respuesta, se levantó y salió al pasillo.

Pero en cuanto salió de la habitación quedó paralizada. Delante de ella estaba el niño que se habían llevado desde el poblado hasta Gondar. La miraba con curiosidad. Mary sonrió y también el niño alargó los labios en una sonrisa resplandeciente. Le tendió la mano.

El pequeño alargó la suya, y se dejó acompañar hasta el jardín.

La mujer se adentró sin prisas entre los eucaliptos y

las euforbias que
sombreaban la sede de la
Casa de Adán. De vez en
cuando dirigía al niño
alguna sencilla observación
en amárico. Él la miraba y
sonreía. Luego corrió hacia
el banco más cercano. Abbe
Gebrel estaba allí sentado,
inmerso en la lectura.

El niño le tiró de la
túnica, hasta apartarlo de su
meditación. Le habló en un
dialecto incomprensible para
Mary, y le dio un nuevo
tirón a su ropa. El sacerdote

resopló, pero al final se dejó convencer y levantó la mirada hacia la mujer.

—Cuando quiere algo, Bale sabe cómo conseguirlo.

—¿Se llama Bale?

—Sí —replicó el anciano—, significa «hijo de la montaña». Siente curiosidad por saber cómo se llama, de dónde viene y qué es lo que está haciendo en Etiopía la mujer blanca. Pero visto que todavía no os conocéis desea que yo le ayude...

La americana sonrió. Entonces iba a ser ella quien padeciera el interrogatorio.

—Me llamo Mary Champion —respondió en amárico, mirando directamente a los ojos del niño—. Vengo de Nueva York, en los Estados Unidos, y soy abogada. Me ocupo de adopciones internacionales. El pequeño que viajó contigo ayer, Samuel, tendrá una nueva familia muy pronto.

Bale se dirigió de nuevo

a Abbe, hablándole esta vez al oído.

—Quiere saber cuánto hace que está aquí y si se quedará mucho tiempo.

La mujer se sorprendió.

—Llegué en marzo, y pensaba quedarme aquí seis meses, pero ya ha pasado casi un año y sigo aquí. Espero volver a América pronto. Siento nostalgia de mi casa y de mi familia.

Una vez que había escuchado la respuesta, el niño reflexionó y preguntó

de nuevo una cosa. El sacerdote ni se inmutó, y Campion tuvo la impresión de que quería interrumpir la conversación. Pero el pequeño insistió y, si bien con poco entusiasmo, el hombre anciano se informó.

—Bale quiere preguntarle algo más sobre usted.

—Escuchemos —asintió la mujer.

—Quiere saber si volverá a Occidente sin haber encontrado lo que

buscaba.

Ante aquellas palabras, Mary se quedó blanca. El sacerdote la miró con aire preocupado, pero Bale no perdió ni siquiera un segundo. Su expresión estaba llena de inocencia.

—No —replicó al final la mujer con un soplido—. No dejaré Etiopía sin haber encontrado lo que busco.

El niño asintió y, con una sonrisa, se levantó del banco, dejando a los dos adultos a solas, no sin antes

haber susurrado algo al sacerdote al oído.

—¿Qué es lo que le ha dicho? —preguntó con cierta ansia Mary—. ¡Dígame lo que le ha dicho!

—Ha dicho —le explicó Abbe Gebrel pacíficamente —, que el niño elegido será muy afortunado al tener una madre como usted.

Mary pasó los siguientes tres días como en un sueño. Se marchó hacia Addis Abeba con Ibeldal y cruzaron juntos en un

Toyota buena parte del país. En cuanto llegaron a la capital por la noche, se concedieron un sueño reparador. Les esperaba un día muy ajetreado. A la mañana siguiente se presentaron, a la hora establecida en la cita, delante de la entrada de las oficinas de inmigración. Mantuvieron una larga y extenuante conversación con un funcionario que envió varias veces a los ujieres a buscar inexistentes

informaciones en ficheros de papeles en pésimas condiciones. Y cuando finalmente salieron triunfantes de la secretaría, con las autorizaciones para la expatriación de sus niños en la mano, se acercaron hasta el barrio del mercado, quedando atontados entre voces y colores.

Al final, una vez que hubieron pasado la segunda noche de hotel, tomaron el camino de vuelta. Y en la noche del tercer día, después

de haber perdido horas en la carretera por las obras en curso, que continuamente interrumpían el camino del tráfico más importante de Etiopía, entraron en Gondar. Si le hubieran pedido que hiciera un informe de todo este tiempo, Mary Champion habría recordado muy poco.

Durante todo el viaje una frase no había dejado de repetirse en su mente: la pregunta de Bale de si volvería a Occidente sin haber encontrado lo que

buscaba.

A nadie había hablado de sus intenciones. Porque no había nadie con quien pudiera hablar de ello.

Quizás, después de meses de familiaridad, habría podido abrirse con los organizadores de la Casa de Adán. Pero había renunciado a ello, reservándose explicarles que quería quedarse con uno de aquellos niños sólo cuando estuviese segura de que lo había encontrado. Nadie, por

tanto, podía haberle contado a Bale, el desconocido chico que venía de las montañas, sus intenciones. ¿Cómo había podido leer en su corazón?

—*Timkat* comienza exactamente dentro de tres días, el 18 de enero, ¿no es así?

—Sí —respondió Ibeldal, cerrando la puerta del Toyota y estirando las piernas.

—He pensado en ello —continuó Champion, entrando

en la sede—, y creo que mis vacaciones me llevarán a Aksum. Quiero presenciar la Epifanía y la procesión del Arca.

—Es algo muy bello por tu parte, pero te recuerdo que aquí, en Gondar, se desarrolla el *Timkat* más rico de toda Etiopía. ¿Por qué tienes que llegar hasta Aksum?

—Porque es vuestra ciudad santa —replicó Mary—, y para marcharme unos días. Si no me alejo de

Gondar, no descansaré de verdad.

—Como quieras —
levantó los brazos Ibeldal en señal de rendición—. En ese caso podrías marcharte con el grupo de Abbe Gebrel. Creo que se marcharán mañana mismo.

Campion asintió.

Era lo que deseaba.

A pesar de la pasión que había desplegado en los diez meses en Etiopía junto a sus habitantes, todavía no había tenido la oportunidad de

gozar aquella experiencia: viajar en un autobús de línea que atraviesa carreteras polvorientas del país. Había preferido siempre el todoterreno de la Casa de Adán, más cómodo y más preparado al suelo poco uniforme de las rutas locales. Pero si quería de verdad acompañar a Abbe Gebrel y a sus amigos hasta Aksum, tenía que adaptarse al medio de transporte elegido por ellos.

Los sacerdotes habían

rechazado la oferta de un viaje en *jeep*, prefiriendo moverse con la gente común y aceptando también, sin problemas, la compañía de la abogada americana. Todos los creyentes en Jesús, decían, de cualquier parte del mundo que provinieran, que podían disfrutar del privilegio del *Timkat* en la ciudad santa. Se ocuparían ellos de ilustrar a Champion sobre las riquezas espirituales.

Así, una mañana de

mediados de enero, Mary se acomodó junto a Bale y los dos religiosos en el autobús cargado de gente que se marchaba de Gondar en dirección hacia Debark, y desde ahí a Shire, y de Shire a Aksum. Nadie, y mucho menos el conductor, sabía cuándo llegarían, si a la mañana siguiente o por la noche, o dos días más tarde, justo a tiempo antes de que comenzara la gran fiesta. Y sin embargo, Mary Champion no se había sentido antes tan

libre y feliz en su vida.

Al atardecer, cuando llegaron a Shire, el conductor se dirigió hacia los pasajeros y les gritó que estaba muy cansado para seguir hasta Aksum en la oscuridad. Dejó que la gente se desahogara un poco, después aparcó, tiró hacia arriba el freno de mano y bajó del autobús. La cita era precisamente a las seis de la mañana del día siguiente. Esa noche que cada uno se buscara la vida. Muchos se

quedaron a dormir a bordo, pero Abbe Gebrel y sus acompañantes se acercaron hasta el centro de la ciudad.

Los sacerdotes sabían a quién podían acercarse.

En poco tiempo tuvieron una cama ofrecida por el sacerdote guardián de la iglesia de San Jorge, que se encargó de llevarles también algo de comer: una sopa de verduras, pan y fruta fresca. Naturalmente, Mary fue acogida en una sala distinta de la que ocupaban los

religiosos y el niño. Antes de dormirse, sin embargo, Mary quería hablar con Bale. Durante todo el día le había separado de él la abultada figura de su protector. Y el niño no había dejado de jugar con sus coetáneos, molestando a los otros viajeros. Quizás ahora pudieran hablar un poco.

El pequeño acogió la pregunta muda en los ojos de la mujer y, mientras el anciano Abbe bostezaba cansado y se retiraba,

salieron juntos bajo el cielo estrellado. Mary no sentía frío. Sentía sólo la necesidad de saber.

—Bale... ¿de dónde vienes? ¿Dónde has nacido?

El niño respondió con una voz llena de dudas.

—No lo sé... No he llegado a conocer nunca a mis padres. Abbe Gebrel dice que eran *falasha*.

—*Falasha*... ¿Qué significa?

—Los *falashas* son hebreos. En Etiopía viven

todavía muchos hebreos.

—Pero tú eres cristiano.

—Claro —asintió él—, como todos los niños de mi poblado. Se ha ocupado de ello Abbe Gebrel.

Mary Champion se quedó durante un largo tiempo en silencio.

El rumor del tráfico cruzaba, incluso en aquellas horas tan tardías, el recinto de la iglesia y molestaba la paz de aquel lugar.

—¿Cómo es que vas a Aksum con los dos

sacerdotes?

—Para el *Timkat*.

—¿Y luego?

De repente, ante aquella pregunta, un sentimiento de pérdida infantil apareció en los ojos del niño. Y Mary sintió por él un ímpetu de ternura. Al final Bale habló, lentamente:

—Abbe Gebrel sabe algo de mí que yo no sé. Dice... dice que dentro de poco para mí todo se aclarará. Yo me fío de él. Por eso le sigo.

—Entonces es un

secreto.

—Sí, es un secreto.

Mary sonrió con malicia.

—Me parece raro. Tú no conoces tus secretos, pero conoces los secretos de los demás...

El niño cambió la sonrisa.

—Es muy raro. Pero es así.

Paseando habían dado la vuelta a todo el jardín. Y ahora se encontraban de nuevo delante de la puerta que les llevaba a los locales

contiguos a la iglesia.

—¿Vamos a dormir? —
le preguntó Mary.

—Sí —respondió el
pequeño.

Antes de separarse, sin
embargo, le apoyó una mano
en el brazo.

—¿Te quedarás con
nosotros en Aksum?

La mujer miró
intensamente al niño.

—Claro. Si Abbe Gebrel
así lo quiere.

—Lo espero —concluyó
Bale—, porque me gustas

mucho...

Y cada uno entró en su propia habitación.

Al día siguiente, un par de horas después de la comida, el autobús llegó ante la periferia de Aksum. La ciudad santa de Etiopía les abrió finalmente los brazos.

Capítulo 4

—¿No es una maravilla? —
Patrick Hernay se reía, y
añadió—: En mi opinión,
este león embalsamado es lo
mejor de todo el museo.
¡Nada que ver con esas
estúpidas cruces y máscaras
de madera! ¡El espíritu de la
verdadera África está aquí!

El hombre, un galés
corpulento y con la voz
profunda, le dio un codazo a
Jack Miles. Le estaba

mostrando el último león disecado abatido por la carabina de caza de Haile Selassie, el emperador destronado de los años setenta. La bestia enorme quedaba bien expuesta en el atrio del Museo Etnográfico de Addis Abeba, en Algeria Street. Y era nada en comparación con los tesoros de arte conservados en los pisos superiores. Pero solo el felino arrancaba una exclamación excitada en Patrick Hernay, jefe de las

oficinas de United Foods en la capital de Etiopía. Y a decir verdad, si bien era capaz de apreciar las obras de arte del museo, también Jack Miles tenía otra cosa en la cabeza. Desde que había aterrizado en la ciudad, la noche antes, su mente se había fijado sólo en un pensamiento: cómo podía poner en marcha su plan.

—Venga, ven —le gritó al oído su colega—, el paseo turístico ha terminado. ¡Ahora te llevo a cenar y

mañana discutimos de
trabajo!

Los dos hombres
detuvieron un taxi y pidieron
ir al Habesha Restaurante,
situado en pleno centro.

—Confía en mí —le dijo
Hernay—, es un poco caro
pero se come muy bien. Yo
traigo siempre a comer aquí
a nuestros jefes y a los
etíopes que hay que
calmar...

Puedes
considerarte un privilegiado.

El hombre enorme rio,
encontrando la seriedad sólo

en el momento de negociar en amárico el menú con los camareros del local. Después de largas discusiones llegaron a un acuerdo.

—Elegíamos los ingredientes que hay que poner a la *injera*.

—¿Qué?

—La *injera*... es su plato nacional y la base de cada comida. Es una especie de hoja de pan, muy suave y fina, sobre la que ponen otras comidas. Verás como

te gustará.

Luego el galés se concentró en la cantante tradicional que llenaba con su voz el local. También Miles se relajó, quizás por primera vez desde aquella mañana. Cerró los ojos, y se preguntó una vez más cómo podía comportarse. Acababa de llegar a un sitio en el que no conocía el idioma, los usos, la cultura; sobre el que, en resumidas cuentas, no sabía nada. Moverse por sí mismo habría sido muy

difícil. Y peligroso. Además, no tenía ningún pretexto para liberarse de Hernay. Según Ferguson, era él quien encabezaba toda la estafa en Addis Abeba. Tenía que descubrir cómo y sin levantar sospechas.

Un codazo en el costado le apartó de aquellas reflexiones.

—Aquí está tu plato, ¡observa y asómbrate!

El colega tenía razón: había motivo para quedarse asombrado. El camarero

había traído una enorme bandeja en cuyo fondo estaba la famosa *injera*. Era blanca. Intentó tocarla. Era de verdad suave y muy fina. Sobre la *injera* resplandecían muchas y variadas salsas.

—¿Qué es todo esto?

—Hay un poco de todo

—respondió Hernay—, desde carne cruda de ternera con salsa picante, hasta cordero picado con verduras. Prueba primero la *injera* y recuerda que aquí se hace

todo con las manos.

Miles cortó educadamente un trocito de la masa, se la metió en la boca y comenzó a masticar.

—¿Y bien? ¿Qué sabor tiene?

—¡Bueno! Pero no es como nuestro pan...

Hernay movió la cabeza.

—No. Está hecha con cereales. Esta es blanca, es una buena señal. Significa que han usado el *teff*, el mejor cereal. Cuando te traigan una *injera* oscura o

arrugada devuélvela. Quiere decir que han usado mijo o sorgo. Y bien... ¡Qué aproveche!

Los dos británicos se acercaron hacia la mesa bajita que acompañaba las bandejas. Hernay acabó con todo lo que tenía delante de él. Miles, observando al colega, aprendió pronto a recoger la carne y las verduras del pan. Pero dejó las salsas. Demasiado picantes para su paladar. Solo después de haber

limpiado los platos, y haberse bebido alguna que otra jarra de cerveza, se sintieron satisfechos.

—No está nada mal. Por otro lado, nos hemos saltado la comida. ¿Teníamos derecho o no a darnos este homenaje?

—Claro —respondió Jack. Luego miró al colega a los ojos—. ¿Qué me reservas para los próximos días?

Hernay se estiró en el sofá, sonriendo.

—Nada que sea muy pesado para mi invitado londinense. Te llevaré a dar una vuelta. Te presentaré a los funcionarios etíopes que trabajan en el programa de ayudas. Veremos las estructuras que han preparado para acoger las mercancías de las naves y los aviones. Será un *tour* interesante. Sin esfuerzos. ¿Tienes alguna petición en particular?

—No —respondió Miles —, me pongo en tus manos.

En la sede se fían de ti.

—Bien —asintió el otro,
contento—. Estoy

convencido de que volverás
a Londres con un magnífico
informe para nuestros jefes.
Y ahora, si quieres, podemos
irnos a dormir.

—Sí —bostezó Jack—,
me parece la mejor opción.

Pero aquella noche,
antes de dormirse, el inglés
no dejó de dar vueltas entre
las blancas sábanas del
Sheraton. Tenía un
problema, y no sabía cómo

resolverlo. Tenía que improvisar, y eso no le gustaba. De repente, a pesar del calor tan sofocante de la capital etíope, se dio cuenta de que estaba sudando frío.

Habían hecho las cosas a lo grande y todo parecía estar en perfecto orden. Jack tuvo que admitir que los etíopes lo estaban haciendo muy bien. Él y Patrick Hernay se encontraban en la periferia de Addis Abeba junto a Meles Zenawi, responsable del ministerio

de agricultura para las relaciones con las organizaciones humanitarias. Mientras ellos dos habían venido solos, Zenawi había aparecido a la cabeza de un pelotón de funcionarios, a bordo de cuatro coches. Y no faltaba un grupo enviado por el único canal oficial de televisión del Estado. Grababa sin parar imágenes que luego se montarían y comentarían en el estudio. Los periodistas, como los

demás, miraban complacidos la fachada de un gran almacén que serviría de depósito para las mercancías, situado junto a tres gigantescos silos.

—¿Todo se traerá hasta aquí? —preguntó Hernay.

—Claro —respondió el etíope—, les hemos pedido a los eritreos y a los somalíes que nos dejen pasar las mercancías, ya que se tratan de ayudas para las poblaciones que se encuentran en dificultad.

Pero el contencioso que nos divide del Asmara y de Mogadiscio ha determinado otras decisiones. Las naves atracarán en Gibuti y desde allí las mercancías seguirán por carretera hasta Addis Abeba. Se formará —añadió el hombre— una especie de caravana de la esperanza. Este será el principal centro de recogida de las ayudas. Y nos ocuparemos nosotros mismos de repartirlas por el resto del país. Vamos, será como en el anuncio que

habéis producido con Naciones Unidas.

—¿Cuándo comenzaréis a emitirlo? —preguntó Miles.

—Dentro de dos semanas. Prepararemos a la gente. No se producirán ataques salvajes a los camiones ni a los helicópteros. Esta vez, cada boca tendrá la cantidad de comida suficiente para quitarse el hambre.

Luego Zenawi levantó la mano, imponiendo silencio,

e invitó a todos a reunirse a su alrededor. Prestando atención de estar perfectamente encuadrado por las cámaras, cortó la cinta que inauguraba los nuevos depósitos alimenticios de Addis Abeba. El gesto fue acogido por aplausos ensordecedores. Y mientras el dirigente del ministerio ofrecía a la TV las declaraciones oficiales, Miles vio al cámara focalizar con el *zoom* desde

el fondo de los graneros hasta el primer plano de la placa dorada que, en la cancela del establecimiento, celebraba la amistad entre Etiopía, la ONU y United Foods.

Una vez que se apagaron los micrófonos de la televisión, fueron los periodistas de los medios impresos los que bombardearon con preguntas al funcionario. Zenawi respondía orgulloso y paciente. Hernay estaba

detrás de él y de vez en cuando le ayudaba con algún dato técnico.

Jack Miles miró a su alrededor.

Nadie le prestaba atención.

Si quería darse una vuelta por el lugar sin que nadie le molestara, aquel era el momento para hacerlo.

No sabía qué es lo que tenía que buscar.

No sabía si había algo que pudiera encontrar.

Todo parecía estar en su

sitio. El almacén y los graneros se levantaban imponentes contra el cielo azul. Para la ceremonia de inauguración todo el lugar había sido previamente limpiado. No había por los alrededores un solo cartucho. Jack vagó una decena de minutos entre los edificios, sin notar nada anómalo. Quizás no era allí donde se extendía la estafa contra los etíopes.

Luego, mientras bordeaba el enorme depósito

alimenticio, que parecía tener una longitud de no menos de cien metros, se le ocurrió mirar por una de las ventanas. Y lo que vio le dejó sin palabras.

El interior se encontraba completamente vacío.

No podía ser.

Buscó y encontró una puerta, y descubrió asombrado que carecía de cerradura. Completamente nervioso, empujó con fuerza y se precipitó en el interior del almacén.

Nada. No había nada.

No había paredes divisorias, ni oficinas, ni mesas, ordenadores o estanterías. No había corriente eléctrica. No había tampoco un dispositivo contra incendios. Ninguna toma de teléfono. Faltaban las máquinas para la carga y descarga de las mercancías.

La mirada de Jack iba de un lugar a otro, sin obstáculos entre las cuatro paredes del inmenso edificio que según Zenawi, en

cambio, estaba ya operativo y listo para acoger y repartir miles de toneladas de ayudas internacionales.

Nadie tenía de verdad intenciones de trabajar en aquel lugar. El inglés comenzó a entenderlo rápidamente. Atontado, Miles salió hacia el exterior. Justo a tiempo, porque cuando dio la vuelta a la esquina se encontró delante de Hernay.

—Jack, ¿dónde te habías metido?

—He ido a dar una vuelta. Quería ver toda la construcción.

El galés lo cogió por un brazo.

—No te atrevas a irte de nuevo por ahí solo... —le dijo con un tono amenazador.

—¡Oye! ¿Pero te has vuelto loco?

—Perdóname... —
Hernay se calmó—. Los etíopes son muy sospechosos. No les gusta que se vaya a meter la nariz

entre sus cosas.

Miles sonrió.

—Está bien. La próxima vez no me separaré de ti...

Aquella tarde, cuando regresaron al hotel, Jack se fue directo a la ducha y luego se tumbó en la cama.

Intentó razonar sobre el peligro y sobre la enormidad de aquello que había descubierto. Posteriormente se puso a trabajar. Lo primero que hizo fue analizar las fotografías que había hecho con el móvil en

el interior del almacén. Al menos cuatro eran claras y visibles. Después de haberlas descargado las envió directamente a Londres, a la dirección que le había dado Ferguson, junto con un breve informe del día. Todo acompañado por una nota: «Etiopía no me gusta. Otros dos o tres trabajitos como el de hoy y me vuelvo a casa».

La respuesta no tardó mucho en llegar: «Usted se quedará allí hasta que se lo

diga yo».

Una fotocopia. Una sencilla fotocopia.

Y no había sido ni siquiera difícil obtenerla, en la doble versión en inglés y en amárico. Y lo más importante: había descubierto que no siempre era necesario realizar acrobacias de agente secreto. Bastaba presentarse en sus funciones efectivas (representante de United Foods en el cuerno de África) y las puertas de

todos los despachos se abrían delante de él, que llevaba evidentemente un buen perfume de dólares consigo. Única precaución: «olvidarse» de avisar a Hernay sobre lo que hacía.

Había sido así como había convencido a un pobre empleado del municipio de Dessie para darle lo que buscaba: el contrato estipulado por las autoridades provinciales con los jefes de los poblados para el abastecimiento de

semillas OGM producidas por UF. Y ahora, leyendo atentamente el contenido, Jack Miles pudo verificar que el gobierno vendía aquellas semillas a los campesinos a 250 birr por saco. Casi 15 esterlinas. Una cifra mucho más inferior de su valor de mercado, pero muy superior al precio pactado entre Naciones Unidas y el gobierno etíope para favorecer a los cultivadores locales y al desarrollo de una agricultura

más eficiente en el continente negro.

Así, reflexionó Jack, mientras sus jefes en Londres se metían en el bolsillo el dinero que la ONU entregaba para cubrir al menos una parte de la producción de las semillas y la concesión gratuita de la patente, los señores de Addis Abeba se metían en el bolsillo el dinero obtenido especulando sobre los bolsillos vacíos de los campesinos. ¿A ver quién de

ellos se habría lamentado?

La primera vez que Patrick Hernay lo dejó solo, consiguió una jugada de bingo. Después de haber pasado varias semanas juntos, el galés había evidentemente concluido que Miles no podía causarle problemas. Le había dejado atontado a base de manotazos sobre los hombros, *cocktails* y cenas abundantes y suntuosas en los mejores restaurantes de Etiopía. No tenía motivos

para sospechar que el inglés supiera algo. Después de todo, Jack estaba convencido de que pensaba que el hombre llegado de Londres era únicamente un burócrata, un pisapapeles, un útil idiota como había dicho Ferguson. Y ahora, separándose de su compañía, le había enviado al norte del país para verificar personalmente el desarrollo del programa humanitario.

Era lo que Miles esperaba para resolver el

nudo de todo el asunto.

Sabía, porque se lo habían dicho en Scotland Yard, que a África tenía que llegar una cantidad enorme de ayuda, aunque muy inferior a la cantidad declarada. Pero no intuía cómo se habría resuelto el juego. Seguramente, no mandando por el canal de Suez al carguero vacío. ¿Qué es lo que descargarían al llegar? La estafa habría sido evidente hasta para un ciego.

Ahora, por fin, lograría entenderlo.

Se encontraba en un poblado cerca de Beshu. El poblado, compuesto por un montoncito de cabañas dispuestas a lo largo de una línea y habitado quizás por doscientas personas, había sido elegido como centro piloto para la aplicación del proyecto. Aquí los campesinos experimentaban desde el año anterior los OGM de United Foods. Habían recibido tres sacos

de semillas modificadas para el *teff*, con la orden de utilizarlas y la esperanza de que sirvieran para mejorar los resultados de aquel cereal, muy usado en Etiopía.

—¿Qué tal ha ido?

Gracias a un traductor que había contratado en la ciudad, Miles podía dialogar con los jefes de las familias. Al llegar, le habían hecho sentarse casi en un trono, sobre una maciza silla de madera y en el centro de la

cabaña más grande. Todo asumía un tono oficial que dañaba las investigaciones. Los adultos se mostraban reticentes. Mantenían la mirada hacia abajo, y conseguían decir sólo algunas palabras cuando se insistía.

—Dice que ha ido así, así.

—¿Qué quiere decir?

El empleado intentó entender por qué el campesino se sentía insatisfecho. Tuvo que

insistir más veces porque el hombre no quería responderle. Al final el etíope cedió, y una vez que había perdido la calma, gesticulaba y gritaba.

—Dice que prometisteis una cosecha de la tierra superior a tres veces lo normal. Pero sostiene que los campos han dado la misma cantidad de *teff* que el año pasado.

—Imposible —contesto Miles—, ni siquiera los peores modelos daban

resultados tan bajos.
Pregúntale si está diciendo
la verdad.

El hombre bajó con
fuerza la cabeza.

—Dice la verdad.

Jack escuchó cuatro
testimonios más como aquel,
y sólo dos eran favorables a
las nuevas semillas.

No conseguía
entenderlo. Hasta que pidió
que le dejaran ver los sacos
de UF. O al menos lo que
quedaba de su contenido.
Cuando el jefe del poblado

llegó con los puños cerrados y arrojó en las palmas de sus manos abiertas las semillas, no creía lo que veían sus propios ojos. Aquello no eran las semillas de *teff* destinadas a los campos de los altiplanos etíopes. No se parecían en absoluto a los granos pequeños, blancos y lisos que había visto salir de los laboratorios de Camden Street.

¿Qué diablos estaban enviando sus jefes a África?

Pero inmediatamente se

dio cuenta de que no le interesaba en absoluto saberlo.

Ahora entendía cómo iba a ir desliándose la madeja. Enviarían a Etiopía la cantidad pactada de ayudas, para no llamar la atención. Pero los OGM elegidos con Naciones Unidas se quedarían durmiendo en los graneros de Europa. Todos o casi. Y en África recibirían una copia de mala calidad y escasamente eficaz. También en este caso lo

último que se podía esperar era una denuncia por parte de los campesinos etíopes.

Adigrat era uno de los centros mayores de Tigray. Y, teóricamente, uno de los lugares de Etiopía en el que le habrían tenido que saltar encima en busca de comida. Al menos atendiendo a las declaraciones de la National Food Development Administration, el ente estatal autor de los informes que habían servido de base a la ONU y a UF para

establecer el programa de ayudas humanitarias. En cambio —se lo decían claramente las estadísticas que le habían ofrecido las oficinas locales del ministerio de agricultura—, la última carestía grave en la región se había producido veintidós años atrás. No habían, seguramente, alcanzado la autosuficiencia alimentaria, pero la muerte por hambre quedaba en Tigray como un recuerdo muy molesto.

Alrededor de Adigrat el problema era otro: la sequía. La falta de agua había alcanzado el año anterior a toda el área de forma dramática. Y servían pozos, no semillas, imposibles de dejarlas crecer en aquella tierra sedienta. Enviar hasta allí los sacos del programa ONU-UF habría sido igual que tirarlos a la basura. El gasto, la incongruencia y la idiotez de todo aquello eran evidentes. Como la corrupción: alguien había

falsificado los informes enviados a Londres.

Por la noche, Jack, renunció a cenar.

No tenía hambre. Su estómago se encontraba cerrado por el ansia y el miedo. Se sentía terriblemente culpable por la estafa que se había perpetrado, causando daños a aquella pobre gente. Con su aval a los proyectos de United Foods se había convertido, consciente o no, en su cómplice.

Y estaba preocupado por sí mismo.

El espíritu vindicativo que le había llevado a marcharse de Londres estaba lentamente apagándose. Y crecían las preguntas sobre su futuro. Después de las últimas semanas pasadas en Etiopía, entendía que el engaño había sido tan grande que hacía prácticamente imposible conseguir salir limpio fuera de todo el embrollo. Si conseguía volver a su patria

sin problemas, denunciar a sus jefes le destrozaría. La inmunidad que le había prometido Ferguson era una quimera. Quizás consiguiera salir de la horca de UF, pero a partir de ese momento se convertiría en un apestado. Nadie le habría querido tener de nuevo cerca.

Tenía que reflexionar. Y entender cómo conseguir salir de todo aquel lío con el menor daño posible.

Alguien resolvió aquel dilema por él.

A la mañana siguiente, mientras se preparaba para dejar Adigrat y encaminarse a Addis Abeba y su chófer ya estaba cargando el todoterreno, dos policías se presentaron con bruscos modales en la puerta de la habitación del hotel. No tuvo necesidad de un traductor para entender lo que querían.

Lo agarraron por la fuerza, lo empujaron escaleras abajo y le obligaron a subirse en la parte trasera de un *jeep*

militar. Cuando el chófer se preparaba para marcharse, sintió que alguien golpeaba la ventanilla.

Se dio la vuelta.

Era Patrick Hernay.

El galés, sonriente, hizo una señal a un policía para que bajara el cristal.

—No tenías que realizar un doble juego, Jack...

—¿Dónde me llevan? — preguntó Jack muy tenso.

—Te llevan a Aksum y te meterán entre rejas. Luego veremos. Has metido el

bastón entre las ruedas de demasiadas personas...

—En Londres ya lo saben todo. No saldrás tan airoso.

Hernay sonrió.

—No me preocupa. El continente africano es grande. Es fácil construirse una nueva vida.

El *jeep* se puso en marcha.

—Patrick... ¡No me dejes! ¡No me abandones!

Los ojos del galés brillaron con luz propia.

—Tú has elegido estar en la otra parte. ¡Adiós!

El hombre dio una palmada en el lateral del coche y el conductor metió la primera marcha. Mientras se alejaban, Miles vio a Hernay hacerse cada vez más pequeño y desaparecer entre la gente de Adigrat.

Tuvo que reunir fuerzas para no comenzar a temblar.

Tuvo que obligarse a reflexionar.

Pocas horas de viaje separaban Adigrat de

Aksum, y en aquel margen temporal se jugaba su destino. Los dos policías que le llevaban detenido no hablaban y no le dignaban ni siquiera una mirada. Además le habían secuestrado el móvil y el pasaporte.

No conocía una sola palabra de amárico. No podía pedir ayuda a nadie. Tenía que salvar la situación él solo. Tenía que hacerlo, costara lo que fuese. Porque de una cosa estaba

convencido: Etiopía era un país enorme, y podían hacer que desapareciera a su antojo. Si en Aksum le encerraban en una prisión, podía darlo todo por perdido, ya que estaba convencido de que se pudriría allí dentro para siempre.

Y nadie más volvería a saber nada de él.

Se quedó dormido, vencido por la desesperación. Mientras siguiese en el *jeep*,

controlado por los dos policías, nada podría hacer. Le despertaron unos pitidos y las protestas del conductor.

Se sentó recto de golpe, algo atontado por el sueño y el calor. El sol había alcanzado ya el punto más alto en el cielo, por lo que calculó que tenían que estar en Aksum.

La carretera estaba llena de gente, animales y mercancías de todo tipo. Al *jeep* le costaba trabajo avanzar. Por eso el

conductor no dejaba de moverse. Sus dos compañeros de viaje le invitaron a calmarse. Y Jack entendió una de las palabras que habían salido de sus labios: *Timkat*.

De repente recordó que aquella celebración tenía lugar el 18 de enero. Aquel día daría comienzo la Epifanía, la fiesta más importante para los etíopes. Y Aksum era su ciudad santa. El río de personas que por cada lado los rodeaba y

no permitía al *jeep* avanzar estaba allí por el *Timkat*.

De repente, como si hubieran encendido un interruptor en su cerebro, Jack supo en un instante lo que tenía que hacer. Necesitaba sólo un poco de suerte.

—¡Tengo que mear!

El policía le miró sin entender. Miles le indicó la bragueta de los pantalones.

—¡Mear! ¡Tengo que hacer pipí!

El etíope respondió en

un inglés muy básico.

—Lo harás en prisión.

—No puedo aguantarme.

Llevamos horas viajando.

—Resiste. Ya casi hemos llegado —le dijo el otro moviendo los hombros.

Pasaron unos segundos. Y un penetrante olor a orina se difundió por el *jeep*.

—¡Oye! ¿Pero qué estás haciendo?

El policía miró hacia abajo.

Un charco de orina se iba alargando por el suelo.

—¡Bastardo!

El hombre golpeó a Miles en el costado con el fusil. Luego golpeó con la mano el hombro del conductor.

—¡Para! ¡O este hará que nos ahogemos!

—No puedo. Tenemos órdenes. Hay demasiada gente.

—¡Te digo que te pares!

El *jeep* se detuvo mientras la multitud discurría indiferente a su alrededor.

—Abre la puerta —le dijo el policía a su colega.

Los dos etíopes bajaron y arrastraron a Miles fuera.

—Ahora vayamos al borde de la carretera y allí...

El negro no consiguió terminar la frase.

Jack se le tiró encima, arrojándolo al suelo.

Luego golpeó al otro en la cara con los puños atados por las esposas.

—¡Para!

El policía se había levantado y había sacado la

pistola.

—¡Para o disparo!

Jack agachó la espalda y se arrojó en medio de la gente, empujando a izquierda y derecha. Mientras iba escapando dos tiros se escucharon en el aire. Sintió cómo las balas le pasaban a poca distancia de los oídos. Inmediatamente el pánico se apropió de la multitud y todos se tiraron al suelo.

Un tercer disparo pasó mucho más alto. Miles

alcanzó la zona donde la vegetación era más densa junto a la carretera. Una vez allí, siguió corriendo lo más rápido que pudo. El último ruido que escuchó fue la sirena del *jeep* que llamaba en busca de ayuda. Después, sólo consiguió escuchar los latidos de su propio corazón.

Capítulo 5

Tom Baedeker había llegado a Etiopía hacía unos pocos días. Había tenido que adaptarse rápidamente a los espacios de aquel nuevo ambiente de búsqueda, donde se apreciaba una enorme diferencia con respecto a las estrechas calles de Jerusalén.

—¿Está muy lejos?

El guía, contratado en la mejor agencia turística de la

ciudad, movió la cabeza.

—Pocos minutos.

Habían dejado el todoterreno en el arcén de la carretera y ahora recorrían con paso rápido un sendero con una ligera subida. Su meta estaba en la cima de una colina que no distaba más de dos kilómetros del centro. Y mientras la alcanzaban, el arqueólogo no pudo evitar notar que por todas partes había restos oxidados de carros armados y blindados, así como

astillas de bombas.

—¿Qué diablos ha ocurrido aquí?

—La guerra civil —
respondió el hombre.

—Pero si la guerra civil terminó hace muchos años...

El guía se detuvo y miró fijamente al occidental.

—Esta no es una tierra que sirva para cultivar, y el hierro no molesta a las cabras.

Tom decidió dejar el tema, sobre todo teniendo en cuenta que en pocos

segundos estarían ya en la cima. Se dio la vuelta hacia el valle, y entonces la vio.

Aksum se extendía a sus pies con las luces primeras de la mañana. No tuvo dificultad en divisar el parque en el que se encontraban las piedras gigantes: los enormes monolitos de más de treinta metros y centenares de toneladas de peso, cada uno esculpido en una pieza única de un duro granito. Eran el misterioso depósito de una

civilización pasada de la que no se había perdido la memoria. Más adelante, al otro lado de una plaza, observó el recinto del conjunto religioso de Santa María de Sión. En su interior reconoció la torre campanario del gran santuario querido por el emperador Haile Selassie en los años sesenta. Cerca, con mucha menos altura, vio las torres y las almenas de la iglesia construida por otro emperador de Etiopía,

Fasiladas, alrededor de mediados del siglo XVII. Y por último se quedó mirando, justamente allí al lado, rodeada por una cancela de hierro, una basta y oscura capilla de granito, de poca altura y con una pequeña cúpula de cobre verde. En su interior, lo sabía, se conservaba el Arca de la Alianza.

Así, al menos, decían los etíopes. Los únicos en el mundo que pretendían poseer la extraordinaria

reliquia.

Ningún momento podía ser más apto para comprobar tal certeza. Aquella tarde comenzaba el *Timkat*, la Epifanía, y los sacerdotes sacarían precisamente el Arca en procesión para mostrarla a los fieles. Ocurría sólo en aquel día, porque durante el resto del año se encontraba escondida de las miradas de todos los demás. Sólo el custodio podía acercarse hasta ella y officiar el rito.

Baedeker había venido allí a propósito.

El Arca no se encontraba bajo la explanada del Templo, en Jerusalén.

El día anterior, acompañado por el guía y un diácono del clero etíope, Baedeker se habían presentado en la capilla de Santa María de Sión, para solicitar una entrevista con el custodio.

El hombre, un anciano jorobado que caminaba con mucha dificultad

apoyándose sobre un bastón, se arrastró hacia los recién llegados y les preguntó qué querían. Fue el diácono quien presentó al arqueólogo y le explicó que buscaba información sobre el Arca de la Alianza.

El custodio, que si bien era bastante mayor mantenía una mente lúcida, contestó a tal pregunta con un largo silencio. Examinó en la luz de la tarde el rostro delgado y afilado del extranjero hasta que dentro de sí mismo no

hubo tomado una decisión.

—Decidme —le invitó a hablar con una voz seca y firme.

Baedeker no se hizo de rogar más y comenzó un cerrado intercambio de preguntas y respuestas, entrecortadas sólo con las traducciones del guía.

—Vuestra gente dice que el Arca de la Alianza está conservada en esta capilla. Y he escuchado decir que tú eres el custodio de la reliquia. ¿Es verdad?

—Es verdad.

—El mundo está convencido de que el Arca se encuentra en Jerusalén, bajo el Monte del Templo. ¿Cómo es posible esta contradicción?

—Yo he visto el Arca — contestó el viejo—. ¿Tú la has visto alguna vez?

—No —admitió el estudioso con los dientes cerrados—. Pero si vuestra tradición dice la verdad, ¿por qué la conocen tan pocas personas? ¿Y por qué

en Occidente se considera que es falsa?

—El mundo puede creer lo que quiera. El hecho está en que nosotros poseemos realmente el Arca de la Alianza. Y yo soy su custodio.

—Quizás —sostuvo Baedeker, intentando limitar la seguridad del custodio— hay una equivocación. ¿Tú hablas de la verdadera Arca de la Alianza? ¿Esa que tiene la caja de madera y oro que guarda en su interior las

Tablas de la Ley dictadas por Dios a Moisés en el Monte Sinaí?

—¡Claro! Pero Dios no dictó los Mandamientos al Profeta. Fue él mismo, con su dedo, quién grabó las palabras de la Ley sobre las tablas de piedra. Y Moisés las conservó luego en el Arca de la Alianza.

—¿Qué es lo que sabes del Arca?

El viejo miró al arqueólogo con impaciencia.

—Lo que cada buen

cristiano tiene que saber. El Arca acompañó al pueblo hebreo en sus peregrinaciones a través del desierto durante cuarenta años, hasta la conquista de la Tierra Prometida. Y le aseguró la victoria contra cada enemigo, haciéndolo cada vez más poderoso. Mucho tiempo después de la muerte de Moisés, cuando ya había nacido el reino de Israel, Salomón construyó el Templo de Jerusalén para acoger el Arca. De allí se

cogió y se llevó hasta Etiopía...

—Bueno, a ver, explícame esta parte del asunto.

El anciano se apoyó sobre el bastón de oración y cerró los ojos. Contaba una historia que había narrado mil veces.

—Según el *Kebrá Nagast*, el libro sagrado que cuenta la vida de nuestros reyes y en cuya verdad creemos, la reina de Saba, que se llamaba Makeda y era

soberana de los etíopes, se acercó a Jerusalén en tiempos del rey Salomón, tras haber escuchado hablar de su sabiduría. Una vez convertida al Dios de los israelitas, la noche antes de volver a su patria se reunió con Salomón. Y él le regaló un anillo, que se pondría en el dedo del niño que naciera de aquella unión. De esta forma Salomón podría identificarlo como su hijo. Mientras estaba en el camino de vuelta a casa,

Makeda dio a luz a un pequeño, que fue llamado Menelik. Con la edad de veintidós años el joven volvió a Jerusalén, porque quería ser reconocido por su padre. En cuanto vio el anillo, Salomón acogió a Menelik con grandes honores, convirtiéndolo inmediatamente en una persona importante del reino. Es más, deseaba que se quedara para que él le sucediera en el trono, pero el joven prefería volver con su

madre. Salomón le dio entonces como escolta para el viaje a los primogénitos de las tribus de Israel. Y fueron estos, el día de la salida, quienes robaron el Arca de la Alianza del Templo de Jerusalén, llevándola consigo. Menelik se dio cuenta del robo sólo cuando ya se encontraba lejos de su padre, y Salomón descubrió la desaparición de la reliquia sólo cuando estaba lejos de su hijo. Nada podía ya poner remedio a tal

situación. Fue de esa forma que el Arca de la Alianza llegó a Etiopía, donde es conservada y protegida desde hace tres mil años. Esta es la verdad.

Baedeker no interrumpió al custodio. Pero tras una breve reflexión, preguntó:

—Si el Arca es tan poderosa, ¿por qué el robo se pudo realizar de una forma tan sencilla? Los ladrones tendrían que haber muerto incinerados, como ocurrió a todos aquellos que

atentaron contra el Arca. Lo dice la Biblia...

—Así es —asintió el custodio—, y puede haber sólo una explicación a la misma. Dios quería que tal robo se produjera. Este fue el motivo por el que Menelik, una vez que descubrió todo el lío, no devolvió el Arca a Jerusalén. Y por este motivo, según los sacerdotes de Israel, Salomón no tuvo que perseguir con las armas al joven para recuperar el Arca.

Salomón se desesperó mucho cuando descubrió que el tabernáculo del templo estaba vacío, pero no podía contradecir la voluntad de Dios.

Baedeker no sabía qué decir. Historia, fe y leyenda se fundían en las palabras del custodio en una unión inseparable.

—¿Podrías decirme cómo es el Arca?

El viejo, de repente, le miró con cara desafiante.

—¿Podrías decirme si

efectivamente fue construida tal y como aparece indicado en el Libro del Éxodo?

—No —respondió el custodio—. Conozco el objeto que me ha sido entregado, pero no puedo hablar del mismo.

—¿Por qué?

—Te he dicho que no puedo hablar de ello —repitió. Y se dio la vuelta. Baedeker dijo entonces al diácono, bruscamente, que le perdonara e invitara al anciano a no marcharse.

El custodio se quedó. Pero advirtió que les concedería no más de cinco minutos. Y por un momento, entre el etíope y el extranjero se estableció un silencio muy tenso. Luego el arqueólogo le preguntó de nuevo.

—¿Quién te nombró custodio?

—Mi predecesor. Y yo, en el lecho de muerte, indicaré quién es mi sucesor. Esta es la tradición de Aksum...

—¿Qué dotes tendrá que tener el elegido?

—Amor de Dios, pureza de corazón, limpieza de mente.

—¿Quién puede ver el Arca además del custodio?

—Nadie. Sólo a mí me está consentido acercarme y verla. Pero se le muestra al pueblo durante la procesión en la fiesta de *Timkat*.

—Lo sé. Por eso estoy aquí. Quiero ver en persona el Arca.

El viejo, al escuchar

aquellas palabras, río. Aquella actitud le dejó fuera de lugar. Baedeker no dejaba de mirarle, desorientado.

—El Arca es muy poderosa —le explicó el etíope—, y el pueblo tiene que quedar protegido de la misma. Por eso, en el día de fiesta, tengo el deber de cubrirla con gruesas vestiduras antes de que comience la procesión...

—¿Cuánto de poderosa es el Arca?

El custodio movió la

cabeza; una vez más estaba perdiendo la paciencia.

—¿Has visto los monolitos?

—Sí, los he visto.

—En tu opinión, ¿cómo han sido construidos?

Baedeker admitió que no lo sabía. Nadie lo sabía. El viejo bajó la voz y dijo:

—Fueron construidos gracias al Arca y al fuego celeste. Los hombres no habrían podido jamás realizar por sí mismos unas obras de tales características.

Y dicho todo esto, sin despedirse, el anciano sacerdote se encaminó tambaleándose hacia la puerta de la capilla de Santa María de Sión. No podía dejar sin custodia su tesoro durante mucho tiempo.

La mañana del 18 de enero, Baedeker entró en el hotel después de haber visitado desde arriba Aksum, y tomó mentalmente nota del recorrido que, pocas horas después, seguiría la procesión del *Timkat*. Ahora

sabía cuáles eran los mejores puntos en los que debía situarse para observar el Arca.

El arqueólogo seguía notando, sin embargo, olor a quemado.

En la antigüedad, Aksum había sido la capital de un pueblo muy desarrollado. Desde el siglo III antes de Cristo hasta el siglo VII después de Cristo había dominado una amplia región africana y las rutas comerciales con Asia. Pero

nada hacía pensar que la civilización de Aksum fuese de mil años antes de Cristo. Era completamente absurdo imaginar que en aquella época la reina de Saba se hubiera acercado a visitar a Salomón y que hubieran engendrado un hijo juntos, y que veinte años más tarde el joven hubiese robado el Arca de la Alianza de Jerusalén.

Independientemente de lo que los etíopes escondieran dentro de

aquella miserable capilla, él tenía que poner los ojos encima. Era la única forma para poder entender. Y si también «el Arca» se encontraba cubierta de «vestiduras gruesas», como decía el custodio, esperaba poder valorar al menos las formas. Después de todo, las andas, el trono, los querubines y las mismas dimensiones tenían que hacerla inconfundible. Encerrado en una habitación, Baedeker leyó de

nuevo las instrucciones que Dios había dado a Moisés en el Monte Sinaí para la construcción del Arca. Se encontraban contenidas en el capítulo 25 del libro del Éxodo: «Harás un arca de madera de acacia: ciento veinticinco centímetros de largo por setenta y cinco de ancho y setenta y cinco de alto...».

Las medidas de una caja rectangular, con unas medidas determinadas, donde el ancho y la

profundidad eran iguales. Un objeto más bien sencillo de transportar. Y esconder.

«La revestirás de oro de ley por dentro y por fuera, y alrededor le aplicarás un listón de oro. Fundirás oro para hacer cuatro anillas, que colocarás en los cuatro ángulos, dos a cada lado. Harás también unos varales de madera de acacia y los revestirás de oro, y los meterás por las anillas laterales del arca, para poder transportarla. Los varales

permanecerán metidos en las anillas y no se sacarán. Dentro del arca guardarás el documento de la alianza que te daré. Harás también una placa de oro de ley de ciento veinticinco centímetros de largo por setenta y cinco de ancho. En sus dos extremos harás dos querubines cincelados en oro. Cada uno arrancará de un extremo de la placa, y la cubrirán con las alas extendidas hacia arriba. Estarán uno frente a otro, mirando el centro de la

placa. Cubrirás el arca con la placa, y dentro de ellas guardarás el documento de la alianza que te daré. Allí me encontraré contigo, y desde encima de la placa, en medio de los querubines del Arca de la Alianza, te diré todo lo que tienes que mandar a los israelitas».

Aquella página era su Biblia. Su faro. Su única luz.

Porque sólo el Arca le interesaba.

Tenía que encontrarla.

Tom Baedeker no

encontraría la paz de otra forma.

El Arca de la Alianza era su vida.

Capítulo 6

Mary sintió cómo retumbaba en sus vísceras el toque sordo del *kebero*, el gran tambor oval, al que inmediatamente se unió un coro de voces que entonaban himnos, y el místico sonido de los sistros. Tras aquella señal, la multitud que la rodeaba ondeó, como alcanzada por una sacudida eléctrica.

La mujer miró hacia

arriba: el sol había comenzado la parábola descendiente. Era la primera hora de la tarde de aquel 18 de enero y comenzaban las celebraciones del *Timkat*, la Epifanía, con la que los etíopes recordaban el bautismo de Jesucristo. Mientras Abbe Gebrel y su compañero se habían unido a los otros miembros del clero, ella sujetaba con firmeza la mano de Bale. Mezclados entre la marea humana, se encontraban

delante de una cancela que cerraba la antigua capilla de Santa María de Sión, en Aksum. Allí, según la tradición, se conservaba el Arca de la Alianza, que se llevaría en procesión bajo sus ojos.

Mary se estremeció. Desde que había llegado a Etiopía no había encontrado hasta ahora el momento para hacerse preguntas sobre la fe de sus anfitriones. Pero ahora, inmersa en aquel tumulto de hombres y

mujeres que cantaban himnos al Arca, por primera vez se preguntó acerca de aquella tierra y lo que se escondía en su misterioso corazón. Delante de sus ojos se desarrollaba, de hecho, una escena extraña y arcaica que no tenía nada de moderno. En el claustro de la capilla, a pocos pasos de ella, cubiertos con vestidos blancos y capas negras, sacerdotes y diáconos bailaban y cantaban, atrapados en un baile

primordial. Y tras cada golpe de tambor se escuchaba un golpe de sistro, con su tintineo muy vibrante. La gente se había espontáneamente dividido en dos grupos, y el canto avanzaba como un largo diálogo, aumentando paulatinamente. Aquella música no parecía ni africana ni cristiana, y la transportaba a un tiempo antiguo e indefinido. Era un rito que llevaba consigo recuerdos, esperanzas y

temores de otro milenio.

La mujer apretó con más fuerza la mano del niño.

—¿Qué tal todo? —le interrogó.

Ante aquella pregunta, Bale sonrió y le contestó con una súplica:

—¿Me subes sobre los hombros?

—¡Claro! —respondió Mary con una sonrisa. Le gustaba aquel gesto tan familiar y, si bien el joven ya pesaba un poco, no se quejó. Unos segundos más

tarde un movimiento entre la multitud le advirtió de que estaba ocurriendo algo.

La música había cesado y delante de la puerta de la capilla había aparecido un sacerdote muy anciano, vestido con túnicas rojas bordadas en oro. Con la mano derecha movía, rápidamente y dando vueltas en el aire, un incensario del que inmediatamente se desprendió una nube de intenso perfume. Junto a él tomaron asiento otros diez

religiosos, que movían con ritmos bien marcados pequeños incensarios. Inmediatamente el ambiente se llenó de un aroma que atontaba y a través de la puerta de la capilla, que ahora estaba abierta, Mary pudo observar, además de la fila de sacerdotes, la gruesa cortina que ocultaba el interior del lugar sagrado. Allí dentro, lo sabía, venerada pero invisible a cualquiera menos al custodio designado por el clero

etíope, estaba el Arca de la Alianza. La extranjera sentía la presión de la gente que empujaba para ver. Dio un vistazo atrás y descubrió con asombro que todas las calles de los alrededores se encontraban llenas de etíopes: adultos, niños, ancianos, sanos y enfermos.

Todos esperaban el gran momento, que finalmente llegó.

La cortina del *sancta sanctorum* se hinchó, y tras ella apareció un joven

sacerdote, alto y barbudo, con unos rasgos muy finos. Sus ojos brillaban. Encima de la cabeza, sin ningún esfuerzo aparente, envuelta en paños preciosos que impedían distinguirla, llevaba el Arca de la Alianza, un cofre de madera repujado en oro que, según la Biblia, contenía las Tablas de la Ley, con los Mandamientos que le había dictado a Moisés el propio Dios en el Monte Sinaí.

Tras la aparición del

hombre, los fieles comenzaron a gritar y mover los pies. Sin embargo las mujeres gritaban más que el resto, lanzando agudos vibrantes en los que Mary creyó reconocer unos extraordinarios «aleluyas». Mientras el tumulto cesaba, el sacerdote que llevaba el Arca recorrió, seguido por sus compañeros, los pocos metros que separaban la puerta de la capilla de la cancela y de la calle. Inmediatamente la multitud

se dividió para crear un largo pasillo.

—¿Tú sabes a dónde van? —le preguntó la mujer a Bale.

—A los baños de la reina de Saba —respondió con seguridad el niño—. Me lo ha contado Abbe Gebrel. Para la purificación. Así Dios estará de nuevo con nosotros.

Mary puso abajo al pequeño.

—Vamos —le dijo—, sigamos a la gente.

La mujer veía delante de ella, a pocos metros de distancia, el Arca que se movía encima de las cabezas de los sacerdotes y de los creyentes. Pero los gritos, el canto, el sonido de los tambores, las trompas, las flautas y los violines habían alcanzado una intensidad tal que ensordecía los oídos y confundía la mente.

Fue entonces cuando sintió una mano que se apoyaba sobre su hombro. Era un agarre fuerte, que le

impedía moverse, y se vio obligada a darse la vuelta. Un hombre, un blanco como ella, la miraba. Los ojos estaban cargados de desesperación.

—Haz como yo te diga —susurró—, y todo irá bien.

Capítulo 7

El hombre la cogió bajo el brazo, mientras la procesión de los peregrinos etíopes fluía a su lado.

—Caminemos juntos, con los demás.

—¿Quién eres? ¿Qué es lo que quieres?

Campion intentó soltarse, pero él apretó todavía más.

—Soy tu marido y me encuentro en Aksum por

turismo. Hemos venido para presenciar la Epifanía. Si alguien nos detiene, así lo confirmarás. Dirás que me he olvidado el pasaporte en el hotel. El niño, ¿quién es?

Bale entendió que se hablaba de él y se dirigió al recién llegado con una enorme sonrisa. El pequeño parecía completamente atrapado por el ambiente festivo.

—¡Deja al niño! ¡Quiero saber cómo te llamas! —
contestó la americana

intentando soltarse de nuevo.

—¡No te muevas, maldita sea! No soy peligroso... Todavía no, por lo menos. Me llamo Jack Miles, soy inglés. ¿Y tú, cómo te llamas? Tengo que saber cómo se llama mi mujer...

Ella no respondió. No estaba asustada. Le preocupaba más que pudiera ocurrirle algo a Bale. Aquella tarde Abbe Gebrel lo había dejado en sus

manos, y no quería decepcionar la confianza depositada en ella. Encontraba ridículo que quien la estaba agrediendo —en un país tan pobre— no fuera un etíope en busca del bolso de un turista, sino un europeo. Con poca protección y prepotente. Se preguntó cómo podía escapar de aquel hombre, pero no conseguía imaginárselo. Intentó seguirle el juego para evitar correr peligros inútiles. Lo

observaba mientras, junto con la multitud de creyentes, se alejaban de la capilla del Arca para dirigirse hacia Mai Shum, los antiguos baños donde se decía que la reina de Saba realizaba sus abluciones personales. Allí culminaría la fiesta.

El desconocido era alto, bien proporcionado, rubio, y llevaba una chaqueta elegante. Pero su traje se encontraba manchado, y parecía hallarse en una situación muy ansiosa. ¿De

qué problema estaba escapando? ¿Y quién diablos le autorizaba para implicarla en sus asuntos? De nuevo la abogada sintió que su instinto se rebelaba, pero en aquel momento Bale llamó su atención.

—¡Ven, si no nos quedamos atrás!

Se hicieron un hueco entre la gente, hasta que llegaron a situarse de nuevo en primera fila. A la procesión se habían unido los sacerdotes de las otras

iglesias de Aksum. Cada uno llevaba atado con ricos paños encima de la cabeza el *tabot*, la copia de las Tablas de la Ley, y eran seguidos por muchos diáconos y por una multitud de fieles. En medio de ellos sobresalía el sacerdote de Santa María de Sión, porque llevaba sobre la cabeza un objeto que se reconocía perfectamente: el Arca de la Alianza. Toda Aksum se encontraba allí, y muchos etíopes se habían acercado hasta el lugar

desde localidades dispersas por todo el país. En una progresión de cantos y danzas la procesión, que se alargaba durante kilómetros por las calles de la ciudad, llegó al final.

Mary sentía con fuerza el abrazo de Miles, pero ni siquiera la preocupación por lo que le estaba ocurriendo pudo apartarla de las poderosas emociones de aquel antiguo rito. El sacerdote que llevaba el Arca estaba de pie sobre los

escalones que bajaban dulcemente hacia las aguas del Mai Shum. Detrás de él, hombro con hombro, estaban sus compañeros, con los *tabot*. Más atrás había muchos más sacerdotes. Cada uno llevaba en la mano un paraguas ceremonial con unos colores muy brillantes, decorados con franjas y estrellas, soles y lunas crecientes y muchas otras figuras misteriosas. A su alrededor, en la pendiente que se reflejaba en el agua,

los fieles dejaban espacio a los diáconos, que golpeaban rítmicamente contra la tierra el bastón de oración siguiendo el ritmo del tambor. Tras cada golpe, de nuevo, como había ocurrido antes, delante de la capilla del Arca, se escuchaba un tintineo del sistro. Y comenzó entonces una danza lenta y sinuosa delante de la sagrada reliquia, una danza hipnotizadora cuyo ritmo se contagié en breve a todos los peregrinos.

Mary sintió el movimiento que le transmitía la mano de Bale, y se descubrió a sí misma siguiendo la música. Era fácil seguir el ritmo, y le daba una gran seguridad el sentimiento de bienestar que le ofrecía la posibilidad de danzar junto a aquella gente. Sólo después de muchos minutos, cuando le parecía que ya la multitud constituía un cuerpo único, listo para realizar cualquier acto o sacrificio, la música de

repente cesó. Y en el silencio general los portadores del Arca y de los *tabot* entraron en una gran tienda que había sido construida para tal ocasión. Iluminado por los últimos rayos de sol del atardecer, y mientras las mujeres volvían a emitir sonidos agudos muy elevados, los religiosos desaparecieron de los alrededores. Luego, poco a poco, las miles de personas que habían participado en la procesión se tranquilizaron.

Hubo quien comenzó a pasear, otros se sentaron sobre la tierra y comenzaron a conversar. Nadie se alejó.

—¿Qué es lo que va a ocurrir ahora? —preguntó Mary a Bale.

—Nos quedaremos aquí toda la noche. Dios está en la tienda y mañana por la mañana nos ayudará a purificarnos.

—¿Cómo?

—Los sacerdotes bendecirán las aguas y nosotros nos bañaremos bajo

la mirada de Dios. De esta forma volveremos puros, lavados de nuestras culpas. Abbe Gebrel me lo ha explicado todo muy bien.

Miles tragó saliva, ansioso. No entendía lo que estaba ocurriendo.

Campion le miró a los ojos.

—Si estás escapando, nadie podrá localizarte aquí de noche en medio de esta multitud inmensa. Pero podrás quedarte con nosotros sólo si nos cuentas

lo que te está ocurriendo.

Jack suspiró. Luego, como si las piernas le estuvieran cediendo, se dejó caer al suelo. Cerró los ojos y murmuró:

—Os lo contaré todo. Pero ahora dejadme descansar, os lo ruego...

Pocos segundos después se había quedado dormido.

Bale jugaba con sus coetáneos, a la luz de las hogueras que se habían ido encendiendo por toda la explanada del Mai Shum.

Nadie parecía dormir aquella noche, y mucho menos los niños, que se sentían invadidos por una energía inagotable.

Mary no perdía de vista al pequeño etíope, mientras junto a ella Jack Miles terminaba de contarle una historia que le parecía inverosímil. Desde United Foods a las Naciones Unidas, desde Ferguson a los almacenes vacíos de Addis Abeba, desde la detención y la fuga hasta el

herrero que le había liberado de las esposas sin hacer preguntas y contentándose con unas pocas monedas.

—¿Me crees?

La mujer se encontraba llena de dudas. Parecía sincero. Luego, instintivamente, le preguntó:

—¿Por qué me has elegido? No soy hoy la única occidental en Aksum.

—La Policía busca a un hombre solo y desesperado, no a una familia... Y luego, hay algo que me ha llevado

hasta ti. Creo que ha sido por el niño. Estáis bien juntos. Os llevo siguiendo un tiempo. Parecéis hechos el uno para el otro.

Mary se quedó paralizada ante aquellas palabras y miró fijamente a Miles. Era un extraño, pero lo había entendido todo. ¿Era posible que su pasión por el pequeño fuera tan evidente? Se asombró de sí misma, porque sentía que Bale no era libre. En su interior sabía que su destino

había sido ya trazado. Ella no podía quedárselo.

Ante aquellas palabras, no pudo evitar sumirse en una profunda reflexión. Y cuando abrió los ojos sobre la explanada se dio cuenta de que el etíope había desaparecido.

—¡Bale! —exclamó la mujer, incorporándose rápidamente, alarmada—. ¡Bale! —gritó más fuerte.

Miles le hizo una señal.

—¡Está allí! ¡Se está alejando!

—¡Vamos! ¡No puedo perderlo!

Capítulo 8

Les costó trabajo seguirle. El niño parecía animado por una inexplicable excitación, que crecía paso tras paso. Lo alcanzaron y le preguntaron que a dónde iba, pero él no les respondió. Murmuraba cada vez con mayor nerviosismo palabras sin sentido que la mujer no conseguía entender. Al final, los dos extranjeros comprendieron que el

instinto estaba llevando al pequeño allá de donde venían: la capilla de Santa María de Sión.

Cuando llegaron delante de la cancela, Bale comenzó a gritar:

—¡Nooooo! ¡Nooooo!

La puerta de la capilla estaba abierta de par en par, y la cortina que escondía su interior se movía sinuosamente con el aire fresco de la noche.

—¡Para Bale! —le rogó Mary—. Y dime lo que

ocurre.

Pero el niño no la escuchó. De un salto superó la cancela y entró en la capilla.

Jack Miles fue detrás y Mary los siguió, si bien nada podía prepararlos para la escena que se les presentó ante sus ojos.

Dentro de la capilla cuatro antorchas clavadas en las paredes iluminaban débilmente un gran y desnudo ambiente rectangular. A la derecha,

desplomado sobre el suelo de piedra, estaba un anciano sacerdote. Se quejaba, y un oscuro charco de sangre se alargaba en la base del cráneo. El arma con la que había sido golpeado, un martillo pesado de bronce, yacía a un paso del cuerpo. Al verlo, Mary se sobresaltó por el miedo. Y se dio cuenta confusamente, en un segundo, de que no había visto al anciano aquella tarde entre los sacerdotes que preparaban la ceremonia

del *Timkat*.

La mujer sujetó el brazo de Miles. En la penumbra espectral de la capilla, al fondo de la sala, vieron a dos hombres. Llevaban un pasamontañas que dejaba al descubierto sólo sus ojos y nariz. Jack notó que tenían un físico atlético y las manos desnudas. Nada más. Se apresuraban a cruzar una puerta cuando Bale los había sorprendido. Desorientados, inmóviles, miraban aterrORIZADOS al niño que les

hablaba lentamente en amárico, con una voz disuasiva. Y no se percataron en absoluto de los dos extranjeros.

—No lo hagáis —dijo Bale—. ¡No lo hagáis! La fuerza del Señor os matará. Nadie puede ver su trono y seguir viviendo mucho más tiempo. Los querubines impiden a cualquiera que se acerque. Si entráis, ¡vosotros, asesinos, moriréis en un resplandor cegador!

El niño levantó un dedo

índice en señal de amenaza contra los asaltantes, y por un momento reinó el silencio. Luego uno de los dos se lamentó en voz alta, dándole la espalda a Bale, y metió la llave en la puerta. Los agresores habían tomado su decisión.

—¡Parad! —les gritó de nuevo el niño.

Ante aquella señal, Jack recogió el martillo y se lo arrojó. Los gritos sofocados de los tres hombres llenaron el ambiente, mientras Bale

observaba la escena con cara asustada y Mary le abrazaba para protegerlo.

Pocos segundos más tarde el martillo se le resbaló al suelo. Los agresores cerraron a Miles en una esquina y le comenzaron a golpear a base de puñetazos. Hasta que de repente decidieron abandonar el campo.

En el exterior, al otro lado de la cancela del templo, rayos de luz cortaban la oscuridad de la

noche y el fuerte sonido de las sirenas invadía el ambiente. Alguien había llamado la atención de la Policía hacia aquel lugar.

Los dos desconocidos empujaron al inglés, que se tambaleó, jadeando hasta quedarse de rodillas mientras los otros salían corriendo. El niño se acercó hasta el cuerpo del sacerdote moribundo. Acercó su oído hasta los labios de aquel, pero de la boca del hombre ya no se percibía ningún

rumor. El pequeño etíope lloraba, y Mary se arrodilló junto a él.

—Bale... Las palabras que has dicho antes... No te había escuchado antes hablar así, de esa forma...

El niño no respondió. Luego, secándose las lágrimas, se dirigió hacia la mujer.

—Yo tengo que quedarme aquí. Pero si la Policía os encuentra aquí os inculparán del delito. ¡Escapad!

—¡Pero si nosotros no hemos hecho nada! — replicó ella.

—¡Marchad! —ordenó el niño con voz perentoria. Mary cogió de nuevo la mano del niño entre las suyas mientras sus ojos le brillaban.

—No entiendo tus palabras. Pero haré lo que dices.

Como respuesta, lo único que obtuvo fue una gran sonrisa en el rostro del niño.

Una vez tomada la decisión, la mujer se levantó y sostuvo a Miles por un brazo.

Los dos extranjeros dejaron la capilla de Santa María de Sión, adentrándose en la noche.

Capítulo 9

—¿Quién es ese niño?
Todavía no me lo has
dicho... —La voz de Jack
Miles sonó tensa en el oído
de Mary Champion.

Se encontraban a un
centenar de metros de la
capilla. Escondidos entre los
árboles, escuchaban los
gritos de los policías que
estaban registrando el
templo. Y observaban al
tiempo las sombras de los

fieles que llegaban corriendo desde Mai Shum. La noticia de que alguien se había introducido por la fuerza en el lugar más sagrado de Etiopía atraía hacia la capilla a una multitud de peregrinos. Si hubiesen caído en manos de los etíopes, los asesinos del sacerdote no habrían podido sobrevivir ni siquiera un minuto. Era necesario alejarse lo más rápidamente posible del lugar del delito y hacer desaparecer sus

propias señales.

Mary se dio la vuelta hacia Jack y replicó en voz baja:

—No lo sé. Es un niño como los demás. Pero es diferente. Es como si... es como si caminara siempre tres pasos por delante de los demás...

—¿Cómo sabía del asesinato en la capilla?

Campion levantó los hombros.

—No lo sé, te lo estoy diciendo. No tengo

respuestas...

El hombre se sentó en el suelo, exhausto.

—¿Y ahora qué hacemos?

La mujer se arrodilló junto a él.

—Vamos a ver —dijo—. Nadie nos ha visto en la capilla, menos los dos asaltantes, y nadie por lo tanto puede inculparnos de haber matado a un sacerdote. Seguramente nos han visto junto a Bale, pero es difícil que nos reconozcan entre

tantos turistas occidentales. Tú, más bien, tú sí eres un problema. A ti te están buscando. Mañana por la mañana cogeremos un taxi y pediremos que nos lleven a Gondar. Allí están mis oficinas y estaremos en un sitio seguro.

Jack Miles miró a la americana con gratitud.

—¿Por qué te fías de mí, Mary? Si me dejaras ir ahora, podrías irte limpia...

La mujer sonrió.

—Porque ahí dentro has

sido valiente. Has impedido a esos dos que violaran el tabernáculo de la capilla. Y luego, porque no me quedaré tranquila hasta que no sepa quién es Bale en realidad. Ese niño me ha embrujado —y diciendo aquellas palabras se levantó—. Vamos. Faltan apenas tres horas para el alba. No será difícil escondernos hasta que nos marchemos.

—¡Deteneos! ¡Vosotros vais a venir conmigo!

La voz alcanzó a Jack

como si fuera una puñalada. Mary y Jack se agacharon y analizaron la oscuridad que les rodeaba. No vieron a nadie hasta que un hombre salió de entre los árboles. Era un blanco y estaba hablando en inglés. Llevaba una pistola en la mano.

—Elegid. O venís conmigo o presento una denuncia contra vosotros. Os he visto en la capilla. Y estoy seguro de que la Policía estará encantada de teneros entre sus manos...

—¿Y tú quién diablos eres?

—Me llamo Tom Baedeker —les contestó el hombre, apuntando con la pistola hacia donde estaban —. Y bien, ¿qué preferís?

Mary y Jack se levantaron resignados. No tenían otra elección.

Capítulo 10

Se los había llevado a la fuerza. Y sin quererlo les salvaba el pescuezo.

—Leed aquí...

Mary y Jack llevaban encerrados desde hacía tres días en una habitación de hotel en Makele, una ciudad no muy lejana de Aksum. Baedeker había llegado hasta allí después de haberles hecho subir a un coche en mitad de la noche

del *Timkat*.

Apuntándoles con una pistola, había obligado a Mary a conducir. Sorprendentemente les había resultado incluso demasiado sencillo escapar de la alocada vigilancia de los etíopes. Aunque Santa María de Sión no había resultado violada finalmente.

En las primeras horas de cautividad, la americana y el inglés habían intentado forzar su prisión inventando cualquier tipo de salida. Pero

muy pronto lo habían pensado mejor. Y el motivo era muy sencillo: con la Epifanía que todavía no había concluido, la noticia de la muerte del custodio del Arca, que se había sacrificado para defenderla ante un intento de robo, habría encolerizado a toda Etiopía. Recordando tiempo atrás, nadie había intentado antes realizar un sacrilegio de ese tipo, y la foto de Jack Miles, buscado tras haber escapado después de su

detención, seguramente habría sido difundida en los periódicos.

A la mañana siguiente los dos hechos aparecían unidos. Muchos recordaban haber notado al extranjero en compañía del niño que habían encontrado en la escena del delito. El niño, precisamente por su temprana edad, no había sido considerado un testimonio atendible. Pero, en relación con el blanco, eran pocos los que dudaban

que estuviese implicado en el asesinato. Se buscaba también a una mujer, que había sido vista junto a él. Afortunadamente para Mary, la Policía no disponía de fotografías o identificación, y encontrarla parecía algo imposible.

Jack levantó la mirada hacia la edición inglesa del *Addis Abeba Times*. Se veía descompuesto. En las últimas semanas había perdido el control de su vida.

El encuentro con Ferguson en Scotland Yard era nada en comparación con el lío en el que se acababa de meter. Tenía delante a un país entero pisándole los talones. Y comenzó a temer que no volvería a ver su casa.

También Mary se sentía muy cercana a la desesperación. Estaba poniendo en juego su libertad y su misión y no entendía cómo había podido ocurrir. Tenía delante a

Baedeker y se preguntó por enésima vez qué es lo que quería aquel hombre de ellos. Pero estaba exhausta. La euforia que había sentido durante el viaje desde Gondar hasta Aksum había desaparecido. Su capacidad de aguante estaba desmoronándose. Miró al extraño, que les miraba fijamente, pacíficamente acomodado en el único sillón de la sala. Se incorporó acercándose hacia ellos.

—¿Os habéis calmado?
Decidme que os habéis
calmado y hablaremos por el
bien de esta historia.

La americana y el inglés
hicieron una señal de
asentimiento. Cualquier
cosa, con tal de comenzar
desde cero.

—Soy un arqueólogo y
desde hace muchos años
estudio el Arca de la
Alianza. Siempre he
pensado que se encontraba
bajo el Monte del Templo,
en Jerusalén. Creía que

había encontrado una confirmación en algunos antiguos manuscritos, que había sido escondida allí por los sucesores de Salomón para escapar de los enemigos de Israel... Interrumpidme si hay algo que no entendéis. A vosotros estos asuntos no os interesan.

—Sigue —le exhortó Mary de forma brusca.

—Ok —retomó el hilo Baedeker—. Jerusalén fue asediada y destruida por los

babilonios alrededor del año 590 antes de Cristo. Los hombres del rey Nabucodonosor, vencida la resistencia de los israelitas, penetraron en la ciudad, se llevaron por delante todo aquello que encontraron y deportaron a la población hasta Mesopotamia. La Biblia conserva una lista detallada del botín de guerra, que comprendía todos los objetos decorativos y aquellos sagrados más preciosos para aquel

tiempo... Esto seguramente lo sabéis: el templo era el centro de la fe y de la vida religiosa de los hebreos. El recuerdo de su profanación conmueve todavía hoy; incluso a los ultraortodoxos de Jerusalén aún se les saltan las lágrimas recordando estos hechos. Bueno, volviendo a nuestro argumento, es bien sabido que en la lista de los bienes que salieron del templo no figura el Arca de la Alianza. Y es una ausencia que se

puede explicar sólo de una forma: el baúl que contenía las Tablas de la Ley fue escondido antes de que los babilonios entraran en la ciudad.

—¿Y tú piensas que quedó enterrado bajo el templo? —le preguntó Mary.

—Así lo pensaba, pero ahora estoy convencido de que no es así.

—¿Y por qué?

—Esto no os incumbe.

—El arqueólogo hizo un

gesto decidido con la mano.

—En mi opinión son todo gilipolleces...

La mujer y Baedeker se quedaron mirando fijamente a Miles.

—Son sólo leyendas. ¿Quién diablos ha visto alguna vez el Arca de la Alianza?

Mary se dio la vuelta hacia el arqueólogo.

—¿Te has vuelto loco?

—El día antes del *Timkat* —les explicó—, tuve una larga conversación con

el custodio, el hombre que habéis encontrado muerto dentro de la capilla de Santa María de Sión.

Mary y Jack lo recordaban demasiado bien.

—Sólo a él se le consiente que vea el Arca. Y él me ha hecho entender que por ningún motivo del mundo se alejaría de la misma.

—De hecho, no se encontraba entre los sacerdotes que encaminaban la procesión.

—Ya. El custodio estaba en la capilla. Estaba de guardia ante el Arca de la Alianza.

—Esto significa que en la procesión...

—En la procesión los etíopes llevan un Arca falsa. Y en ella se concentran la fe y la oración de la gente. Y es la que vosotros habéis visto, cubierta por telas gruesas. Pero el Arca auténtica de la Alianza se queda en Santa María de Sión, vigilada por su custodio. Esto quiere

decir también que los dos ladrones...

—Que los dos ladrones sabían todo y querían poner las manos encima del Arca.

—Exacto.

—Pero tú —le preguntó Jack—, ¿por qué estabas allí?

—Es sencillo. Yo la tarde del 18 estaba allí para presenciar el *Timkat*. Pero cuando vi que el custodio no se unía a los otros sacerdotes entendí que si quería ver el Arca tenía que permanecer

junto a él. Así que me escondí en el exterior de la capilla de Santa María de Sión...

—¿Qué es lo que pretendías hacer? —le preguntó Mary.

—Entrar y obligar al custodio a que me mostrara el Arca —le respondió Baedeker.

La sala se llenó de la risa nerviosa de Jack Miles.

—¡Estás loco!

—No hay otra forma —contestó secamente el

arqueólogo—. Y no hay un momento mejor. Con toda la población de la ciudad concentrada en el Mai Shum, tendría que habérmelas visto únicamente con el viejo cojo.

—¿No tenías miedo del Arca?

Baedeker miró a Champion.

—¡Estupideces! Todo lo que se dice sobre los poderes del Arca de la Alianza es fruto de leyendas populares. Son leyendas creadas por los

levitas, los sacerdotes hebreos. Jugaban a las supersticiones de la gente y la tenían alejada del templo ante el temor de que el Arca castigara a los pecadores, a los impuros delante de Dios. De cualquier forma — añadió con sarcasmo—, me encontraba totalmente dispuesto a correr el riesgo. Tengo que saber como sea si el Arca se encuentra en Etiopía, o si lo que conservan los etíopes es falso. O si es algo que se

parece mucho al Arca de verdad. Todo son hipótesis que pienso comprobar. Por las buenas o a las malas...

—¿Qué es lo que ha salido mal?

—Vosotros también lo sabéis. Mientras en mitad de la noche me preparaba para entrar en la capilla, he visto salir de la nada a esos dos. Luego, como si no fuese suficiente, también os habéis presentado vosotros. Por un momento he pensado que todos ibais juntos. Pero al

acercarme escuché que alguien estaba luchando. Ha sido así como me he dado cuenta de que mis planes no eran los únicos que habían saltado. Después he visto a los dos ladrones corriendo. Y cuando estaba llegando la Policía, también vosotros habíais escapado.

—¿Quién llamó a la Policía?

—Los etíopes no son tan estúpidos —afirmó Baedeker—. Los ladrones que intentaron entrar en el

sancta sanctorum hicieron saltar el sistema de alarma.

El silencio se adueñó del pequeño grupo. Fue Mary quien lo rompió.

—¿Y ahora qué hacemos?

La luz del atardecer estaba entrando por la ventana de la habitación del hotel.

—Vosotros me ayudaréis a encontrar la verdad sobre el Arca de la Alianza.

—¿Por qué tenemos que

hacerlo?

—Porque todo está unido. El Arca, los dos ladrones, el niño... ¿No ha sido él quién os ha llevado hasta la capilla? Alguna oscura voluntad nos ha guiado a todos a Aksum el mismo día, en el mismo lugar, a la misma hora. Cuando resolvamos uno de los misterios de esta historia —concluyó el arqueólogo—, los resolveremos todos.

**SEGUNDA
PARTE**

**EL
PREDESTINADO**

Capítulo 1

El cardenal Antonio Madruzzi, recién llegado a Chartres en coche desde París, ordenó que le dejaran en la plaza de la célebre catedral. Iba vestido como un sencillo sacerdote. Parecía un párroco de una localidad sencilla de alguna provincia francesa.

—Quedáis libre —dijo al chófer—. Volved dentro de dos horas.

Le dio instrucciones también a los escoltas, en cuanto bajaron del otro coche.

—Me encuentro aquí en una visita privada. No me estéis encima.

Aquellos asintieron. Aunque sabía que no le perderían de vista, nadie tenía que escuchar la incómoda conversación que en breve tendría lugar. Cuando se quedó solo, ignoró las comitivas de turistas que se amontonaban

en las entradas y comenzó a observar las formas de la catedral dedicada a Santa María Madre de Cristo. El estilo gótico en el que había sido construida entre el 1100 y el 1200 le confería una extrema tensión hacia arriba. Madruzzi sabía bien que el gótico había nacido justo aquí, y que su primer ejemplo era la torre septentrional, terminada en 1134. En las décadas posteriores habían sido añadidas la torre meridional

y el portal real, dirigido hacia el oeste. Por último, entre el 1194 y el 1225 se había completado la parte exterior. A partir de esa fecha se había quedado más bien inalterada durante siglos, hasta la actualidad.

Aquel edificio sagrado fascinaba desde hacía muchos años al cardenal, que en cada visita se preguntaba sobre su ambiente misterioso y sobre el aura natural que emanaba. Mientras esperaba,

observaba las vidrieras en las que estaban representadas escenas bíblicas y miles de figuras humanas, el laberinto enigmático trazado sobre el suelo de piedra en el centro de la nave, las nervaduras que proyectaban las paredes hacia arriba, los estrechos arcos y las miles de agujas, así como las oscuras frases litúrgicas que apuntalaban muchas esquinas escondidas de la iglesia. Y se preguntaba quién había

podido proyectar esa obra maestra de armonía y proporción. El gótico mismo era un misterio, nacido de la nada en aquella región de Francia después de la sencillez y la austeridad del estilo románico. No había continuidad, no había evolución. Como si el primer pensador del gótico hubiera roto con lo que había antes, decidiendo reinventar la arquitectura. O como si las reglas de aquel estilo nuevo provinieran de

otro mundo, de otras mentes, de otras culturas.

Bernardo de Chiaravalle. Ese era el nombre que se le repetía cada vez que volvía a Chartres. Bernardo, nada más entrar en la Orden de los Cistercienses en el 1112, se había convertido en uno de los hombres más influyentes de la Iglesia y de la política de su tiempo. Más importante que el propio papa. Era él quien había promovido, en todos los medios, la difusión y la

evolución del gótico y de los principios de la geometría sagrada. En el 1134, cuando acababa de ser terminada la torre septentrional de la catedral de Chartres, Bernardo había alcanzado su máximo poder. Y nada de lo que ocurría en las obras del enorme templo podía no pasar por sus manos. Él lo veía todo, lo valoraba todo, decidía todo. Había sido él quien había dado a la catedral aquel halo de misterio. Deslumbrado por

su personalidad, Madruzzi había entrado en la Orden Cisterciense treinta y cinco años atrás. Una vez que había logrado ser el superior general, había tenido que dejar su tranquilo monasterio para ser nombrado cardenal por el papa. En ningún momento, a pesar del tiempo y las nuevas obligaciones, había dejado de estudiar los escritos y el pensamiento de su gran predecesor.

El prelado paseó por el

lado meridional de la
catedral y subió los
diecisiete escalones que
llevaban al pórtico decorado.
Observó los centenares y
centenares de estatuas de
tamaño natural que
ocupaban cada centímetro
disponible de la pared. En la
arquivolta más interna del
arco se encontraban las
veintiocho representaciones
de los reyes y la reina del
Antiguo Testamento.
Reconoció a David con su
arpa, a Salomón con un

cetro, y a la reina de Saba que sujetaba en la mano una flor. Y aquí, como le ocurría siempre con aquella visión, Madruzzi arqueó una ceja. La mujer no tenía que estar allí, mezclada entre los personajes más importantes del hebraísmo arcaico, porque era pagana. Así lo decían, en la Biblia, el Primer Libro de los Reyes y el Segundo Libro de las Crónicas: la reina de Saba había llegado a la corte de Salomón como una pagana y

se había marchado como una pagana hacia su misterioso reino. ¿Por qué Bernardo había decidido concederle aquel lugar? Sólo los etíopes, sabía Madruzzi, contaban la historia de una conversión al hebraísmo de la soberana. Pero era difícil creer que aquella leyenda fuera conocida por quien había ordenado a los maestros escultores que realizaran un boceto de las figuras en la piedra del pórtico. Y sin embargo... Y

sin embargo todo el lado meridional de la catedral había sido construido en el primer cuarto del siglo XIII, precisamente cuando los cristianos del cuerno de África escribían el *Kebrá Nagast*, su Biblia. La visión de secretas relaciones entre los hombres de los dos continentes se tambaleó una vez más en la mente del alto eclesiástico.

Madruzzi dudó unos instantes delante de la estatua de la reina. Luego se

movió hacia el pórtico septentrional. También éste había sido construido entre el 1200 y el 1225, y todas las representaciones que lo decoraban estaban inspiradas en el Antiguo Testamento. El cardenal observó a la Virgen María y al pequeño Jesús junto al profeta Isaías y Daniel, el misterioso sacerdote-rey Melquisedec, Abrahán, Moisés, Samuel y David, el Jardín del Edén con sus cuatro ríos y de nuevo a

María, coronada y sentada sobre el trono celeste detrás de su hijo, el Cristo y Mesías. Y finalmente visualizó de nuevo a la reina de Saba. No una estatuilla sobre el arco, como en el pórtico meridional, sino una estatua más imponente, de grandeza casi natural. Y cerca, como era lícito esperar, estaba la representación de Salomón.

—¿Está aquí sin escolta?

Madruzzi se dio la vuelta.

El invitado poco deseado acababa de llegar.

—Con tipos como usted sería siempre necesario — contestó secamente. Luego miró a su alrededor para cerciorarse de que estaban solos. Fue entonces cuando el cardenal susurró—: Mister Steiger, usted me ha decepcionado completamente. Este encuentro no estaba programado. Dígame qué es lo que ha ocurrido e intente ser convincente. O tendré

que prescindir de sus servicios.

El visitante no se dejó intimidar por las palabras del religioso. Se acercó a una de las numerosas estatuas que componían el cuadro del portal y pasó por encima la mano, como si buscase el polvo de hacía siglos. Luego se dirigió a Madruzzi.

—El robo del Arca fue planificado con extremo cuidado. Todo iba correctamente. Nadie podía

tener prevista la llegada de aquellos locos. Así que el golpe se ha truncado. Y no entiendo cómo han podido llegar...

El cardenal lo interrumpió.

—Quiero saber más. Los periódicos dicen que la Policía ha encontrado en la capilla a un niño. Y que están buscando a los occidentales. Pero no dicen nada más...

—Porque esto es sólo el final de la historia...

—¿Y bien? —insistía Madruzzi con impaciencia.

—Mientras mis hombres estaban a punto de violar el tabernáculo de la capilla, llegó el niño e inmediatamente después los dos blancos, un hombre y una mujer.

—¿Quién es ese niño?

—¡Yo qué sé! Mis hombres dicen que era un etíope. Los ha amenazado, o desafiado. No entendieron nada de sus palabras. Luego el occidental se les tiró

encima. Así que escaparon. No tenían forma de llevar a cabo el golpe... ¿Me escucha?

El cardenal se había quedado blanco. Y por un momento le pareció completamente inmerso en sus pensamientos. Luego, aparentemente sin motivo alguno, se despertó.

—Ese niño... ¿No sabría decirme nada más de él?

—No.

El eclesiástico reflexionó rápidamente.

—Encuéntrelo,
secuéstrelo, mátelo. Haga lo
que quiera, pero quite a ese
niño de en medio.

Steiger no entendía.

—¿Y el Arca?

—¿Qué posibilidad
tenemos de cogerla?

—Ninguna. Después del
asesinato del custodio
reforzarán las medidas de
seguridad. No le quitarán los
ojos de encima al Arca. Y no
dejarán solo al custodio
nuevo en ningún momento.

—Y todo eso porque

usted ha fracasado...

El hombre levantó los hombros.

—No siempre los imprevistos se pueden dominar.

—Yo le pago también para que domine los imprevistos...

—¿Por qué quiere el Arca?

Madruzzi hizo un gesto de desprecio con la mano.

—Es algo que a usted no le importa. Lleve a cabo su trabajo sin hacer preguntas.

Y a partir de ahora concéntrese en el niño.

El otro no replicó.

—Váyase —concluyó Madruzzi—, y no vuelva sin resultados.

«Por qué quiere el Arca, me ha preguntado ese estúpido. Sin darse cuenta de que el motivo estaba justo delante de sus ojos».

Una vez a solas, Madruzzi volvió a observar las estatuas de la reina de Saba y de Salomón.

Arrodillada a los pies de

la soberana, había otra figura humana, y su presencia parecía sorprendente: un negro, un africano. Y no lejos de las dos estatuas, sobre una columna, se podía ver una escultura mucho más pequeña, difícil de confundir con algo más. Se trataba de un cofre o de una caja muy pequeña, transportada por un carro arrastrado por bueyes. La referencia al Arca de la Alianza no podía ser más transparente. Dando una

vuelta alrededor de la columna en sentido antihorario, Madruzzi leyó la frase que acompañaba la escultura: HIC AMICITUR ARCA FOEDERIS. El significado del latín medieval se podía intuir: *Aquí está escondida el Arca de la Alianza.* Y el «aquí» podía encontrar explicación sólo en la figura a los pies de la reina de Saba, un hombre que estaba en un comportamiento servil, como si fuera el esclavo de la mujer, o un

súbdito suyo.

Pero había más. El Arca, situada sobre las columnas de apoyo del pórtico septentrional de la catedral, se encontraba a mitad de camino entre la estatua de Melquisedec, el sacerdote-rey de Jerusalén, y la estatua de la soberana de Saba. Es más, las tres esculturas parecían unidas por un hilo directo. Y el carro que transportaba el Arca de la Alianza se movía desde Melquisedec a la mujer,

como si la preciosa reliquia hubiera efectivamente viajado desde Israel hasta el corazón de su reino, situado según las leyendas etíopes en el cuerno de África, entre sus súbditos negros.

Madruzzi estaba literalmente crecido entre las columnas de Chartres. Y cuando se había dado cuenta de aquel complicado diseño, dos años antes, había temblado. Muchas esculturas de la catedral tenían un significado escondido y

habían sido estudiadas por constructores para contar historias o comunicar informaciones cifradas. Aquella colocación particular no podía por lo tanto ser accidental. Todos los detalles, y sobre todo la presencia del africano, le hacían pensar que quién había trabajado en Chartres conocía la leyenda de la reina de Saba expuesta por el *Kebrá Nagast*. Y había decidido dejar, a través de la iconografía del pórtico

septentrional, un mapa cifrado sobre el destino del Arca de la Alianza, sustraída a Israel en el Templo de Salomón y llevada hasta Etiopía. Aquel mapa tenía que servir para localizar el tesoro más sagrado y precioso que el mundo hubiera conocido jamás. Un tesoro que, por el bien de todos, tenía que quedar enterrado entre las arenas del templo, en las nieblas de la leyenda de un pueblo miserable. Como había sido

hasta entonces.

«Es esta mi misión» —
pensó el cardenal.

Bernardo, un gran santo
y un gran teólogo, se había
mostrado demasiado
indulgente con los saberes
ocultos que amenazaban la
pureza de la fe.

—Pero hoy —se dijo
Madruzzi mientras
contemplaba todavía las
estatuas— las masas en
busca de novedades y de
misterios se dejan desviar de
la obediencia a la Iglesia

ante cualquier fábula bien contada.

Su mente volvió a la discusión tenida con Steiger.

El niño... El niño no era una fábula. Y no se esperaba que entrara en escena tan pronto.

Capítulo 2

Desde su punto de observación preferido, Madruzzi contemplaba una escena típica. El mes de febrero regalaba a Roma días templados y luminosos y a mitad de la tarde el papa aprovechaba siempre para recitar el rosario con su secretario, paseando por los jardines vaticanos.

El anciano vestido de blanco procedía con un paso

medido. Todo, en su figura, exprimía la serena conciencia de quien desarrolla plenamente su misión. Aquella vista confortaba al cardenal.

Mientras observaba al venerado jefe de la Iglesia, al viejo y sabio teólogo alemán, proceder seguro por su camino, le dirigía mentalmente un saludo: «Avanza tranquilo, Padre. La barca de Pedro es sólida. Gracias a los fieles servidores como yo, la

Iglesia está protegida de los enemigos mortales...».

En ese momento, detrás de él, alguien se aclaró la voz con discreción. Se dio la vuelta.

Padre Roger, uno de los nuevos contratados, se había acercado y ahora estaba a su lado con un documento en la mano.

—No quería molestarle, eminencia... —dijo el joven sacerdote—, pero he visto esta nota vuestra urgente.

Mientras hablaba le

mostraba la hoja al superior. Madruzzi dio un vistazo rápido. Era la orden, oportunamente secreta, de conceder nueva financiación a Steiger para la misión en Etiopía. La transferencia de una suma importante de dinero en una cuenta de un banco suizo.

—Es una cifra importante —comentó Roger—. Quería una confirmación. He sabido que no se trata de una decisión de la Secretaría de Estado.

Depende directamente de
vos...

—No temáis —comentó
Madruzzi, sonriendo ante los
escrúpulos de aquel hombre
de Dios—. Es por una buena
causa. ¿No conocéis acaso
las condiciones penosas en
las que vive el clero etíope?
Entre nuestros deberes se
encuentra el de ir en ayuda
de las Iglesias hermanas. Es
lo que quiere el papa, que se
eleve el gasto a favor del
diálogo ecuménico. Pero se
tratan de operaciones

reservadas, por motivos políticos. El régimen de Addis Abeba no ve con buenos ojos las interferencias en sus asuntos internos...

El otro asumió un comportamiento muy serio. Había apreciado la delicadeza de la cuestión. El cardenal concluyó, restituyéndole la nota:

—Sobre esto, como sobre otro asunto nuestro en curso, tenéis que mantener el más absoluto secreto. Es un

deber vuestro, y quiero precisarlo, así como que me informéis personalmente si alguien, incluso el menos sospechoso, se interesa sobre estas cuestiones. ¿Habéis entendido?

El joven asintió.

—Bien. Andad a mi despacho. Llegaré en un momento y os firmaré inmediatamente el documento. Podéis proceder hoy mismo con la transferencia.

El sacerdote hizo una

ligera reverencia, cogió la hoja y se alejó.

Pocos minutos después, Madruzzi llamó a monseñor August Epstein. El teólogo bávaro era su principal colaborador. El hombre tomó asiento delante del escritorio. Llevaba debajo del brazo una carpeta con documentación muy voluminosa.

—¿Qué tenéis? — preguntó el purpurado.

—Los últimos informes sobre las investigaciones,

publicaciones, traslados y contactos de estudiosos y teólogos en el área asiática...

Madruzzi hizo un gesto de fastidio.

—Dejadlo ahí —dijo, indicando una esquina del escritorio.

Epstein pareció asombrado y no logró disimularlo.

—Qué pasa —reaccionó el cardenal.

—Habíamos acordado ocuparnos de Asia, tras su

regreso de Francia. Hay cuestiones más bien espinosas...

Madruzzi mandó callar al otro con un gesto de la mano. Sabía bien que en los últimos tiempos el trabajo de despacho procedía lentamente o con retraso. Desde que se había movido personalmente sobre el asunto de Etiopía no mostraba mucha solicitud hacia otras cuestiones.

El monseñor se quedó en silencio, si bien lo analizaba,

en espera de saber algo más. Igualmente, el cardenal miraba fijamente a su interlocutor. Colaboraban desde hacía años. Aquel hombre de confianza sospechaba con certeza de que él estaba tras la pista de algo importante. Sentía que su superior estaba combatiendo una amenaza clara y quería estar dentro del partido.

Madruzzi se acercó a Epstein.

—¿Queréis saber de qué

me estoy ocupando, verdad?

—Es para ayudaros... —
insinuó el monseñor.

El purpurado sonrió.

—Sí —concedió—,
quizás lo necesite.

—Sólo nosotros dos
conocemos el esfuerzo
solicitado a esta sección. No
nos hemos quejado nunca y
continuaremos sirviendo al
papa con plena humildad...

Epstein se concentró. El
cardenal volvía sobre la
misma historia sólo cuando
se preparaba a un encuentro

importante.

—En la época del descubrimiento de los rollos de Qumrán, la Iglesia mostró no estar preparada para afrontar la situación. Yo entonces estudiaba teología, aquí en Roma, y lo recuerdo bien. Los tiempos de las grandes herejías cristianas parecían pasadas, relegadas a la Edad Media. Después del iluminismo y la Revolución francesa, durante dos siglos los enemigos de la Iglesia

habían venido sobre todo de fuera. Entre sus filas, en cambio, prevalecía la unión en profesar la verdadera fe contra cualquier adversario. Y pocas acciones disciplinarias contra algún teólogo aislado bastaban para mantener unido el rebaño de Cristo.

Madruzzi se levantó. Recorría con grandes pasos la sala.

—Qumrán y el análisis de aquellos rollos cambiaron completamente las cosas.

Los estudiosos se dejaron llevar por las ganas de novedades. Volvieron a sacar a flote los Evangelios Apócrifos. Nosotros no podíamos aceptar historias alternativas a las Escrituras, pero no conseguimos detener a la masa. Ni pudimos evitar que la gente se apasionara de estas nuevas reconstrucciones de la historia del cristianismo. Nos vimos sumergidos por un montón de basura: leyendas sobre Jesús, sus

relaciones con las mujeres, sus discípulos, su muerte, su resurrección. Juan Pablo II y Benedicto XVI combatieron abiertamente, en sus intervenciones, el relativismo y el hedonismo de la sociedad moderna. Pero nosotros sabemos bien que el nuevo milenio ha llevado al renacimiento de antiguos fantasmas. Teólogos sin conciencia, y arqueólogos y estudiosos en busca de fama, son muy buenos difundiendo dudas

en el seno del corazón de la fe cristiana: ¡la misión y la naturaleza de Cristo!

Al ir hablando, Madruzzi se iba animando cada vez más. Epstein constató una vez más que su superior, un hombre con más de sesenta años, al sentirse presionado por las nuevas amenazas recobraba el vigor de un hombre de cuarenta años. El cardenal se detuvo ante la ventana, desde la que comenzó a analizar las comitivas de peregrinos que

cruzaban la plaza de San Pedro.

—Venga aquí, Epstein...

Y cuando el monseñor se le acercó, le indicó la gente.

—¿Los ve? Millones de hombres y mujeres como ellos bautizan cada día a sus hijos, asisten a misa, reciben los sacramentos. Pero en el corazón tienen la duda. No se sienten seguros de la fe en Jesús. Televisión, periódicos, novelas, películas... Todo contribuye a confundirlos.

—Por eso estamos nosotros aquí, eminencia — le interrumpió el otro—. Prevenimos el que se creen nuevas leyendas, corregimos a quien se equivoca, damos indicaciones sobre las interpretaciones del Evangelio. Esto es lo que el papa quiere de nuestro departamento...

—Sí —confirmó Madruzzi con un gesto lleno de orgullo—. Esto es lo que desea el pontífice. Porque nosotros somos la

Congregación para la Doctrina de la fe y yo soy, indignamente, el Prefecto... —dijo el cardenal, y miró fijamente al colaborador—. Pero ya no es suficiente...

Epstein no entendía. Madruzzi leyó inseguridad en sus ojos y dejó a un lado cualquier secretismo, exclamando:

—¡August! Lo que usted ha citado ahora son nuestras actividades... públicas. Pero nosotros tenemos que actuar también en secreto,

transformándonos en personas listas como las serpientes. Lo dice el Evangelio, ¿no se acuerda?

El teólogo asintió cautamente.

—Bueno, a menudo sabemos usar la discreción. Nos adaptamos a las circunstancias. Intentamos ejercitar presiones antes de que las más graves contestaciones se conviertan en noticias para los periódicos...

El cardenal sonrió

complacido.

—Veo que me comprende, padre. Pero hoy es necesario hacer más. Tenemos que ser verdaderos soldados en Cristo. Y los soldados combaten una guerra, ¿lo entiende?

Epstein reflexionó durante un breve instante, antes de llegar al fondo de la cuestión.

—Eminencia —le preguntó con un tono firme —, dígame de qué nos tenemos que ocupar. Y,

como siempre, yo estaré con usted.

Madruzzi se sentó, cruzó las manos sobre el escritorio y comenzó a explicarle:

—Yo mismo, como es mi deber, he seguido con una atención particular algunas de las cuestiones que tenemos abiertas. Y hoy me encuentro tras las pistas del Arca de la Alianza, el misterio más grande del Antiguo Testamento. Un secreto que puede tener consecuencias horribles para

la Iglesia...

—¿El Arca? ¡Pero si sus pistas se perdieron hace miles de años! —se asombró el eclesiástico.

—Eso es lo que parece. Sólo en Etiopía están tan locos para creer que la poseen. El Arca, dicen, se encuentra en Aksum desde hace siglos y siglos...

—Estuve en Etiopía hace años —el tono de Epstein era tranquilizador—, y visité también yo Aksum. Ante una mísera capilla, un grupo

de viejos sacerdotes me juraron que allí dentro, desde hacía siglos, estaba custodiada la reliquia más sagrada del hebraísmo. Sonreí y terminé por agacharme ante una venerable tradición... ¡Pero bueno, se trata de una leyenda!

—¿De verdad? — reaccionó el Prefecto—. August, ¿ha estudiado alguna vez los enigmas de la catedral de Chartres?

Madruzzi describió a

Epstein el santuario francés y las inquietantes representaciones de la reina de Saba y del Arca en viaje hacia su reino.

—Tengo bajo vigilancia la capilla de Aksum desde hace muchos años, — concluyó el purpurado—, y espío al clero de Etiopía con la ayuda de personas de total confianza que saben actuar en la penumbra cuando es necesario. Lo hago porque aquellos locos creen en el advenimiento de un profeta

que desvelará al mundo el secreto del Arca. A día de hoy, quizás, ese profeta haya llegado...

El monseñor se quedó boquiabierto.

—¿Por qué no he sido informado de estas actividades?

—Porque no era necesario. Pero ahora necesito ayuda.

—No entiendo.

Madruzzi cogió las manos de Epstein entre las suyas.

—La amenaza es grande, August. Los viejos métodos no son suficientes. Tenemos que escondernos a la luz del sol. Y usar el filo de la espada si esto es bueno para la Iglesia. ¿Estará de mi parte?

El alemán se retrajo con un gesto de sus manos. Pero inmediatamente se acaloró por lo que suponía una falta de respeto hacia el superior. Al final, temblando, apoyó una rodilla a sus pies.

—¡Me fío de vos,

eminencia! ¡Decidme qué es lo que tengo que hacer!

Capítulo 3

Ian Steiger odiaba África. Calor, suciedad, polvo, sudor, putas con sida y gente miserable.

Y sin embargo, era precisamente allí donde había concluido sus mejores negocios. África era su destino. Lo sabía muy bien, porque había traficado ya por todos los continentes.

Hijo de un alemán emigrado a Colombia al

final de la Segunda Guerra Mundial, había pasado la juventud al servicio de las peores bandas de criminales. Luego, a principios de los años noventa, había entrado en contacto con la gente que cuenta gracias a la caída del Muro de Berlín. Los carteles del narcotráfico necesitaban a un europeo que les ayudara a invertir el dinero de la droga en el comercio de armas obtenidas en los arsenales de los antiguos países comunistas. Las

vendían a cualquiera que combatiese en Europa, en Sudamérica y en Asia.

Terminadas las guerras balcánicas, había corrido el riesgo de la crisis. Y durante un tiempo, en contacto con ciertos financiadores chinos, se había ocupado del secuestro de jovencísimas chicas del sureste asiático, arrancadas de sus pueblos para abastecer los burdeles de todo el continente.

Pero se había tratado sólo de una pausa. El

negocio de verdad estaba todavía, y siempre lo estaría, en las armas. Y esta vez en la tierra prometida de los traficantes de muerte: África, exactamente. Porque quien se presentaba en la antecámara del infierno con ayudas alimenticias o proyectos de desarrollo era acogido con benevolencia, pero quien ofrecía armas era considerado un santo.

Y él, a estas alturas, había sido beatificado ya en infinidad de ocasiones.

Steiger miró hacia abajo.

Esto era Addis Abeba:
rascacielos y chabolas.

Desde la ventana de su despacho, en el piso más alto de una torre entera de cristal y cemento, dominaba la parte oeste de la ciudad. Precisamente a sus pies, literalmente abrazados en las paredes del rascacielos, se extendía una multitud de chabolas amontonadas con hombres, mujeres y niños. Incluso hasta dónde él estaba llegaba la peste

nauseabunda de la chabola, de los canales de desagüe, de la comida mezclada con la basura. Y los gritos de quien allí vivía. Gente que vivía de expedientes, de limosnas. Sin perspectivas, si no aquella de arrastrarse agotada hasta la muerte.

El mercante de armas los adoraba. Eran capaces de no comer y venderse en la calle durante un mes con tal de reunir el dinero necesario para comprar un Ak-47, el viejo Kalashnikov. El

residuo bélico más difundido en el mundo. Un fusil de asalto con seis décadas de vida que no dejaba espacio a ningún competidor. El Ak-47 era su *core Business*. De los siete millones de piezas vendidas en África en los últimos veinte años, al menos tres habían pasado por las manos de Steiger.

Un movimiento en la parte de abajo llamó su atención. Un niño descalzo, con no más de ocho años, se arrastró bajo el latón que

separaba las chabolas de la avenida Churchill, la amplia y llamativa vía que llevaba directamente hasta los mejores barrios de Addis Abeba. Le dio la vuelta al rascacielos y desapareció de su vista.

—Dejadlo entrar —le ordenó a la secretaria.

Pocos minutos más tarde, el pequeño estaba sentado delante de él.

—Hagios, hijo... ¿qué me has traído hoy?

El niño no respondió. Se

metió las manos en los bolsillos de la sucia camisa, buscando algo. Y cuando lo encontró, una luz triunfadora apareció en sus ojos.

—Te traigo la mejor cocaína de la ciudad, míster.

Arrojó sobre el escritorio una bolsita llena de polvos blancos que provocó una sonrisa en el rostro de Steiger, si bien no alargó las manos. No antes de concluir la negociación, en señal de respeto a su proveedor.

—¿Qué quieres a

cambio?

Hagios se levantó y se acercó a una enorme puerta de acero que ocupaba la mitad de la pared en el lado izquierdo del escritorio. Luego se dio la vuelta y miró con aire interrogativo a Steiger. El occidental se levantó y marcó en una caja situada en la pared un complicado código. Las puertas de la caja fuerte se abrieron y una luz blanca e intensa inundó al niño, entrando rápidamente y

arrojándose contra los cristales.

—¿Y bien?

Hagos recorrió la sala dos y tres veces, observando con atención. Luego señaló con el dedo hacia un estante, a la altura de su rostro.

—Excelente elección — se complació Steiger.

El niño quería una Browning calibre 9. Una pistola semiautomática. Americana. Fácil de empuñar. Eficaz y fiable.

—Te doy también

cincuenta tiros.

El mercader de armas extrajo la pistola de la vitrina, pero cuando estaba a punto de cerrar, el niño le reprochó:

—Estás olvidando algo...

Steiger dudó unos instantes. Luego entendió.

—Tienes razón.

Faltaba el segundo cargador. Lo cogió y se lo entregó todo al pequeño etíope. Éste, inmediatamente, se puso la

pistola en la cintura de los pantalones y envolvió las municiones y el cargador en un paño.

—Gracias, míster.

—Ahora estamos en paz, ¿no?

—Cierto, estamos en paz.

Hagios salió rápidamente del despacho, sin darse la vuelta. Mientras tanto Steiger cerró la caja fuerte y se acercó a la ventana. El niño apareció en la esquina del rascacielos, de

nuevo se arrastró bajo las láminas y se adentró por las estrechas calles de las chabolas.

El occidental volvió a su mesa y pesó la bolsita de cocaína con las manos. Veinte, o treinta gramos. Lo mejor que podía encontrar en Addis Abeba. Luego cogió el teléfono, llamó a uno de sus hombres y se la dio.

—Esta os la ofrezco yo. Hoy he cerrado uno de los mejores negocios de mi

vida. Divertíos. Pero no durante el horario de trabajo.

El hombre salió y Steiger se dejó caer en el sillón, reflexionando sobre lo importante que era crecer a sus clientes del futuro. Pero sobre todo tenía que cuidarlo para que él fuera sus ojos y sus manos entre aquellos que se mueven invisibles entre las poblaciones. Aquellos que ven, escuchan, comprenden lo que un extranjero no puede saber o entender con

la misma rapidez y eficacia.

Ese era el asunto. No conocía otro más ventajoso.

—¿De quién viene la información?

—Baue Isauis.

Steiger sabía muy bien de quién se trataba.

En 1998, Eritrea había violado la frontera y ocupado la ciudad de Badme. La guerra con Etiopía había durado hasta mediados del 2000, provocando miles de muertos, y Steiger había

prosperado vendiendo armas a todas las partes del conflicto. Una obra maestra del doble juego gracias a la cual podía ahora contar con el apoyo de los jefes militares de ambas naciones.

Baue Isauis era uno de ellos.

Dirigía una milicia tribal y combatía por Addis Abeba. Todavía ahora controlaba por cuenta del gobierno la larga franja de los territorios que separaban los dos Estados. Los etíopes

no querían ya dejarse sorprender por las maniobras de los eritreos. A cambio de sus servicios, los sucesores de Haile Selassie le dejaban mano libre en la tierra de nadie.

Isauis le debía muchos favores. Y ahora le había llegado el momento de saldar las deudas.

—El niño que buscamos está en Lalibela.

—¿Está Baue seguro?

Richard Ashcroft, su brazo derecho, comentó

entre dientes:

—Nuestro amigo no habla nunca en vano.

Steiger miró a los ojos al forzado británico.

—¡Bien! Moveos. Y nada de líos. Quiero un trabajo rápido y limpio.

Capítulo 4

—¡Idiota!

Mary Champion estaba temblando de rabia. Había encontrado a Jack Miles en un *Internet Point* mientras paseaba por la calle. Al verlo se sentó junto a él, y habló con la voz cortante:

—¿Pero estás loco o qué? ¡No tienes que salir bajo ningún motivo!

—¡Basta! No puedo más. No estoy en la cárcel

—le respondió el hombre con una voz llena de desesperación.

—¿A quién diablos estás escribiendo? —le preguntó la abogada pasándose una mano por el rostro.

—Lee...

El mensaje iba dirigido al inspector Paul Ferguson, de Scotland Yard. El inglés le imploraba que viniera en su ayuda. Y ofrecía a cambio una deposición completa del fraude ONU-UF. Un movimiento absurdo, sin

posibilidad alguna de éxito.

—¡Jack, reflexiona! Para ellos estás muerto...

El empleado de United Foods se quedó blanco. Y bajó la cabeza. Mary canceló rápidamente el mensaje, luego agarró a Miles por el brazo.

—Ahora nos levantamos —le añadió—, salimos con mucha prudencia y volvemos a la sede. Está a menos de trescientos metros.

Pagaron la conexión, sonrieron a la empleada del

Internet Point y dejaron el local. Sólo en el edificio de la Casa de Adán el inglés estaría en un sitio seguro.

Habían llegado a Gondar una semana antes, tal y como habían decidido, y no se moverían hasta que se calmaran las aguas. Jack Miles tenía que permanecer escondido. Champion, en cambio, trabajaría en las adopciones. Nadie podía llegar a sospechar de ella. Era una occidental de paso en Etiopía, empeñada en una

misión de carácter humanitario.

Por otro lado, Baedeker podía moverse libremente. Era el único que gozaba de una libertad completa de acción. Ibeldal y los otros jóvenes de la ONG no habían hecho preguntas. Tras un año de colaboración habían aprendido a apreciar a la abogada americana, se fiaban de ella y no había peligro alguno de que la pudieran traicionar. Al nuevo invitado blanco le

había acomodado en un cuarto en la parte de atrás, que en general acogía a los niños de las aldeas. Y había recibido la orden de no salir de allí. Mucha gente circulaba por la mañana y por la noche por la Casa de Adán y el riesgo de cruzarse con un extraño era muy alto.

Jack Miles no había dejado de dar vueltas durante un día completo, como si fuera un león enjaulado. Poco a poco se había calmado pero las

ganas de perder la cabeza y hacer una locura habían vuelto con fuerza.

Aquella mañana Mary no lo había localizado en su sitio. Aterrorizada, había salido corriendo por las calles de los alrededores hasta que lo había visto a través de un escaparate del *Internet Point*.

Ahora, mientras recorrían con ansia los pocos centenares de metros que los separaban de la salvación, se preguntaba si no habría sido

mejor dejarlo solo. Quizás era la única forma de salvarse ella misma.

—Señores,

documentos...

La voz le llegó como si la hubieran azotado. Absorta en sus pensamientos, no había visto al policía en la esquina de Anelka Street. La sede de la ONG se encontraba delante de ellos, en la acera opuesta. Estaban a punto de lograrlo, por lo que ella se quedó paralizada. Ante las dudas que mostraba la

mujer, el policía insistió:

—Lo siento. Tenemos la orden de detener a todos los occidentales y pedirles la documentación.

El agente, que hablaba en inglés, era educado pero inamovible en sus posiciones. Mientras Jack no conseguía abrir la boca, Mary habló con la fuerza de la desesperación.

—Hemos salido unos minutos para tomar un café. Trabajamos en la Casa de Adán, al otro lado de la

calle. Si quiere, puede venir con nosotros a la sede. Allí le enseñaré los documentos.

—No puedo abandonar el cruce —negó el hombre moviendo la cabeza—. Vaya usted, mientras yo me quedo con su colega.

—Ok —replicó débilmente la mujer.

Pero en ese momento un coche se detuvo al lado de la calle. Bajó un blanco, que se acercó con aspecto tranquilo al policía.

—¿Algún problema?

—No —contestó el otro.

Luego extendió la mano—.

Enséñeme también su pasaporte.

El hombre no se descompuso. Puso la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo un billete de cincuenta birr, que entregó al etíope.

—Creo que puede ser suficiente. Para los tres. Puede marcharse. Todo está bien.

El policía se metió el billete en el bolsillo con una

sonrisa meliflua y se dio la vuelta sobre sus tacones. Mary Champion y Jack Miles se dieron la vuelta hacia su salvador, pero antes de que pudieran darle las gracias fue él quien habló.

—Todavía no habéis aprendido a tratar con estos rastros. Y es la segunda vez que os salvo el cuello. No habrá una tercera. Venga, vamos. Ahora voy yo.

Tom Baedeker se puso al volante y aparcó. Antes de

bajar observó como
Campion y Miles entraban
en la Casa de Adán.

Le servían los dos. Y le
servían vivos.

Los tres occidentales
hincaron el diente en el
bocadillo que les había
preparado Ibeldal. Ante su
mirada llena de
preocupación, Mary contestó
con un gesto tranquilizador.
No tenía de qué preocuparse.
Mentía, pero no podía hacer
otra cosa.

El etíope había

escuchado los gritos. Baedeker y Miles habían llegado incluso a las manos.

El ansia, el miedo y la desesperación se habían apoderado de ellos. Parecía que todo se conjuraba contra ellos para dividirlos.

El arqueólogo se acercó hacia la ventana. Dio un vistazo fuera, al jardín tan cuidado de la Casa de Adán, y luego se dirigió hacia los otros dos.

—Mañana nos movemos—dijo. Nadie respondió—.

Viajaremos toda la noche,
para no llamar la atención.
Corremos el riesgo de que...
Mejor que quedarnos aquí
parados esperando.

—¿Dónde vamos? —
preguntó Mary con cierta
angustia.

—Al corazón de Etiopía.
Donde las raíces del
cristianismo son más
profundas...

No ofreció otras
explicaciones. Y antes de
salir del cuarto ordenó:

—Estad listos para

mañana por la noche. Nos
marchamos a medianoche.

Capítulo 5

El hombre no había tenido otra salida. Iban andando hacia atrás lentamente, acercándose hasta la iglesia de San Giorgio, la más sagrada de todas las excavadas en la roca de Lalibela. Detrás de él, el vacío. Y un salto de trece metros. Delante, tres novicios que le cerraban el paso en el rincón.

—¿Qué es lo que estáis

buscando tanto tú como tus
compañeros?

El desconocido no abrió
la boca.

—¡Contesta! ¿Por qué
estás aquí?

Nada. El hombre seguía
andando hacia atrás, y no
hablaba.

No conseguían ver su
rostro.

Era de noche, y llevaba
un pasamontañas. No tenía
armas. Las manos eran el
instrumento que estaba
usando. El silencio y la

sorpresa, sus aliados. Así era como había matado al padre guardián de la iglesia.

—¡Habla! ¡No te tocaremos ni un pelo!

Su invitación no sirvió de nada.

Había llegado a dos pasos del límite y el extranjero se dio la vuelta, comenzando a correr.

Intentó saltar el vacío que separaba San Jorge del pico de la otra roca. Era demasiado. Incluso para un individuo tan fuerte como él.

Los novicios oyeron sólo su grito de horror.

Una vez que llegaron al borde del techo, miraron hacia abajo.

El desconocido se encontraba inmóvil, con el cuerpo doblado de forma innatural, aplastado contra la piedra que había acogido por última vez su respiración. No quedaba nada más por hacer.

—¿Qué es lo que querían aquellos hombres?
—preguntó Bale. Estaba

asustado, y no dejaba la mano de Abbe Gebrel.

—Te buscaban a ti, hijo. Estaban aquí para secuestrarte.

El niño miró el rostro del extranjero a quien le habían quitado el pasamontañas.

Se trataba de un blanco. Un occidental. El pequeño se vio sorprendido por un escalofrío, que le llevó a levantar la voz.

—¡Abbe! ¡Se parece a los que vi en la capilla de Santa María de Sión en

Aksum!

—Me lo temía...

Bale sollozaba. Y sus sollozos se transformaron rápidamente en un llanto sin fin.

—¿Por qué? ¿Por qué me buscan?

Abbe Gebrel cogió al niño de la mano y lo llevó hasta el corazón de San Jorge.

Todavía era de noche y la oscuridad envolvía cualquier cosa. Solo la luz de alguna que otra vela iba

iluminando sus pasos.

El sacerdote se sentó sobre una alfombra, allá donde miles de peregrinos cada año se arrodillaban y le dirigían al Señor sus oraciones. Antes de hablar, reflexionó bien lo que quería decir.

—¿Recuerdas lo que ocurrió hace dos años en la aldea? ¿Lo recuerdas? Era febrero también entonces...

—Bale miró al sacerdote. En sus ojos se leía cierta inseguridad—. El día en el

que Meskel, Haile, Mosè y tus otros compañeros te bajaron de la montaña en brazos. ¿Recuerdas lo que ocurrió?

—Un rayo...

—Exacto —asintió el anciano—, te alcanzó un rayo, el rayo más poderoso del temporal. Y tú no falleciste. Cuando el jefe de la aldea y yo nos acercamos a ti seguías desmayado... ¡pero vivo!

—No recuerdo bien. ¿Qué ocurrió?

—Te di varias tortas en la cara, te llamé por tu nombre, pero tú no respondías. Tu ropa estaba completamente carbonizada. Y estabas totalmente cubierto de quemaduras. Y el blanco de tus ojos daba miedo. Pensábamos que habías muerto. Y luego, en cambio...

—Respiré. Y dije que tenía mucho sueño.

—Sí —el viejo sonrió—. Cuando ya recitaba la oración de los muertos, te

moviste. Pero no dijiste sólo que tenías sueño. Me preguntaste qué es lo que estaba haciendo pastando. Yo me puse a reír. Nos volviste locos a todos ese día. Antes de miedo, y luego de alegría...

Bale lo recordaba todo ahora. El gran dolor. Y un gran alivio.

—Pero esos días, ¿qué tienen que ver con la montaña y el rayo? ¿Por qué dices que quieren secuestrarme?

Abbe Gebrel se levantó. Con calma pasó delante del tabernáculo, hizo una pequeña reverencia y se dirigió hacia un pequeño armario escondido detrás de una columna. Lo abrió y sacó un enorme libro algo roído. Volvió hacia atrás, y se sentó de nuevo junto a Bale.

—Esto es el *Kebra Nagast*. Tú sabes bien qué es el *Kebra Nagast*...

—Es el *Libro de la Gloria de los Reyes*, nuestro

libro sagrado.

—Así es. En el futuro te unirás a nosotros, aprenderás a conocerlo mejor. Pero ahora es suficiente con que tú leas esta página. Tiene que ver con los últimos tiempos...

Abrió el libro hacia el final y lo puso sobre las rodillas del niño. A Bale le costaba trabajo tenerlo entre las manos. El pequeño aguzó la vista y leyó. Con una voz muy plana, sin prisas, justo como Abbe Gebrel le había

enseñado en la aldea.

El Tabernáculo de la Ley del Señor, el Arca de la Alianza, Sión, se quedará en Etiopía hasta que el Señor decida aparecer de nuevo ante los hombres. Y su llegada será anunciada por señales de poderosos, como Moisés dijo en el Antiguo Testamento. Un nuevo Profeta aparecerá precediendo al Señor y lo reconoceréis por esto. Él nacerá de las aguas, será salvado por un rayo, se

mostrará amigo de los animales y de los hombres, el conocimiento de vuestro corazón no le será excluido. Escuchad al Profeta, porque él con la ayuda del Espíritu Santo conducirá el carro de Etiopía y hará hablar al Arca de la Alianza como quiere el Señor. Por la llegada de los nuevos tiempos. ¡Amén!

Bale levantó los ojos del libro.

—¿De qué está hablando, Abbe?

—Habla de ti.

—¡No es verdad!

El niño lloraba de nuevo, asustado.

Se levantó, para escapar de la iglesia, pero el sacerdote lo retuvo.

—¡Cálmate Bale!

—¡Yo quiero jugar! ¡El libro no habla de mí!

Abbe Gebrel suspiró. Cogió de la mano al pequeño y lo llevó de nuevo fuera. El extranjero se encontraba todavía allí. Nadie había tocado el cuerpo.

—¡Míralo Bale! ¡Míralo bien! El libro habla de ti. Y él lo sabía. Por eso ha venido a Lalibela. Al igual que sus compañeros. Nosotros estamos vigilando y les hemos obligado a escapar. Pero...

El sacerdote había pronunciado las últimas palabras con gran preocupación.

—¿Volverán?

—Sí, hijo. El secreto ha sido violado. Y los hombres blancos volverán.

Abrazó al pequeño lo más fuerte que pudo.

—No tienes que temer nada. Mi corazón me dice que pronto... muy pronto, estarás en manos seguras.

Bale miró al viejo religioso sin entender. Luego bostezó. Tenía sueño. Había llegado el momento de volver a dormir.

Capítulo 6

El niño le saltó encima corriendo.

—¡Oye! ¡Presta más atención!

Cayeron los dos al suelo. El pequeño se levantó sonriendo y se fue corriendo en un segundo, mientras Baedeker no hacía otra cosa que protestar a gritos. Una vez que consiguió ponerse de nuevo de pie, el arqueólogo se sacudió la

chaqueta. Entonces se quedó blanco: El *hard disk* había desaparecido. Era la memoria que contenía todas sus investigaciones y que llevaba consigo desde Jerusalén. Su tesoro más escondido.

Aquel bastardo se lo había quitado. Levantó los ojos justo a tiempo para ver cómo se metía por un estrecho callejón.

—¡Para! ¡Vuelve aquí!

Comenzó a correr detrás de él pero no recuperó

terreno. El niño conocía de memoria los pasadizos del laberinto y sabía cómo mantener la distancia. El arqueólogo pensaba que lo había casi cogido, que lo había encerrado en un callejón sin salida, y aquel desaparecía de nuevo tras una esquina. Bajó varias veces empinados escalones de piedra y subió otros tantos, para darse cuenta al fin de que estaban dando vueltas en círculo. Estaba siempre a veinte metros del

etíope. Escuchaba sus risas, y entendió que le estaba tomando el pelo.

Fue entonces cuando se dio la vuelta para mover el *hard disk* delante de su nariz. Baedeker no pudo evitar gritar:

—¡Hijo de puta! ¡Te mato!

Siguió detrás del chico un poco más y luego no lo volvió a ver. Se detuvo jadeando y sin respiración, doblegándose sobre las rodillas. Estaba agotado y

tuvo que apoyarse contra la pared de tierra que tenía delante de él.

Levantó la vista hacia el cielo. Vio un pequeño filón, de un azul intenso, cerrado entre las altas paredes de aquellas iglesias excavadas en la profundidad, y se desplomó.

Cuando abrió los ojos se encontró inmerso en la oscuridad. Pasaron varios minutos y se dio cuenta de que la penumbra no era completa: una dulce luz se

filtraba por una puerta de madera mal cerrada.

Aquella visión le animó a intentar moverse, pero renunció. Estaba agotado, como si la fatiga de las últimas semanas le hubiera caído encima de repente.

Bajo la espalda no percibía la tierra dura, sino un tejido suave. Una alfombra. Lentamente comenzó a distinguir el ambiente que le rodeaba.

Filas de ángeles alados con grandes ojos redondos y

negros lo miraban fijamente desde el techo. Tres hombres con los mismos rasgos, idénticos desde la barba hasta las vestimentas, estaban delante de él. Un caballero armado con una larga lanza la clavaba en una enrollada serpiente, pisoteándola con los zuecos. Y un niño con la piel negra era atendido por su madre, negra como él pero con los rasgos occidentales. Aquellas figuras eran vivas, le hablaban, le susurraban un

mensaje que no conseguía descifrar.

Se sentó de repente. Y su mano tocó algo. Miró hacia la alfombra, dándose cuenta que el *hard disk* estaba allí, intacto. El niño lo había puesto a su lado. Lo sujetó rápidamente y lo metió en el bolsillo de la chaqueta.

Baedeker se levantó, tambaleándose.

De nuevo se vio obligado a apoyarse contra la pared. Pero esta vez no se desmayó. Recuperó el

equilibrio y miró a su alrededor. Se encontraba en una iglesia, excavada en la tierra, pequeña, oscura. Avanzó dos pasos hacia un altar decorado con un tejido muy colorido y otro con un retrato de Jesús. A sus pies, decenas de velas dejaban caer la cera sobre las alfombras que cubrían el suelo.

Luego levantó la vista sobre la columna que se encontraba junto al altar, y desde allí hasta la parte

superior del arco que sujetaba la bóveda. Parpadeó varias veces con mayor atención. Lo que vio le dejó sin respiración: una docena de cruces cubrían hacia arriba, y de forma irregular, la columna y el arco. No eran cualquier tipo de cruces. Él las había observado ya con anterioridad y estudiado varias veces, en Europa. Tenían brazos conversos y cada una encerraba a otra. Eran dos cruces en una. Eran

las cruces de los templarios.

Baedeker habría pensado cualquier cosa menos en encontrarlas allá abajo. Nadie sabía cómo habían sido construidas las iglesias creadas por el rey Lalibela en la ciudad que llevaba su nombre. Ningún hombre parecía, de hecho, capacitado para realizar una obra tan gigantesca. Sólo haberla concebido parecía fruto del orgullo y de una arrogancia tremenda.

Las iglesias eran once

construcciones majestuosas, excavadas en la roca del altiplano, talladas en la dura y espesa piedra basáltica de origen volcánico. Algunas parecían completamente escondidas en el interior de profundas trincheras. Otras se veían apenas en la entrada de las enormes cavernas. Túneles y estrechos pasajes, interrumpidos por criptas y galerías, las comunicaban entre ellas. Era un mundo de sombras, porque la oscuridad dominaba las

iglesias, en las que era posible escuchar sólo los pasos de los sacerdotes y de los diáconos que mantenían viva en ellas la fe cristiana.

—Vayámonos de aquí. Este sitio me da miedo... —le había dicho Mary Champion cuando, nada más llegar, se acercaron para observar desde lo alto de una colina las formas escondidas de los templos.

—Hemos venido a propósito —le contestó Baedeker—. El cristianismo

en Etiopía está en Lalibela. En Lalibela y en sus iglesias. El Arca con sus poderes mágicos tiene algo que ver en todo esto. Apuesto mi propia cabeza.

Y habían bajado a aquel laberinto.

Con Mary que hacía de intérprete, Baedeker había interrogado a numerosos sacerdotes, uno en cada una de las once iglesias. Todos habían repetido la misma historia: los sagrados edificios habían sido

construidos por el rey Lalibela ochocientos años antes con la ayuda de los ángeles, sin los cuales las iglesias no habrían existido. Porque ni siquiera un soberano tan potente como Lalibela, que había devuelto a Etiopía la grandeza después de los siglos oscuros seguidos a la caída de Aksum, podía realizar por sí mismo aquella increíble maravilla.

Pero nadie les habló del Arca de la Alianza. Los

religiosos afirmaban que estaba en Etiopía, pero que no tenía nada que ver con Lalibela. Ninguna tradición la unía a las iglesias. Sin embargo, la visión de aquellas cruces desestabilizó al estudioso.

—¿Dónde te habías escondido?

La voz de Jack Miles le apartó de sus reflexiones. Se dio la vuelta hacia el inglés y la americana, que se habían acercado hasta donde estaba. Luego levantó el

dedo hacia la columna y la bóveda.

—¿También vosotros veis las cruces?

—Claro.

—¿Habéis notado las cruces etíopes que llevan los sacerdotes en Lalibela?

Era imposible no haberse percatado de ello. Cada uno de los hombres con los que habían hablado se presentaba ante ellos con el bastón de la oración en la mano izquierda y con un asta enorme en la derecha.

El asta terminaba en espléndidas cruces, elaboradas y llenas de dobleces, completamente diferentes de la cruz desnuda que estaban acostumbrados a ver en las iglesias occidentales. Y de aquellas con los brazos convexos que Baedeker les indicaba.

—Estas son las cruces de los caballeros templarios. Y no entiendo cómo han podido llegar hasta aquí...

Se detuvo un instante. Luego siguió el hilo de un

razonamiento:

—Yo, sin embargo, de los templarios sé una cosa muy precisa. Cuando llegaron a Jerusalén, en el 1119, fueron acogidos por el rey Baudolino y dijeron que querían establecer su sede en el Monte del Templo, precisamente donde estaba y donde todavía está hoy la Mezquita de Al-Aqsa. El rey les dio lo que pedían y los caballeros llegados de Tierra Santa hicieron una cosa que ningún historiador consigue

explicarse: se encerraron en la nueva morada y vivieron allí durante siete años. Lo único que hicieron fue comer, dormir y trabajar, sin jamás salir y sin jamás admitir a extraños. Su misión era la de proteger a los peregrinos del asalto de los bandidos a lo largo de la calle que unía Jerusalén con la costa palestina, pero no hicieron nada de todo esto. Actuaron con pleno secreto y la única noticia que se llegó a saber era que estaban

realizando importantes excavaciones. Yo creo —los ojos del arqueólogo brillaban—, que estaban buscando el Arca de la Alianza. Estaban convencidos, al igual que yo, de que estaba escondida en las vísceras del Monte del Templo desde la época de la caída de Jerusalén en manos de los babilonios. Y la querían, la querían costara lo que costase. Porque gracias al Arca habrían adquirido un poder extraordinario...

Estas palabras fueron acogidas por el silencio. Luego Mary se atrevió a decir:

—¿Qué es lo que encontraron?

—Nadie lo sabe, pero las cruces que vemos me sugieren una teoría bastante imaginativa. Los templarios eran arquitectos y constructores. Fueron ellos los que crearon en Europa el estilo gótico para las catedrales. Entonces...

Baedeker no tuvo tiempo

para completar la frase, porque la puerta del pequeño templo se abrió chirriando. Inmediatamente todos los que estaban en la sala se dieron la vuelta y vieron entrar a un sacerdote anciano, a quien todavía no habían encontrado.

—Bienvenidos a la iglesia de Beta Mariam —dijo el viejo con mucha cortesía—. Soy Abbe Santos, y dirijo la comunidad monástica de Lalibela. Os estábamos

esperando...

El hombre llevaba una capa anaranjada sobre una túnica blanca y los pocos pelos se encontraban escondidos por un sombrero redondo y plano, de un color verde brillante. Aquellos colores tan vivos resaltaban incluso en la oscuridad de la iglesia excavada en la roca.

Se acercó en silencio al altar y encendió tres nuevas velas. Luego apoyó una mano sobre la superficie rugosa de la columna,

acariciando levemente las cruces templarias. Cuando habló, todos notaron que su voz estaba llena de humor.

—Los occidentales — dijo agitando un dedo— no tenéis que creer nunca en lo que contamos los sacerdotes etíopes...

Los tres extranjeros lo miraron desconcertados. El viejo sonrió.

—A menudo, quien realiza preguntas en las iglesias de Lalibela es un ignorante. Sobre todo entre

aquellos que vienen de vuestro mundo. No buscan la verdad sino absurdos e inconfesables secretos que desvelen al mundo el misterio de las religiones. Y sin embargo es todo tan sencillo... —dijo. Nadie se atrevió a abrir la boca e interrumpirlo—. Estas cruces, por ejemplo —el sacerdote continuó con su discurso—, fueron pintadas en tiempos de la construcción de Beta Mariam, hace ya más de

ocho siglos, por aquellos que ayudaron al rey Lalibela a edificar las iglesias.

—Pero...

El etíope se dirigió hacia Baedeker.

—¿Pero a vosotros no os han hablado nunca de los ángeles, no? Sí, quizás hoy son ángeles. Entonces fueron hombres que vinieron desde muy lejos. Eran hombres blancos, como vosotros.

—¿Hombres blancos?

—Claro —sonrió de

nuevo el sacerdote—. ¿Qué tiene de raro? Lalibela, antes de convertirse en rey de Etiopía, pasó veinticinco años en Jerusalén. Fue alejado por su hermanastro mayor, Harbay, que entonces gobernaba nuestro país, pero tenía mucho miedo de él. Cuando Lalibela era todavía un recién nacido, un enorme enjambre de abejas se detuvo sobre su cuna y lo protegió mientras dormía. Todos sabían, en la corte y

en el pueblo, que aquello fue un símbolo de grandeza. Y de hecho, los intentos de Harbay por mantenerlo alejado fracasaron. Después de veinticinco años de exilio, Lalibela volvió aquí y conquistó su trono. Fue uno de nuestros soberanos más grandes. En la afirmación de sus derechos le ayudaron unos hombres blancos que venían con él desde la tierra de Israel. Los mismos que proyectaron y edificaron estas iglesias. Tenían el pelo

rojizo y cada año, durante la procesión del *Timkat*, sujetaban el Arca de la Alianza. Se quedaron aquí durante mucho tiempo. Esto nosotros lo sabemos...

—¿Y por qué se marcharon? —La voz de Baedeker temblaba. El sacerdote levantó los hombros.

—No lo sé... Os he contado esta historia porque he escuchado vuestra conversación, y he entendido que os interesa el

Arca de la Alianza. Pero tenéis que manteneros alejados del Arca. Ésta no está al alcance de todos...

—Abbe —preguntó Mary con cierta ansia—, habéis dicho que nos estabais esperando, ¿por qué?

—Necesito vuestra ayuda.

La mujer miró asombrada al anciano. Y él hizo de nuevo un gesto a las cruces.

—Vosotros, hombres

blancos, habéis sido enviados para continuar con la obra de los caballeros que vinieron de Jerusalén. Vosotros protegeréis a nuestro Profeta, aquel que dentro de poco tiempo abrirá el Arca de la Alianza, revelando al mundo la voluntad de Dios. Está aquí desde hace pocos días, y ya ha habido quien ha intentado secuestrarlo. Ojos malvados le siguen por todas partes. Quieren callarlo. El misterio que él sacará al descubierto

impone respeto en los buenos y miedo en los impuros. Y es de estos últimos que el Profeta tiene que tener cuidado.

—No podemos ayudaros —replicó con decisión Jack Miles—. Estamos escapando...

—Lo sé. Pero también sé que han puesto sobre vosotros falsas culpas.

—No vamos armados. No podemos proteger a nadie...

—No sé cómo lo haréis

—dijo con un tono lleno de confianza el sacerdote—, pero sé que este trabajo os toca a vosotros. Me lo ha dicho el propio Profeta.

Y justo al tiempo de terminar de hablar, de la puerta de la iglesia entró un niño.

—¡Bale! —gritó Mary.

El pequeño salió corriendo a su encuentro.

Cogió a la mujer de la mano. Luego buscó a Miles y sujetó la suya.

Cuando vio a Baedeker

sonrió. Y él exclamó:

—¡Este es el pequeño
bastardo que me robó el
hard disk!

Capítulo 7

—Ya no están aquí, en Lalibela. No sé dónde se han ido.

Abbe Gebrel repitió como una letanía aquellas palabras, las únicas que salieron de su boca. El sacerdote respiraba con dificultad. La nariz fracasada estaba llena de sangre. Caía también mucha por su boca y por la barbilla. Pero una parte le caía

también de la garganta y cuando hablaba el aliento salía a borbotones del pecho que jadeaba.

Las pantorrillas estaban atadas a las patas de la silla con fuerza, causándole dolor porque en cada golpe se dejaba llevar por el instinto de ponerse de pie y escapar.

Ahora, sin embargo, también el dolor le parecía poco, mientras contemplaba el dedo medio de su mano derecha. Con unas tenazas, la bestia que lo tenía

prisionero le había arrancado la uña. Ian Steiger emitió un gruñido y arrojó aquel fragmento que sangraba.

Jadeaba.

Desde los tiempos de Bogotá no mataba a sus víctimas infligiéndoles largas sesiones de tortura. Se había olvidado incluso de cuánto le excitaba aquella situación.

Por eso se había hecho famoso. Los otros disparaban a los enemigos en la cabeza. Él no, se

divertía. Mejor dicho, gozaba. Qué pena que el cuerpo del viejo sacerdote fuera tan frágil.

«No durará mucho tiempo», pensó. «Tengo que darme prisa».

Se acercó al etíope y lo miró fijamente a los ojos.

—Estás a punto de morir, amigo. Pero será doloroso, ¿sabes?

Abbe Gebrel no respondió. Miró fijamente el rostro de su carnicero. Parecía buscar en él algo,

con los ojos apestados. Le buscaba en el alma, con la esperanza de encontrar un poco de piedad. Pero fue algo inútil.

Steiger observó los labios del hombre moverse febrilmente con el ritmo de quién podía conocer de memoria alguna jaculatoria. E intentó el impulso irresistible de ahogarlo. Apretó las manos, sujetando el impulso. No había llegado todavía el momento.

Decidió jugar la última

carta.

—Cuando te mate cogeré a uno de tus compañeros. A un novicio, uno más robusto que tú. Uno que podré torturar durante días. Sufrirá y morirá por tu culpa. Porque tú no has hablado. ¿Es esto lo que quieres?

El hombre de Dios no respondió.

Manténía la mirada firme y seguía moviendo los labios.

Parecía ausente.

Steiger temía haberlo perdido.

—Delira —se dijo a sí mismo.

Acercó su oído a la boca del viejo. Susurraba algo, pero no era una oración. Eran números.

—Once... once...

—¿Qué dices? —Atacó el occidental.

El otro le ignoraba y seguía susurrando. Steiger lo golpeó de nuevo en el rostro, con toda su fuerza, y gritó:

—¡Habla!

Pero la cabeza del viejo en ese momento cayó hacia atrás. Abbe Gebrel emitió un largo suspiro ahogado, como si acabara de salir de debajo del agua con una desesperada necesidad de oxígeno. Se había despertado.

—El 11 de septiembre...
—dijo con una voz muy débil. El torturador le miraba fijamente—. Todavía tendrás poder hasta el 11 de septiembre... Luego todo terminará...

El etíope mascullaba sonidos.

—¿Qué ocurrirá el 11 de septiembre? —gritó con todas sus fuerzas Steiger.

—El Profeta manifestará al mundo... Nadie impedirá que la voluntad de Dios se cumpla...

El traficante de armas sacudió al sacerdote por los hombros.

—¿Dónde están?
¡Dímelo de una vez!

No obtuvo ninguna respuesta.

Agarró la mano
destrozada del viejo y clavó
las pinzas en otra uña.

—¡Dime dónde están el
niño y los occidentales que
lo protegen!

—¡Mátame! —replicó el
otro—. ¡Mátame
lentamente! ¡Y mata
también a mis hermanos!
Ninguno de nosotros sabe
dónde se encuentra el
Profeta. Sabemos sólo que él
y sus ángeles volverán entre
nosotros en la fecha
establecida.

—¿Dónde? ¿Dónde
volverán? —le preguntó
Steiger.

Pero no obtuvo respuesta
alguna.

Ni siquiera una sílaba
volvió a pronunciar aquel
viejo en las terribles dos
horas que siguieron. Su boca
permaneció cerrada hasta la
hora de su muerte.

Capítulo 8

Monseñor August Epstein apagó el ordenador, puso puntillosamente en orden su escritorio y dio de nuevo un vistazo al reloj. Decidió que había llegado el momento de moverse.

Saludó cordialmente a la secretaria, que prestaba servicios a él y al cardenal Madruzzi, se metió por el pasillo y se encaminó hacia el ascensor para subir hasta

la cuarta planta del Palacio del Santo Oficio, donde tenía sede la Congregación para la Doctrina de la Fe. Fuera del edificio dirigió un gesto afable al director de Radio Vaticana, que desafiaba al tiempo inclemente fumándose un cigarrillo delante de la entrada de su despacho. Bordeó el Colegio Teutónico y el Hospicio de Santa Marta, para salir por fin de la ciudad del papa a través de la Puerta del Perugino.

Abrió el paraguas para protegerse de la lluvia. Y desde ese momento empleó veinte minutos con un ritmo rápido para llegar hasta su apartamento, situado en vía Ottaviano, uno de los centenares de alojamientos que la Santa Sede ponía a disposición de sus eclesiásticos en la urbe.

En casa, Epstein se cambió rápidamente, dejando las vestimentas de monseñor. Se puso unos pantalones, una camisa y

una chaqueta de *sport*.
Llamó a un taxi y esperó diez minutos antes de bajar a la calle y meterse dentro con toda la rapidez posible.

Le dio al conductor una orden concisa. Su meta era un restaurante situado en el barrio Trionfale, más allá de la avenida Mazzini, donde podía razonablemente esperar que nadie lo reconociera.

—¿Está preocupado?

Epstein hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Todavía no tengo acceso a todos los documentos. Quizás no llegaré a tenerlo nunca. Y no entiendo exactamente qué es lo que está ocurriendo. Por ejemplo, no sé cuándo comenzó este asunto...

Su interlocutor reflexionó.

—¿Se ha preguntado por qué Madruzzi le ha informado con tanto retraso de las actividades secretas de su despacho? Después de todo, es desde hace muchos

años su principal colaborador...

El bávaro sonrió. Y admitió con los dientes cerrados:

—Hay sólo una posibilidad. No se fiaba de mí.

—¿Qué le ha hecho cambiar de idea?

—Está envejeciendo. Cada vez está más iracundo. Sus defensas y su capacidad de controlar la situación se van debilitando. Necesita ayuda.

—Tiene setenta y ocho años. La Congregación para la Doctrina de la Fe ha tenido Prefectos mucho más ancianos. Yo mismo habría podido desempeñar esas funciones, si no hubiese sido por mis problemas de salud...

Epstein bostezó.

Todos sabían que el hombre que había contactado no había logrado ser el nuevo Prefecto de la Congregación por motivos bien diferentes. Su fama de

estudioso y de pastor hacían que fuera el candidato natural para aquel encargo. Pero Madruzzi había podido contar con amistades mucho más importantes en el colegio cardenalicio. El teólogo decidió no comentar aquella circunstancia, pero tuvo el tiempo para reflexionar sobre el hecho de que si aquel que tenía delante se hubiera convertido en su jefe, las desagradables circunstancias ante las que se encontraba

ahora no se habrían
producido.

El otro tosió
ruidosamente. E
instintivamente buscó
sujetar el bastón que había
apoyado contra la mesa.
Como si estuviera ya
acostumbrado a buscar
estabilidad en aquel apoyo,
que en el reciente conclave
había hecho evidente a todos
los observadores cuánto su
salud había efectivamente
empeorado, haciendo
inmediatamente caer todos

los apoyos a su elección como papa.

—No sé qué decir — continuó el alemán—, en los despachos, sobre todo en los pisos más bajos, hay mucho personal nuevo, que se ocupa de las actividades ordinarias. Yo soy el que tiene más experiencia... De todos modos, él es mucho más despierto.

—¿A qué se refiere?

—Seguro que no ha realizado todos esos asuntos él solo. Ahí dentro hay

alguien más que lo apoya. Antes y más que yo. Pero no informa a todos de todo. De esta forma desconfiamos los unos de los otros. Se lo repito, Madruzzi es muy listo.

—¿Usted qué sabe?

Epstein alargó los brazos.

—A juzgar por los documentos que he visto con mis propios ojos, hay varias posibilidades. Desde nuestra oficina pagamos a periodistas y a presentadores

de televisión en muchos países del mundo. Formalmente son voces independientes, pero en realidad siguen nuestras instrucciones. Vigilamos la investigación en el campo arqueológico, histórico y teológico, ejercitando presiones para crear un vacío alrededor de los estudiosos con más iniciativa. Estipulamos acuerdos secretos con los políticos conservadores, los sustentamos a cambio de las

leyes inspiradas en la doctrina moral de la Iglesia, ejecutamos de forma encubierta una infinidad de actividades económicas para procurarnos fondos... En la Congregación necesitamos una gran cantidad de dinero. Muchos creyentes se horrorizarían si supieran *qué* tipo de actividad es la que llevamos a cabo. Por lo que yo sé, nos estamos acercando al juego del azar. Pero no me asombraría si hubiésemos llegado más

allá...

—¿Por qué? —le interrumpió el otro, asombrado—. ¿Con qué finalidad?

Epstein apreció la ingenuidad de su sabio interlocutor.

—Ya no combatimos para conquistar almas. Nos limitamos a defender aquellas que todavía creen en nosotros. Madruzzi dice que es nuestra última batalla. Y que no podemos perder. No tiene escrúpulos incluso

para aprovechar al máximo a quien está ya lejos de la Iglesia, aunque sea malo...

El otro levantó los ojos de la mesa. Habían dejado enfriar la pasta, pero eso no fue un impedimento para que continuara la conversación con un tono nervioso.

—Usted por teléfono ha dicho que hay un asunto todavía más preocupante. Lo que me ha contado es grave, pero no veo espacio para intervenir y que me lleve a

retrasar el viaje a Jerusalén que, como sabe, he elegido como mi sede de descanso... Si quiere le puedo dar los números de un par de cardenales todavía activos y de quienes nos podemos fiar. Están precisamente aquí, en los despachos vaticanos...

—Tiene razón, eminencia. El hecho es que... hay de verdad algo más. Una cuestión sobre la que usted, como estudioso de la Biblia unánimemente apreciado, puede dar su

contribución decisiva.

Epstein puso al hombre al corriente del asunto de Etiopía. Le narró hasta lo ocurrido aquella mañana, cuando Madruzzi había pasado a Steiger otros tres millones de dólares para financiación. Había sido entonces cuando Epstein había cogido el teléfono.

—¿Cómo ha reaccionado el cardenal tras el fracaso del secuestro?

—Mal, muy mal. Y todavía peor ha reaccionado

Steiger. Ha amenazado con abandonar el juego. No tenía que encontrarse opositores, ni en Aksum ni en Lalibela. Cree que le estamos tomando el pelo, que le escondemos información fundamental. Para desahogarse ha dado rienda suelta a su instinto. Ha vuelto a Lalibela y ha asesinado al sacerdote tutor del niño y va detrás del pequeño y de los occidentales que lo protegen. Le habíamos

pedido que hiciera algo limpio y nos encontramos con esto. Etiopía está en llamas. Quien viola los lugares sagrados de su religión no puede salir airoso. Pero el cardenal no parece preocupado. Ha concedido a ese bandido más dinero y le ha dado carta blanca. Tengo miedo de quien pueda caer en sus manos...

El otro movió los dedos contra la mesa.

—No entiendo... No

entendiendo este miedo y este comportamiento feroz. Todos pensamos que el Arca de la Alianza no existe. Y si de verdad está en Aksum, está en un lugar seguro. Nadie la molesta desde hace siglos. ¿Por qué Madruzzi cree que ese niño es el Profeta? ¿De qué se siente amenazado?

—He hecho a Madruzzi las mismas preguntas. Pero no quiere hablar.

—¿Entonces?

—Tenemos solo dos

indicios —contestó Epstein entre suspiros. El otro se quedó en silencio, esperando —. Uno, es la fecha del 11 de septiembre. El único secreto que nos ha revelado Abbe Gebrel antes de morir. Tenemos que descubrir qué ocurrirá ese día.

—¿Y el segundo?

—El segundo es este.

August Epstein entregó al compañero de mesa una carpeta con pocas páginas.

—Viene de nuestros archivos. Tiene que ver con

las actividades de investigación en el campo de la arqueología bíblica. Madruzzi en los últimos tiempos ha estado estudiándolo una y otra vez. Saber lo que ocurre en el mundo de la teología es nuestra obligación. Una obligación lícita. Pero es evidente que el cardenal cree que hay un nexo entre este *dossier* y la cuestión del Arca. Antes de marcharse a Jerusalén, léalo, se lo ruego, y lo use de la mejor forma

que crea posible. Estoy seguro de que ahí está la llave de este misterio.

El hombre observó la cubierta de la carpeta. Encima sólo había tres palabras. Un nombre y una profesión: Tom Baedeker. Arqueólogo.

Capítulo 9

Epstein y su invitado terminaron de comer en silencio, y salieron del restaurante separadamente. El alemán se encaminó hacia la parada de autobús más cercana, metiendo la cabeza entre los hombros e intentando protegerse de la lluvia insistente.

El otro se subió a un coche de gran cilindrada que le esperaba con los faros

apagados a unos metros del local. Sólo cuando estuvo sentado abrió la carpeta. Leer todo el informe no le llevó mucho más de diez minutos. Era un experto en la materia.

Además, se trató de una lectura fascinante y sorprendente. Sabía que nadie había traducido por completo los centenares de manuscritos y miles de fragmentos que habían saltado fuera cincuenta años antes en las grutas de

Corbett Qumrán, en Palestina. Y sabía también que un resultado parecido muy probablemente pasaría desapercibido incluso durante décadas a los estudiosos. Se necesitaba demasiado tiempo y dinero. Pero quien tenía la suerte de encontrarse entre las manos aquellos antiguos papiros, aquella piel de oveja cosida y cubierta por una espesa caligrafía ordenada en columnas verticales, podía correr el riesgo de perder la

razón. Se trataba, de hecho, del tesoro más grande que jamás se había encontrado la ciencia moderna. Y valía la pena dedicar toda una vida. Los resultados podían ser extraordinarios.

Por lo que parecía, Tom Baedeker era consciente de ello. Y era un hombre afortunado. Tres años antes se había ocupado de la traducción de algunos fragmentos recuperados en la gruta número diez, que la mayor parte de sus colegas

habían pasado por alto porque parecían una sencilla copia del *Manual de Disciplina* de los esenios, escrito alrededor del siglo I antes de Cristo, encontrado en la gruta número uno y ya interpretado. Este reglamento establecía la finalidad de los monjes de Qumrán, describía las modalidades de ingreso de los nuevos adeptos, enunciaba los principios teológicos que conducían la comunidad y enumeraba las

normas del pesado código penal al completo. Contenía además los versos de un himno de alabanzas a Dios. En todo y para todo, los fragmentos a disposición de Baedeker se relacionaban con el manual de la gruta número uno. Todo menos unas pocas frases, donde el contenido era discutible pero que él, al finalizar el enorme trabajo de reconstrucción, había interpretado como una clara invitación de los monjes, una regla última y

definitiva que resumía todas las otras y que probablemente se había comunicado de forma oral más que por escrito. Lo que explicaba que no compareciera en la versión del texto disciplinar más conocida por el mundo académico.

El fragmento en sus manos decía:

Y tú, hijo mío, que has seguido nuestra vida de

sacrificio, da las gracias al Señor que te ha concedido su ayuda y ha salvaguardado tu corazón. Protege a la comunidad. Protege al Arca. Porque cuando los hijos de la luz combatan contra los hijos de las tinieblas, el Arca caminará delante de ellos y los ayudará a difundir el mal. Llegará así el tiempo de la construcción del nuevo templo, donde el Arca

podrá morar para siempre. Ésta es la misión encargada a la comunidad. No lo olvides. No olvides recordarla a tus hermanos. Vive en paz. Alaba a Dios. Alaba a sus ángeles.

Tom Baedeker estaba seguro de su traducción, si bien seis meses antes había cometido un grave error, publicando los resultados de

la investigación en la revista «Biblical Journal» de la Universidad Hebrea de Jerusalén.

Desde aquel día no había conocido la paz. Le habían llegado pocas felicitaciones y muchísimos insultos, junto a amenazas muy graves. Lo que suscitaba tanto alboroto era la referencia al Arca de la Alianza. La posibilidad de que se hubiera encontrado en manos de los esenios no alteraba solamente las consolidadas certezas de los

estudiosos sobre la existencia y el destino de la legendaria reliquia, sino que abría también las puertas a posibilidades insospechadas sobre la naturaleza de la comunidad de Qumrán y sobre sus finalidades. Por un motivo, sobre todo, unido a las raíces del propio cristianismo y a la vida de su fundador, Jesucristo, el Mesías.

El hombre de la berlina golpeó el cristal divisorio, que bajó en pocos segundos.

—Cambia de recorrido.

No vamos a casa.

—Bien, eminencia.

¿Dónde quiere que le lleve?

—Vamos al Borgo de Santo Espíritu. Tengo que ver a un viejo amigo.

—No pasamos por allí desde hace mucho tiempo...

—comentó el conductor, analizándolo a través del espejo retrovisor.

—Es verdad. Lo que hace que la visita sea todavía más urgente.

Capítulo 10

Los sacerdotes subían lentamente las laderas de la colina más alta de la isla, desde la que se dominaba toda la extensión del lago Tana. Alcanzada la cumbre, la población se dispuso en círculo, sin realizar cantos o danzas. Y Memir Fisseha, el hombre que la iglesia de Addis Abeba había puesto al frente de aquella pequeña comunidad, se acercó a una

parte inferior de una roca, sobre la que estaban clavados tres pequeños pilares de piedra.

Tom Baedeker lo observaba con mucha atención.

El mayor era cuadrado, macizo y de casi un metro y medio, y terminaba en una concavidad con forma de copa. Los otros dos eran redondos, de un metro de alto y más o menos como un brazo humano de gruesos. Estos llevaban en lo alto

también una pequeña concha. El arqueólogo vio que estaban completamente cubiertos por líquenes. No obstante, consiguió notar que eran monolitos y se apoyaban sencillamente sobre la base. Los tres eran de granito gris. Aquellas piedras tenían un aspecto muy antiguo y se encontraban allí probablemente desde hacía siglos. No se asombraría si se datasen en la época de Aksum o incluso antes.

Mientras en la débil luz del alba el horizonte iba aclarándose, Memir Fisseha bendijo las piedras, recitó a media voz algunas fórmulas de oración y dio luego unas pocas instrucciones a los diáconos. Uno de ellos se alejó unos pasos e hizo un gesto a dos campesinos. Estos avanzaron, tirando consigo de una cabra. Los balidos del animal, que presagiaba su destino, se levantaron hacia el cielo, y Mary Champion se

estremeció. Otro diácono se acercó al sacerdote y le puso en sus manos el afiladísimo cuchillo del sacrificio.

Fisseha no manifestó ninguna duda. Se puso a cuatro patas sobre el animal y lo sujetó fuertemente por la cara, mientras sus correligionarios lo mantenían inmobilizado. Luego, con un gesto neto y rápido, clavó el cuchillo en la garganta de la cabra, degollándola. De entre los etíopes se elevó un grito de

júbilo.

Fisseha no dejó que se cayera el animal, cuya sangre le había manchado abundantemente la cándida túnica blanca. El líquido, rojo y caliente, cayó sobre un cuenco amplio y poco profundo, tan corroído y oxidado que Baedeker no habría podido decir de qué metal estaba hecho. Luego, cuando el recipiente estuvo lleno, el sacerdote abandonó a la cabra, que se desplomó en el suelo sin vida.

El hombre se puso derecho, echó hacia atrás los amplios pliegues de la capa y se acercó hasta el basamento de piedra. Ahora los habitantes del poblado golpeaban rítmicamente las manos y la tierra vibraba con sus pies, pisando con fuerza la colina. El sacerdote levantó la copa con las manos unidas y gritó:

—¡Señor, padre de nuestros padres! Tú, que has vivido sobre esta isla con nosotros durante cien y cien

años, acoge el sacrificio que te acabamos de ofrecer y haz que esta sangre fecunde en la tierra. ¡Tus dones serán la señal de la bondad que desde siempre reservas a tu pueblo!

Metió en la copa el dedo índice de la mano derecha, levantó el dedo y salpicó durante tres veces a cuantos estaban allí delante. La gente, que estaba de rodillas, se mantenía en silencio. Luego levantó el recipiente encima de la cabeza y vertió

con violencia el contenido a su alrededor. Sólo cuando estaba casi vacío el recipiente apoyó éste sobre la cavidad, en la parte superior de los monolitos, llenándola con la sangre que quedaba.

—¡La paz está de nuevo entre nosotros y nuestro Dios! ¡La paz está de nuevo entre los hermanos! ¡La paz está de nuevo entre nosotros y la tierra que nos nutre!

—¡Amén! —
respondieron los otros

habitantes del poblado.

Sólo entonces comenzó, con el sonido de los tambores y violines, una danza alocada, que implicó en pocos instantes a los hombres y mujeres de la isla.

El sacrificio había terminado. La gran fiesta de la recogida de la cosecha comenzaba.

—¡Siete meses!

Jack Miles casi gritaba.

—Claro, siete meses desde hoy. Hasta el 11 de

septiembre de 2007. Ese día entraremos en el nuevo milenio. El tercer milenio. Esta es la fecha indicada por la profecía. El Arca de la Alianza será abierta ese día. Y Dios volverá a hablarnos...

El anciano de la iglesia de Beta Mariam, en Lalibela, observaba amorosamente a Bale, que jugaba con los compañeros sobre el duro suelo de tierra situado junto al templo. Miles, en cambio, no se daba

paz.

—¡No lo conseguiremos nunca! ¡No conseguiremos proteger a ese niño y esconderlo durante siete meses! ¡Nos encontrarán, y nos matarán a todos!

—Lo conseguiréis y no moriréis —replicaba con serenidad el sacerdote—, porque así está escrito.

Su voz se alejaba y...

Mary se despertó, con un grito de horror. Había tenido una pesadilla. Después de haber pronunciado aquellas

palabras, el rostro del sacerdote había desaparecido en una nube de sangre, la misma sangre de la cabra recientemente sacrificada aquella mañana. Y con él desaparecía cualquier esperanza de salvación de Bale.

Mary se puso de pie rápidamente y con movimientos bruscos y, en la oscuridad de la cabaña, buscó el colchón sobre el que dormía el niño. Lo encontró. Posó la mano

sobre su rostro, su cuello y sus brazos, y se sentó en el suelo, exhausta. Se volvió a quedar dormida allí, a los pies del pequeño.

Aquella pesadilla atormentaba el sueño de Mary ya desde hacía semanas, desde que habían dejado las iglesias excavadas en la roca de Lalibela. En aquel lugar misterioso se había jugado, de hecho, su destino. No habían querido sustraerse a las peticiones de Abbe Santos. No habían

podido hacerlo. Ella menos que nadie. Sabía que encontraría la paz sólo resolviendo el misterio de Bale. Había entrado en su vida de forma repentina, pero como guiado por una sabiduría escondida de la que ella se sentía un instrumento. Y quería entender de dónde venía todo aquello.

¿Por qué había sido elegida?

Esto se preguntó también a la mañana siguiente,

sentada delante de la cabaña que los adultos de la aldea de Tana Kirkos habían asignado a ella y al niño. Bale escribía en la tierra, sirviéndose sólo de un palo de madera. Trazaba números y rápidas marcas en amárico, que luego comentaba en voz baja.

Esconderse en la isla les había parecido a todos lo mejor. Habían escapado de forma precipitada de Lalibela y quizás allí nadie los encontraría. Lograrían

escapar de quien perseguía al niño, de quien buscaba a Miles por el intento de robo en Aksum, de quien estaba amenazando sus vidas. El pensamiento de aquellos peligros sobresaltó de nuevo a Champion. No entendía cómo podía encontrarse en el centro de todas aquellas intrigas tan grandes.

Luego levantó los ojos.

La respuesta estaba delante de ella. Bale era el centro de todo.

El niño les había

dócilmente seguido hasta el lago Tana, y hacían todo aquello que le pedían sin protestar o mostrarse enfadado. Pero desde que habían llegado se había ido progresivamente cerrando en sí mismo. Durante un tiempo no había buscado la compañía de sus coetáneos. Escuchaba con respeto a Memir Fisseha y a los otros sacerdotes de la pequeña comunidad. Pero parecía que no quería de ellos la misma confianza que había recibido

de Abbe Gebrel. Algo maduraba en su corazón, Mary estaba segura de ello. Algo que estaba unido a su misión.

La mujer pensó de nuevo en las expresiones empleadas por el sacerdote de Beta Mariam: «El Arca de la Alianza se abrirá ese día. Y Dios volverá a hablarnos». ¿Qué significaban? Champion se estremeció e intentó rechazar de su mente los presagios de muerte que la

invadían.

—¿Qué escribes, Bale?

El niño levantó la mirada hacia ella.

—Repaso las tablas — dijo. Y sonrió con sencillez.

La isla de Tana Kirkos estaba cubierta por una densa vegetación. Si no hubiese sido por los senderos, pisados miles de veces a lo largo de los años por los pies de sus habitantes, uno habría podido perderse con mucha facilidad. Las plantas

salvajes eran altas y cubrían cada metro de la isla. Sólo de vez en cuando aparecía una cultivación de café o alguna que otra palmera. Quienes conducían a los hombres y mujeres de un poblado a otro eran las cabras, que encontraban siempre el camino para volver a casa. Y precisamente las cabañas de los poblados representaban islas en las islas, pequeñas civilizaciones en medio de la naturaleza hostil. Pero la luz

débil y verdosa que incluso a mediodía penetraba con fatiga en el claro, en medio de la vegetación, recordaba a Baedeker que se encontraba en un ambiente extraño y peligroso.

El arqueólogo acogió la invitación de Memir Fisseha, y se sentó sobre un pequeño taburete. El sacerdote olía a incienso. Entre los dos hombres estaba un joven, el único etíope que conocía el inglés en toda la isla.

Presenciando el rito de la mañana, Baedeker se había dado cuenta de que tenía que ser muy antiguo. Tenía que ser de por lo menos un tiempo anterior al cristianismo. Porque los sacrificios animales nada tenían que ver con el cristianismo. En su cerebro había nacido una campanita de alarma. Otra pista indescifrable, misteriosa como las cruces de los templarios de Beta Mariam.

Habían escapado de

Lalibela un mes antes y él ya sentía que se ahogaba. Iba creciendo dentro el deseo de continuar por sí solo la búsqueda del Arca, abandonando a sus compañeros en la isla y el lago Tana para seguir la pista de la antigua reliquia hebrea. Además, veía crecer el peligro. Consideraba una estupidez la profecía sobre el niño, pero no se hacía ilusiones. Si quien buscaba a Bale estaba dispuesto a matar, tarde o temprano

ellos terminarían en la mirilla. Y no quería perder la piel de esa forma.

La permanencia forzada en el lago no se revelaba del todo inútil. Había aprendido que Etiopía reservaba continuas sorpresas. Y no podía dar por descontado nada, sobre todo respecto a lo que tenía que ver con los usos y la religión de los habitantes del cuerno de África.

—¿Vosotros sois cristianos, Abbe?

El sacerdote lo miró asombrado.

—¡Claro que somos cristianos! ¿Cómo puedes ponerlo en duda?

Era evidente que el religioso no se daba cuenta de la enormidad de cuánto había ocurrido aquella mañana.

—¡Habéis sacrificado una cabra, Abbe! Esto es paganismo. ¿Qué tiene que ver Jesucristo con los sacrificios animales?

Memir Fisseha movió la

cabeza.

—Nosotros hemos realizado un sacrificio al único Dios. Y le hemos ofrecido una cabra, como en vuestras iglesias se ofrecen pan y vino.

El arqueólogo se mordió los labios.

De nuevo —ya había ocurrido en Aksum—, tuvo la sensación de que dialogar con el clero etíope era más difícil que escalar una montaña. Y decidió afrontar la cuestión desde otro punto

de vista.

—¿Desde hace cuánto tiempo realizáis sacrificios de animales en esta isla?

—Desde siempre...

—¿Y desde hace cuántos años sois cristianos?

El sacerdote lo miró con impaciencia.

—Desde que los sirios Edesio y Frumencio, trescientos años después de la muerte de nuestro Señor, fueron capturados por una nave pirata a lo largo de la costa de Etiopía. Llevados

sobre nuestras montañas,
convirtieron con la palabra y
su vida recta a mi pueblo.
Por lo tanto, somos
cristianos desde hace casi
diecisiete siglos.

—¿Entonces pretende
decir que sacrificáis las
cabras desde hace diecisiete
siglos? —insistía el
arqueólogo.

Esta vez Memir Fisseha
se quejó, mirando al
traductor. Luego,
calmándose, le ofreció una
larga y detallada

explicación. El joven asentía a menudo, mientras Baedeker atendía. Finalmente el etíope se dirigió a él.

—Abbe dice que vosotros sois completamente estúpidos. Repite que en la isla se realizan sacrificios animales desde siempre, desde que el hombre tiene memoria. Dice que aquí en el lago, y sobre las montañas de los alrededores, antes de que llegara al cristianismo éramos todos hebreos. Y le

pregunta qué hay de malo en seguir practicando, a pesar del paso de los tiempos, los ritos de los padres. Nuestros padres hebreos realizaban muchos sacrificios de animales, y también nosotros los realizamos. Los etíopes estamos muy orgullosos de nuestras costumbres. Y no permitimos que las critiquen los extranjeros...

Baedeker no respondió. Se había quedado sin palabras.

Los historiadores explicaban la presencia entre los etíopes de los hebreos — llamados falasha— de forma más bien sencilla. Afirmaban que, más o menos en la misma época en la que había llegado el cristianismo, en el cuerno de África habían llegado también los mercaderes israelitas provenientes de Yemen y de Arabia. Se trataba de los hebreos de la diáspora, que habían escapado de Palestina

después de la destrucción del Templo de Jerusalén por parte de los romanos. Habían sido ellos quienes habían convertido al judaísmo a la mayor parte de los etíopes, sucumbiendo luego al cristianismo. Pero Fisseha sostenía sin medias palabras que un tiempo —un tiempo anterior al cristianismo— todos los etíopes eran hebreos.

Si no estaba loco, estaba revelando a Baedeker una verdad completamente

desconocida en Occidente.

En arqueología e historia dos más dos no son siempre cuatro. Ya que el sacerdote daba por descontado que sus antepasados habían sido hebreos, era lógico concluir que la religión de Abrahán moraba en Etiopía desde al menos los tiempos de la reina de Saba. Baedeker se consideró a sí mismo un estúpido por no haberlo pensado antes. No quería dar crédito a las leyendas que se habían difundido en el

cuerno de África, por eso en su mente no había tomado nunca cuerpo la hipótesis de un hebraísmo etíope más viejo que el cristianismo.

Ahora no le quedaba otra cosa que preguntar, y verificar.

—¿Cree que el Arca de la Alianza fue traída aquí por Menelik en tiempos del rey Salomón?

—Sí.

—¿Fue entonces cuando os convertisteis en hebreos y comenzasteis a sacrificar las

cabras?

—Claro.

—¿Y el Arca ha estado siempre en Aksum?

—No. El Arca fue traída a Aksum hace mil seiscientos años. Antes se encontraba aquí, en la isla de Tana Kirkos.

Ni Memir Fisseha ni su joven traductor parecían particularmente emocionados al transmitirle tal noticia. Pero ésta sorprendió a Baedeker como si le hubiera azotado.

—Pregunta a Abbe si me cuenta toda la historia — pidió el arqueólogo al joven que sabía inglés, después de calmarse y haber reflexionado unos segundos —. Ruégale que me la cuente tal como la conoce él, de cabo a rabo, sin olvidarse de ningún detalle.

Ante tal petición, Memir Fisseha parecía repentinamente dudoso. Y se negó a seguir hablando. Esperó la llegada de los sacerdotes ancianos de la

comunidad y les consultó.

Mientras el ansia de Baedeker crecía, los hombres religiosos se tomaron todo el tiempo necesario para discutir animadamente entre ellos los detalles de aquella historia, ayudándose con citas obtenidas en los libros antiguos en *geetz*, el idioma sagrado de Etiopía.

Y sólo cuando los rayos de sol comenzaron a caer oblicuos, ya que la tarde estaba llegando a su fin, el

jefe de Tana Kirkos se sintió preparado.

Lo que le contó a Baedeker fue para éste una curiosa mezcla de tradición —ya conocida a través del *Kebra Nagast*— y nuevos detalles, completamente inesperados. El sacerdote narró que Menelik y sus compañeros, una vez que hubieron robado el Arca de la Alianza del Templo de Jerusalén, la sacaron de Israel y la llevaron hasta Egipto. Luego siguieron el

río Nilo y su afluyente, el Tekezé, hasta llegar a Etiopía. Aquí, dando tumbos en busca de un lugar seguro en el que colocar la reliquia, llegaron a la región del lago Tana. El lago, sentenció Memir Fisseha, en aquella época estaba consagrado a Dios. Y no hubo nada más fácil para los viajeros que elegir la tranquila isla de Kirkos para custodiar el Arca.

—¿Durante cuánto tiempo permaneció aquí? —

le preguntó el occidental.

—El Arca de la Alianza nos bendijo con su presencia durante ochocientos años.

—¿Dónde fue conservada? ¿Vuestros antepasados no construyeron un templo para el Arca?

—No —respondió el sacerdote—, no edificaron ningún templo. Como ya había ocurrido en el desierto en tiempos de Moisés, el Arca quedó conservada en una tienda. Por desgracia no sabemos hoy dónde se

encontraba la tienda... Pero sabemos —repitió orgulloso — que gracias a que el trono de Dios llegó a nosotros nos convertimos en hebreos.

—¿Luego qué ocurrió? ¿Cómo es que el Arca fue trasladada a Aksum?

—Es sencillo. Cuando nos convertimos en cristianos, el rey Ezana llevó el Arca a Aksum, colocándola en la gran iglesia de aquella ciudad. Y allí sigue estando todavía.

Baedeker pensó en todo

lo que le estaban contando. Y entendió que tenía un enorme problema: las fechas indicadas por los sacerdotes no encajaban en absoluto con la historia que contaba la tradición. Era necesario seguir profundizando en aquel misterio.

—Ha dicho que el Arca fue llevada a Aksum hace más o menos mil seiscientos años, ¿no?

—Sí —respondió con seguridad Memir Fisseha.

—Pero también ha

confirmado que antes estuvo en Tana Kirkos durante ochocientos años. Esto significa, en total, que el Arca llegó aquí, a la isla, hace aproximadamente dos mil cuatrocientos años. En otras palabras, casi cuatrocientos años antes del nacimiento de Cristo. ¿Me estoy equivocando?

—No —dijo solemnemente, con un gesto de la cabeza, el etíope—, sus cálculos son correctos.

—Y bien —suspiró el

arqueólogo—, el año 400 antes de Cristo es mucho tiempo después de Salomón, el padre de Menelik. Cuando el Arca llegó aquí, el rey de Israel había muerto hacía quinientos años. ¿Cómo puede explicar esta incongruencia?

Memir Fisseha y los otros miembros del clero le miraban boquiabiertos. Luego, con el rostro ensombrecido, se concentraron en sí mismos. Y después de hablar entre

ellos, el jefe de la comunidad dio al blanco esta respuesta.

—A su objeción no puedo oponerle nada. Le he contado nuestra tradición. Tal y como viene reflejada en los textos sagrados y en nuestra memoria. No tengo nada más que añadir.

Y, una vez dicha su última palabra, se despidió con mucha educación, abandonando el claro de césped en el que habían estado hablando y dejando a

Baedeker rodeado de todos sus súbditos.

Una larga y sutil embarcación se acercó al pequeño puerto de madera, que representaba el único punto de atraque de toda la isla de Tana Kirkos. Se trataba de un *tankwa*, tiras de caña de papiro atados juntos y capaces de surcar el agua con agilidad y ligereza. Jack Miles había seguido con la vista centenares de ellos en aquellas semanas, ir y venir de la isla a la orilla

del lago, o doblar Tana Kirkos para alcanzar las numerosas rocas que se entreveían en la superficie del gran lago. Llevaban víveres, instrumentos y todo tipo de objetos útiles para la vida cotidiana de quienes se habían alejado de los poblados y de las ciudades de la costa. Y eran llevados con habilidad por los pescadores etíopes, que remaban veloces alternando una vez con la izquierda y otra con la derecha del bote,

sin perder jamás el ritmo o la fuerza.

Por eso Miles observó con gran atención el *tankwa* que acababa de llegar. El remador era un etíope, de eso no había duda, pero su barca no llevaba carga alguna. Y su único pasajero era un blanco, un blanco como él. El británico venció su instinto de levantarse de su lugar de vigilancia para salir al encuentro del visitante y abrazarlo. Era el primer occidental que veía

en semanas y le ardían las ganas de tener noticias de la civilización.

Menos mal.

De debajo del sombrero, que el tipo se quitó insultando a todas partes para secarse la frente bañada por el sudor, se vio un rostro marcado propio de un delincuente. Y aquello que el extranjero hizo posteriormente puso todavía más en guardia a Miles.

El hombre habló con el pescador que le había

acompañado, pidiéndole evidentemente que le esperara. Luego miró a su alrededor. Descartó a un grupo de mujeres que, allí cerca, lavaban los paños en el torrente y que, una vez que se dieron cuenta de su presencia, dejaron repentinamente de trabajar y acicalar. El tipo se dirigió hacia un grupo de niños, algo más alejados, donde los pequeños estaban ocupados en jugar con los pies en el agua. Se acercó al más

grande y le mostró una fotografía. El pequeño movió la cabeza, echándose hacia atrás, y el hombre lo cogió por un hombro. El niño intentó soltarse pero no lo consiguió. Cuando las mujeres se echaron encima del occidental, cubriéndolo con insultos y golpeándolo con los puños, era demasiado tarde. El niño, llorando, había ya alargado la mano hacia el poblado encima de la colina.

Jack Miles se

estremeció. Era su poblado. Y podía hacer una apuesta: en aquella fotografía estaba su cara.

Tom Baedeker observó con atención el mapa de Etiopía que había encontrado, tras miles de búsquedas, entre los polvorientos libros de la pequeña iglesia de Tana Kirkos. Y trazó con un dedo el recorrido del río Tekezé.

El curso fluvial nacía en las cimas que se levantaban en el centro del país, no lejos

de Lalibela, seguía un recorrido tortuoso hacia el noroeste a través de la cadena montañosa de Simien, tomaba en Sudán el nombre de Atbara y se arrojaba por último hacia el Nilo, unos centenares de millas al norte de Khartoum. La capital de Sudán, a su vez, se encontraba en la confluencia del Nilo Blanco con el Nilo Azul, que nacía precisamente del lago Tana y, después de haber recorrido una larga curva en

el centro de Etiopía, se dirigía también éste hacia el norte.

Estudiando el mapa, Baedeker se dio cuenta de dos hechos claves. El Nilo, observado desde la perspectiva etíope, podía ser considerado una extensión del Tekezé, hasta el mar Mediterráneo. Por otro lado, era convincente pensar que la caravana que llevaba el Arca de la Alianza hubiera llegado a Etiopía siguiendo primero el Nilo, luego el

Atbara y por último el Tekezé. La única alternativa para Menelik y sus compañeros habría sido proceder hacia el sur a lo largo del Nilo, hacia los áridos y peligrosos desiertos de Sudán, hasta la confluencia con el Nilo Blanco y el Nilo Azul, para continuar luego el segundo hasta las montañas. Pero esto significaba alargar inútilmente el viaje, incluso en miles de millas respecto a la ruta que pasaba por

Tekezé. Y había otra cosa importante: subiendo el Tekezé, los peregrinos provenientes de Jerusalén habrían llegado, al final de sus fatigas, a pocas decenas de millas de la costa oriental del lago Tana. Por lo tanto, era plausible que en una primera y lejana época histórica, como contaba Memir Fisseha, la sagrada reliquia se hubiera conservado en una isla. Sólo la macroscópica discordancia de las fechas

impedía a Baedeker considerar verosímil aquella hipótesis. Evidentemente, había todavía algo fundamental que no lograba apreciar en todo el asunto que implicaba al Arca de la Alianza.

El arqueólogo cerró el mapa, lo colocó en un pequeño estante y se apresuró a salir de la pequeña iglesia de la comunidad. En ese momento aparecieron sobre la puerta de la cabaña Mary Champion

y Jack Miles.

Fue el británico, pálido como la cera, quien habló:

—¡Nos han descubierto!

¡Tenemos que escapar!

Capítulo 11

Bale escondió la cabeza entre las rodillas, aguantando la respiración.

El hombre pasó a menos de un metro del arbusto en el que se había escondido, alejándose un poco, luego volvió hacia atrás, se agachó al suelo creyendo haber visto una huella. Finalmente, tras una maldición, decidió marcharse.

El niño retomó aliento.

Cerró los ojos, asustado, y sintió algo que le estaba mojando la pierna. Por el miedo se había hecho pipí encima. Sollozó

desesperado, sin conseguir aguantarse las ganas. Y cuando por fin se dominó percibió de nuevo unos pasos que se acercaban.

Levantó la cabeza, arrojando una mirada más allá del arbusto. A pocos centímetros de su rostro, había un hombre blanco que lo estaba mirando fijamente.

Habían pasado sólo diez minutos desde que «ellos» habían desembarcado en Tana Kirkos. Mary tenía todavía en los oídos el ruido ensordecedor de las hélices del helicóptero. Y veía las copas de los árboles doblarse bajo aquella furia. Doce hombres se habían descolgado por unas cuerdas hacia el suelo, corriendo en todas las direcciones, apuntando con los fusiles, mientras su jefe daba órdenes en inglés.

Eran todos blancos, ocupados en una acción de guerra.

—No os queda tiempo para escapar en barca —les había gritado Abbe Memir Fisseha—. Llegarán aquí rápido y no conseguiréis abandonar la isla. ¡Escondeos!

Mary no había abierto la boca, horrorizada. Se había dejado agarrar bruscamente de un brazo por una mujer del poblado, que la arrastró.

Luego aquellos habían

llegado. Y ella, jadeando y temblando de miedo, los veía gritar y moverse entre las frascas que cubrían la cabaña de la mujer. A un paso, había un montón de mantas. Bajo las mantas había una pequeña puerta: la despensa del etíope. El único refugio seguro que le podían ofrecer.

Jack Miles no se atrevía a sacar la cabeza fuera del agua. Respiraba con dificultad, a través de una caña, y se encontraba

inmerso por completo en el agua pantanosa.

Estaba helado, aterido, pero tenía que permanecer en aquella posición.

Cuando el sacerdote les había ordenado que se dividieran, el pánico se había apoderado de él. El grito de Mary, que no encontraba a Bale y pedía desesperada si alguien lo había visto, fue lo último que escuchó. Luego se fue corriendo lo más rápidamente que pudo por la

colina que llevaba hasta el lago, y se arrojó dentro. Tuvo que salir del agua enseguida para respirar. Arrancó una caña del fondo y se la metió en la boca. Mientras aquel gigantesco helicóptero bajaba sobre la colina, él se dejó arrastrar por la corriente.

Ahora, sin embargo, pasada una hora, algo había cambiado.

Sintió cómo un latido lejano invadía el agua a su alrededor y se acercaba

lentamente. El latido era cada vez más fuerte, siempre más fuerte, hasta bloquearle el estómago y apoderarse de su cerebro. No percibía nada más, salvo aquel latido.

Tuvo que sacar la cabeza del agua. Con prudencia, escondido entre la vegetación, que cubría la costa de la isla, observó la escena. Un yate grande, largo y lujoso, se acercaba al embarcadero de Tana Kirkos. Miles entendió que había llegado para recoger a

los hombres del helicóptero y que no se marcharía sin una presa.

Bale corría, corría todo lo que podía.

Cortaba los matorrales, esquivaba las ramas más bajas de los árboles, saltaba las raíces más duras que le hacían correr el riesgo de caer en cualquier momento. Pero el hombre que estaba detrás no cedía terreno. El niño sintió que el corazón se le subía a la boca, la sangre le llegaba hasta las orejas,

cubriendo cualquier otro ruido.

Todo se había reducido a una fuga. No había nada a su alrededor, salvo la foresta. No veía nada que pudiera hacer, sólo correr.

Pero detrás... detrás el hombre blanco gruñía y rugía.

Dos veces se había tropezado y había terminado con la cara contra el suelo, y dos veces se había levantado, llegando casi a cogerle.

Bale se preguntó, aterrizado, por qué no disparaba. Luego, de repente, la maleza se abrió y se encontró delante de la aldea. Pero en ella no había nadie.

El niño corrió hacia la iglesia. Y cuando el hombre lo alcanzó, Bale se dio la vuelta hacia él.

En su mirada no había una súplica.

El blanco no tuvo piedad. No se detuvo. Por lo que Bale se metió en el

sancta sanctorum. Y su perseguidor lo siguió.

—Escóndete aquí. No te encontrarán...

Tom Baedeker había visto al traductor alejarse. Luego, ayudándose con piernas y codos, se había dejado caer por el estrecho pasadizo rocoso, durante cuatro metros. En el fondo, había apoyado los pies en una superficie blanda. Piedras muy finas. O arena.

A su alrededor la oscuridad lo cubría todo.

Pero muy pronto se dio cuenta de que se equivocaba. Fueron suficientes unos segundos para que sus ojos se acostumbraran al nuevo ambiente. Y notó que un poco de luz se filtraba a través de la gruta natural, excavada en el costado de la colina donde estaba el poblado.

—Sólo Abbe Fisseha y yo conocemos la existencia—le había dicho el joven—. Hace quinientos años, los habitantes de Tana Kirkos se

refugiaban aquí para escapar de las matanzas de los musulmanes. Y si no la descubrieron los hijos de Mahoma, puedes considerarlo un lugar seguro. Cuando todo haya terminado, vendré a llamarte...

Baedeker se encontraba furioso. Furioso e impotente. Era inútil enfrentarse a ellos. Eran demasiados, armados hasta los dientes. Habrían conseguido sólo que les mataran.

Intentó calmarse.

Se estremeció. Allí abajo se estaba helando.

Guiado por una pálida luz del sol, exploró la gruta. Era profunda, de unos veinte metros, y al menos cuatro de alta. Dentro cabía, seguramente, toda la población de la isla. Se preguntó por qué Memir Fisseha no había escondido allí a toda la comunidad. La respuesta era obvia: no habría servido para alejar a los asaltantes. Había sólo un

modo para echarlos: darles lo que buscaban.

El arqueólogo buscó una piedra sobre la que sentarse y apoyó la espalda contra la pared de roca. Luego cerró los ojos y se puso a reflexionar. Que se quedasen con el niño, a él no le importaba. Hasta aquel momento había sido útil moverse con él y formar parte del grupo de sus protectores. Era una buena posición para quien quisiera que le contaran los secretos

de Etiopía sin encontrar mucha reticencia. Pero ahora la cuestión comenzaba a ser más peligrosa.

Resopló, perdiendo la paciencia. Pero no tuvo más remedio que esperar en un silencio sepulcral.

Abbe Memir Fisseha tenía un ojo tumefacto y una mejilla dolorida. Había sido el primero en ser golpeado con la culata del fusil. Pero no sentía dolor. Estaba vivo, y eso era lo importante, y asombrado por estarlo.

Cuando el jefe de los blancos, que había bajado del enorme barco, le había apuntado con la pistola en la sien, el sacerdote había visto la muerte de cara. El hombre había apretado el gatillo, sin tener la bala en el cargador, y se había puesto a reír, ridiculizando al etíope por su miedo. Luego le había dado una patada en la espalda, tirándolo al suelo y alejándose para hablar con sus hombres. Todo aquello había ocurrido a lo largo de

la mañana, si bien a Abbe Fisseha le parecía que había pasado mucho tiempo.

Todo lo que quería ahora era descubrir qué estaba ocurriendo. El sacerdote levantó la cabeza para mirar a su alrededor.

Los hombres, las mujeres y los niños de la comunidad estaban tumbados en el suelo como él. Los habían recogido lejos del puente y les habían obligado a tumbarse en el suelo. Luego, uno por uno,

habían sido interrogados y golpeados. Nadie había hablado porque nadie sabía dónde estaban los occidentales. Menos la muda que había escondido a la abogada americana y el joven que conocía el inglés, al que, tras obligar a actuar de traductor, dejaron en paz.

Abbe Fisseha levantó de nuevo la cabeza, mirando lentamente la explanada que tenía delante de él. Su gente estaba sola.

No se había quedado ni

siquiera un blanco de guardia.

Con el sol en lo más alto del cielo, los asaltantes se habían esparcido por la isla, batiendo metro a metro en busca de los extranjeros. Habían escuchado sus gritos, y sus llamadas. Se habían estremecido ante los disparos aislados de fusil mientras los soldados que se habían quedado a custodiarlos no hacían otra cosa que reírse. Tres horas, cuatro horas, no conseguía

decir cuánto tiempo había pasado. Luego todo se había calmado. Y mientras ellos seguían con la cara contra el suelo, voces y pasos apresurados de hombres que se alejaban habían llenado el aire. El poderoso motor de la enorme barca había rugido. El silencio se había adueñado de la isla y los blancos violentos se habían ido.

El sacerdote se puso primero de rodillas y luego de pie.

—Levantaos —dijo—,
ya no hay peligro.

Todos se incorporaron y poco a poco fue naciendo un rumor prudente. Se acababan de despertar de una pesadilla y se preguntaban qué es lo que había ocurrido.

—¡Buscad a los extranjeros! —ordenó Abbe Fisseha, sin peder el tiempo—. Buscad a la mujer, al inglés y al arqueólogo. ¡Y buscad sobre todo al niño! Rogad porque sigan vivos y

que no les haya ocurrido nada a ninguno.

Los etíopes asintieron y el grupo se deshizo. El sacerdote elevó al cielo una oración de agradecimiento. Ningún miembro de la comunidad había perdido la vida. Alabó a Dios por este milagro y se encaminó hacia el poblado.

—¡Bale! ¿Dónde está Bale?

El grito de Mary Champion estremeció a la gente de la isla, y Jack Miles

tuvo que sujetarla con fuerza para impedirle que se arrojara dentro de las cabañas una a una, en busca del niño.

—No está —admitió Memir Fisseha. El sacerdote alargó los brazos desconsolado. Su voz se encontraba rota por la emoción—. Hemos buscado por todas partes, pero no lo hemos encontrado. Vinieron a por él. ¡Y se lo han llevado!

Hombres y mujeres de la

aldea se acercaron a los extranjeros. En ese momento Mary se desplomó al suelo, llorando. Jack Miles la rodeó con sus brazos, intentando consolarla con un abrazo. Y Tom Baedeker, que acababa de salir de la penumbra de la gruta, se tocó de nuevo el bolsillo de su parka: su *hard disk* estaba todavía allí con él. Era lo único que contaba.

—¿Habéis buscado por todas partes? —preguntó Mary a Abbe Fisseha—. Se ha escondido. Tendrá miedo

de salir. Quizás no sabe que esa gente ya se ha ido...

—¿Piensas que se habrían marchado sin prisioneros? —replicó el sacerdote—. Hemos buscado y llamado a Bale en toda la isla. No está aquí.

—¿Y la iglesia?

Fisseha miró a Jack Miles.

—En la iglesia he buscado yo mismo. Está vacía...

—Hablabas del *sancta sanctorum*.

El sacerdote miró al británico como si hubiera maldecido a alguien.

—¡Nadie puede entrar en el tabernáculo sin mi permiso!

—¿Ni siquiera en peligro de muerte?

Nadie hablaba.

La pequeña cabaña usada como iglesia por la comunidad estaba llena de cosas. Pero no se sentía volar una sola mosca.

Todos estaban esperando. Y finalmente la

cortina que ocultaba el *sancta sanctorum* se agitó.

Salió fuera Abbe Fisseha.

El sacerdote llevaba a Bale en brazos, con delicadeza.

—No temáis —dijo sintiendo el gemido de miedo que se había escapado de los labios de su gente—. Está vivo. Está durmiendo profundamente...

La multitud se abrió, para dejar paso al anciano guía espiritual del poblado.

Cuando estuvo fuera, Abbe Fisseha puso el cuerpo del niño sobre la hierba.

Mary Champion lloraba y reía, desahogando sus nervios. Se arrodilló y cogió la mano del niño entre sus manos. El pequeño parecía tranquilo. La serenidad estaba dibujada en su rostro. Ninguna señal de miedo o angustia se dibujaba en sus facciones.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —preguntó la mujer, levantando los ojos

hacia el sacerdote.

—Sólo él podrá contarlo, si quiere, cuando se despierte. De todos modos, en el suelo, justo delante del *tabot*, he encontrado esto.

El sacerdote metió una mano dentro de su túnica. Cuando la sacó empuñaba una pistola. Un murmullo de maravilla se difundió entre los blancos y negros.

—Esperemos y sabremos —les animó a todos Fisseha—. Pero una cosa es cierta —dijo

dirigiéndose hacia los occidentales—. Esta gente no se rendirá. Seguirán buscándoos, y volverán aquí. A partir de ahora estaréis siempre escapando. Y Bale se marchará con vosotros, porque esta es la misión que os encargaron en Libela. Preparaos. Por la noche os llevaremos hasta la orilla del lago Tana. ¡Qué Dios os acompañe!

Capítulo 12

Con una sonrisa, el cardenal Madruzzi agradeció a la hermana Cecilia. Como siempre, la religiosa le ayuda a vestirse después de la misa y colocaba todo en los cajones de la sacristía. Luego volvía a la iglesia, apagaba las velas del altar, abría el leccionario en el Evangelio del día después y controlaba que el tabernáculo se quedara

cerrado con llave. Cuando había terminado entraba en la sacristía, justo mientras el purpurado concluía sus oraciones. Obtenida de él la dispensa, se unía a las otras hermanas para comenzar los trabajos que tenían prescritos por la Orden. Todo esto en silencio.

Pero no aquella mañana.

—El invitado que esperaba llegó ayer por la noche. Le espera en la sacristía.

—Bien —replicó

Madruzzi—, voy para allá enseguida.

De esta forma comenzó el día para el cardenal, director espiritual del monasterio de Santa Brígida en el Prenestino, lugar donde podía contar con tener libertad de movimiento y con la discreción proverbial de las hermanas de clausura.

—¿Él quién es?

Steiger observaba con diferencia al eclesiástico que se encontraba junto al cardenal en aquel encuentro.

Inmersos en la penumbra del día que acababa de comenzar, envueltos en la oscura túnica talar, él y Madruzzi le parecían casi amenazadores. Una perfecta representación de todo lo que iba mal en aquel negocio.

—Monseñor Epstein, mi principal colaborador.

Los dos hombres se saludaron mínimamente con un pequeño gesto. Luego el traficante de armas dirigió su mirada hacia el cliente. Y

no se perdió en preámbulos.

—El niño no se localiza.

He diseminado por toda Etiopía espías y escuadras de búsqueda. Su gente lo protege con su propia vida.

—Estoy muy decepcionado, Steiger... Comienzo a pensar que su fama de criminal carece de fundamentos.

Madruzzi había hablado manteniendo el control. Sin embargo, la voz temblaba. El Prefecto de la Congregación para la

Doctrina de la Fe podía saltar de un momento a otro.

—Yo mismo estuve en el lago Tana —replicó secamente Steiger—.

Registramos la isla de cabo a rabo. No hemos encontrado al chico, ni a sus compañeros. Pero estoy seguro de que estaba allí. Uno de mis hombres estuvo desaparecido dos días. Volvió fuera de sí. Se ha vuelto loco. Dice que encontró y siguió al niño hasta la iglesia del poblado,

y que luego allí ocurrió algo...

Madruzzi escuchaba con interés.

—Escuchemos...

Steiger movía la cabeza.

—Locuras. Una luz. Una voz. Una fuerza superior a la suya. Dice que en la iglesia todo parecía estar ardiendo. Tuvo miedo como jamás lo había tenido en su vida. Ahora es la sombra de sí mismo. Cuando cae la noche se pone a temblar. Teme que en la oscuridad vuelva...

El cardenal lo miró sonriendo.

—Sus hombres creen en las leyendas...

—¡Mierda! ¡Ese hombre no ha creído nunca en nada! ¡Y jamás se ha asustado de nada!

Y mientras la maldición se apagaba en el aire, del corazón del monasterio de Santa Brígida se levantó de repente el eco de un coro en oración. Una ceremonia celeste envolvió a los tres hombres durante un

momento. El cardenal cortó rápidamente.

—Basta de cuentos. Basta de enemigos imaginarios. Ya he tolerado demasiados fracasos. Le concedo una última oportunidad. Encuentre al niño y elimínelo antes del 11 de septiembre. A partir de ahora su contacto será monseñor Epstein. Yo no le quiero volver a ver.

El purpurado le dio la espalda a Steiger, pero el criminal le agarró y le obligó

a darse la vuelta y detenerse.
Madruzzi se quedó blanco.
Epstein se sobresaltó.
Steiger soltó la presa.

—¿Qué ocurrirá el 11 de
septiembre?

—¡Nada! Si usted
encuentra al niño, ¡el 11 de
septiembre no ocurrirá nada!

—¿Si no?

El eclesiástico lo miró
amenazador.

—No hay alternativa.
Comience a trabajar y actúe
rápidamente. Y no me haga
más preguntas. Obedezca y

basta. Usted ha salido siempre airoso. Pero yo sé cómo destrozarle la carrera para siempre.

Steiger alargó la mano. De nuevo aquel apretón en el brazo. Más fuerte esta vez.

—Yo sé más de usted, eminencia. Nos ahogaremos juntos...

—¡Déjeme marchar! —gritó Madruzzi.

El traficante de armas retrocedió unos pasos. Se dio rápidamente la vuelta

sobre los talones y abandonó la sacristía.

—Abre la ventana, August. Necesito aire...

Madruzzi buscó una silla y se dejó caer encima.

Parecía haber envejecido de golpe. Curvo y con una expresión oscura en el rostro, miraba a su colaborador sin encontrar la fuerza para hablar.

Epstein se sentó junto a él.

—¡Eminencia! Confíe en mí... Al menos conmigo...

El cardenal lo observó.
Luego se decidió.

—¡El Profeta, August!
¡Ese niño es el Profeta!
Entrará en el tabernáculo de
la capilla de Santa María de
Sión, en Aksum, abrirá el
Arca de la Alianza y
desvelará al mundo sus
secretos...

—Son voces, eminencia
—objetó el alemán—, sólo
voces. Y nosotros nos
arriesgamos mucho...

Madruzzi lo miró con
rabia.

—¡Voces, voces! —El tono del Prefecto estaba de nuevo lleno de su habitual autoridad—. ¡En absoluto! Toda la Iglesia de Etiopía cree en esta espera. No son voces. Hay consenso. Es voluntad del pueblo. El joven existe, y está bien protegido. ¡Incluso ese bandido de Steiger le atribuye poderes sobrenaturales!

—Supersticiones, nada más que supersticiones.

—¡Quizás! Pero este

asunto hay que resolverlo poco a poco. No podemos dejar que la mentira se amplifique. Ahora se habla en África. Dentro de unos meses todo el mundo se dará cita para el año nuevo etíope.

Epstein entendió de repente.

—¿El 11 de septiembre?

—Ya, el 11 de septiembre. En Etiopía, el primer día del año nuevo. Pero no sólo... ¿Usted cree en la fuerza de los símbolos,

August?

—Claro, eminencia.

—¡Bien! Entonces
comprenderá...

El monseñor le miraba
desorientado.

—El 11 de septiembre
de 2007, querido August. En
Etiopía, el primer día del
año y el comienzo del tercer
milenio. Por eso el Profeta
se revelará al mundo ese día.
¡Nos estamos acercando a la
plenitud de los tiempos!

En el amplio monasterio
se levantaron las voces del

canto de las monjas, que concluían la tercera hora.

Los dos hombres escucharon.

Los ángeles les deseaban que tuvieran suerte.

Capítulo 13

Los niños jugaban desde hacía horas.

Bale guiaba una de las bandas que se divertían por las calles del poblado y en los bosques de los alrededores.

A Mary no se le había pasado por alto que el juego se basaba en las aventuras del joven y en los discursos que los pequeños sentían repetir en las casas.

Cuando llegaron allí, la gente los había acogido bien. Pero sobre Jack Miles, que sin embargo mantenía un aire dócil y se quedaba casi siempre en silencio, se habían posado numerosas miradas sospechosas. Había quien decía que los blancos estaban de nuevo en guerra contra el pueblo etíope. Tanta desconfianza hacia los extranjeros no se veía desde los tiempos de la invasión italiana, en la época del emperador Haile Selassie.

En un momento dado el juego se interrumpió.

—Venga, ¡cuéntanos cuando mataste al blanco malvado! —dijo uno de los niños, mirando a Bale.

Los otros se le acercaron todavía más. Mary amasó con más cuidado la harina de teff en el cuenco. Con un oído escuchaba la conversación de las mujeres que trabajaban junto a ella y con el otro se concentraba sobre el pequeño etíope.

—No lo mató —

intervino un niño más grande—, le hizo volar hasta el lago.

Bale observaba, confundido, a sus compañeros de juego. A cada uno le habían contado una versión diferente de cómo se había salvado del peligro en Tana Kirkos. Y en cada poblado nuevo la fama de sus poderes iba creciendo, en espera de la verdad. Ahora los niños le miraban, en espera de esa misma verdad.

—Yo... no recuerdo nada. Un hombre malvado me perseguía. Iba armado. Yo me refugié en la iglesia y me metí en el sancta sanctorum.

En ese punto, como ocurría siempre, los jóvenes se preocupaban. Nadie, ni siquiera sus padres, podían entrar en la parte más sagrada de la iglesia.

—¿Y luego?

Bale se encogió de hombros.

—Tenía miedo. Cerré

los ojos. Él llegó. En un momento se acostumbró a la oscuridad. Venía hacia mí...

El silencio reinaba entre todos los niños.

—¿Le golpeaste?

—¿Gritaste?

—¿Le tiraste algo?

El pequeño héroe se concentró. Hizo un nuevo esfuerzo pero todo era inútil. No recordaba nada más.

Los jóvenes se sintieron decepcionados.

Alguien, seguramente, pensaba que no era verdad

nada.

Mary le dedicó una mirada a Bale. Su pérdida de conciencia, después del asalto de los occidentales, había durado mucho tiempo. Y una vez que se había recuperado, no habían sido capaces de aclarar cómo había empujado al hombre armado determinado a secuestrarle. Ni siquiera con el pasar de las semanas la amnesia parecía despejarse.

Mientras el niño retomaba su juego, desde

una de las pobres cabañas que daban al ensanche salió Jack Miles.

Estaba solo. Mary estudió su expresión de abandono.

También él sufría una especie de amnesia. Parecía que estaba todo el tiempo preguntándose qué es lo que hago aquí, cómo puedo salir de todo este lío.

Mary le sonrió. Y él, con un gesto, aprobó una vez más la capacidad de la americana de encontrar en

cualquier parte algo que hacer, así como su habilidad en entablar amistad con las mujeres del lugar.

Se sentó junto a ella, observando a los habitantes del poblado.

—Esta gente corre el riesgo de perder su vida por nosotros. ¿Lo has pensado alguna vez?

—Sí. Pero lo hacen con naturalidad. ¡Son todos tan agradables! Si discuten entre ellos por nuestra culpa, no lo dejan entrever...

—Ofrecen protección a Bale como si de él dependiera quién sabe qué futuro. ¡Y mira cómo viven desde hace siglos!

Mary movió la cabeza.

Sabía bien que cuanto más mejoraba Jack su conocimiento de ese pueblo, más se atormentaba por haber participado en una terrible estafa que les dañaba económicamente.

—Se fían de sus sacerdotes. Creen que Bale tiene un destino

extraordinario y lo creen sólo porque durante siglos no ha cambiado nada. Son diferentes de nosotros. Nosotros nos hemos ido acostumbrando a los continuos cambios...

Él le sonrió.

Era bella aquella sonrisa. Y aquellos ojos vivos, que la miraban fijamente.

La mujer bajó la mirada.

—Aquí tenemos a una abogada estrella de Nueva York que parece salir de un programa de televisión, con

competencias en antropología y teología... — bromeó el hombre—. ¿Qué podía encontrar mejor?

Pero como respuesta recibió un puñado de harina de teff en toda la cara. Jack se puso de pie, tosiendo y abriendo los ojos como podía. Alguien entre los niños notó su situación y comenzó a reír como un loco, dando codazos a sus amigos. Luego todo el grupo, incluido aquél, se puso a su alrededor. Y le iba

cantando como si fuera uno de ellos.

Uno de la familia. Uno del poblado. Finalmente.

Aquella forzada inactividad le estaba matando.

De nuevo sintió el impulso irrefrenable de abandonar a Champion y Miles a su destino. Y de nuevo se obligó a mantener la calma.

Valía la pena esperar dos o tres noches. Y luego otras dos o tres. Y dos o tres más.

De poblado en poblado, de etapa en etapa. Hasta que llegasen a la tierra de los hebreos falasha.

Como le había dicho Abbe Fisseha en el lago Tana, la mayoría de ellos vivían en la región al suroeste del río Tekezé. Esta era su patria original y aquí vivían desde tiempos inmemorables. Sólo quedaban un millar, diseminados en poblados perdidos entre el gran río, los Montes Simien, la ciudad

de Gondar y el mismo lago Tana.

A Tom Baedeker le era suficiente con mirar un mapa de Etiopía para entender que aquella situación confirmaba las historias que le había contado el viejo sacerdote de la isla. Si Menelik y sus compañeros hubiesen venido desde Egipto a lo largo del Nilo y el Atbara, se habrían establecido precisamente allí donde se encontraban ahora los falasha.

Tenía que llegar hasta donde ellos estaban y quedarse allí, para entender qué tenían que ver con el Arca. Pero se requería tiempo. Se necesitaba ser prudente, y no dejarse descubrir.

El arqueólogo sopesó el hard disk.

Tenía en la mano el pequeño y precioso disco de silicio y metal. Hasta que no encontrase un ordenador al que enchufarlo, no podría acceder a toda la

información contenida en el mismo. Los estudios de una vida, sobre los que era peligroso ir hablando.

Y ahora, además, quien buscaba al niño le había visto también a él. Estaba convencido. Y se sentía en peligro.

Le servían Mary Champion y Jack Miles. La protección que les rodeaba se extendía también a él.

Aquellos dos eran su seguro de vida.

Los niños se precipitaron en la cabaña, asustados.

—¡Bale recuerda algo!

¡Bale recuerda algo! — gritaban todos a la vez.

Mary y Jack se apresuraron a salir fuera.

No había nadie.

—¿Dónde se ha ido? — preguntaron a los niños.

—¡Estaba aquí con nosotros!

Se alejaron del centro del poblado, hacia los campos de los alrededores,

analizando el horizonte. Y al final lo vieron.

Estaba solo. Y miraba fijamente al sol.

Los chicos se quedaron mirándolo de lejos, asustados. Los dos occidentales se acercaron a él lentamente. Cuando se encontraron detrás de él, Mary susurró:

—Bale...

No obtuvo ninguna reacción por su parte.

Jack rozó el hombro del niño. Pero ni siquiera él

obtuvo respuesta.

Dieron dos pasos hacia delante. Miraron fijamente su rostro y sintieron un escalofrío.

Ya por la noche, se sentaron al aire libre, delante del fuego.

El aire era frío, como todavía ocurría después del atardecer, a pesar de que la temporada invernal estaba finalizando.

Jack entró en la cabaña, cogió una manta y la envolvió alrededor de los

hombros de la mujer, para sentarse posteriormente.

Se callaron durante un largo minuto.

—¿Quieres hablar de ello?

La voz del hombre era tranquila, pero Mary sentía que controlaba sus emociones. Por suerte, lo conseguía muy bien.

—Yo no creo en estas cosas... —comenzó él.

—No cuenta creer —le interrumpió con fuerza—, cuenta lo que hemos o no

hemos visto...

El inglés se la quedó mirando. Buscaba una vía para salir del enredo, términos racionales que describieran el asunto.

—Hemos visto una máscara. Una máscara de oro...

—Ha endurecido su rostro...

La voz de Tom Baedeker les llevó a darse la vuelta.

—Es una expresión del Evangelio de Lucas, relacionada con Jesús. Nadie

sabe lo que significa exactamente. Quizás quiere decir sencillamente que Jesús había tomado una decisión y nadie podía hacer nada para que cambiara de opinión...

—¿Tú cómo sabes estas cosas?

El arqueólogo, antes de contestar, esbozó una amplia sonrisa.

—Las Escrituras son el pan de cada día para mí.

—Hoy él estaba en trance —Mary seguía el hilo

de sus pensamientos—. Estaba inmóvil. Y la piel, los ojos... Parecía que tenía el rostro petrificado. A la luz del sol parecía de oro.

Se callaron.

¿Cuánto había durado?

Nadie se atrevió a hacer la pregunta en voz alta.

Mary y Jack sabían muy bien que había pasado demasiado tiempo antes de que Bale los viera y respirara de nuevo.

Capítulo 14

La típica asamblea mensual, con las puertas cerradas, del colegio de los cardenales estaba abierta también aquel día a los purpurados en servicio activo: Prefectos de las diferentes congregaciones de la curia vaticana, colaboradores muy cercanos del papa, arzobispos de las diócesis más importantes esparcidas por todo el mundo.

El número de los presentes no coincidía con el total de los que tenían derecho. Aquellos que residían lejos de Roma no solían venir nunca al completo si no era por circunstancias extraordinarias. Y aquella no era una reunión que tuviera en el orden del día alguna urgencia en particular.

Como siempre, cada uno de los Prefectos había brevemente informado sobre la actividad de los

departamentos que controlaba y alguno de los cardenales jefes de los fieles de las grandes ciudades había introducido elementos de reflexión sobre la actividad de la Iglesia en el mundo actual.

Epstein acompañaba a Madruzzi, como ya había ocurrido muchas veces, y se quedaba sentado en una segunda fila, junto a otros colaboradores de los cardenales, de su mismo grado.

Como estaba previsto, los relatores se fueron subsiguiendo de forma monótona. No había grandes novedades que resaltar. Era una de aquellas asambleas en las que costaba trabajo mantener despierta la atención. Los oradores mismos lo sabían e intentaban limitar el tiempo de sus discursos. De hecho, circulaban informes fotocopiados, llenos de cifras o de pías consideraciones y auspicios.

Luego llegó el turno de Madruzzi.

El hombre interpretó, con su clásica severidad, su papel: Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, siempre pendiente en indicar la necesidad de que todos vigilaran la defensa de una correcta doctrina.

Como ocurría en aquellos días, Epstein se concentró sobre las palabras, pero sobre todo sobre los comportamientos de su

superior. Si bien no se esperaba seguramente la sorpresa que estaba a punto de llegar.

De repente el discurso, que evocaba los peligros representados por los excesos de la libre investigación en el campo teológico, pasó a evidenciar las amenazas más recientes. Y el cardenal levantó el tono, llamando la atención también de aquellos que escuchaban el discurso algo distraídos.

—Una cuestión me preocupa en particular, la más urgente y la más grave... —dijo. Luego hizo una pausa y posó su mirada por toda la platea, en la amplia sala magníficamente decorada, para comprobar que había sido escuchado por todos—. Según voces que circulan desde hace tiempo en África —retomó—, el próximo 11 de septiembre se abrirá el Arca de la Alianza. Ocurrirá en Etiopía, en Aksum, y las

consecuencias de este acontecimiento serán enormes para toda la cristiandad. Yo os exhorto, obispos y fieles de la Iglesia de Roma, a combatir con cualquier medio tal mentira. El Arca de la Alianza que se dice conservada en esa ciudad no guarda ningún secreto. Jesús nos dio los Evangelios. La verdad está en el Nuevo Testamento. ¡No necesitamos nada más!

La sala estaba en esos momentos en el silencio más

absoluto. Y el mismo cardenal secretario de estado, que presidía la reunión, se quedó fuera de juego por una toma de posición tan inesperada, sin saber qué decir. Después de unos momentos de titubeos, logró preguntar:

—¿No quiere darnos una explicación mayor, eminencia?

Madruzzi sonrió.

—No es necesario. Nos estamos ocupando del caso, como es nuestro deber...

Epstein se puso a temblar.

Algunos colegas le miraban, llenos de curiosidad. Hizo señales tranquilizadoras, como si la cuestión ya la conociese. Pero las últimas palabras de Madruzzi suscitaron en él nuevas perplejidades.

—En una de las próximas reuniones se os entregará un informe detallado sobre la cuestión. Entonces los corazones puros entenderán la

necesidad de esa
intervención. Y también
aquellos manchados por la
herejía. Estoy convencido de
ello.

Un sentido de malestar
se fue dibujando en muchos
rostros. Hubo incluso quien
intercambió miradas. Luego,
como por una tácita,
unánime decisión, el
argumento no se profundizó.

Epstein leyó en sus
pensamientos. Estaban
acostumbrados al celo del
Prefecto. Creían que se

encontraban de frente con la típica intemperancia del honesto y firme defensor de la fe.

—Si supieran... —se dijo a sí mismo.

Hubo comentarios de circunstancia y la asamblea dirigió a Madruzzi expresiones de solidaridad y apoyo en la acción de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Apenas fue posible, susurrada una excusa, monseñor Epstein dejó en

solitario la sala. Mientras recorría con grandes pasos los largos pasillos, los guardias suizos le saludaban con respeto. Sin embargo, él no se daba cuenta de nada, estaba pálido.

Este hombre está loco, pensaba. Y es peligroso...

Capítulo 15

Steiger observó la escena de lejos, con los prismáticos. No quería ensuciarse las manos. Había dado órdenes bien claras. Sus hombres tenían finalmente que realizar su deber. Y basta.

La parte más difícil ya había pasado.

Localizar el poblado, entre los miles que se encontraban diseminados por el altiplano. Había

traicionado la buena fe de los sacerdotes etíopes. Los suyos eran falsos peregrinos, deseosos de visitar el lugar en el que el Profeta había nacido y crecido. Porque la noticia de que el cielo había elegido a un niño para abrir después de milenios el Arca de la Alianza se había esparcido rápidamente por todo el país. Y esto bastaba para engatusar al clero. Los religiosos creían, sin lugar a dudas, que estaban haciendo el bien, alimentando la

devoción popular hacia el elegido.

—Es un poblado de los Montes Simien, tan pequeño que ni siquiera tiene un nombre —le habían dicho—. Marchad. Y veréis cómo Dios levanta a sus profetas en las esquinas más escondidas del mundo.

Ahora él y sus hombres se encontraban allí. Pero no buscaban señales de fe.

El objetivo era un puñado de niños. Los compañeros de juego de

Bale. Niños que le habían conocido y visto marchar, sin imaginar que su amistad podía poner en riesgo sus propias vidas.

Los niños más pequeños seguían a los hermanos mayores, que llevaban las cabras a pastar en las montañas. No molestaban. Corrían aquí y allá, unos tras otros por los prados, tropezándose en los mismos lugares que recorrían los animales. Cogían lagartijas, imaginando que eran

cazadores bien armados y que tenían que acabar de un solo disparo con las águilas que volaban por allí, bajas y solemnes, encima de sus cabezas.

Pasaban días enteros de aquella forma, lejos de los poblados. Y entraban por la noche, junto a los pastores más jóvenes, orgullosos por haberlos acompañado en su fatigosa actividad.

Aquella noche no volvieron todos.

Los niños más grandes

irrumpieron en el poblado, aterrizados, mucho antes de la hora habitual. Contaban entre nervios que por el valle habían subido doce hombres con un paso rápido. Al igual que los depredadores, se habían arrojado sobre los niños más pequeños y se los habían llevado sin decir una sola palabra. Lo habían hecho igual que se sujeta a las ovejas para esquilarlas.

Ya por la noche, cinco familias del poblado

recorrían en la oscuridad los alrededores en busca de sus hijos. Obligados por la angustia, padres y madres llamaban a gritos los nombres de los niños desaparecidos. Pero todo fue inútil.

—¿Han dejado de llorar?

Steiger se notaba molesto. Caminaba nerviosamente delante de la entrada a la gruta en la que los pequeños habían sido encadenados.

—Tienen frío. No

consiguen dormirse...

Un gesto irónico apareció en los labios del mercader de armas.

—¿Hace frío? Pues quítate la chaqueta y tapa a los niños.

El hombre se sonrojó. El jefe le estaba desafiando. Luego se dirigió hacia el interior de la gruta, pero cuando salió ya no llevaba encima la chaqueta.

Steiger observó preocupado a sus mercenarios. Sujetaban con

total seguridad cualquier tipo de arma. Realizaban sin mover las pestañas los delitos más crueles. Los había visto en acción decenas de veces. Pero no podía estar seguro al cien por cien de ellos. Cada hombre, incluso el más brutal, tenía un punto débil.

Y para aquel asunto se necesitaba la máxima determinación.

La voz del secuestro corrió rápidamente de poblado en poblado, hasta

llegar a la ciudad más cercana. Debre distaba de allí cincuenta kilómetros de caminos imposibles y sólo después de una semana aparecieron los primeros hombres armados. Estaban a bordo de un pesado todoterreno, y llevaban los uniformes del ejército.

Los familiares de los niños secuestrados entendieron inmediatamente que la situación se estaba poniendo cada vez peor. Los recién llegados perdieron el

tiempo en inútiles preguntas y registraron los alrededores sin demasiado empeño.

Decían que encontrar a alguien escondido entre los desfiladeros rocosos, a más de tres mil metros de altitud, era imposible. Cuando finalmente llamaron a los superiores para describir los hechos y los testimonios, habían pasado ya diez días de la desaparición de los pequeños.

Quién estaba en la ciudad, encerrado en el

cómodo cuartel, sopesó con toda la calma aquellas informaciones. Antes se pensó que los culpables eran consejeros militares extranjeros que escapaban del control de las autoridades. Luego se pensó en los servicios secretos, que secuestraban a los inocentes para aislar a los sanguinarios rebeldes de las montañas. Por último se le dio la culpa a los infiltrados eritreos, en busca de secuestros desde el otro lado de la frontera.

Sólo al final se entendió que ninguna de estas teorías era creíble.

El secuestro de aquellos cinco niños era inexplicable. Así que se volvió al principio.

—¿Estáis seguros que no se han perdido jugando por las montañas?

Los jefes de cada una de las familias del poblado, indignados, echaron a los militares que habían vuelto para realizar las investigaciones. Y ellos,

quejándose de aquella gente ignorante, subieron en su Land Rover confirmando que no había nada más que añadir al primer informe del asunto. Un enfrentamiento entre tribus de pastores. Eso es lo que era, con toda probabilidad. Un asunto que se habría resuelto pagando el rescate de una docena de cabras preñadas.

Abbe Lesil venía de vez en cuando al poblado cercano para celebrar la misa, desde que Abbe

Gebrel se había marchado con Bale para Aksum.

Se encargó él de llevar la petición de ayuda de las familias de los secuestrados a la única autoridad de la que podían fiarse: el sacerdote de un poblado mayor situado en el valle. Él hablaría con un sacerdote más influyente. Y éste con otro, hasta encontrar el oído de quien pudiera o tuviera interés en hacer algo.

El tam-tam de los pobres. Como hace mil años.

Precisamente los hombres de Dios intuyeron la verdad. El secuestro se había producido en el poblado del Profeta. Y el *Kebra Nagast* lo decía claramente: en los últimos tiempos las fuerzas del mal se desencadenarían, porque el día de la verdad y de la salvación estaba cerca. Muy rápido para demostrar tales hipótesis, parecía claro que alguien más estaba interesado en esparcir la voz del secuestro. Cualquiera

que fuera, quería que la noticia llegara a cada esquina de Etiopía. Hasta que al fin no hubo más dudas.

—Han sido los blancos que han intentado robar el Arca en Aksum y que mataron a Abbe Gebrel en Lalibela. —Fue la inevitable conclusión de muchos religiosos que se encontraban en los poblados de todo el país.

—Ahora están bien escondidos y tienen a los

niños secuestrados —decía uno.

—¿Y qué es lo que quieren esos malditos? —se preguntaba otro.

Los dos sacerdotes se quedaron asustados.

—Quieren al Profeta. Quieren que se entregue y renuncie a abrir el Arca de la Alianza. No le harán daño, dicen...

—¿Y si no?

—De otro modo irán matando a los secuestrados. Y si es necesario, cogerán a

otros.

Los dos se quedaron callados durante un minuto.

Luego el primero rompió el silencio.

—El Arca tiene de verdad su Profeta —afirmó con solemnidad.

—Sí —confirmó el otro —, pero el mundo no lo quiere acoger.

TERCERA PARTE

EL TESORO DE ETIOPÍA

Capítulo 1

Aquel poblado se llamaba Weleka, y parecía igual a los otros mil por los que habían pasado en las últimas semanas. Pero no lo era. Bastaba con mirar dentro de algunas cabañas para darse cuenta de ello. Vieron a un tejedor sentado delante de su telar. Vieron trozos de hierro esparcidos alrededor de un fuego, y en torno a éste un herrero que forjaba la cabeza

de un hacha. Observaron artesanos que preparaban objetos de barro en una barraca con techos de fibra de amianto (sólo Dios sabía cómo y dónde la habían conseguido). También se veía a una mujer, con un vestido de colores alegres, que modelaba un jarrón de cerámica.

—¿Quién cultiva estos campos? —le preguntó Baedeker.

—Nadie, o casi nadie.

El joven etíope era un

amara, y escupió en el suelo en señal de desprecio.

—Ellos son falasha, hebreos, y pierden el tiempo con el trabajo manual. ¡La verdad es que no entiendo por qué he aceptado traerlos hasta aquí!

—Porque te hemos pagado muy bien —replicó de forma seca el arqueólogo—. Diles que necesitamos su hospitalidad durante unos días. Y añade que quiero hablar con el hombre más anciano del poblado.

Después podrás marcharte.

El guía se acercó a la primera cabaña, y habló a su ocupante con un tono más bien autoritario. Hablaron durante un rato. Luego el etíope volvió hacia los occidentales.

—Están dispuestos a acogerlos, pero a cambio de dinero. Si queréis sacarles algo de información, os aconsejo que les mintáis.

—¿Cómo?

—Decidles que venís desde Israel. Y que os los

llevaréis todos a casa. No ven el momento de levantar las tiendas de campaña. Con tal de marcharse de aquí, os lamerán hasta el culo...

—¡Largo! —le ordenó el arqueólogo.

Aquel se subió al todoterreno con una sonrisa meliflua, y se alejó acelerando.

Baedeker y sus compañeros se dieron la vuelta para observar el puñado de pobres tukul que se abría ante ellos con forma

de abanico. El estudioso se dirigió a Mary y Jack con sarcasmo:

—¡Bienvenidos a la tierra de los hebreos de Etiopía!

Y alargó una moneda al niño pordiosero que le ofrecía una pequeña estrella de David...

—Si tenemos que permanecer escondidos aquí, es mejor hacernos sus amigos.

Había sido precisamente Baedeker quien había

elegido aquel poblado como meta temporal de su fuga. Y quien había insistido en que se trasladaran allí un tiempo, a pesar de correr el riesgo de que les encontraran sus perseguidores.

Existía un motivo preciso por el que había decidido violar la regla según la cual no se dormiría nunca más de dos noches en el mismo sitio. Tenía que estudiar a los hebreos de Etiopía, y para hacerlo necesitaba observar sus

costumbres y sus ritos al menos durante una semana. Weleka, por pequeño y pobre, era el principal de los centros falasha de la región. Aquí, pensaba, podía intentar descubrir otro trocito de la verdad.

Pero la verdadera naturaleza de su grupo no podía pasar inadvertida, y cuando hubieron contratado con dos míseras familias para obtener un poco de hospitalidad, recibieron la visita del jefe de la

comunidad.

—Soy Aron Alemu —
dijo el anciano sacerdote,
saludando con una ligera
reverencia. Las ropas eran
pobres, pero no escondían la
nobleza de su figura. Tenía
una edad indefinida, la piel
sutil, la larga silueta huesuda
de un cuerpo que parecía
pesar poquísimo. Pero el jefe
se levantaba orgulloso. Los
ojos le brillaban desde las
ojeras marcadas, y la belleza
de sus rasgos había vencido
al tiempo.

Después de los primeros saludos, el hombre les aseguró:

—Los falasha viven aislados e ignorados en este país. Y se tiene poca consideración de ellos. Por lo que habéis hecho bien pensando en refugiarnos aquí. Con nosotros estaréis seguros, vosotros y el niño que protegéis...

Tom Baedeker se asombró al ver que había sido descubierto tan pronto, y de ser una vez más deudor

de aquella gente. Mary y Jack aseguraron no querer poner en peligro a nadie y se dejaron llevar por los agradecimientos. El hombre los escuchó, manteniendo una actitud impasible.

—Acogeros es un deber —concluyó—. Muchos de nosotros, en el pasado, conseguimos salvar nuestras vidas gracias a la generosidad de pocos cristianos en tiempos de persecuciones. Ha llegado el momento de devolver el

favor. Eso es todo.

Y dicho eso se alejó, saludado con respeto por grandes y pequeños.

Dos días más tarde, Tom Baedeker tenía un misterio nuevo que indagar. En la aldea todos hablaban con veneración de un árbol sagrado, situado en la frontera de su territorio. El estudioso buscaba comprender cualquier aspecto de la fe de aquella gente y por ello se puso en marcha, siguiendo las

indicaciones que los habitantes le ofrecieron sin ninguna reticencia.

Salió del poblado y caminó durante un buen trayecto contra ráfagas de viento impetuosas. Un par de veces el sendero desapareció, y corrió el riesgo de perder el camino. Luego la pista fue debilitándose más, hasta casi desaparecer. Parecía que iba a parar contra una ranura descubierta en una roca, aparentemente practicable

sólo por las cabras. El arqueólogo reunió fuerzas y prosiguió hasta dar con un profundo desfiladero rocoso. Bajo él, un salto de al menos cien metros. No podía mirar abajo o corría el riesgo de caer por el precipicio. Se agarró con las manos a la piedra viva hasta llegar incluso a sangrar. Se rompió las uñas, pero consiguió recorrer el sendero. Y después de una hora de aquel calvario, lo vio. Se trataba de una acacia

enorme, de unos cinco metros y proyectada hacia el vacío. Allí, el filón de roca precipitaba hacia abajo, indicando una fractura geológica entre montañas viejas y jóvenes. Y el árbol, abrazado a la piedra, parecía borrar la frontera entre los dos mundos. El arqueólogo llegó hasta ella jadeando y se apoyó sobre su tronco. Percibió la brisa delicada de la tarde y cerró los ojos para vencer la tensión. Cuando los abrió de nuevo, admiró

las águilas que se dejaban llevar por las corrientes a lo largo de los contrafuertes de la pared rocosa. El aire se encontraba cargado de perfume del desierto. Y no había nada de qué asombrarse. Bajo aquel precipicio, durante un centenar de millas, la tierra llegaba hasta la frontera con Sudán.

Baedeker observó el árbol que había buscado con tanta tenacidad. La acacia era muy rugosa y maciza, y

parecía tan antigua que podía tener centenares o quizás miles de años. A sus pies, dejados por temerarios peregrinos que todavía recorrían el sendero de roca, estaban muchas ofrendas: una jarra de aceite, un puñado de semillas de *teff*, carne ya guisada, un recipiente lleno de un líquido más bien amarillento que entendió podía tratarse de cerveza... Aquellos dones tenían un cierto misterio y contribuían a

conferir al visitante una fuerte sugestión por el aspecto casi sobrenatural de la acacia.

Pero algo reforzó en Baedeker aquella impresión. Cada rama del árbol, hasta una altura de casi dos metros, llevaba tiras trenzadas de tejido colorido. Aquellas cintas se movían con el viento, ondeando, y parecían murmurar, susurrar un mensaje misterioso que le costaba trabajo interpretar. Eran las ofertas votivas,

unidas quizás a alguna petición de ayuda a la divinidad, oraciones que se perdían en el pasado o agradecimientos por el socorro obtenido del cielo.

Con curiosidad, desafiado por el descubrimiento de algo que no entraba en sus conocimientos, el arqueólogo tocó aquella madera, percibió la venerable edad y entendió la fuerza que desprendía sólo su presencia.

En el árbol sagrado vivía un espíritu poderoso. Había encontrado los restos de la fe religiosa más antigua. Una pista que llegaba hasta épocas olvidadas, incluso para los propios etíopes.

Capítulo 2

En la mente de Tom Baedeker iba delineándose un mosaico cada vez más complicado y difícil de definir. Los cristianos de Tana Kirkos sacrificaban las cabras a Dios. Los hebreos de Weleka le habían dado indicaciones que iban a parar al descubrimiento de una enorme acacia, que adoraban y a la que llevaban ricas ofrendas en especies.

Eran dos señales palpables de paganismo. Un paganismo que gozaba de pleno respeto, y por lo tanto todavía estaba visible entre los etíopes, después de miles de años.

«Una vez éramos todos seguidores de Moisés», había dicho Abbe Fisseha, sin prestar quizás atención a un tiempo todavía anterior, en el que los primeros habitantes del cuerno de África no eran ni hebreos, ni cristianos, ni musulmanes,

sino paganos, idólatras capaces de conferir vida y alma a un árbol, una piedra o un río. Sólo después se habían difundido y afirmado las creencias monoteístas, sin renegar, por otro lado, del recuerdo de lo que habían sido. Sin jamás purificarse por completo, como sí había ocurrido en el resto del mundo civil.

Todo aquello generaba ante los ojos de Baedeker una gran confusión. Aquella gente mostraba una fuerte

propensión al sincretismo: cada nueva evolución de la fe podía combinar con las convicciones precedentes. No parecía haber roturas entre ellas. Cada paso evolutivo no significaba la afirmación de una nueva iglesia que llevaba implícito considerar como propio el deber de destruir las creencias del pasado y cancelar cualquier pista de las propias conexiones con las anteriores. El Dios de los etíopes acompañaba a su

pueblo sin violencias, apenas se le concedía hacerlo. Y así aquellos hombres y aquellas mujeres se abastecían, para sus esperanzas más profundas, en un depósito inagotable. Los cristianos veneraban y protegían el Arca, la reliquia más importante del hebraísmo. Los hebreos rodeaban de respeto formas de antiguo paganismo. Y todos vivían en paz con sus propios antepasados.

El arqueólogo se

preguntaba cuál era quizás la explicación de un comportamiento tan original. Había por un lado otro problema: hacer cuadrar un «agujero» de cinco siglos en la historia del Arca. Los quinientos años siguientes a la muerte del soberano de Israel, Salomón. Demasiados para justificar y hacer creíble la extraordinaria hipótesis de que aquel objeto venerado y temido, como le había contado el propio Fisseha,

había llegado de verdad a Etiopía, y antes de Cristo. En Tana Kirkos, o en cualquier otro sitio. Baedeker se sentía impotente, pero su sed de conocimiento no hacía más que aumentar.

De nuevo una vez más, se dirigió aquella mañana hacia el centro del poblado esperando encontrar al jefe religioso de la comunidad. La memoria física del hombre, el recuerdo de las historias que había

escuchado de pequeño, la reflexión sobre los usos y las costumbres, los conocimientos transmitidos por los predecesores, sólo esto podía ayudar a Baedeker a dar una respuesta a sus dudas.

No le costó trabajo encontrar a Aron Alemu. Como cada día, pasaba una gran parte de su tiempo rezando en el *mesgid*, la cabaña reservada a los ritos de la fe. Esta era completamente igual al resto

de las cabañas que los cristianos en Etiopía usaban como iglesias, menos en un importante y fundamental detalle: faltaba el *sancta sanctorum*, que en las cabañas que habían encontrado entre los seguidores de Jesús existía para conservar el *tabot*, la copia de las Tablas de la Ley. En su lugar se encontraba el armario contenedor de los rollos de la Torah, las Sagradas Escrituras, que estaba

ubicado en la pared oriental para que mirara hacia Jerusalén. Precisamente delante del mismo, a los pies, estaba el sacerdote, completamente concentrado en consultar algún texto antiguo.

Aron Alemu ni siquiera se dio cuenta de la llegada de Baedeker, que no habló porque su mirada se había quedado atrapada ante el estante más bajo del armario, lleno de objetos que habían sido colocados allí

sin orden alguno.

—¿Qué es todo esto? — preguntó a Alemu con voz temblorosa.

—Regalos —respondió aquel dándose la vuelta—, regalos ofrecidos por Tel Aviv a la comunidad de Weleka. Pero nadie entre nosotros los necesita. Todos son objetos inútiles. Nosotros necesitamos sólo ropa de abrigo...

El arqueólogo se agachó y rebuscó entre los libros, las cajas, los juguetes.

Cuando se puso de pie tenía en la mano una caja, todavía cerrada. El logo de Apple era inconfundible. Había encontrado un ordenador portátil, nuevo y listo para usar. El *hard disk* que llevaba inútilmente consigo desde hacía semanas podía de nuevo hablar.

Bale había vuelto a jugar.

Después de aquello que Mary y Jack, a falta de un término más apropiado, llamaban «la visión», no se

habían vuelto a suceder fenómenos extraños. Durante algunos días, mientras esperaban en el nuevo poblado a que Baedeker terminara sus investigaciones, al niño le había costado más que en otras ocasiones establecer lazos de amistad.

En cuanto salía de la cabaña en la que estaban acogidos, los otros le invitaban inmediatamente a jugar, había quien seguramente lo hacía atraído

por la fama que le precedía. Él se negaba y se sentaba a mirar sus juegos, mientras trazaba en el terreno alguna señal con una rama. Por último se unía al juego, pero le costaba trabajo perderse en la competición o identificarse en el papel que le asignaban.

Alguien entre sus nuevos compañeros terminaría por pensar que el recién llegado no era por otro lado un tipo tan interesante. Mientras tanto, Mary no le quitaba la

vista de encima. Y Jack intentaba interpretar, sin ser visto, las señales que había trazado mientras estaba sentado en un sitio apartado. Garabatos. Espirales, como mucho. Ninguna frase.

Luego, pasado aquel breve periodo, todo volvió a ser como antes.

—¡Bale ha cogido la lagartija más grande!

Así anunciaron un día a los adultos, con voces divertidas, los primeros chicos que volvían de un

largo paseo por los campos que rodeaban el poblado.

—Le ha atado una ramita en la cola, y la ha hecho correr por todo el prado —explicaron—, y aquella se liaba y se caía.

—Pero luego ha dejado que se marchara —concluyeron.

El tema les había sorprendido. Generalmente esos juegos con los animales acababan siempre con la muerte del pequeño animal.

Cuando también Bale

llegó al poblado, rodeado por los compañeros excitados que no dejaban de gritar, Mary entendió que el niño había realizado otro paso más hacia su largo camino. Por la noche habló con Jack.

—Se ha preguntado por primera vez en la vida cuál era su sitio en medio de los demás. Por eso se mantenía alejado...

—De hecho, eso es lo que parecía.

—Pero ahora lo ha

descubierto.

Ante aquella respuesta, Jack se quedó mirando fijamente a la mujer.

—Se comporta como uno que tiene algo que enseñar —le explicó ella—. Y los otros se lo dejan hacer.

—¿Qué dices?

—Estoy segura de ello. Y hay algo más. No le hacen más preguntas para saber si de verdad es un tipo especial y si son verdad las cosas que dicen sobre él. Se fían de lo que ven en él.

En Weleka los fugitivos se sentían de verdad en un sitio seguro. El destino de los últimos hebreos de Etiopía parecía interesar bien poco al gobierno y las comunidades cercanas. El lugar parecía particularmente aislado: ni un turista o un policía. Ninguna cara desconocida podía presentarse en los alrededores sin suscitar una curiosidad inmediata.

Después de los primeros días, mientras Baedeker

continuaba sus investigaciones y Mary daba una mano a las mujeres del poblado, Jack no consiguió estar más tiempo sin hacer nada. En cuanto supo que un grupo de jefes de familias había decidido excavar un pozo, se ofreció sin dudarlo a dar una mano. Era tanto su deseo de hacer algo de positivo que después de pocas horas había tomado la dirección de los trabajos. Daba órdenes a los otros que le obedecían reconociendo

su labor.

—Vosotros tres, transportad más lejos esa tierra que se acumula aquí, cerca de la excavación. Tú, ayuda a procurar unos palos para apuntalar la fosa...

Pero era también el primero en calarse en el profundo agujero para luego emerger todo enfangado. Y feliz.

Mary asistió emocionada a aquella pequeña actividad.

—United Foods debería abrir una nueva oficina aquí

—comentó divertida una noche, mientras el hombre venía a su encuentro con el pecho al descubierto y todo el color de la arcilla encima.

Él le sonrió.

—Claro. Excavarían los pozos, pero luego lograrían que brotase Coca-Cola. Y conseguirían también demostrar que en estos climas una bebida tan energética es lo ideal. Qué pena que cueste algo más que el agua...

Ella sonrió ante la

broma, contenta de verlo bromear sobre sus desaventuras. Él la miró fijamente y luego se puso serio.

—Bromas aparte, me veo obligado a esperar a que el 11 de septiembre cambie de verdad algo en el mundo. Porque si no es así, terminada esta extraña misión, no sabré de verdad a dónde ir.

—Bueno, lo que está claro es que necesitarás un buen abogado —respondió

la mujer.

—Pero no tendré con
qué pagarlo —concluyó él.
Y no estaba bromeando.

Capítulo 3

Steiger recibía informes de diferentes regiones del país. Después de dos semanas la voz del rescate había llegado hasta el valle del Omo y la región de los lagos del sur. Por el oeste subía el curso del Nilo Azul hasta la frontera con Sudán y pasaba de boca en boca por todos los poblados de los altiplanos. Ya se hablaba de ello en el este, incluso en las

sabanas quemadas de Ogaden, en Somalia y a lo largo de toda la frontera con Eritrea.

Él imaginaba la escena. La gente se encontraba cada día en los mercados, donde todos se acercaban siguiendo interminables caminos de tierra batida, para vender sus míseras mercancías o intercambiarlas con comida y otras cosas. Y cuando aquellos miles de hombres y mujeres se encontraban reunidos, hablaban y

hablaban de las últimas novedades.

Allá donde fuera que estuvieran escondidos los tres extranjeros con el niño prodigio, pronto les llegaría una señal. Y él caería sobre ellos como un ave rapaz.

Mientras tanto, los prisioneros se habían calmado. Después de haberse desinteresado durante días y días, una mañana decidió comprobar sus condiciones. Cuando se asomó a la entrada de la

gruta en la que estaban encerrados, todos le dirigieron una mirada interrogativa y llena de esperanza. Tenían una edad comprendida entre los cuatro y los seis años. Todos varones.

—Bien —se repitió—, para sus familias valen sin lugar a dudas algo más.

Notó que si bien estaban obligados a la más completa inactividad, no se habían convertido en apáticos. No entendían, evidentemente,

por qué aquellos adultos y extranjeros la tenían tomada con ellos. Y seguían interrogándose y esperando.

—Piensan que están castigados y no saben por qué —se dijo el traficante de armas—. Pero están convencidos de que el castigo terminará muy pronto. O que sus padres vendrán a buscarles... — Intentó sonreír—. ¡Tenéis que ser valientes! —dijo—. Si superáis esta prueba, seréis unos guerreros de

verdad.

Pero los niños no le respondieron.

Una hora después hablaba por el satélite con Richard Ashcroft.

—Sólo espero que no se hayan escondido demasiado lejos —dijo—. No tenemos todo el tiempo que queremos para ir de una punta a la otra quién sabe por qué región de Etiopía. Y esos tres desesperados no tienen ni siquiera medios...

—Bueno, pronto lo

sabremos. Sólo quién esté completamente excluido de la vida social en este país puede todavía ignorar nuestro mensaje —le dijo el otro.

Steiger se quedó pensativo. Aquella consideración le había llamado la atención de forma particular.

Gente excluida de la vida social, siguió pensando. Una minoría étnica... ¡Claro!

—¡Richard!

Su hombre entendió inmediatamente que a su jefe se le acababa de ocurrir una idea.

—¿Qué ocurre?

—¿En este país de mierda hay tribus y poblaciones que vivan aisladas de las otras porque están excluidas o son vistas con recelo?

El otro se quedó pensativo.

—No sabría decirte. ¿Me informo?

—Bien, bien hecho.

Infórmate y me cuentas. Si
tuvieras que esconderte y no
llamar la atención en un país
de cotillas te quedarías entre
los parias de la sociedad,
¿no?

—Entendido. Hablamos.

—Date prisa —concluyó
el mercader de armas—. No
tenemos mucho tiempo.

Capítulo 4

Bale supo finalmente que Abbe Gebrel había muerto. Los adultos no conseguían esconder las malas noticias. Le fue suficiente escuchar susurrar el nombre de su amigo sacerdote. Mary lo buscó con la mirada, cruzó sus ojos con los suyos y entendió que el niño había comprendido que se había quedado de nuevo huérfano.

Más tarde, en su cabaña,

mientras Jack se abandonaba a la rabia contra la nueva prueba de la determinación de sus enemigos, la mujer mantenía abrazado al niño como para protegerlo de un enemigo muy cercano. Él, sin embargo, se sentía más tranquilo. La furia del hombre y la ternura de la mujer lo consolaron por la pérdida, cada uno a su manera.

—¿Por qué nos has traído hasta aquí?

Mary Champion y Jack

Miles miraban a Tom Baedeker con mucha curiosidad. El arqueólogo tenía el aspecto de quien no duerme desde hace muchos días. Y efectivamente, estaba de pie desde hacía un número increíble de horas.

Durante muchas noches había visto difundirse en la oscuridad la débil claridad emanada por la pantalla de su ordenador. Y todo el poblado se había acostumbrado al rumor del grupo electrógeno ofrecido a

la gente de Weleka por el gobierno de Addis Abeba para la conservación de alimentos y que jamás habían utilizado. Un gancho de salvación indispensable para el estudioso.

Baedeker bostezó con fuerza. Luego respondió.

—Por dos motivos importantes. El primero es que quiero informaros sobre los resultados de mis investigaciones sobre los falasha. No sabemos lo que ocurrirá en los próximos

meses, y es fundamental que cada uno de nosotros tenga en mano todo.

—¿Todo qué?

—Todo lo que sirve para llegar hasta el fondo de esta historia y salvar el cuello...

Mary y Jack no replicaron. El arqueólogo había hablado con un tono de voz preocupante, quizás marcado por un desagradable presentimiento. Pero se dio cuenta de ello, y esbozó una sonrisa.

—Es mejor ser optimistas... y por lo tanto, en extrema síntesis, las cosas están así. Los habitantes de Weleka, y como ellos todos los falasha de esta región de Etiopía, son de religión hebrea. Pero son muy diferentes de todos los otros hebreos del mundo, y en primer lugar de aquellos de Israel. ¿Sabéis lo que es el Talmud?

—Sé que es el libro sagrado de los hebreos, nada más. No creo que Jack sepa

mucho más.

Baedeker suspiró.

—Sí, el Talmud es un libro sagrado para los hebreos, que contiene muchas enseñanzas sobre el significado y la aplicación de la ley de Dios. Su composición comenzó después de la destrucción del Templo de Jerusalén por mano de los babilonios, alrededor del año 590 antes de Cristo. Los descendientes de Salomón temían que no tendrían una patria y

consideraron que era necesario recoger y recordar por escrito las lecciones de los sabios sobre la voluntad de Dios. Pues bien, los falasha no saben nada del Talmud...

—Y esto... —se entrometió Miles— puede significar sólo una cosa.

—Ya —confirmó Baedeker—. Significa que los falasha se convirtieron en hebreos antes de la destrucción del Templo. Y que después permanecieron

aislados tanto tiempo que no conocen el Talmud.

—Es la única prueba que confirmaría el viaje de Menelik desde Jerusalén a Etiopía, ¿no?

—Dejemos a un lado a la reina de Saba y a su hijo — comentó el arqueólogo moviendo la cabeza y dirigiéndose a Champion—. Aquel viaje, en mi opinión, es una leyenda. Pero comienzo a pensar que bajo la leyenda se esconde una parte de verdad. Hablaremos

de ellos. Mientras tanto, continuemos con la historia. Porque tengo otros elementos nuevos...

—Escuchemos.

—Los hebreos de todo el mundo celebran hoy la fiesta del Purim y la fiesta de la Dedicación. La primera es una fiesta de purificación a través de la oración y el ayuno.

Recuerda acontecimientos de la historia hebrea que ocurrieron cinco siglos antes de Cristo, y el Purim nació

de hecho en aquella época. La segunda es una festividad dedicada al tiempo de Jerusalén y nació hacia finales del siglo II antes de Cristo. No hay que decirlo, los falasha en Etiopía no celebran ni una ni la otra. Esto significa, de nuevo una vez más, que se convirtieron en hebreos antes de la creación de las dos fiestas.

—¿A dónde nos lleva todo este razonamiento? — Jack Miles daba ya señales de impaciencia.

—Espera y verás... Lo que más me sorprende, en realidad, es el asunto de los sacrificios animales en Tana Kirkos y de la acacia sagrada de Weleka. Porque en ninguna parte del mundo cristianos y hebreos practican hoy estos residuos de paganismo.

—¿Entonces?

—Escuchadme bien. En tiempos del hebraísmo más antiguo cualquiera podía ofrecer sacrificios a Dios. Sacerdote o persona común,

no importaba. Y podía hacerlo allá donde hubiera un templo. Luego, con el éxodo de Egipto, las cosas cambiaron. Fue construida el Arca de la Alianza, que acogía a Dios y fue encerrada en una tienda portátil. Desde entonces, los sacerdotes permitieron a los hebreos realizar sacrificios en un lugar de culto. En el desierto quedó representado en la tienda del Arca. Después del 1200 antes de Cristo, fue el santuario de

Shiloh. Por último, a partir de la época de Salomón, fue el Templo de Jerusalén, si bien esta regla no fue respetada siempre ni completamente.

—¿Por qué?

—Por ejemplo, como consecuencia de las guerras que combatió Israel o de los enfrentamientos políticos entre los propios hebreos. En estas circunstancias permanecía la costumbre de ofrecer sacrificios a Dios en templos locales. Y también

quien vivía demasiado lejos de Shiloh o Jerusalén tenía la autorización para sacrificar en su propia casa. Las cosas fueron así durante varios siglos. Hasta que en el 640 antes de Cristo el trono de Israel fue ocupado por el rey Josías.

—Antes de que Nabucodonosor destragara Jerusalén... —anotó Mary.

—Exacto —aprobó Baedeker—. Este es un detalle importante, y ahora os diré por qué. Josías estaba

literalmente obsesionado con la Ley de Dios y por su seguimiento. Y una de sus primeras órdenes fue acabar en Israel para siempre con los sacrificios lejos del Templo. Sus prohibiciones se tomaron tan en serio que en las décadas de la deportación a Babilonia, los hebreos no realizaron ningún género de sacrificio. La costumbre de acercarse a los templos locales quedó completamente abandonada. La cuestión era sencilla.

Como el Templo ya no existía, no existían tampoco los sacrificios. Sólo cuando volvieron de Babilonia y construyeron un nuevo templo, los hebreos comenzaron otra vez con sus ofrendas a Dios. Y tal sistema «centralizado», por decirlo de alguna forma, permaneció en vigor desde el 520 antes de Cristo hasta el 70 después de Cristo, dada la destrucción del segundo templo por mano del emperador romano Tito.

Después de aquello, de nuevo, no se realizaron más sacrificios. ¿Entendéis entonces a dónde quiero ir a parar?

—Claro —asintió Mary
Campion—. Los antepasados de los habitantes de Weleka y de todos los falasha que se encuentran aquí se convirtieron al hebraísmo en el momento en el que los sacrificios locales todavía eran aceptados. Lo que significa que son hebreos al

menos desde el siglo VII
antes de Cristo.

—Los primeros hebreos
que llegaron aquí —
reflexionó Baedeker,
caminando de una esquina a
la otra de la cabaña—
convirtieron a su propia fe a
los habitantes del lugar y
fundaron probablemente
varios templos. Quizás al
principio mantuvieron
contactos con Israel y las
autoridades religiosas de
Jerusalén. Pero la distancia
era enorme y no es difícil

pensar que con el tiempo se quedaron aislados, ignorando completamente las prohibiciones de Josías, el Talmud, la festividad del Purim y la de la Dedicación.

—Son como esos insectos capturados en el ámbar —murmuró Mary, mirando el vacío con ojos soñadores—, herederos de otro tiempo y de otra religión...

—¡Sí, es así! —confirmó excitado el arqueólogo—. Pero tengo una pregunta

fundamental todavía sin respuesta. ¿Por qué diablos un grupo de hebreos, en la necesidad de dejar Israel, tuvo que elegir como meta un sitio tan lejos como Etiopía? ¿Qué motivo o finalidad extraordinaria pudo guiarles?

—Bueno, es sencillo —explicó Jack Miles—. Los autores de todo esto fueron Menelik y sus compañeros. Una vez que robaron el Arca de la Alianza, la trajeron hasta aquí, a casa. ¿Por qué

esta teoría no funciona?

Baedeker marcó en el aire un gesto decidido.

—Porque no hay rastro histórico de la reina de Saba. Porque en la época de Salomón no existían ni Aksum ni su civilización. Porque Abbe Fisseha ha hablado de fechas posteriores en cinco siglos a Menelik. ¡No! Si algún hebreo llegó hasta aquí lo hizo mucho después de Salomón. Por causas que todavía no conocemos y que

yo quiero descubrir. Y por último...

Dudó. No estaba seguro, evidentemente, de si decía todo lo que pensaba.

—¿Qué hay más? —le solicitaron ambos.

—Bueno, yo creo saber que los hebreos que trajeron aquí el Arca no lo hicieron por casualidad, sino para realizar un plan preciso... — seguía dudando.

—¿Qué plan? —le preguntaron.

El arqueólogo se preparó

para responder.

—Es pronto para decirlo... No os hablo de ello todavía porque estoy convencido de que tiene que ver con el motivo por el que nos están persiguiendo, con la verdadera naturaleza de la misión entregada al niño... Vamos, lo que esta gente piensa de él.

Los otros se le quedaron mirando alarmados, pero el estudioso continuó:

—Y aquí tenemos el segundo motivo por el que

os he llamado... Estamos a punto de separarnos. Hoy mismo, mañana como muy tarde, me marchó a Addis Abeba.

Capítulo 5

Los habitantes del poblado acogieron sin descomponerse la voluntad de Baedeker. Pero discutieron entre ellos sobre cómo podían hacerle marchar sin llamar mucho la atención. Se decidió que dos hombres le acompañarían andando durante un buen trecho hasta un poblado más bien lejano. Allí se podría llamar a un coche que

acompañara hasta la capital al único de los extranjeros que circulaba libremente por Etiopía.

Preparado cada detalle, los tres occidentales se despidieron, mientras la luz del alba comenzaba apenas a iluminar los tejados. Jack se veía contrariado e intentó de nuevo que el investigador le diera más información.

—No puedes dejarnos así, atrapados de quién sabe qué por motivos que ignoramos. ¡Si sabes algo

tienes que decírnoslo!

Tom movió la cabeza.

—¿Pero no entiendes que es mejor así? Quien os está persiguiendo podría intentar sacaros algún secreto. Si os encontraran, el hecho de que vosotros ignoréis completamente lo que de verdad está en juego podría protegeros. Pero mientras tanto yo tengo que seguir. Gente dispuesta a cualquier cosa quiere evitar que se conozca la verdad sobre el Arca y por lo tanto

ésta es más que nunca mi verdadera misión.

—Entonces, no sólo el niño está en peligro — comentó Mary—, también tú.

El arqueólogo asintió.

—Puede ser, pero su atención está concentrada en él. Cualquiera que sea el verdadero significado de este asunto, él es la llave. Por eso, no temáis por mí. Seguid escondiándoos mientras yo intento descubrir algo que les pueda

distraer de vosotros. Una verdad con la que a su vez podremos amenazarles.

Mary y Jack no estaban convencidos.

Bale observaba a los tres. Hablaban demasiado deprisa y no conseguía entender ni siquiera una palabra.

«Discuten», pensó. «No saben que se encontrarán de nuevo».

Steiger sopesó la información que acababa de recibir. La comunidad más

aislada era aquella de los falasha, los últimos miserables hebreos de Etiopía. Un hallazgo arqueológico vivo. Un tiempo odiados y ahora ignorados por todos.

Observó de nuevo el mapa.

La región en la que vivían era más bien amplia, pero no tanto como para no poder establecer un contacto muy pronto. Con el dedo circunscribió el área que pasaba cerca del río Tekezé

y las orillas del lago Tana.

«No se encuentran muy lejos», pensó con satisfacción. «Se tienen que encontrar en algún poblado entre los Montes Simien, donde nos encontramos nosotros, y el lago. Y esta vez no debemos revisar el territorio para descubrir su refugio. Serán ellos quienes nos busquen, y nosotros estaremos más cerca de lo que piensen».

Llamó a uno de los suyos. Y cuando aquel entró

en la tienda, se dirigió con determinación.

—Bajo hasta el valle con Roger y Liam. Nos marchamos enseguida. Avísales.

El otro asintió y salió. Con un silbido llamó la atención de los otros y comenzó a darles órdenes.

El traficante de armas se quedó a solas. Se colocó el cinturón militar, que estaba colgando de uno de los palos de la tienda, y desenfundó un cuchillo. Con un dedo

valoró cuánto de afilado estaba.

—¿Dónde se va?

En la entrada se había asomado Roger, uno de los dos que quería llevar consigo.

—A Gondar —le explicó Steiger—. Y muy probablemente nos esconderemos en uno de los poblados de los falasha. Y cuando sepan del secuestro y de nuestras peticiones se moverán hacia la ciudad más cercana de estas montañas,

donde hemos cogido a los niños. Allí les encontraremos.

—¿Los pequeños se quedan aquí?

—Claro. Es demasiado arriesgado llevarlos con nosotros. Es inútil —dijo.

El otro asintió y se dio la vuelta.

—Roger...

Ante la llamada, éste se giró. Steiger observó de nuevo el cuchillo.

—Cógeme una ampolla de desinfectante. Tráemela

inmediatamente.

Tom Baedeker tuvo modo de constatar que los falasha eran de verdad muy prudentes, cuando era necesario. Siglos de sospechas y persecuciones les habían adiestrado para que pasaran inadvertidos.

Él y los dos ancianos etíopes que le acompañaban caminaron todo el día sin intercambiar ni siquiera una palabra. Y él, tras ellos, vestido con ropas de pastor, habría jurado que nadie

podría jamás recordar que lo había visto pasar.

Cuando llegaron al poblado establecido, no lejos de una de las calles principales que llevaban a Addis Abeba, lo encontraron lleno de gente que venía de todos los rincones de la región para el mercado.

Esperaron el medio de transporte durante toda la mañana siguiente, paseando aquí y allá confundidos entre la multitud. Él no les dirigía la palabra a ninguno de los

dos. Y los dos que le acompañaban sólo preguntaron el precio de algunas mercancías: garrafas de plástico para el agua, un rollo de cuerda... Pero no compraron nada.

Mientras tanto escuchaban. Y en un momento dado, por primera vez desde el alba del día anterior, algo les puso nerviosos. Comenzaron a consultarse entre ellos, excitados. Luego le miraron dubitativos.

Tom pensó que alguien les había descubierto.

—¿Qué ocurre?

Pero aquellos conocían sólo unas pocas palabras en inglés y no era seguramente el momento de ponerse a buscar un intérprete.

—¡Niños! ¡Niños! —
repetían, intentando hacerle entender algo urgente—.
¡Peligro! ¡Profeta!

Les acababan de llegar las voces del secuestro. Pero no podían poner al corriente al occidental. Resignados,

los dos mostraron inmediatamente señales de que querían volver a casa, y en cuanto el coche que esperaban llegó al lugar acordado, se despidieron rápidamente.

Qué tipos más extraños, pesó Baedeker. Habrán escuchado algo de alguna nueva enfermedad que se difunde por la región....

Se colocó en el todoterreno, saludó distraídamente al conductor y se concentró en su

investigación.

Aquella noche, Bale comenzó a devorar la cena con el típico apetito. Jack y Mary le observaban en silencio, pero casi no tocaron la comida.

—Hablan en todo el pueblo de ello. Los jefes de familia en este momento están reunidos con Aron Alemu —dijo ella.

—Se preguntan —respondió Jack—. Saben que tienen que tomar una decisión. Tienen miedo,

imagino. Podrían también elegir alejarnos. Tienen hijos y han sufrido ya bastante, hasta hoy. ¿No crees?

El inglés estaba serio. Desde que habían recibido la noticia del secuestro no había dejado de reflexionar. Ante el pensamiento de lo que estaba ocurriendo la rabia le hizo jadear.

Mary se levantó y comenzó a acariciar al niño en la cabeza. El pequeño la miró y le sonrió, como si quisiera tranquilizarla.

—¿Qué es lo que tenemos que hacer? — preguntó la mujer.

—El hecho de que hayan recurrido a esta estrategia significa que nuestros enemigos ya no esperan encontrarnos —comentó Jack con los puños cerrados—. Y esta es una buena noticia. Pero significa también que son capaces de hacer cualquier cosa. Y nosotros, además de no pedir mucho a quien nos acoge, no podemos permitirnos estar

quietos sin intentar nada para salvar a aquellos niños.

—¿Quieres que nos movamos? No conocemos el territorio. Dependemos de la ayuda de esta gente. Nos descubrirían. Y es lo que los asesinos están esperando. Esperan quemarnos la tierra a nuestro alrededor...

—Si nos echan de aquí buscarán un nuevo refugio —contestó él—. Los sacerdotes cristianos seguramente continuarán protegiendo al niño. Así que

tú y el niño quedaos escondidos —le recomendó. Luego miró a Bale, que le miraba seriamente—. Me moveré yo. Teniendo en cuenta cómo se ha desarrollado el secuestro hasta hoy, imagino que esos cerdos esperan sacarnos de nuestro escondite. Iré hacia ellos y llamaré su atención. Haré correr la voz de que estoy buscando a los culpables. Así podremos entrar en contacto, quizás negociar, no sé...

—¿Y todo esto solo? —
se asombró ella—. La
Policía te descubrirá en
breve. No conoces el
amárico. Y además... ¿hacia
qué dirección irías?

—Hacia Gondar. Es la
ciudad más importante antes
de los Montes Simien, donde
han cogido y probablemente
tienen a los prisioneros...

El silencio se apoderó de
ellos. En la cabaña cercana
una madre estaba cantando
una nana para dormir a su
hijo más pequeño. Mary

rompió aquel silencio.

—¿Lo quieres hacer porque te sientes en deuda con esta gente, no es así?

Jack sonrió con amargura, mirando de frente.

—Es muy generoso por tu parte. Pero te ilusionas al esperar que lo conseguirás —añadió ella.

Bale preguntó a Mary de qué estaban hablando. Ella le dijo que Jack quería dar una vuelta, para estar seguro de que ningún enemigo estaba cerca del poblado.

—Estará fuera unos días
—sonrió—. ¿Qué te parece?
¿Resistiremos sin él?

Tras escuchar las palabras, el niño miró al extranjero.

—Es mejor si él se queda con nosotros —respondió serio. Luego miró a la mujer, le apretó la mano que ella había apoyado sobre su hombro y concluyó—: Ahora tenemos tantos amigos, ¿verdad?

Y siguió comiendo.

Era el pequeño, una vez

más, quien la tranquilizaba.

Una hora más tarde, cuando cansado de los juegos de todo el día el niño se había quedado dormido, fue cuando Aron Alemu entró finalmente en la cabaña.

Los dos occidentales lo miraron fijamente, ansiosos por conocer la decisión de los hombres del poblado. El viejo les saludó con un gesto de cabeza y se sentó en el taburete que le había dejado libre la mujer.

—Tenemos un deber muy serio —comenzó—. Pensaba que Dios quería ponernos a prueba trayéndoos hasta aquí. Creía que era ya mucho acogiéndoos y escondiéndoos. Y os hemos acogido, de hecho, ofreciéndoos lo poco que tenemos a pesar de que sois cristianos, aunque los falasha tengamos nuestras dudas sobre si ese joven es de verdad el Profeta que dicen...

Mary y Jack intercambiaron un gesto de entendimiento: aquella premisa no presagiaba nada bueno.

—Pero ahora las cosas han cambiado —siguió Alemu—. Los enemigos del joven no sienten respeto hacia nada. Odian el Arca y aquello que representa hasta el punto de amenazar la vida de los más pequeños.

Luego calló durante un breve momento. Jack se preparaba para hablar

cuando el anciano sonrió, tranquilo, y concluyó:

—Por eso no nos vamos a tirar para atrás. Y seguiremos ayudándoos, si tenéis una idea de cómo podemos hacerlo. Los cristianos os han encargado a vosotros el tesoro más precioso que tienen. Un motivo habrá.

La mujer emitió un suspiro de alivio. Inmediatamente Jack expuso sus intenciones al jefe del poblado. El anciano le

escuchó y reflexionó durante un buen rato antes de contestar.

—Todo lo que amenaza el Arca nos toca a nosotros como etíopes, hebreos y cristianos. Los extranjeros deberían quedar al margen de nuestras cuestiones y nosotros no deberíamos recurrir a ellos en ayuda. Pero está ocurriendo que son precisamente los extranjeros quienes quieren privarnos de nuestro orgullo. Vosotros venís del mismo mundo del

que provienen nuestros enemigos y podríais ser los únicos en entender quiénes son y qué es lo que quieren...

—Es así —confirmó Jack—. Si consigo ponerme en contacto con los secuestradores de los niños podré amenazarlos. No os temen a vosotros, pero tendrán respeto de uno como ellos. Puedo intentar descubrir dónde han escondido a los niños, puedo denunciarles al mundo,

puedo...

Alemu interrumpió al inglés con un gesto de la mano.

—Lo que podrás hacer lo veremos —dijo sin descomponerse—. Ahora es necesaria una ayuda válida para tu misión, visto que esta tierra no es tu casa —dijo—. Y en cuanto terminó la frase se levantó.

—Entonces, ¿cómo lo vamos a hacer? —preguntó Jack, que se estaba impacientando. En el rostro

del anciano apareció una sonrisa enigmática.

—Quedaos aquí. Se necesitará algún día, creo. Pero, si comprendo bien, esta vez el Señor pondrá a nuestra disposición un tesoro custodiado en un vaso de arcilla.

El inglés estaba a punto de contestar, perdiendo la paciencia. Pero un gesto de Mary le obligó a mantener el silencio.

Alemu no añadió nada más. Hizo una reverencia y

salió hacia la noche.

—¡Enigmas! —protestó Jack en cuanto se quedaron a solas—. Deberíamos reaccionar y estos se pierden en citas de sus Escrituras.

La mujer, en cambio, estaba reflexionando.

—No era sólo una cita —concluyó—, parecía tener una idea. No nos queda otra que esperar.

Capítulo 6

El hermano encargado de vigilar la portería de la casa de los jesuitas del Borgo Santo Spirito de Roma se apresuraba a subir las escaleras, más bien alterado. Nada más llegar, inesperadamente, el viejo cardenal, que en aquel momento esperaba pacientemente en la planta baja, había mandado llamar a padre Filippo, amigo,

confidente y colaborador del ilustre invitado.

—Me quedo aquí —
había dicho aquel hombre con una amable sonrisa, rechazando la invitación a subir a los pisos más altos con el ascensor abierto de par en par por el educado hombrecillo. Y se había quedado inmóvil, apoyándose sobre el bastón y observando al otro que se encaminaba hacia las escaleras. Luego, con voz más alta y con el más que

justificado aspecto de dueño de la casa, había añadido—: Nos veremos en la biblioteca. ¡Padre Filippo tiene que darme una clase!

Cuando el portero, preguntando por todas partes, consiguió encontrar al teólogo italiano en el estudio del padre Herbert, le atacó con cierto malestar.

—¿Pero por qué no giráis la línea del teléfono interno cuando salís de vuestro cuarto?

Padre Filippo no se

ofendió ante aquel
desahogo. Sonrió y
respondió:

—Dejadme adivinar.
Está de nuevo aquí un
cardenal alto, aparentemente
enfermo y, como dicen,
descansando... que no
descansa en absoluto.

El hermano asintió serio.

—¡Os espera en la
biblioteca!

Padre Herbert se
asombró.

—¿Él? ¿Está todavía en
Roma? ¿Pero no tenía que

marcharse a Jerusalén?

—Así es —confirmó el padre Filippo—, pero ha decidido entretenerse en un asunto importante.

—¿Soy curioso si pregunto de qué se trata?

El amigo del cardenal en espera sonrió de nuevo, divertido.

—Investigaciones de historia, diría, por lo que me ha pedido. No es su campo, pero qué quieres que haga, ¡a los mayores no se les manda!

Padre Filippo era el máximo experto jesuita en historia de la Iglesia. Vivía en la casa de Borgo Santo Spirito desde hacía diez años, es decir, desde que se había convertido en custodio del archivo histórico de la Compañía de Jesús. En los subterráneos del edificio, protegidos por un sofisticado sistema de climatización, descansaban seguros documentos secretos provenientes de cada parte del mundo: memorias

privadas y cartas de papas y cardenales, informes reservados de religiosos que pedían en todas las principales cortes europeas y en los países de misión, actas de reuniones de las máximas autoridades religiosas mundiales que se habían celebrado en los últimos cinco siglos...

Además, como cuidador principal del archivo, padre Filippo era uno de los poquísimos estudiosos que tenía libre acceso, en

cualquier momento, a los archivos vaticanos. Aquellos que podían consultar también los documentos protegidos por el secreto, sin tener que ofrecer alguna justificación y sin límites de tiempo, eran sólo cinco en el mundo. Uno de ellos era el papa. Padre Filippo formaba parte de ese grupo.

Cuando realizó su entrada en la biblioteca, el invitado le esperaba sonriente y lo saludó con cordialidad. Pero no perdió

el tiempo.

—A ver, dime, ¿tenemos sólo que ver con una leyenda negra o Madruzzi tiene de verdad motivos para agitarse tanto?

El cardenal iba directamente al centro de la cuestión. Padre Filippo comprendió también, tras estas palabras, la gravedad de la petición que le había realizado pocos días antes su amigo.

—Conoces seguramente la historia de los monjes

templarios... —comenzó.

El otro asintió con cierto escepticismo.

—Más conocidos por las novelas y las películas que por la amenaza que representarían para la Iglesia —comentó.

—Sí, pero yo te los cito por la conexión con los hechos del Arca en Etiopía, sobre las que me has pedido que investigue. Una conexión cierta, conocida también por el Prefecto de la Congregación de la Doctrina

de la Fe.

—Cuéntamelo todo —
pidió el anciano pastor, cuyo
interés se había despertado
—. Luego, como prometí, te
explicaré el motivo de mi
curiosidad.

—Por lo tanto, en el
siglo XIII aquella poderosa
orden militar estaba
difundida en toda Europa.
Además de en Palestina,
obviamente. Estamos
seguros de que a principios
del siglo siguiente estaban
presentes también en

Etiopía. Y lo sabemos porque en los archivos secretos vaticanos se encuentra un documento, con fecha de 1306, que narra acerca de una embajada de sacerdotes etíopes ante el papa Clemente V, que residía en Aviñón, en Francia. Un documento, para precisar, que hace un año fue consultado también por Madruzzi.

Una breve pausa subrayó aquella circunstancia. Luego el religioso retomó su

exposición.

—Los etíopes se lamentaban con el papa del comportamiento de los *monjes blancos* que residían en Etiopía desde los tiempos del rey Lalibela. Estos ayudaron al rey a tomar el poder, y a los etíopes a construir las iglesias de la ciudad que debía al rey su nombre. Pero no hicieron todo esto con desinterés. En Etiopía buscaban algo más: el Arca de la Alianza. En los primeros años de su

constitución, cuando gozaban de la poderosa protección de san Bernardo, buscaron durante mucho tiempo el Arca excavando bajo la explanada del templo, en Jerusalén. Pero aquellas investigaciones no tuvieron éxito. En ese punto, una parte de ellos decidió dar crédito a las antiguas leyendas que indicaban que el Arca había sido sacada y llevada a Etiopía. Leyendas por las que el propio san Bernardo se había

interesado...

El cardenal reflexionaba.

—Por lo tanto, los templarios querían el Arca —dijo—. Apoyaron al rey Lalibela y lo ayudaron para que conquistara el poder. Luego le asistieron en sus obras más ambiciosas y mientras tanto intentaron adueñarse del Arca, o al menos de aquella que los etíopes decían que era el Arca del antiguo Israel. Y... ¿lo consiguieron?

—En aquella época

parecía precisamente que sí. De hecho, aquellos embajadores del rey de Etiopía solicitaron el alejamiento de los templarios y la restitución de la reliquia. Por lo que sabemos, la solicitud no obtuvo sus frutos. Pero en aquel momento era sabido por el papa, y seguramente también por el rey de Francia, Felipe el Bello, que el poder de los templarios, ya considerable, se había quizás enriquecido con la

entrada en posesión de la reliquia más importante para los hebreos y los cristianos, un objeto al que la propia Biblia, como sabes, atribuye poderes extraordinarios. Obviamente, imagino que fueron desde el principio ejercitadas fuertes presiones sobre los monjes para que entregaran al pontífice aquel tesoro. Pero si esto ocurrió, ellos lo negaron. Y lo sabemos porque después de pocos meses, sin ningún preaviso, el papa y el rey

desencadenaron contra los templarios una feroz persecución que los históricos justifican con los típicos argumentos: el excesivo poder político y económico de los monjes caballeros y la avidez del soberano de Francia. De todos modos se encargó con muchas prisas una investigación contra ellos y se les amenazó con falsas acusaciones de herejías y ritos satánicos. Pero ellos no cedieron. Así que durante la

noche del 13 de octubre de 1307, sin esperar los resultados del proceso, el rey mandó detener por sorpresa a 138 jefes de la orden y comenzó a torturarlos. ¿Y por qué pudo gustarle hacerlo, visto que los bienes de los monjes, las tierras, los castillos, el dinero, eran conocidos por todos? Porque buscaba el tesoro más grande, y lo buscaba en pleno acuerdo con el papa, que protestó débilmente ante aquel procedimiento poco

correcto.

—No conocía este secreto. —El cardenal estaba asombrado.

—Se trata precisamente de esto —confirmó el estudioso—. Los documentos que acabo de comentar están cubiertos de la más absoluta reserva. Y esto a pesar de que han pasado siglos. Las hipótesis y las reconstrucciones a propósito del fin de los templarios se han multiplicado en estos

últimos años. Hay quien habla también del Santo Grial. Pero nadie parece conocer esta pista...

—El papa y el rey, por lo tanto, ¿obligaron a entregar con violencia el Arca que había sido trasladada a Etiopía?

Padre Filippo respiró profundamente.

—Naturalmente, ésta es una hipótesis más. No existen pruebas que lo confirmen y entonces no estamos seguros de cómo

terminó de verdad el asunto. Digamos que, hasta hace unos meses, los pocos que conocían la visita de los monjes etíopes al papa, incluido Madruzzi, podían pensar que el Arca venerada por aquella gente había sido destruida en la Edad Media. Y esto para evitar que turbara la fe de los cristianos, vista su fuerte conexión con el hebraísmo...

—¿Qué significa?

—Que los templarios

fueron masacrados, y esto es historia, y que del Arca, desde entonces, no se volvió a hablar más en Europa. De estos hechos, como te decía, se podría uno convencer de verdad con la idea de que la acción de Clemente V y del rey hubiera tenido éxito y que la reliquia hubiera sido eliminada.

El cardenal miró fijamente al amigo durante un largo momento. Luego habló, siguiendo el curso de sus propios pensamientos.

—Resumiendo. Los etíopes están convencidos, también hoy, de que tienen el Arca en Aksum. Nosotros pensábamos que la habíamos destruido... pero ahora hemos comenzado a buscarla. O al menos Madruzzi lo hace. ¿Qué le ha hecho cambiar de idea?

—Es su deber vigilar en cada posible frente de mentiras que pueda dañar la fe cristiana —comentó el padre Filippo, sonriendo con mucha ironía—. La leyenda

del Arca de Aksum ha sobrevivido a la acción de los templarios y a aquella de sus enemigos, por tanto tenía que estar bajo observación. Y luego, reflexiona: no hemos estado nunca seguros de que la mítica caja fuera de verdad destruida en el siglo XIV. Yo, por ejemplo, no lo creo: el papa y el rey lo intentaron, incluso a costa de destruir a los templarios, como efectivamente ocurrió. Pero si de verdad esos monjes tuvieron el Arca

entre las manos, de alguna forma los etíopes entraron de nuevo en su posesión. Lo probaría un nuevo elemento...

El superior asintió.

—Ahora está por medio la historia del Profeta, ¿no?

—Veo que esto ya lo sabes —le confirmó el religioso.

—Madruzzi tiene miedo y ahora, gracias a ti, he entrado en la mente de ese hombre indescifrable. Y tu mortal enemigo en el

colegio de los cardenales...
—completó para sí mismo el
padre Filippo.

El viejo estudioso de la
Biblia fue a levantarse.
Rechazó la ayuda del amigo
y se apoyó en su bastón de
confianza. Luego miró
fijamente al hermano más
joven y menos presionado
por la responsabilidad para
con la Iglesia universal.

—Pero, en definitiva,
¿qué amenaza podrá alguna
vez representar una antigua
leyenda? Según la Biblia, en

el Arca estaban las Tablas de la Ley entregadas por Dios a Moisés para su pueblo y para toda la humanidad. Los diez Mandamientos: reglas universales que todos ya comparten y a muchos les cuesta trabajo respetar. Eso es todo.

El otro se puso a reír.

—No, esto no termina aquí. Y lo sabes bien. Estás a punto de retirarte a Jerusalén. ¿Imaginas lo que significaría el hallazgo del Arca para los hebreos? La

existencia misma del Estado de Israel se vería zarandeada y, de consecuencia, la paz mundial. Muchos integristas religiosos no sueñan otra cosa que destruir las mezquitas construidas por los musulmanes en el lugar donde se levantaba el Templo de Salomón para luego reedificar el antiguo santuario y acoger el Arca. Algunos sostienen abiertamente que se trataría de la señal de que el Mesías espera para venir en medio

de su pueblo y dar comienzo al fin del mundo.

El cardenal asintió.

—Entiendo, pero déjame ser cínico, por una vez, sólo para ponerme en el lugar de Madruzzi. Y así me pregunto, ¿por qué del asunto no se ocupa el Estado de Israel? Hebreos y musulmanes lucharán, ¿y entonces? ¿No lo hacen ya? A los cristianos nos bastaría con permanecer fuera y todo sería en ventaja nuestra.

—Ingenioso —comentó

el padre Filippo—. Pero yo, una vez llegados aquí, intuyo una verdad incómoda para nosotros. Clemente V odiaba aquella reliquia, sentía que era una amenaza. Y los templarios, a su vez, le atribuían el poder de chantajear a la Iglesia, si bien todavía no sé con qué motivo.

—El motivo —dijo el cardenal agachándose para recoger una maletita que había apoyado contra la pata del escritorio—, quizás está

Capítulo 7

Haire Musseweni era más que un guía turístico. Era una parte de historia de Etiopía. Aceptaba guiar tres, cuatro grupos como máximo cada temporada, por las pistas que recorrían los Montes Simien.

Lo hacía por necesidad. Entre las cosas que se había prometido a sí mismo era el empeño de no pesar sobre nadie. En una sociedad en la

que todo está basado en la solidaridad de los clanes y de las familias, cada uno en el interior de su propia etnia, él no tenía ni tribu ni familia, y ya consideraba una locura intentar construirse una para él.

Hablaba muy bien el inglés, pero no lo demostraba mucho. Los excursionistas extranjeros que en Gondar se veían proponer los servicios de aquel hombre de una edad indescifrable, que no sonreía

nunca y parecía no interesarse en nada de lo que le rodeaba, terminaban por pensar en los días siguientes que habían dado una mano, aceptando sus servicios, a un pobre etíope medio analfabeto. Quizás un campesino, padre de familia, que siendo guía conseguía aumentar un poco sus míseras ganancias. Había incluso quien lo encontraba fascinante. Pero los más percibían una cierta inquietud cuando descubrían

que estaban siendo
repentinamente observados
por aquellos ojos,
generalmente inexpresivos,
en los que por un momento
brillaba una luz siniestra. En
un instante se sentían
juzgados. Entonces se
preguntaban qué es lo que
pensaba de ellos aquel
hombre en apariencia tan
distante. No era una
sensación agradable. Era
como si su guía estuviera
decidiendo qué hacer con
quien le seguía. O como si

estuviera valorando el verdadero valor de sus vidas.

Al finalizar aquellos impecables recorridos de *trekking*, el hombre se metía el dinero acordado en el bolsillo, luego esbozaba un saludo y desaparecía.

En los meses siguientes, cuando los participantes de aquellas excursiones mostraban las fotos de sus vacaciones en Etiopía a algunos amigos que se reunían en sus residencias de Londres, París, Milán o

Nueva York, no sabían decir nada de él. Era el único que no sonreía, ni siquiera en las fotos de grupo. En ese momento descubrían que no conocían su nombre, edad o proveniencia. Habían incluso olvidado su paso, sus gustos a la hora de comer, o si había mostrado algún gesto de orgullo al haberlos llevado a contemplar los paisajes extraordinarios o los animales raros que estaban en libertad.

Habían sido guiados por

un hombre invisible.

El motivo por el que Haire conocía tantas pistas que llevaban a cada esquina del país era inconfesable. Desde hacía años pasaba gran parte de su tiempo en perfecta soledad. Sólo unos pocos ancianos religiosos conocían su secreto. Desde hacía mucho, de hecho, aquel hombre era un eremita penitente. Pero de una especie muy rara: un convertido sin fe.

En noviembre de 1974 el

partido del poder, después de la deposición de Haile Selassie, el último emperador de Etiopía, había decidido ajusticiar sin proceso, en un solo día, a cincuenta y siete exponentes del viejo sistema de gobierno. Haire, aún siendo muy joven, había participado a la matanza.

En agosto del año siguiente el nuevo dictador, el coronel Menghistu, se presentó por primera vez en público llevando en el dedo

medio de la mano derecha el anillo del rey Salomón, la mítica joya transmitida desde entonces por los soberanos legítimos de Etiopía a sus sucesores. Todos se preguntaron qué le había ocurrido a Selassie y comenzaron a circular terribles voces sobre el trato que le habían dado los rebeldes. Haire era de los pocos que conocían la verdad.

En julio de 1977 tuvo lugar la primera guerra

contra Eritrea, vencida sólo gracias a la tempestiva e interesada ayuda de la Unión Soviética, que garantizó un impresionante abastecimiento de ayudas bélicas. Haire conocía el recorrido de las armas que entraban en el país y llegaban a cada rincón del frente. Había guiado a los pálidos consejeros militares hasta los campos de formación de los nuevos reclutas, a menudo escogidos entre los más

jóvenes. Pero sobre todo había contribuido personalmente al mantenimiento del orden interno de la patria agredida, en la temporada del Terror Rojo contra los opositores políticos que provocó por lo menos cien mil víctimas.

Luego participó también en la represión de las rebeliones de los afar, los oromo, los somalíes y los tigray. En el curso de los años ochenta tomó incluso conocimiento de las

diferencias entre las guerras civiles y la guerra exterior. Pero sobre todo se olvidó de a quién pertenecía, a quién obedecía, y lo más importante, por qué. Torturaba y mataba, concretaba los objetivos y condicionaba las decisiones de los oficiales encargados de hacer sentir en cada provincia el puño de hierro del gobierno. Y dejó de saber cuál era la finalidad que él mismo perseguía y cuál era el mecanismo

asesino que se establecía en su interior.

En 1989, en el Frente Democrático Revolucionario del Pueblo Etíope, formó parte de la guerra de liberación que tenía que llevar en 1991 a la expulsión de Menghistu. Comenzaba una nueva temporada, un largo camino hacia la democracia. El gobierno legítimo mandó procesar y condenar al exdictador, que escapó al exterior junto con los suyos. Pero Haire había

actuado sólo en la sombra, y con tal eficacia que no se encontró a nadie capaz de denunciarlo entre los criminales que estaban siendo perseguidos. Había sido un verdadero ángel de la muerte. Y como tal, una vez realizada su obra, se volatilizó. Cuando todo terminó, sólo su conciencia era capaz de juzgarlo.

Habría podido rehabilitarse, haciendo valer sus competencias y poniéndose al servicio de los

poderosos de turno y de las compañías extranjeras que habían inmediatamente retomado los negocios en un país en vías de construcción. En cambio, había decidido enfrentarse a sí mismo. Y torturarse.

El monasterio de Debre Libanos, construido en el siglo XIII en el norte, en una región salvaje, bajo un inmenso peñasco y en el borde de una garganta montañosa, había desafiado y visto pasar durante siglos

ejércitos enteros y bandas de enemigos, desde los invasores musulmanes hasta las tropas de cada una de las guerras civiles.

Allá los monjes se habían quedado en oración y en contemplación, conservando los venerados restos mortales de Tekla Haimanot, su fundador y uno de los santos más venerados en Etiopía.

Una mañana de otoño de 1995, uno de los religiosos que realizaba el turno de

encender todos los cirios en la iglesia del monasterio, se encontró delante a un hombre que parecía haber logrado salir vivo de un terrible accidente. No se dio cuenta de su entrada y, sin embargo, estaban solos. Más tarde, ante el superior, el único a quien había podido confesarle aquel encuentro, el monje contó que pensó a primera vista que se encontraba ante un hombre que había pasado años bajo la tierra, en una profunda y

húmeda guarida.

De hecho, fue aquella mañana cuando Haire se confesó. El monje había sufrido náuseas durante el largo relato obsesivo de tanto sufrimiento, a menudo realizado contra las personas más indefensas e inocentes. Había también pensado, en un cierto punto, que se encontraba frente a un mitómano, un pobrecillo que había perdido la razón durante el terrible conflicto de la época reciente. Luego

había tenido que rendirse a la evidencia ante aquel río de episodios tan llenos de detalles.

Al finalizar no había ofrecido ninguna absolución, porque el hombre había rechazado con ferocidad decir que era creyente. Aquella confesión, dijo, representaba sólo el enésimo intento de infligir en sí mismo la humillación como una tortura reparadora. Un intento, dijo casi lleno de ira, que se estaba revelando

inútil.

—Tenéis que fiaros del mismo Dios que ha acogido en su paz vuestras víctimas... —le sugirió el monje.

—Si existe, ese Dios es una bestia, padre. Porque no me ha detenido jamás la mano. ¡Si quisiera, podría comenzar a hacer todo lo que he hecho incluso hoy mismo!

El religioso había acogido en los ojos de la persona que pronunciaba

aquellas palabras el brillo del asesino, que logró hacerle temer por su integridad y la del monasterio. Mientras se callaba, asustado, el otro añadió:

—Debería haberme dejado matar desde hace mucho tiempo, ¿no creéis?

El monje entendió. Pero no quiso replicar.

—Lo habría hecho. ¿Qué se necesita? ¡Pero es demasiado cómodo!

La conversación duraba

ya dos horas y había continuado en aquellos tonos hasta que Haire, con un gesto de sufrimiento, se había puesto de pie y había comenzado a alejarse. El monje logró solamente arrancarle la promesa de volver a verle en cuanto necesitara desahogarse de nuevo.

Así, en los meses siguientes, había habido nuevos encuentros. Un año después se podía decir que el terrible criminal se había

convertido. No en la fe, pero sí en el silencio y en un absoluto ideal de autocastigo. Vivía en los Montes Simien. Dónde, con exactitud, nadie lo sabía.

Como ocurría a menudo, en un país que vivía de leyendas sagradas, con el tiempo había nacido también la suya. Una leyenda sin un final feliz, conocida sólo por el pueblo y enriquecida por la fantasía de tanta gente humilde.

En los primeros años de

aquella nueva vida, algunos de los familiares de las víctimas de las guerras en las que Haire había participado habían decidido que el misterioso eremita tenía que ser castigado por la ley del tali3n. Pero las expediciones realizadas por la montaa en su busca se revelaron infructuosas, e in3tiles fueron tambi3n los controles que se hicieron en el monasterio, donde Haire se acercaba todav3a, sin ning3n preaviso y con

mucha prudencia instintiva.

—No temo a la muerte
—dijo un día al amigo
monje, después de haberle
visitado escapando de sus
perseguidores—. Sería una
liberación. Por eso no la
quiero. Viviré mucho
tiempo, en compañía de mis
propias pesadillas.

Eso es en lo que se había
convertido en los últimos
años del segundo milenio:
en un eficiente, misterioso,
sencillo guía para turistas.

Con la luz del atardecer,

que penetraba por la sala de una ventana dirigida al oeste, Haire admiró la composición de la figura del anciano desconocido que su amigo monje le acababa de presentar. A menudo se le había ocurrido pensar que nada le habría asombrado más en la vida. Aquel día, en cambio, la pareja de religiosos que tenía delante representaban para él una sorpresa.

—Un cristiano y un hebreo falasha aliados en la

misma empresa —comentó con su típico sarcasmo—. Tiene que haber en juego algo muy importante...

El monje no reaccionó ante la provocación contenida en aquellas palabras. En el curso de sus frecuentes conversaciones, el guía le había manifestado en varias ocasiones su hostilidad frente a cualquier fe precisamente porque, decía, cada una de ellas no podía renunciar a imponer sus sagrados derechos sobre

las demás.

—Todos decís que creéis en un único Dios, creador, padre y proveedor —denunciaba—, y precisamente en su nombre os maldecís y queréis destruirlos. He matado y visto matar para obtener el poder y la riqueza, pero que se pueda hacer en nombre de un príncipe abstracto me parece el máximo de la locura.

Razonamientos

parecidos

parecían

romperse, aquella noche, frente a las dos figuras de hombres calmos que venían en son de paz. Aron Alemu, que había llegado aquel mismo día al monasterio, intuyó fácilmente los sentimientos del hombre que estaba sentado frente a él.

—¿Os asombraría si os dijera que estamos pidiendo vuestra ayuda porque un enemigo común nos amenaza?

—¿Y que amenaza a los más pequeños? —Intervino

el monje.

Así fue como el hombre de los miles de delitos se dispuso a escuchar a los dos representantes de las antiguas creencias de Etiopía.

Capítulo 8

La última comunicación de Steiger era un correo que provenía, como siempre, de una dirección desconocida. Dejaba entender que su misión había llegado a un momento crucial.

Epstein, encargado por Madruzzi de mantener personalmente los contactos con aquel personaje, decidió no rendirse hasta que no lograra explicar los detalles

de aquellas novedades. Cuando el traficante de armas hubo abandonado los Montes Simien para llegar hasta Gondar, y allí esperar el contacto con los protectores del Profeta, el teólogo consiguió llamarle por teléfono.

—¿Qué queréis? —le contestó con frialdad el hombre, fuertemente contrariado—. Sabéis muy bien que cualquier comunicación entre nosotros es peligrosa. Os he escrito

que la cuestión dentro de poco será resuelta. ¡Os tenéis que fiar de una vez!

—El hecho de que su eminencia me haya encargado seguir el desarrollo de la situación no significa que él renuncie a tener todo bajo control —le respondió Epstein con el mismo tono—. Vuestros recientes fracasos justifican esta prudencia. Y por otro lado, acabáis de recibir una nueva y abundante financiación. Por ello le

transmito una precisa petición por parte de su cliente: queremos saber con exactitud qué es lo que está ocurriendo.

Desde la otra línea del teléfono hubo un momento de silencio. Luego Steiger cedió ante aquella nueva presión.

—No hemos conseguido secuestrar al chico, ¿de acuerdo? Y posteriormente lo han escondido tan bien que corremos el riesgo de que llegue el 11 de

septiembre y él salga fuera de quién sabe qué rincón de este inmenso país. Así que no he tenido otra elección que la del chantaje...

Con una tensión que iba aumentando, Epstein supo los detalles del secuestro. Una hora más tarde hablaba del asunto con Madruzzi.

—¡Secuestrar niños! Os confieso que esta iniciativa me parece excesiva. Por lo que he entendido, ese criminal está listo para torturarlos...

—Cálmese monseñor —
aconsejó el cardenal, que no
compartía tanto escándalo
—. Le he dicho ya que
tenemos que ser fuertes, la
causa de la fe lo requiere. Y
además, considere las
ventajas: en los intentos por
robar el Arca y secuestrar al
chico ha habido tantas
víctimas... Un secuestro, en
cambio, puede concluir sin
que nadie pierda la vida.

Epstein se había quedado
escuchando estas palabras,
dominado por la rabia. Dijo

que, en vez de ver bien el asunto, el tema podía de verdad ser considerado todo un progreso. Pensó que necesitaba que su superior siguiera manteniendo la confianza en él depositada si quería hacer algo para destrozar sus proyectos. Pero Madruzzi consiguió una vez más asombrarle.

—¿Steiger está en Gondar, no?

—Sí.

El cardenal sonrió, complacido con una idea

que tenía que habersele ocurrido en aquel momento.

—Cuando todo se resuelva —dijo—, habrá un sólo testigo de verdad peligroso sobre todo lo que ha ocurrido...

El teólogo bávaro se alarmó.

—¿Pero qué está diciendo? En breve tiempo, cuando hayamos impedido al Profeta realizar su misión, nadie se preocupará ya de las alusiones suscitadas sobre usted.

—Nadie, claro. Menos un tenaz investigador que ya ha logrado que se habla de él por sus peligrosas teorías y que no debería encontrarse allí...

—Baedeker.

—Sí —concluyó el cardenal—. Ese hombre tiene que ser inofensivo. Y para siempre, si entiende lo que digo. Comuníquese a Steiger, hoy mismo.

El tono de aquella orden no admitía réplicas. Epstein consiguió no manifestar

ningún asombro. Saludó con respeto y abandonó el despacho del Prefecto.

Tenía que hacer dos llamadas, una a Etiopía y la otra a la misma ciudad.

—Tienen secuestrados a niños...

El anciano cardenal escuchaba a Epstein por teléfono, en el despacho improvisado por él en la casa de los jesuitas de Borgo Santo Spirito. Su marcha hacia Jerusalén había sido postergada y los hermanos

se habían quedado encantados de acogerlo durante todo el tiempo necesario para que terminara sus investigaciones.

El hombre consideró la gravedad de la amenaza. Al otro lado del teléfono el colaborador de Madruzzi atendía con la esperanza de una ayuda, por lo que el cardenal retomó la palabra con decisión.

—Monseñor, prepárese para marchar.

—¿Y a dónde? —

contestó Epstein asombrado.

—A Etiopía. Encuentre una excusa con el Prefecto. Dígale que prefiere seguir la cuestión de cerca y marche a Addis Abeba, mañana o pasado como muy tarde. He contactado con algunos amigos de una congregación misionera. Tienen una sede en la capital. Lo acogerán sin hacerle muchas preguntas sobre los motivos de su viaje. Y luego, ante una petición mía, le ayudarán en todo lo que

necesite para actuar contra estos comportamientos horribles. Tienen diferentes actividades esparcidas por el territorio y son bien recibidos entre la población. En la zona de Gondar, por ejemplo, gestionan desde hace años un eficiente hospital en el que ofrecen cuidados médicos gratuitos a las personas más pobres...

—Y qué haré cuando esté allí. No puedo actuar abiertamente contra las disposiciones de mi

superior.

—Decidiremos cómo
movernos siguiendo la
situación de cerca.

Tras estas palabras se
produjo un momento de
silencio. Epstein
reflexionaba.

—Eminencia...

—Dígame.

—En estos días, no se ha
preguntado nunca a sí
mismo si el daño que podría
alcanzar a la Iglesia y a la
causa del Evangelio por la
revelación de falsas

verdades no justificaría en el fondo... no digo estos crímenes, pero...

El cardenal escuchaba serio aquellas palabras que se amontonaban unas sobre otras.

—Epstein, no diga nada más. Conozco bien mis deberes. He reflexionado, pero no encuentro otra indicación, en mi conciencia como estudioso y creyente. Si existe una verdad, ésta tiene en sí misma la fuerza que la hace recorrer su

camino entre los hombres. No tenemos que tener miedo por saber más sobre el origen de nuestra fe y sus fundamentos. Si no, como ve, no podemos hacer otra cosa que recurrir a la violencia. Y con una verdad bien defendida, pero pagando con sufrimiento sobre los inocentes, no sabemos qué hacer con ella.

El resto de la llamada se dedicó a los detalles prácticos.

Por la tarde, Madruzzi se

quedó muy satisfecho al descubrir el interés de su colaborador por desarrollar bien su misión, ya que quería comprobar personalmente el éxito de su acción.

—Usted llegará lejos, monseñor —comentó satisfecho—. La Iglesia necesita a hombres que asuman sus propias responsabilidades hasta el final.

Epstein recibió aquellas felicitaciones confundido y

aparentemente agradecido.

Capítulo 9

Los dos jóvenes que habían acompañado a Jack hasta Gondar, la ciudad a mitad camino entre Weleka y la zona de los Montes Simien, habían sido muy útiles hasta aquel momento, pero no indispensables como en cambio parecía creer Aron Alemu, que le había obligado a esperar casi dos semanas antes de marchar.

Para llegar hasta el gran

centro habitado y encontrar una colocación habría sido más preciosa la ayuda de Ibeldal y de los otros amigos de la Casa de Adán. Pero Jack y Mary habían estado de acuerdo al considerar que los despachos de la ONG estaban siendo vigilados por sus enemigos, que bien conocían las relaciones de la mujer con aquel ambiente.

Así, los propios falasha habían pensado en todo. Habían sido hábiles en hacer pasar inadvertido al

extranjero por los caminos recorridos a pie, vistiéndolo con una amplia capa que le tapaba también la cabeza, como un común habitante de la zona. Y seguramente sabían cómo esparcir entre las personas apropiadas la voz de que él, uno de los protectores occidentales del Profeta, iba en busca de los niños capturados.

Pero ahora que la noticia de su llegada a una ciudad bien conectada con el resto del país se había difundido,

no le quedaba mucho más por hacer salvo esperar a que los secuestradores se pusieran en contacto.

Durante gran parte del día, los dos etíopes le dejaban solo en un cuarto en el segundo piso, preparado para él en una humilde casa de la periferia que se asomaba a un desnudo parque público.

Con el paso del tiempo, sin embargo, en Jack fue creciendo el temor de que la voz de su presencia en la

ciudad llegase a los oídos de la Policía.

—¿La Policía? —le respondió asombrado una noche Rebes, uno de sus acompañantes—. No temas. Estamos en Etiopía. Los agentes no se ocupan de nada que no les caiga encima. Ha pasado ya algún mes desde el intento de robo en Aksum y no ha vuelto a ocurrir nada por aquella zona. Entre ellos no hay nadie que vaya buscando problemas, también porque

han entendido bien que el asunto tiene que ver con los occidentales, gente extraña y poderosa a quien han de molestar lo menos posible. ¿Has escuchado hablar de la gran campaña de ayudas alimenticias de United Foods?

Jack miró fijamente a su interlocutor para asegurarse de que no le estaba provocando. Cuando se dio cuenta de que el joven no sabía nada de sus conexiones con la falsa

operación humanitaria,
asintió distraídamente.

—En la televisión, y en todos los carteles que ha colgado el gobierno por las calles, no se hace otra cosa que hablar sobre una nueva temporada de colaboración entre Etiopía y el mundo occidental...

En ese momento entró el otro acompañante. Era no mucho más maduro que un jovencito y no hablaba inglés. Realizó un rápido informe a Rebes, y éste se

dirigió a Jack para ponerlo al día.

—Bien. Los jefes de los clanes de la ciudad han sido avisados, todos. También los personajes más conocidos entre aquellos que vienen de la provincia durante los días que se celebra el mercado, se han marchado con la voz de que alguien en Gondar espera encontrarse con los secuestradores o con un emisario. Pero ahora no tenemos ninguna señal de su parte.

Jack se asomó a la ventana.

El típico ir y venir de la gente.

El sol estaba calando.

—Tenemos que esperar —concluyó el guía.

—Esperemos — confirmó él.

Miles no tuvo que esperar mucho tiempo.

Una noche, sencillamente, sus dos amigos no volvieron a casa. Desde la ventana vio alargarse las sombras de los

árboles hasta que se difuminaron con las tinieblas. Se esforzó en tragar algo ignorando la tensión que le cerraba el estómago. Luego analizó de nuevo el exterior, en la oscuridad.

No había nadie.

Generalmente, para engañar la espera, pasaba las noches charlando o jugando a las cartas. De esa forma no se había dado cuenta antes de que por las noches las calles estaban prácticamente

desiertas.

Esperó una hora, que le pareció una eternidad. Luego otra media hora. El reloj que tenía en la muñeca parecía retrasar cada segundo. De vez en cuando se asomaba sobre la estrecha escalera que llevaba hasta la parte de abajo. Sólo había silencio.

Quizás Rebes y su amigo habían entrado en contacto con alguien y estaban tratando. Se sintió más impotente que nunca.

Completamente inútil. Sintió cómo iba creciéndole dentro una enorme rabia.

—¡Al diablo! —
exclamó.

Se envolvió en la capa de campesino que le habían procurado para el viaje, abrió la puerta de par en par y bajó las escaleras.

Fuera, se detuvo en medio de la calle y miró hacia ambas direcciones. Como había podido ver desde la ventana, la zona estaba desierta.

Cruzó y se adentró en el parque. Sabía que al otro lado se encontraban las calles más transitadas, las que llevaban al centro de la ciudad y sobre las que se encontraban los locales para los turistas. No tenía ni idea de dónde buscar a sus amigos. Pero no podía quedarse quieto sin riesgo de volverse loco.

Mientras caminaba apresurado entre la oscuridad del parque, la silueta de un hombre se

presentó frente a él, delante del fondo de luces de las calles hacia donde quería ir. El tipo estaba inmóvil, a pocos metros de él, y lo miraba avanzar.

Parecía estar esperándole.

Jack, inquieto, tomó otra dirección en medio de los árboles. Pero después de pocos pasos otro hombre se paró delante de él. Entonces se detuvo y se echó hacia atrás.

Había también alguien

tras él, que apenas se veía en la sombra de la parte oscura de la ciudad. El corazón comenzó a latirle fuerte. Se palpó en busca del cuchillo que había llevado consigo. Lo sacó, y en ese momento una fuerte voz poco distante le alcanzó, sobresaltándolo.

—¿Y eso para qué sirve?
El tono era irónico.

Jack intentaba recuperarse. Seguía mirando a su alrededor, agobiado. Se veía rodeado. Vio a tres, cuatro hombres que le

observaban mudos.

—¿Sois vosotros los secuestradores?

Silencio.

—Únicamente quiero hablar... quiero tratar...

—Veremos —dijo la voz anterior que ahora, inesperadamente, se encontraba a medio metro de distancia.

Él se dio la vuelta en seco. Y percibió el dolor de un fuerte golpe en la cabeza.

Luego nada más.

Volvió en sí con un

sobresalto. La cabeza le dolía. Pero lo que le quitaba la respiración era la repentina conciencia de estar prisionero.

Estaba atado y permanecía sentado junto a una pared en una sala completamente oscura, fría y húmeda. Pensó que podía tratarse de alguna parte bajo la tierra.

Gemía de rabia y miedo.

Le respondió la misma voz que había escuchado antes de perder la

consciencia. Provenía de la oscuridad.

—Bienvenido a Gondar míster Jack Miles, respetable director de United Foods y, por lo tanto, ¡benefactor de la humanidad!

El hombre hablaba en un perfecto inglés, apenas ensuciado por un acento diferente.

—¿Quién sois? — preguntó Jack, esforzándose por mantener firme la voz. Sus ojos mordían inútilmente las tinieblas.

—¿Qué importa?

Cuando todo haya terminado preferirás recordar lo menos posible todo lo que está ocurriendo. Y será mejor para ti saber cuanto menos mejor, ¿no?

—¿Dónde están los niños? ¿Están bien?

—Depende de ti...

Ante aquella respuesta, Jack se quedó en silencio. ¿Dónde estaban sus dos acompañantes? El otro pareció leerle el pensamiento porque siguió

hablando.

—Tus dos amigos han tenido un feo encuentro. Pero no quiero causar víctimas inútiles. Los tenemos en otro subterráneo. Cuando los dejemos correrán a buscarte a la casa donde llevabas escondido ya diez días. No te encontrarán y te buscarán inútilmente por toda la ciudad. Hasta que te verán aparecer de la tierra como si fueras una flor primaveral. Pero antes tenemos que ponernos de

acuerdo...

—¿Qué quieres?

—Quiero al niño prodigio. Quiero comprobar si es de verdad tan excepcional. Eso es todo.

—¿Queréis matarlo?

—No es necesario —dijo aquella sombra tras una breve pausa. Luego la voz siguió hablando con firmeza—. Como sabes, para lograr que sea inofensivo es suficiente con que el 11 de septiembre se encuentre muy lejos de Aksum. Tú, la joven

y el arqueólogo podréis quedaros con él, no tendría nada en contra. Será suficiente con que la profecía venga desmentida.

—¿Y cómo podría fiarme?

Un breve silencio.

Luego la voz sonó muy cerca. El hombre estaba poniendo algo entre las piernas de Jack. Él se echó hacia atrás instintivamente.

—¡Despacio! —dijo aquel—. Es algo delicado. Un regalo, que tendrás que

observar con mucha atención...

—¿Qué es?

El otro acercó su rostro al del prisionero.

—La prueba de que no tenéis alternativas. Lo verás cuando salga y te dejaré solo para que reflexiones sobre lo que tienes que hacer. Esto es lo que haréis: vendréis con el niño a Gondar, pero en gran secreto. Los tres, si queréis garantizarle la integridad. Os instalaréis en la misma casa en la que

estáis ahora. Os vendremos a buscar e iremos juntos a liberar a los niños secuestrados. En ese escondite, bien escondidos, nos quedaremos hasta el 12 de septiembre. Y en ese punto, pasada la fiesta... ¡todo el mundo quedará libre!

Jack movió apenas las piernas.

Tocó el objeto que estaba situado un poco más adelante. No era muy pesado. Moviéndose contra

el suelo hizo un ruido familiar. Pero el prisionero no tuvo tiempo para reflexionar.

—Ahora verás lo que te he traído —concluyó la voz—. Luego te dormiremos de nuevo. Quizás sin un golpe, ¿eh? Así podrás encontrarte de nuevo en el parque donde te hemos pescado y podrás ir a decirle a tus amigos que tenéis que daros prisa para recuperar al joven y volver a la ciudad para una excursión...

Silencio. El hombre se estaba alejando.

Jack intentó llamarlo.

—¡Espera, no te he contestado!

Repentinamente se escuchó el movimiento de un interruptor. La luz de una bombilla colgada del techo iluminó el sucio cuartillo.

Jack guiñó los ojos, deslumbrados por tanta claridad. E inmediatamente miró entre las piernas.

No podía agarrarlo para acercarlo y verlo mejor.

Se trataba de un vaso de cristal, de esos que se usan para las conservas. Estaba lleno de un líquido rojizo, y dentro flotaban dos extraños objetos redondos y ennegrecidos.

Dos pequeñas orejas.

Capítulo 10

Mientras era acompañado hasta el borde de un viejo *jeep* muy apropiado para circular por las calles de tierra llenas de gente de Addis Abeba, monseñor Epstein tuvo modo de entablar amistad con el padre Maurizio, de los misionarios de la Consolata.

El hombre, de unos cincuenta años, tenía las típicas características del

moderno apóstol en la tierra de frontera: vaqueros y camiseta de muchos colores, barba de tres días y el pelo que crecía algo enredado sobre la nuca y sobre los hombros, una amplia sonrisa y una conversación vivaz, como si el acabar de desembarcar en uno de los países más pobres del mundo, envueltos por el calor húmedo y sofocante de principios del verano, fuese la mayor delicia imaginable para un visitante europeo.

Ahora hablaba del cardenal que desde Roma le había rogado que acogiera al funcionario de la curia y se pusiera a su disposición.

—Estamos encantados de poder satisfacer una petición suya. Así como nos honró, hace diez años, cuando vino a predicar una semana de ejercicios a todos los padres que formamos esta comunidad y a nuestros colaboradores. Posee un profundo conocimiento sobre la Biblia. Hemos leído

todos sus libros... y por aquel entonces era ya uno de los purpurados más conocidos. Pero no presumía. Se adaptó muy bien a las condiciones de vida de aquí. Parecía uno de nosotros...

Y hablando de esta manera, dio un vistazo crítico a los pantalones negros y a la camisa con el cuello almidonado que el invitado llevaba encima, después de haberse quitado la chaqueta en cuanto salió

del aeropuerto.

Epstein sonrió avergonzado. Su marcha había sido decidida de forma apresurada y los pensamientos que le atormentaban en aquellas semanas no le habían ayudado a preparar adecuadamente el viaje. Padre Maurizio sonrió todavía de forma más abierta. Apreciaba la incapacidad de esconder la propia vergüenza ante aquel visitante importante.

—En cuanto lleguemos a nuestra casa, le daré algo más apropiado para llevar, si está de acuerdo.

Epstein respondió con una sonrisa. Sintió que no había nada más que añadir e intentó relajarse. Ahora procedían más veloces y el aire penetraba por las ventanillas abiertas de par en par, dando alivio a la humedad que le había acogido en cuanto había entrado en contacto con el clima africano.

Y luego, pensó, a parte del cardenal que le estaba ayudando, aquel hombre cordial y sencillo era el primer encuentro lleno de ánimo en aquella historia ambigua.

De repente el misionario giró en una calle polvorienta, revelando costumbres de conductor más bien desenvuelto.

—Tengo que detenerme en un taller algo más arriba —le explicó—, tenemos que cambiar las mosquiteras en

las ventanas donde usted dormirá.

Poco después detuvo el coche.

—Venga conmigo — sugirió—, una bonita negociación comercial es lo ideal para comprender inmediatamente un poco de África. ¡Mejor que cien libros!

Ambos se bajaron del coche. En cuanto hubieron dado unos pocos pasos, Epstein se vio asaltado por un grupo de niños mal

vestidos.

—¡Moneda! ¡Moneda!
—gritaban todos juntos, en inglés, extendiendo las manos y tocándose la barriga.

Se habían dirigido a él, evidentemente inexperto en aquel lugar, y no al misionario, quien llevaba unas ropas que revelaban una larga presencia en Etiopía.

Esta vez el padre Maurizio se rio abiertamente frente a la expresión de su

invitado, que reflejaba encontrarse completamente perdido. El teólogo buscó en sus bolsillos, y sin pensarlo dos veces, alargó unas pocas de monedas a las primeras manos que tocó. Pocos euros.

Sin embargo, para su sorpresa, los niños que habían recibido algo no se alejaron mientras otros se iban añadiendo al grupo, buscando cada uno su esquina. Él comenzó a hacer señales de negación con la

cabeza, cada vez más enérgicas. Dejó de buscar monedas e intentó avanzar, algo que le costaba una cierta fatiga dado que estaba rodeado.

Los niños eran cada vez más. La situación se hacía vergonzosa y el misionario decidió que aquella pequeña lección era suficiente. Se acercó y, con aire desenvuelto, dirigiéndose a los niños en arameo, les invitó a dejar en paz al Abe que venía de lejos. Alguno

de los pequeños obedeció inmediatamente. Los más grandecillos, en cambio, siguieron insistiendo. Entre las voces, que se sobreponían y que buscaban llamar la atención, Epstein tuvo manera de captar frases sorprendentes: ¿Quieres mujeres, extranjero? ¿Quieres niños? ¿Quieres droga? ¡Coca!

Se asombró. Dio un vistazo rápido a su acompañante, que parecía no inmutarse en absoluto por

aquellas propuestas, y miró fijamente al niño que más insistía con tales argumentos. Aquello captó su curiosidad y, visto que no despertaba ningún deseo en el extranjero, se dio la vuelta, alejándose con un paso seguro.

Fue como una señal para los demás. Inmediatamente todos dejaron en paz al occidental y siguieron al joven.

Era Hagios, el vendedor de droga que proveía a

Steiger y a los suyos cuando estaban en la ciudad. Cuando el padre Maurizio, con mayor energía, había intentado empujarlo, no se había dado cuenta de que bajo la mísera chaqueta el etíope sujetaba una pistola, el regalo con el que el mercader de armas había logrado que aumentara enormemente su poder frente al resto de la banda.

En aquellas semanas, Hagios memorizaba muy bien los rostros de los

extranjeros que llegaban a la ciudad. Y obligaba a los niños que le obedecían a ayudarlo en aquella vigilancia.

Richard Ashcroft, el brazo derecho de Steiger, había sido claro: tenía que avisarlo si sabía de la llegada de gente de piel blanca que no se encontraba en Etiopía por turismo, es decir, todos aquellos que no viajaban en grupos organizados. Y sobre todo le había mostrado y entregado

una fotografía en la que aparecía un blanco con gafas, con aire serio e intelectual.

—Se llama Tom Baedeker —le había dicho el inglés—. Si lo ves circular por Addis Abeba síguelo con mucha atención. Y en cuanto puedas, nos avisas. ¡Es un hombre muy peligroso!

Hagios no había hecho ninguna pregunta. Hombre peligroso para él significaba o bien un policía o un

miembro de una banda rival. Y la banda de Steiger era la más poderosa, lo sabía muy bien.

Aquella mañana, por lo tanto, había visto a monseñor Epstein en compañía del blanco bueno, el misionero que residía en el seminario de los sacerdotes europeos y ayudaba a tantas familias. Richard no había hablado de sacerdotes cuando le había transmitido las órdenes, por lo que el joven lo dejó en

paz. También porque, la noche antes, había tenido modo de ocuparse de un extranjero mucho más interesante. De un *jeep* completamente cubierto de polvo, que daba señales de haber recorrido un largo viaje para llegar hasta allí, vio él mismo bajar a un blanco que reconoció inmediatamente.

Estaba solo.

Pagó al conductor y le dejó marchar.

Luego miró a su

alrededor, por la larga calle, como si temiera tener algún feo encuentro. Ignoró al niño, que le miraba pero no le preguntaba nada, y se metió en un hotel de segunda categoría.

Hagos registró mentalmente el nombre del hotel y apresuró el paso. Baedeker estaba en la ciudad. Lograría una importante recompensa por aquella preciosa información.

En Weleka, Aron Alemu

había dicho:

—Hay un hombre de nuestra religión que podría ayudarle. Es el hombre más importante de todos. O mejor dicho, lo era hasta hace unos meses, cuando pasó la carga a su hijo.

—¿Cómo se llama? —le había respondido inmediatamente Baedeker.

—Muluna Marsha. Es muy anciano, pero es lúcido. Ha sido durante treinta años el jefe de todas las familias falasha. Mi sabiduría y mi

memoria en comparación a la suya desaparecen. Él seguramente recuerda sobre nuestra fe historias y costumbres que ya han sido olvidadas por todos.

—¿Dónde lo encuentro?

Alemu había suspirado.

—Durante toda su vida ha vivido en un poblado, aquí cerca. Pero desde hace poco ha desaparecido.

—Quiero hablar con él como sea. Iré hasta el fin del mundo si es necesario. ¿Dónde está?

—En Addis Abeba. Pero no creo que lo encuentre.

—¿Y por qué?

—Muluna Marsha ha dejado su tierra para trasladarse a Israel. Está a la espera de que le den un visado, y a esta hora puede que se lo hayan ya concedido. Si Dios quiere, estará ya en Jerusalén, reunido con la fe de nuestros padres.

Aquella noticia significó para Baedeker un jarro de agua fría. ¿Podía arriesgarse

a realizar un viaje de incógnito hasta la capital para quedarse con un puñado de moscas en la mano? Moverse significaba indicar tanto a amigos como a enemigos su propia presencia. En las condiciones en las que se encontraba, caer entre los brazos de sus perseguidores era mucho más probable que encontrar a un anciano hebreo de quien conocía sólo el nombre. Por último, después de pasar una noche

entera reflexionando sobre las ventajas y los inconvenientes, había decidido intentarlo.

Y ahora se encontraba en Addis Abeba.

No había sido difícil. Y probablemente nadie se había dado cuenta de su presencia. Tenía sólo que darse prisa para coger al vuelo su última oportunidad de hablar con el último sabio viviente de la fe falasha en Etiopía.

Capítulo 11

—Soy Haire. No es necesario que usted sepa más de mí. Me llamo Haire y estoy aquí para ayudarla. Me lo ha pedido el viejo Alemu, de Weleka. ¿Se fía de él?

Jack estudiaba al hombre que tenía delante como sospechoso. Desde el momento en el que había sido puesto en libertad no había logrado sentirse de

nuevo dueño de sí mismo. Después de que le hubieran entregado el vaso con el terrible testimonio de su comportamiento atroz, los secuestradores habían inmediatamente apagado la luz. Luego le habían narcotizado y transportado delante de la casa de Gondar, donde le esperaban sus dos jóvenes amigos, que habían sido dejados allí un poco antes que él.

Ahora el vaso estaba allí, sobre la mesa. Los dos

falasha le miraban fijamente, consternados. Él caminaba por su cuarto sin darse demasiada paz, mientras el etíope que le estaba interrogando, y que había salido de la nada, estaba de pie junto a la ventana y le dirigía preguntas insistentes.

—Míster Miles, quien ha hecho esto tiene evidentemente prisa por concluir su negocio. Así que démonos prisa. Dígame todo lo que recuerda de ellos...

Jack se detuvo,

asombrado.

—¿Lo qué recuerdo?
Sombras. Sombras en el
parque, y una voz en la
oscuridad. Estuve atado en
un cuartillo y el tipo que me
ha hecho este regalo me
habló desde la oscuridad. Lo
hizo bien, ¿no? Ellos, más
bien, saben todo sobre
nosotros. Dónde estamos,
cómo y con quién nos
movemos. También de
usted. ¡Ahora seguramente
habrán notado también su
presencia aquí!

El otro ni se descompuso. Esperaba evidentemente que él se desahogara.

—No lo creo en absoluto —se limitó a comentar después de una breve pausa—. Entré aquí cuando a usted ya se lo habían llevado, después de presenciar la escena en el parque. En ese momento todos estaban pendientes de usted, nadie consideraba útil seguir controlando la casa...

—¿Vio todo y no hizo

nada para ayudarme? —dijo Jack, enfadado.

—Usted tenía que entrar en contacto con los secuestradores. Ahora esto ha ocurrido y podemos afrontar la situación.

El inglés consideró con atención al etíope, que se quedó a la espera.

—¿Pero usted quién es?
¿Un policía?

Haire ignoró la pregunta.

—Entre las sombras que le rodearon había etíopes y occidentales. Se trataba de

un equipo mezclado. Lo que hace pensar en una operación organizada por gente poderosa... Dígame acerca de la voz del hombre que le interrogó, ¿le habló en un inglés perfecto?

Jack se rindió.

—Sí, en inglés. Pero tenía acento, aunque hablara en inglés.

—¿Qué acento?

Concéntrese...

—No lo reconocí en ese momento, ¿cómo quiere que lo haga ahora?

Con gran sorpresa del interrogado, Haire pronunció una frase en inglés imitando unas características en la entonación. Luego le preguntó:

—¿Hablabas así?

Jack se concentró.

—No.

—Repito la frase —dijo el guía. Lo hizo, la misma frase pero con otra entonación.

—Nada —dijo Jack.

El etíope lo intentó con una tercera versión. De

repente el rostro de Jack se iluminó.

—¡Sí, eso! ¡Hablabas así!

Haire pronunció de nuevo alguna frase con aquella ligera modificación en la pronunciación. Jack, sorprendido, confirmó el reconocimiento. El hombre que acababa de llegar en medio de ellos dos sonrió por primera vez, si bien con amargura.

—Steiger —dijo para sí —, Ian Steiger...

Los otros tres se lo

quedaron mirando con curiosidad.

—¿Lo conoces? — preguntó Jack, que estaba asombrado.

—Lo conozco — confirmó el guía—, y él me conoce a mí. Aunque muy probablemente pensará que estoy muerto.

El inglés sintió que la esperanza se apoderaba de nuevo de él.

—Y por lo tanto... ¿sabes dónde están los niños secuestrados?

El otro movió la cabeza.

Pero inmediatamente comenzó a hablar con carácter autoritario.

—Sabemos con quién tendremos que vérnoslas, y esto nos da una ventaja frente a nuestros enemigos, que lo ignoran. Ahora tenemos que encontrar una forma para salir de aquí y luego evitar que alguien nos siga. Visto que ha sido fácil para ellos vigilar vuestros movimientos en estos días, pensarán que os pueden

mantener bajo control, para atacar en el caso de que queráis volver allá donde está el Profeta, o para meteros de nuevo bajo presión si ven que dejáis pasar demasiado tiempo sin dar una respuesta a sus peticiones. Tenemos que confundir nuestras huellas. Esto les obligará a permanecer en la ciudad en espera de nuestra próxima acción... Así, mientras tanto, podremos actuar.

—¿Y luego, qué

haremos? —le preguntó el inglés.

—De presas nos convertiremos en cazadores —concluyó el etíope.

Y le explicó lo que tenían que hacer.

Los tres hombres colocados por Steiger para vigilar la casa eran muy hábiles. Generalmente estaban distantes unos de otros, tanto que ningún observador habría podido adivinar que fueran un equipo. Pero usaban un

eficaz lenguaje en código: pocas señales que les permitían moverse entre la gente como si fueran una única persona.

En cuanto fue de día, Faresh, el más experto, que se encontraba cerca del objetivo, vio salir de la habitación al pequeño grupo que tenían que seguir y llamó a sus compañeros.

Notaron inmediatamente que los dos jóvenes falasha no hacían nada para pasar inadvertidos. Sólo miraban a

su alrededor muy nerviosos, patéticos en el intento de llevar a cabo el papel de guardaespaldas.

El occidental, en cambio, caminaba todavía envuelto en una larga túnica de colores que le había cubierto desde su llegada a la ciudad.

—¡Qué ingenuo! — comentó Faresh mientras comenzaban a seguirles—. ¿Cree que así no le vamos a reconocer?

De todos modos, Steiger había sido muy claro:

—Son estúpidos, pero intentemos no acostumbrarnos demasiado a esa idea. Saben que están siendo seguidos e intentarán borrar sus huellas. Imagino que se separarán. Si ocurre, no perdáis de vista a ninguno de los tres, pero especialmente al inglés, ¿entendido?

Los perseguidores se pusieron tras sus presas y no se asombraron cuando vieron que los hombres que vigilaban se iban a meter

donde la multitud era más densa, realizando amplias vueltas por las calles más llenas. Sin embargo, todavía permanecían juntos.

En un momento dado llegaron hasta la zona de entrada al recinto imperial, la atracción turística de Gondar. Aquí, grupos de visitantes extranjeros esperaban entrar a través de la puerta de la princesa Inoki para admirar desde el interior las altas paredes en piedra, las mismas que

hacían pensar en una fortificada ciudad europea del periodo medieval, y en los castillos reales. Los perseguidores pensaron inmediatamente que Jack quería dejarse confundir con otros occidentales, por lo que se acercaron más todavía.

—Se unirá a un grupo, se quitará la capa y debajo irá vestido como un turista —dijo Faresh—. ¡Pisémosles los talones! —ordenó.

Los tres en fuga se pusieron en cola delante de la taquilla. Uno de los perseguidores se puso justo detrás y compró las entradas inmediatamente después que ellos.

Todos entraron en la zona arqueológica a poca distancia los unos de los otros.

Rebes, el más experto de los dos falasha, indicó a los amigos el camino que llevaba hasta el palacio del rey Fasiladas. La mayor

parte de los turistas rodeaba el edificio histórico. Muchos daban una vuelta alrededor de sus altas murallas almenadas, intercambiando comentarios llenos de admiración y tomando fotografías. Otros entraban para visitar las salas del rey y luego subir a lo alto de la torre de guardia para disfrutar del panorama de la ciudad y del territorio de los alrededores.

Había una cierta confusión, pero los

perseguidores no se dejaron engañar. Uno de ellos fue rápido y siguió al primer falasha, que se separó de los otros y se encaminó hacia el edificio más cercano.

Los otros entraron en la planta baja del edificio de Fasiladas siguiendo a los dos hombres que quedaban, a quienes no quitaban los ojos de encima.

De repente, el falasha y el hombre envuelto en una capa muy colorida aceleraron, se abrieron

camino entre los visitantes y se encaminaron rápidos hacia la escalera que llevaba a la primera planta. Luego continuaron hacia la segunda.

—Es imposible que escapen —comentó Faresh—. Si se sube, se baja sólo por esta escalera... ¡y no se pueden tirar desde la torre!

Vieron a los dos hombres encaminarse con una ligera ventaja sobre ellos respecto a la parte más alta del edificio. La única

puerta que llevaba hacia la última rampa era estrecha, y los visitantes que subían tenían que dejar bajar a aquellos que habían admirado el panorama. Faresh cogió a su compañero por un brazo y lo detuvo.

—Esperémosles aquí. El inglés piensa, seguramente, quitarse la capa encima de la torre y bajar con los otros turistas. Será suficiente mirar uno por uno a aquellos que salen de la puerta y nos

lo encontraremos cara a cara.

El otro asintió.

Los dos se colocaron en una esquina de la que podían ver bien quién subía y quién bajaba. Esperaron unos minutos. Mientras tanto, iban analizando a cada extranjero.

Esperaron todavía.

Luego Faresh ordenó al amigo.

—Sube, mira a ver lo que ocurre...

Antes de subir, el

hombre tuvo que esperar el paso de un grupo bastante numeroso que descendía. Pasó lista uno a uno, pero no vio a Miles. Al finalizar su paso, un guía etíope, que seguía algo despistado a los visitantes con una mochila en los hombros y una banderita de colores en la mano, dejó que se escuchara su voz de forma autoritaria por las escaleras:

—¡Uníos a los otros en cuanto estéis fuera del castillo! ¡Visitaremos el

palacio del rey Iyasu!

Ahora la puerta estaba libre.

El hombre de Steiger apartó con un gesto poco educado a una pareja de alemanes que se apresuraba a subir, y se encaminó decidido. Llegado a la cima miró a su alrededor, entre la multitud de los visitantes.

Dudó.

Luego, con alivio, reconoció al falasha que había acompañado a Jack hasta allá arriba.

Inmediatamente pasó lista a todas las personas que estaban asomadas hacia el exterior. Uno de ellos tenía que ser el inglés que se había quitado la capa.

Esperó a que todos se dieran la vuelta y se encaminaran hacia la salida. Pero ninguno de los extranjeros que estaban allá arriba era el inglés.

Al final también el falasha, con toda la tranquilidad, se acercó hacia las escaleras. Iba solo.

Cuando Faresh y su compañero se encontraron en la segunda planta, Jack ya había desaparecido.

El falasha que le había acompañado hasta el castillo salió, abandonando el recinto imperial, y volvió a la casa de la que se habían marchado tres horas antes.

Steiger estaba furioso.

La posibilidad de seguir a Jack Miles hasta el escondite del niño había desaparecido. El inglés le había parecido un perfecto

idiota y, en cambio, había sido capaz de volatilizarse desde una torre muy alta pasando ante la nariz de sus mejores hombres, que ahora temblaban delante de él en espera de un castigo.

—¡Fuera todo el mundo!
—ordenó.

Los otros se apresuraron. Al último que abandonaba la sala le preguntó:

—¿Qué hacen los dos falasha?

El mercenario levantó los hombros.

—Nada. Están tranquilos —murmuró—. Tienen pinta de haber terminado su misión...

Luego, sin esperar otras preguntas, se marchó. Steiger se quedó mirando fijamente desde la ventana la multitud que animaba la plaza del mercado.

«Ahora Miles llegará hasta sus amigos» —pensó—. ¿Y luego? Si quiere salvar a los niños habrá de volver aquí, porque sabe que aquí puede encontrarme de

nuevo y negociar. Así que me toca esperar...

En ese momento el móvil sonó. El mercader de armas arqueó las cejas y cogió el teléfono. Era Richard Ashcroft, a quien respondió secamente.

—¿Qué pasa?

—No adivinas quién acaba de llegar a Addis Abeba.

—No tengo ganas de juegos...

—Aquí tenemos al gran Tom Baedeker...

Steiger se relajó. Algo comenzaba a salir bien.

—¿Dónde está?

—En el Meridian Hotel.

No quiere dejarse notar, ¡pero al pequeño Hagios no le ha pasado desapercibido!

«Hagios...», pensó el mercader de armas. Y sonrió satisfecho.

—¿Y qué está haciendo en Addis Abeba?

—No lo sabemos. Quizás quiera marcharse. Quizás tenga que ver a alguien... ¿Pero qué más

da? ¿No habías dicho que tiene que morir? Cuanto antes lo hagamos, mejor será.

Steiger reflexionó. Era verdad, ¿por qué esperar?

—Escucha —dijo con calma—, ahora tal y como están las cosas tenemos que movernos con prudencia. Hay demasiada atención puesta en este asunto. Ve a Addis Abeba y ocúpate tú. Pero tiene que ser algo limpio...

—Encontraré la forma

—le interrumpió Richard.

—No. Yo sé cómo hacerlo —cortó rápidamente el jefe. Y le explicó su idea a su fiel brazo derecho.

Capítulo 12

—¿Tenéis tan poca confianza en mí, que venís a controlarme dónde estoy?

Steiger estaba molesto. No se esperaba encontrar a Epstein a su alrededor en Addis Abeba. ¡Y sin aviso alguno! Se juró a sí mismo que no volvería a entablar negocios de nuevo con esa gente.

El teólogo mantuvo la calma.

—Usted sabe muy bien cuánto nos importa el éxito de esta operación. Dígame, ¿en qué punto estamos con el secuestro?

Querían quitarle libertad de maniobra.

—Es mejor para vosotros saber lo menos posible de los detalles, ¿no opina lo mismo?

El tono era cortés pero no admitía réplicas, aunque Epstein se apresuró a comentar:

—Quiero sólo saber si...

si están negociando. Si están dispuestos a evitar una inútil exhibición del chico que les haría pasar por ridículos a ellos y a la venerable tradición de su pretendida Arca. ¿Ha intentado convencerles?

«No me habéis pagado para que les convenza, idiota», pensó Steiger, pero sólo respondió:

—Digamos que no habrá necesidad de discutir. Están esperando aquí, en Gondar, el próximo contacto. Y creo

que no tienen otra opción que llegar a un acuerdo. Y así nadie se hará daño. Para vosotros es suficiente que el Profeta venga desmentido, ¿no?

El sacerdote se consoló con aquellas palabras. Pero el traficante de armas no dejó ahí la situación.

—El otro asunto, en cambio, según vuestras órdenes no puede concluirse pacíficamente...

Epstein se sorprendió.

—¿Baedeker?

—Sí, el arqueólogo —
siguió complacido Steiger
—. Sabemos dónde está y ya
he dado disposiciones para
que lo eliminen...

El hombre del Vaticano
se alarmó.

—¿Eliminar?

«¡Bastardo hipócrita!»,
pensó Steiger cerrando los
puños con rabia. Pero dejó
entrever toda la calma
posible.

—Entendámonos, padre.
La orden vino de vosotros,
fuerte y clara. Ese hombre

sabe demasiadas cosas, evidentemente. Y podría saber muy pronto qué es lo que os ha llevado a intervenir contra el joven. Quizás ya conoce el famoso secreto del 11 de septiembre...

—¿Dónde se encuentra?

—preguntó después de reflexionar. Epstein sabía que no podía dejar ver sus cartas demasiado.

—En la ciudad, no muy lejos de usted...

Un momento de silencio.

—Y... lo van a matar...
¿hoy?

—En realidad, puede estar ya muerto —dijo Steiger, disfrutando con la situación.

—Qué pena —comentó el teólogo.

—¿Habéis cambiado de opinión? Demasiado tarde, diría...

—Queríamos... hablar con él, convencerle para que nos pusiera al corriente de sus últimos descubrimientos. Quizás hacerle una oferta.

El traficante de armas reflexionó.

Miró el reloj.

En realidad, tenían tiempo más que suficiente. Así que tomó una decisión.

—Yo a los míos no los detengo. Intentadlo vosotros, ¡si lo conseguís! —dijo. Y le dio a su interlocutor la información necesaria para empujarle a actuar.

El todoterreno de padre Maurizio recorría las calles principales de la ciudad a un paso sostenido. Más de un

policía etíope, que generalmente observaba de mala gana y sin intervenir ante ninguna infracción, levantó la ceja viendo pasar rápidamente entre aquella gente aquel medio con dos occidentales a bordo.

El conductor seguía tocando el claxon, como si tuvieran un herido a bordo. Pero el único pasajero que se veía a su lado parecía estar en perfectas condiciones. Sólo se asomaba nerviosamente desde la

ventanilla, como si quisiera saltar fuera de un momento a otro.

Cuando el padre Epstein había entrado repentinamente en su cuarto y le había casi ordenado que le acompañara rápidamente al Hotel Meridian, el misionero no había hecho preguntas. La circunstancia le parecía ya de por sí grave: su invitado estaba demasiado preocupado para no tener sus buenos motivos.

Incluso con la marcha

tan rápida que llevaban, emplearon de todos modos una buena media hora para llegar a la meta. Delante del hotel realizaron una enorme frenada, bajaron y se encaminaron corriendo hacia la recepción del hotel. El empleado los vio entrar con una cierta sorpresa.

—¡Tom Baedeker! —
gritó uno de los dos—.
¿Tiene una habitación aquí?

El hombre dudó.

Frente a aquel silencio, Epstein tembló ante la idea

de que Steiger le hubiera dado una falsa pista. Luego el etíope contestó con calma:

—El señor Baedeker tiene una habitación aquí, sí...

—¿Y dónde está?

El hombre alargó los brazos.

—Salió hace un cuarto de hora. Se encaminó por la calle —explicó— e hizo un gesto vago hacia el exterior.

Epstein comenzó a mirar al padre Maurizio.

—Demasiado tarde —

murmuró.

Se había quedado blanco. Pero el misionero intentó animarle.

—Acaba de salir, si preguntamos a la gente por la calle... sobre todo a los niños... No es imposible que lo encontremos.

Capítulo 13

El centro de acogida, ubicado en la periferia de Addis Abeba para los falasha en espera del visado para salir al extranjero, estaba en pésimas condiciones. Por todas partes había suciedad y malos olores, y centenares de hebreos etíopes amontonados en un espacio demasiado limitado. El centro parecía en realidad

una enorme barraca mal iluminada, dentro de la que uno se movía con dificultad porque todo el espacio estaba ocupado por un centenar de literas metálicas. En ellas Baedeker leyó una etiqueta en inglés: ofrecido por el gobierno de Israel. Y allí, entre las camas, vivían acampados hombres, mujeres y niños que habían llegado principalmente de la región del río Tekezé y del lago Tana.

Tenían un sólo deseo:

abandonar la pobreza de la tierra en la que habían nacido y descansar entre los brazos de Sión. Jerusalén se había convertido para ellos en un mito, un sueño por realizar, el prisma de la nueva felicidad. Y poco contaba si, como reveló al arqueólogo, el joven hijo de Muluna Marsha, las cartas de quien había llegado ya a la tierra prometida hablaban de dificultades inesperadas, de la hostilidad de los israelitas (hebreos blancos

de piel), de la imposibilidad de encontrar un trabajo y de los salarios mezquinos. Nada importaba a aquella gente, sólo marcharse y dejar Etiopía.

—Ahí está mi padre —le dijo el joven, que conocía el inglés y haría de intérprete.

Baedeker miró al hombre que le indicaba. Era un anciano curvado sobre el bastón de oración, de mirada vivaz. Llevaba un turbante blanco, una túnica ceremonial también blanca y

una rica capa negra. Todo, desde su persona a sus vestimentas, emanaba la solemne dignidad del estado sacerdotal.

Una vez que le hubo dado calurosamente la mano al invitado occidental, el viejo se sentó en el exterior de la barraca, entre los niños que jugaban y los familiares que iban y venían. Y después de haber bebido el té e intercambiado algunas frases de circunstancias, Marsha afrontó el argumento

directamente.

—Aquí, en Etiopía —
comenzó—, nuestra religión
se ha convertido en algo del
pasado. Casi nadie la
practica ya. Los falasha,
especialmente los jóvenes,
se convierten en cristianos
sin darse cuenta.

—Pero usted no se ha
convertido en cristiano...

—No. Yo he sido hasta
hace poco el jefe de nuestras
comunidades. Y sigo todavía
el viejo camino.

—¿Y no hay otros como

usted?

—Nadie —afirmó el viejo, moviendo la cabeza con decisión. Luego sonrió de forma maliciosa—. Pero hasta los cristianos han olvidado de dónde vienen. Lo sepan o no, en sus ritos viven los actos de nuestros padres...

—Sé a qué se refiere —asintió el arqueólogo—, he estado en Tana Kirkos y he presenciado personalmente un sacrificio animal. Algo completamente impensable

en Europa o en América. Precisamente esto es lo que a mí me interesa. He venido hasta aquí desde Weleka porque me han dicho que usted conoce la fe falasha más que ningún otro sabio. Y yo quiero saber exactamente cuándo y cómo la fe hebrea llegó hasta Etiopía. Quiero conocer la historia de vuestros orígenes. ¿Puede ayudarme?

Muluna Marsha escuchó de su hijo la traducción de aquellas palabras. Luego se

apoyó contra el respaldo de la silla y cerró los ojos. Sus labios se movían de forma imperceptible, arriba y abajo, como si estuviera intentando traer de la memoria recuerdos colocados en esquinas polvorientas de la mente. Sólo después de unos minutos levantó las mejillas y comenzó a hablar. Lo que dijo fue inmediatamente interesante:

—Muchos de nosotros sostenemos que venimos de

los hijos de los israelitas que acompañaron a Menelik y al Arca de la Alianza. Yo sé que no fue así. Las tradiciones todavía difundidas en nuestros poblados cuando yo era un niño afirmaban que nuestros antepasados hebreos no vivían en Israel sino en Egipto. Y es desde Egipto donde llegaron a Etiopía.

—Esto no contradice la historia de *Kebra Nagast* —notó Baedeker—. Según el libro sagrado, Menelik y sus

compañeros viajaron precisamente a través de Egipto.

El falasha movió la cabeza.

—Se entendía otra cosa... Quería decir que, después de haber dejado Israel, nuestros antepasados no se limitaron a viajar a Egipto. Se establecieron en ese país y se quedaron allí durante mucho tiempo. Siglos, incluso. Y sé muy bien que construyeron un templo.

El arqueólogo, electrizado, se agachó hacia el etíope.

—¿He entendido bien?
¿Ha hablado de un templo?

—Ha entendido perfectamente. Un templo para el único Dios, adorado por aquellos fieles y por todos aquellos que vinieron después.

—¿Y dónde lo construyeron?

—En Asuán.

El estudioso reflexionó sobre aquella respuesta.

Mientras, alrededor de él, los niños jugaban y los adultos voceaban, preparándose para cenar, él se preguntó qué sentido tenía aquella historia asombrosa. Como bien sabía, de hecho, ningún hebreo después de Salomón podía construir un templo salvo para acoger el Arca de la Alianza. Y en aquella época en la que la migración se había desarrollado, la posibilidad de realizar ofrendas a Dios como culto

privado tenía que haber evolucionado desde hacía mucho. Terminó por decirse a sí mismo que el viejo se equivocaba: seguramente cuando hablaba del templo se refería a un lugar de culto, un tabernáculo, algo más parecido al *sancta sanctorum* de las iglesias cristianas etíopes, en las que se conservaba una copia de las Tablas de la Ley. Y además, en tantos años de estudio sobre el Arca, él no había jamás oído hablar de

un templo hebreo en Asuán,
en Egipto.

—¿Sabe en qué época
fue construido el templo?

—No, por desgracia.
Nuestros mayores, que me
hablaron de ello, no lo
sabían. Pero sabían que
existió durante mucho
tiempo, y que al final fue
destruido.

—¿Por qué destruido?

El anciano sacerdote
respondió sin dudar. Pero
su explicación fue
completamente enigmática.

—En aquella época, en Egipto se combatía una gran guerra. Un rey extranjero, que había ya derrotado a muchos pueblos, llegó hasta la tierra del Nilo y derribó todos los templos egipcios. Sólo dejó en pie el templo de mis antepasados hebreos. Pasado el peligro, los egipcios acusaron a mis antepasados de haber conjurado con el invasor. Comenzaron a combatirles y destruyeron también el templo. La persecución fue

tal que los expulsaron del país. A todos, o a casi todos.

Baedeker rebuscó en la tentación de interpretar inmediatamente aquellas frases. Las había anotado, para pensarlas más tarde. Ahora tenía que intentar lograr que aquel hombre tan educado le diera más información.

—Cuándo escaparon de Egipto, ¿los hebreos vinieron hasta Etiopía?

—No señor. No inmediatamente. Nuestros

padres pasaron por Sudán, y se entretuvieron por Meroe. De aquella ciudad salieron, sin embargo, como consecuencia de otra guerra. Sólo entonces se pusieron de viaje hacia el sur. Primero se dividieron en dos grupos hacia Etiopía. Se detuvieron todos en Qara, junto al lago Tana y se establecieron para siempre. Sus peregrinaciones habían terminado. Se convirtieron en etíopes, y como se encontraban ya lejos de

Jerusalén perdieron cualquier contacto con su tierra de origen. Desde aquel momento en adelante, Israel se convirtió para nosotros en un único recuerdo. Pero yo sigo esperando porque estoy convencido de que antes de morir podré reunirme de nuevo con mi pasado y besar la Tierra Santa.

Dos enormes lágrimas aparecieron en las comisuras de los ojos del etíope. Y Baedeker percibió de repente aquella carga de

esperanzas, de dolor y de emociones que estaba encerrada en el angosto espacio del centro de recogida para los falasha. La expatriación a Israel les daba la posibilidad de realizar hacia atrás el camino recorrido milenios antes por sus antepasados. Era como viajar en busca de su propia identidad, de las raíces perdidas, instalados en la certeza de que las raíces eran eso, milagrosamente más robustas y vivas que antes.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —le preguntó el estudioso, ante lo que el sacerdote asintió.

—Los cristianos de Etiopía dicen que en Aksum conservan el Arca de la Alianza. Y sostienen precisamente que quien la llevó hasta África fue el hijo de la reina de Saba y del rey Salomón. Usted, sin embargo, me ha dicho que no cree en la historia de Menelik. ¿Cree que los cristianos mienten a

propósito del Arca? ¿O piensa que de verdad la tienen?

Muluna Marsha respondió con mucha seguridad en sí mismo.

—Hace unos años, otros sacerdotes falasha y yo nos acercamos en peregrinación a Aksum para ver el Arca. No importa, de hecho, que se encuentre en una iglesia cristiana. Esta sigue siendo una reliquia santa para nosotros y para ellos. Cuando llegamos a la capilla

de Santa María de Sión, sin embargo, no nos dieron permiso para entrar. Dijeron que si nos presentábamos ante el Arca moriríamos. Entonces fuimos a purificarnos, pero cuando volvimos los sacerdotes cristianos nos negaron de nuevo la entrada. Vamos, que nos vimos obligados a volver a casa sin ver el Arca. A pesar de ello, estoy convencido, como todos los etíopes, de que ésta se encuentra en Aksum. Si

bien... —Y aquí esbozó una sonrisa. Baedeker se irritó ante aquella expresión llena de astucia.

—¿Si bien? —le preguntó.

El otro le miró como si quisiera comprobar de nuevo que se podía fiar de aquel hombre que había venido a buscarlo. Luego continuó, bajando la voz:

—Si bien los cristianos no conocen gran parte de las peregrinaciones del Arca. Se trata del instrumento elegido

por el Altísimo para garantizar su propia existencia en medio de su pueblo, ¿no?

Baedeker asintió con energía.

—Es verdad. ¿Entonces?

—Entonces, ¿por qué obstinarse en pensar que el Arca vino una sola vez desde Jerusalén?

El arqueólogo protestó.

—¿Pero qué está diciendo? ¿El Arca realizó entonces... más veces el viaje entre Jerusalén y

Etiopía?

Al viejo se le veía satisfecho por el efecto de sus palabras. Asombrar al extranjero era para él un gran honor.

—Desde Jerusalén hasta Etiopía no. Al final, quizás, el Arca posó de verdad su morada en Aksum. Pero, ¿quién le garantiza que no haya realizado más de una vez el viaje entre Jerusalén y Egipto, y viceversa? —dijo Baedeker reflexionaba mientras el anciano seguía

insistiendo—. Quien puso el Arca a salvo, lejos de Sión, esperó pacientemente el momento apropiado para llevarla hasta la sede justa, querida por Dios. Y seguramente, en cuanto se presentó la posibilidad, él o sus descendientes llevaron a cabo el empeño asumido.

Baedeker se excitó.

Aquellas palabras abrían un inesperado contacto entre su convicción de que el Arca se encontrara en realidad en Jerusalén y con una

tradición alternativa, antigua y, tal y como había comprobado, con muchos puntos de confirmación.

—¿Y cuándo cree que volvió el Arca a Palestina?

El viejo se puso muy serio.

—Esto es sólo una teoría mía, querido. Una teoría que se funda en voces que me fueron transmitidas como un gran secreto y sobre las que no tengo pruebas... —El arqueólogo apareció inmediatamente

decepcionado—. Pero mis maestros... —continuó Marsha— insistían en rogarnos tanto a mí como a mis compañeros de estudio que leyésemos una y otra vez las Escrituras: las santas de la Torah y las de los cristianos. En todos estos textos, cómo puedo decirle... la unión entre Egipto y la Tierra Santa a menudo se cita. Y lo hace a propósito de los profetas y patriarcas mayores: Abrahán, Moisés,

Jeremías... Jesús.

Al escuchar aquel nombre, el occidental parpadeó. El anciano le miraba con unos ojos enigmáticos.

Se cogió la cabeza entre las manos. Las piezas del puzzle se encajaban dibujando una realidad cada vez más complicada. Tenía que seguir buscando. Pero mientras tanto volvió al presente.

—He estado en Aksum durante el último *Timkat* —

afirmó con prudencia—, cuando intentaron robar el Arca. Los cristianos han defendido con convicción su tesoro. En realidad, no la sacan en procesión. Usan una copia...

El viejo falasha sonrió.

—Lo sé todo. Los cristianos son terriblemente celosos de su posesión, la defienden y la excluyen de la visita. Lo que no quita — concluyó lúgubrementemente Muluna Marsha—, para que los hechos de Aksum sean

terribles. El custodio, que yo mismo encontré cuando me acerqué hasta allí, ha dado su vida por una causa santa. Espero que en el más allá los demonios del infierno no concedan paz a sus asesinos.

El silencio cayó sobre el grupo, y las preocupaciones unidas a aquellos acontecimientos trágicos parecieron de repente vaciar al etíope de todas sus energías. Tuvo que sujetarse con todas sus fuerzas al bastón de la oración para no

caer al suelo. El hijo de Marsha dirigió una mirada de entendimiento a Baedeker, quien asintió.

—Gracias —dijo sencillamente el arqueólogo, cogiendo entre sus manos las del sacerdote—. ¿De verdad no tiene nada más que decirme? Es por el bien del Arca. Formo parte del grupo que está protegiendo al pequeño Profeta, como le llaman.

El viejo sonrió débilmente. Respiraba con

cierta dificultad. Apoyó una mano sobre la cabeza del blanco y concluyó:

—Bueno. Otro profeta. Quizás hemos vivido suficiente para ver una gran señal. Quizás, en cambio, sea una ilusión y nos quedemos decepcionados. Yo, por mi parte, quiero morir en Jerusalén, independientemente de lo que ocurra...

El encuentro había concluido.

Sin darse la vuelta,

Baedeker dejó atrás el centro de acogida para adentrarse en el tráfico caótico de las calles de Addis Abeba.

Tenía que volver con los suyos. Ahora sabía cuál era la última etapa de su búsqueda. Después se enfrentaría al Arca de la Alianza cara a cara. El taxi que le había llevado hasta allí por el centro de la ciudad le estaba esperando, tal y como le había prometido, al otro lado de la calle.

Capítulo 14

Mientras se acercaba al taxi, se dio cuenta de que el conductor le estaba mirando fijamente.

—¿Todo bien? —le preguntó.

El otro hizo una sonrisa forzada y respondió con un vago gesto de cabeza. Y tomó asiento.

—Llévame al Hotel Meridian —le ordenó. Y se quedó ensimismado en sus

pensamientos.

El barrio en el que se encontraba el centro de acogida estaba más bien aislado y con poco tráfico. El taxi se encaminó, quemando un poco los neumáticos, como si tuviera prisa.

—Puedes ir despacio, amigo... —dijo Baedeker.

Pero el conductor pareció no haberle escuchado. Recorrió pocos centenares de metros más bien rápido y de repente giró

por una calle lateral.

—¡Oye! —protestó el arqueólogo. Y visto que el otro no hacía señas de aminorar, le puso una mano en el hombro.

El hombre, que miraba la calle delante de él, se sobresaltó. Baedeker le hizo una señal para que se calmara.

«¿Qué le pasará?», pensó. Y miró a su alrededor, fuera de la ventanilla. La calle aparecía desierta. En el lado

izquierdo había un enorme edificio aparentemente abandonado. Quizás una fábrica en desuso. En el lado de la derecha, una serie de matorrales ocultaba la visibilidad.

Fueron acercándose a la altura del semáforo. Estaba en verde, si bien el conductor aminoró la marcha y llegó al cruce casi a punto de detener el coche. En cuanto éste estuvo completamente parado, el hombre abrió la puerta y

salió disparado, corriendo todo lo que pudo.

Se escuchó un disparo y el taxista se desplomó en el suelo. El arqueólogo en ese momento se alarmó. Se dio la vuelta rápidamente para abrir su puerta y salir del coche. Pero en ese momento, en el que estaba tirando de la manilla, un rumor detrás de él le hizo darse la vuelta.

La otra puerta posterior se estaba abriendo, y en un segundo Baedeker captó el

brillo metálico de una pistola que resplandecía como el sol.

Quien la estaba sujetando y apuntando contra él era sólo un niño.

El disparo explotó de forma ensordecedora. Él se había agachado instintivamente y la bala rozó dolorosamente su nuca.

Gritó y levantó la manilla que todavía empuñaba. Una vez fuera, se tiró al suelo. El pequeño gritó a su vez. Un grito lleno

de rabia y muy feroz. Luego se hizo el silencio.

Baedeker entonces se puso de pie. Pero el joven había dado la vuelta al coche y se lo encontró delante. Tenía la pistola apuntándole de nuevo. Sintió un vuelco en el corazón, tan profundo e intenso que fue como si el golpe siguiente le hubiera alcanzado plenamente en el pecho. Cerró los ojos. Y escuchó casi al mismo tiempo un grito altísimo:

—¡No!

Y un disparo.

Percibió un golpe, violento como un puñetazo, justo debajo del hombro del lado izquierdo. El proyectil, rápido y ardiendo, le rompió el músculo en la base del cuello en un estallido de sangre. El dolor recorrió todo el brazo como si se tratara de una descarga eléctrica.

Gemía, dio un paso atrás y se tropezó. Tuvo el tiempo justo de pensar que estaba a punto de morir. Pero en vez

de una nueva detonación, escuchó una voz, alarmada y agotada. A pocos pasos de él, un hombre, un blanco, estaba luchando con el joven, intentando arrancarle la pistola. Aquel se oponía con todas sus fuerzas al agresor, que había salido de entre los matorrales que bordeaban la calle.

—¡Obedece! —gritaba el adulto—. ¡Soy yo quien mando! ¡Tienes que pararte!

Baedeker se levantó e intentó acercarse. Pero en

ese momento se escuchó un nuevo disparo.

Provenía de detrás de él. Instintivamente se agachó y miró hacia atrás. A unos cincuenta metros, asomándose por encima de la pared del edificio abandonado, un hombre les estaba observando y les apuntaba con un fusil. El joven aprovechó aquella aparición inesperada para liberarse y correr.

El blanco, todavía jadeando por la lucha que

acababa de mantener, se dirigió al tirador, levantó los brazos y gritó:

—¡Soy Epstein! ¡Me manda Steiger! ¡Para, pa...!

—pero su voz se interrumpió y de la boca se escuchó solamente un grito ahogado. Una bala le había alcanzado en todo el pecho.

El teólogo miró fijamente al que le había disparado con los ojos abiertos y una mirada llena de incredulidad. Luego se tambaleó hasta desplomarse

sobre el suelo. Con la fuerza de la desesperación, Baedeker se arrojó hacia el coche. Se escucharon otros dos tiros, que alcanzaron la carrocería.

Luego una voz.

—¡Basta! ¡Basta!

Era el padre Mauricio, que acababa de llegar, agotado por el esfuerzo, al lugar de la emboscada.

Su presencia pareció desanimar al tirador, que desapareció detrás de la muralla.

No hubo más disparos.

El misionero y el arqueólogo se acercaron a Epstein. El herido se contorsionaba. El dolor le estaba sofocando. Le pusieron boca arriba.

Padre Maurizio intentó taponar la sangre, que inundaba la camisa. Mientras tanto lloraba y murmuraba palabras sin sentido.

Epstein se dirigió a Baedeker:

—Escape... de esta

ciudad... intentan matarle...
son muy poderosos. —
Tosió. Cerró los ojos, como
si la luz del día le fuera
completamente insoportable.

El arqueólogo se
estremeció.

—¿Quién me quiere
muerto? ¿Quién? —gritó.

Tras un momento de
silencio, Epstein volvió a
hablar:

—Madruzzi... —susurró
—. El cardenal... —Tosió
de nuevo. El rostro se vio
descompuesto por un gesto

de dolor—. Proteja al niño...
—dijo más fuerte.

Tuvo una última
convulsión y luego murió.

Baedeker interrogó a
padre Maurizio,
zarandeándolo con
violencia. Pero
evidentemente el sacerdote
ignoraba la verdadera
naturaleza de la misión del
personaje que acababa de
llegar del Vaticano.

En cuanto se calmó, el
estudioso convenció a su
salvador para no avisar a la

Policía.

—¡No podemos fiarnos de nadie! —le gritó.

El sacerdote, completamente fuera de sí, recuperó el todo terreno. Cargaron el cadáver de Epstein, abandonaron en aquel lugar el del taxista y se alejaron hacia la misión.

Los padres discutieron largo rato sobre lo que era apropiado hacer mientras uno de ellos, un médico, se ocupaba de curar las heridas del arqueólogo. Hubo

conversaciones exaltadas con los etíopes que colaboraban con la misión y con gente en disposición de negociar con las debidas formas con las autoridades. Luego llamadas a Roma.

Tom venció sus reticencias y decidió marcharse inmediatamente. No dio explicaciones sobre lo que acababa de ocurrir. No las tenía.

Pero aquello era una verdad a medias. El padre Maurizio, con todo su pesar,

se ofreció para recuperar las maletas del estudioso en el Meridian.

Mientras llevaba a cabo aquel servicio, no podía dejar de pensar en el nombre pronunciado por Epstein poco antes de morir: cardenal Madruzzi. ¿Pero qué es lo que estaba ocurriendo? ¿Qué tenía que ver en aquella historia de violencia el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe?

Por la tarde, un hombre

de confianza acompañó a Baedeker a Shambu, a veinte kilómetros de Addis Abeba, donde los misioneros gestionaban un hospital. Desde allí, pocos días más tarde, recibidas otras curas, el arqueólogo pretendía marcharse hacia una zona mucho más hacia el Occidente.

No quiso decir a dónde.

En aquellas horas, Richard Ashcroft realizó su informe para Steiger. El mercader de armas esperaba

la llamada que tenía que confirmarle el asesinato de los dos hombres.

—Epstein está muerto —le dijo su brazo derecho—, tal y como habías ordenado. Le he matado yo mismo. Pero en lo que toca a Baedeker...

Y fue así como supo del fracaso de Hagios.

No le fue fácil, aquella noche, ponerse en contacto con Madruzzi.

—¿Epstein muerto? —se asombró el cardenal.

—Sí, está muerto —
confirmó Steiger—. Y
créame, nos hemos librado
de un grave peligro...

—¡Pero qué es lo que
está diciendo! ¡Ese hombre
gozaba de mi total
confianza!

—Puede ser. Pero tengo
que avisarle de que sus
intenciones eran algo
diferentes a las nuestras.

—¿A qué se refiere?

—Ha intentado salvar a
Baedeker. Por eso he
mandado que lo mataran...

—¿Lo ha ordenado usted?

El traficante de armas no se descompuso.

—Debería darme las gracias. Epstein quería llegar a un acuerdo con el arqueólogo y he entendido inmediatamente que estaba haciendo un doble juego.

Hubo un momento de silencio.

El purpurado estaba reflexionando. ¡Epstein le había traicionado!

Steiger sacó a su cliente

de sus propios pensamientos.

—Ahora Baedeker está herido y en fuga. Muy pronto estaremos tras él. Mientras tanto, el secuestro continúa. Lo tengo todo bajo control. Como ve, en cuanto uno de los protectores del Profeta ha salido de su escondite, lo hemos localizado.

Madruzzi se dejó convencer por aquellos argumentos y la conversación no fue tan

desagradable como Steiger se esperaba. El viejo se limitó a pronunciar con insistencia nuevos consejos.

En cuanto la conversación quedó interrumpida, Steiger volvió a ocuparse de sus planes. Madruzzi, en cambio, se quedó durante un largo tiempo reflexionando sobre el comportamiento de Epstein en las últimas semanas. Y se preguntó si podía haber actuado por su cuenta.

No encontró una respuesta, y aquella noche tuvo sueños agitados.

También el padre Maurizio realizó una llamada a Roma aquella noche. El anciano cardenal que le había enviado a su precioso colaborador tenía que ser informado de lo ocurrido.

El eclesiástico no se mostró sorprendido por el cariz que estaban tomando los acontecimientos.

—Tenemos delante a

hombres muy peligrosos,
padre. Lo lamento.
Esperábamos poner un freno
a la violencia. En cambio, se
ha desencadenado.

—¿Qué podemos hacer,
eminencia?

—¿Baedeker está bien?

—Sí, la herida no es
grave y el padre Franco es
un buen médico, muy hábil
en urgencias...

Tras ello se produjo una
pausa.

—¿Se ha ido
inmediatamente, no es así?

—Sí —le confirmó el sacerdote. Luego se animó y añadió—: Eminencia... Ese hombre escuchó de la boca de Epstein, y también lo escuché yo... que su vida está amenazada por un príncipe de la iglesia de Roma...

El otro no respondió inmediatamente.

Luego, con cierta sorpresa para el buen misionero, en vez de profundizar en la escandalosa cuestión,

preguntó como siguiendo el hilo de sus propios pensamientos.

—¿Pero Baedeker qué es lo que ha descubierto?

Capítulo 15

Desde que Tom y Jack se habían marchado, los días en Weleka no pasaban nunca. Mary se sentía en un lugar seguro. La vigilancia en el área que rodeaba el poblado había sido reforzada y ningún extranjero, etíope u occidental, habría podido acercarse sin suscitar sospecha o alarma. Pero cuanto mayor era su tranquilidad, mucho más

crecía su ansia por el destino de los dos que la habían arrastrado. Sobre todo por Jack, porque el arqueólogo había querido ir a Addis Abeba para seguir el hilo de sus investigaciones, mientras que el inglés estaba seguramente arriesgando su vida también por ella y por los niños secuestrados.

—Jack tiene una buena idea —le repetía Aron Alemu, para infundirle confianza—, un hombre experto de las cosas del

mundo.

Una expresión pronunciada con indulgencia, que en los labios de Alemu quería decir «un hombre capaz de combatir, a la altura de sus enemigos».

Mary aceptaba aquellas palabras con reconocimientos. Pero no se encontraba en absoluto serena. Sólo Bale conseguía de verdad darle fuerza.

Una noche la sorprendió, por enésima vez.

—¿Tienes miedo? —le preguntó con calma.

Ella no mintió.

—Sí, Bale. Tengo miedo. Esos hombres son malos, lo sabes...

Él sonrió.

—¿Pero son ellos los que tienen miedo, no?

Ella se le quedó mirando fijamente.

—Es precisamente así —respondió—, son malos y peligrosos porque tienen miedo.

—Si son grandes y

fuertes y tienen miedo de un joven como yo no pueden ser de verdad tan peligrosos —concluyó él. Y siguió comiendo.

En aquellas larguísimas jornadas no se habían vuelto a repetir fenómenos particulares. Bale jugaba, estudiaba y descansaba.

Seguía desde hacía un tiempo las clases de Aron Alemu que, solicitado precisamente por el pequeño, le había contado muchas antiguas historias y

luego le leía textos de las Escrituras. Como él se sometía a esa escuela, también muchos compañeros de juego quisieron participar. El viejo se asombró.

Generalmente los jovencitos no participaban con ganas en las catequesis. Los mismos padres, por otro lado, eran más bien débiles practicantes.

La presencia del joven había tenido efectos beneficiosos en todos.

—Nos estamos acostumbrando a él... — comentó un día el anciano sacerdote, mientras tomaba un café con Mary y juntos, sentados al aire libre, observaban a los chicos implicados en un partido de fútbol.

Ella asintió. Cuando Alemu venía a hacerle una visita se sentía mucho mejor. El anciano se la quedó mirando.

—El hijo que a toda madre le gustaría tener... —

insinuó.

Mary se confundió y no respondió nada. Luego se sentó y bebió de su taza. Esperó un momento, para poner en orden sus ideas.

—¿Os ha hablado él, verdad?

—¿De qué? —comenzó el viejo.

—Del hecho de que busco un hijo, aquí en Etiopía. Y a través de un hijo... a mí misma.

Alemu frunció los párpados.

—Una mujer, según nuestra tradición, se encuentra a sí misma cuando encuentra el amor. El hombre intenta conquistar el mundo. Y en este esfuerzo se agota. La mujer, en cambio, conserva la vida y la renueva. También la del hombre, que en la mujer conoce finalmente su propia debilidad... y finalmente la acepta.

Ella frunció el cejo.

—¿Y esto dónde está escrito?

La respuesta estaba ya preparada, pero el tono había sido afectuoso, no el de aquel que predica mil veces la misma partitura.

—En el Génesis. Dios hizo salir a la mujer del hombre, entonces ella encuentra en él su casa. Pero cuando entra en él, el hombre recoge con ella su parte más frágil —dijo. Luego sonrió y añadió—: *Aparentemente* más frágil. Y entonces logra la paz consigo mismo. Y es natural

que de una unión parecida nazca una vida nueva. De nuevo fuerte, como es la vida en los niños, antes de verse heridos por las pruebas que les están esperando.

Mary asintió.

—Es una bonita... teoría —comentó.

El hombre levantó una ceja.

—¿Una teoría? No, es la vida misma. O al menos lo que deseamos para nosotros. Y en cada encuentro, hasta que no la encontramos, se

despierta en nosotros
mismos la pregunta: ¿Es el
hombre para mí? ¿Es mi
mujer? ¿Yo estoy para él?
¿Me ve? ¿Me querrá? ¿Me
elegirá?

En ese momento, la
pelota casi llegó hasta donde
estaba el sacerdote. Con
inesperada agilidad él la
apartó y rio, satisfecho, por
su habilidad. Mary
agradeció aquella
interrupción. E
inmediatamente comenzó a
animar a los chicos, si bien

no había ninguna necesidad
para ello.

Capítulo 16

—El pie inquieto pisoteará los excrementos.

Ante aquellas palabras, Jack se dio la vuelta. Se había una vez más detenido para analizar con los anteojos cada parte visible del sendero recorrido hasta ese momento.

—¿Qué significa? — preguntó a Haire, que parecía no quererse detener nunca, ni siquiera para tomar

aliento.

—Es un viejo refrán. Significa que te tienes que concentrar en el lugar en que pones los pies.

—Tenemos que ser más prudentes, ¿no crees? Hace ya seis días que abandonamos Gondar — replicó el occidental mirando los hombros de su compañero de viaje, que se alejaba de él con paso regular. Haire captó en aquellas palabras una vaga queja. Se detuvo y se dirigió

a Jack con su típica firmeza.

—Reflexiona. Steiger está convencido de que tú estás solo y pensará que con mucha dificultad has vuelto entre los falasha. Vamos, que ya se imagina que has subido por estas montañas...

De repente comenzó a llover con fuerza.

La marcha por la región de los Montes Simien en la temporada de las lluvias, que acababa de comenzar, se desaconsejaba a los turistas. Desde junio hasta

septiembre los senderos, incluso aquellos mejor indicados, se convertían en caminos muy resbaladizos. A menudo, como estaba ocurriendo en aquel momento, se producían chaparrones intensos y cortos que iban seguidos por horas de una humedad agobiante. La ropa no se llegaba a secar nunca. Se caminaba a menudo envuelto en una espesa niebla, que escondía los célebres paisajes.

Alrededor de ellos se extendían inmensos altiplanos erosionados por milenios. A lo largo de pendientes muy inclinadas, y en algunos recovecos, se encontraban restos de acacias y de brezos.

Mientras procedían por caminos poco batidos, como consecuencia de la niebla se habían perdido el espectáculo de precipicios vertiginosos que se abrían bajo sus pies, allá donde los caminos que recorrían

bajaban verticalmente
incluso durante varios
centenares de metros.

En el cielo se veían a
menudo los
quebrantahuesos, en un
elegante vuelo sobre
aquellos relieves. Sus
sonidos llenaban las largas
pausas de silencio que tenían
que soportar. Jack
aprovechó aquella breve
parada para tomar aliento.
Pero no era el cansancio y la
humedad lo que le hacían
respirar con dificultad.

Horas y horas de gimnasio, en Londres, durante los intervalos del almuerzo, se habían revelado útiles para aquel momento. Le costaba respirar por la impresión de que estaban dando vueltas sin sentido mientras buscaban el escondite de los secuestradores en aquella inmensa región.

Bebió un pequeño sorbo de agua de la cantimplora. Haire había ya comenzado a caminar.

—¿Me confirmas que

tenemos una meta? —le preguntó al etíope.

—Más o menos... —respondió el otro sin darse la vuelta.

Y durante toda la hora que siguió no intercambiaron ni siquiera una sola palabra.

Los babuinos, con la cresta hacia arriba y el pecho rojo, eran la principal atracción de la fauna del parque nacional. Inmediatamente después de haberse situado en una

amplia piedra, que en parte ofrecía resguardo a la lluvia, Haire y Jack recibieron la visita de una especie de delegación de la manada que consideraba aquella zona su territorio.

Jack se encontraba demasiado cansado para alarmarse, incluso cuando los vio bostezar y enseñar ampliamente sus largos dientes caninos.

—¿Muerden? —
preguntó al guía.

—A veces —respondió

seriamente Haire—. Los habitantes de la región les acusan a menudo de extrañas culpas, a cual más rara. Dicen que han visto babuinos atacar las casas y arrancar los niños a las madres. En algunos casos se han presentado denuncias a la Policía por robos, allanamiento de morada, violaciones y homicidios.

—¿Y... hay algo de verdad en todo eso? — preguntó el inglés, observando asustado a las

bestias que, a su alrededor, eran cada vez más numerosas.

Haire sonrió.

—¿Quién puede decirlo? Cada jefe de la manada guía grupos organizados según una rígida jerarquía. Pero se tratan a menudo de comunidades numerosas, incluso de centenares de ejemplares. Es fácil que haya quien se escape y busque ejercitar entre los hombres el poder que no tiene entre sus iguales...

—Veo que los conoces muy bien.

—Sí —le confirmó el etíope con aire misterioso—. Digamos que he vivido durante mucho tiempo en su compañía.

Jack sopesó una de las pocas informaciones que el etíope le había dado de sí mismo, sobre su pasado.

—Así que puedes garantizarme que no son peligrosos... —concluyó.

—No temas. Como ves, se acercan sólo hasta un

límite y si avanzas, ellos escapan. Y además, en esta zona no hay muchos. Hay más en otras zonas.

Jack intentó comprender si el etíope decía la verdad o estaba intentando sólo tranquilizarle. Pero el otro no le prestaba ya atención. Estaba sentado algo más alejado y trazaba marcas en el terreno con un bastón. El inglés, lleno de curiosidad, se le acercó.

—¿Qué estás haciendo?

El africano había

marcado un punto y a partir de ahí varias líneas que se alargaban hacia varias direcciones.

—Ejercito la memoria —fue la respuesta.

—¿Quieres decir que no estás seguro de a dónde vamos, que no sabes dónde se esconden?

Haire suspiró. Luego miró a su compañero con condescendencia.

—No te he dicho nunca que esté seguro. Sabemos que quienes tienen a los

niños prisioneros son el grupo de Steiger. Yo he cerrado numerosos... negocios, en el pasado, con ese hombre. Conozco los refugios donde él escondía durante un tiempo su mercancía para luego enviarla, en el momento oportuno, hacia las fronteras con Eritrea o hacia Gondar, por donde las armas podían continuar hacia cualquier rincón de Etiopía.

—Y piensas que Steiger está usando uno de esos

refugios...

—Exacto.

—¿Y cuántas son estas bases secretas?

Haire reflexionó.

—Yo conozco tres. Situadas en posiciones de verdad invisibles.

—Conoces tres... Lo que significa que Steiger podría tener otras, ¿no?

El etíope sonrió ante las dudas de su compañero.

—Tres le eran suficientes para gestionar un volumen de tráfico de armas

imponente. Y por lo que yo sé, no han sido nunca descubiertas. ¿Por qué construir otras?

Jack asintió, pero las dudas no habían terminado.

—Caminamos desde hace días y estamos llegando a una. ¿Y si no es la que tiene que ser? Imagino que las otras dos estarán muy lejos de esta, ¿no?

El guía no hizo ni una mueca.

—Veo que entiendes bien nuestra situación. Por

eso, si fracasamos, nos marcharemos inmediatamente. Si la base a la que nos dirigimos no es la que tiene que ser, tendremos que bajar al valle rápidamente, coger el todoterreno y llegar a otra zona. ¿Estás listo?

El inglés miraba fijamente la niebla que se levantaba desde el fondo del valle y dejó de hacer más preguntas. Sobre todo no tenía el coraje de preguntar qué es lo que harían una vez

que descubrieran el escondite de sus secuestradores.

Aquel día procedieron con mayor prudencia. En un momento dado abandonaron el sendero y continuaron subiendo por un costado con mucha pendiente. Por suerte para ellos, justo aquel día hubo horas de sol. Grandes nubes recorrían el cielo, pero ninguna parecía intencionada a dejar caer al suelo más lluvia. Proceder era menos costoso, pero

también más fácil que les vieran.

Se detuvieron un momento, analizando el recorrido del sendero, por el que se alejaban cada vez más en busca de algún movimiento. Los babuinos seguían observándoles desde lejos. Una hora más tarde se encontraron en un área tan poco visitada que tuvieron la aventura de cruzarse con un pequeño rebaño de cabras abisinias, un raro hallazgo también para los amantes

más obstinados de la naturaleza.

Una vez que llegaron a la cima, estando tumbados en el suelo, observaron atentamente una zona lisa que se extendía casi unos cincuenta metros bajo ellos, entre altas paredes y absolutamente invisible desde cualquier punto de vista de observación a lo largo del recorrido.

—Aquí estamos —
anunció Haire.

Jack observó

atentamente aquel refugio natural. Había esperado localizar un edificio, aunque estuviera muy bien disimulado con el ambiente. El guía pareció leerle el pensamiento. Indicó un punto en la zona llana.

—Allá abajo hay una entrada natural a una serie de grutas. Como ves, es suficiente dejar fuera, de guardia, uno o dos hombres vestidos como pastores, con alguna cabra. Incluso desde un helicóptero es imposible

pensar que allí haya una base operativa.

El inglés estaba impresionado y observó todavía mejor, con atención. Ningún pastor estaba a la vista, por lo que se dio la vuelta. Por primera vez, desde que le había conocido, Haire daba señales de cansancio. Mantenía apoyada la cabeza en el brazo y respiraba profundamente.

Comprendió muy bien el significado de aquel

comportamiento. Habían llegado hasta uno de los tres escondites de Steiger. Pero con toda probabilidad estaba desierto. El etíope le miró a su vez.

—Descansa durante unos minutos —dijo—. Tenemos que bajar, controlar bien y luego marcharnos. Ahora el tiempo apremia...

Capítulo 17

Steiger temblaba.

Los días pasaban y permanecer inmóvil en Gondar, en espera de un nuevo contacto con Jack Miles y los suyos, era desesperante. Así que decidió actuar. Sus hombres mantenían siempre bajo vigilancia a los falasha que habían acompañado al inglés hasta la ciudad. No se habían movido.

Evidentemente, pensaban que el riesgo de ser seguidos hasta el refugio del Profeta era demasiado grande. El mercader de armas descartó también la hipótesis de torturarlos para que les dijeran donde se refugiaba el joven: seguramente el escondite cambiaba continuamente y los falasha mantenían vigilados los caminos de quien se acercaba a su territorio.

Entonces les envió a los dos jóvenes un mensaje.

Uno de sus hombres entró una mañana, sin dificultad, en la casa que ocupaban, y comentó:

—Decid a los ingleses y a los otros occidentales que nuestro jefe está perdiendo la paciencia. Dentro de diez días él estará aquí. Llevará consigo a uno de los niños. Les tocará a ellos decidir su suerte. Si nos dan lo que pedimos, el niño será el primero en ser liberado. Si no, será el primero en morir.

En cuanto el hombre de

Steiger dejó la casa, los falasha discutieron ampliamente. El tiempo pasaba y no tenían noticias ni de Jack ni de Haire. Pero permanecer firmes habría causado sospechas a los secuestradores.

Elaboraron un plan. La idea no era volver a Weleka, sino que llegara el mensaje a los pueblos de su gente. Dos días más tarde, cuando Steiger tuvo confirmación de que los etíopes se habían activado, dio orden de

tenerlos siempre bajo
vigilancia y dejó la ciudad.

El cartel decía que
estaban entrando en la
ciudad de Argin.

—Nos detendremos para
coger provisiones —dijo
Haire—. Tendrán que ser
suficientes para las dos
próximas etapas. Y
dejaremos aquí el
todoterreno.

Jack se quedó
asombrado.

—¿Las otras dos bases
de Steiger están cerca una de

la otra?

—Cerca, digamos que en superficie... —respondió el Etíope—. Pero para alcanzarlas es necesario escalar dos cimas diferentes, en los márgenes opuestos del valle en el que se encuentra Argin. Y se va a necesitar tiempo —dijo. Luego hizo una pausa. Analizaba las cumbres que se levantaban por encima de la carretera para aquellos que se salían de las carreteras convencionales—.

Esperemos que haya suerte —retomó con su típica sonrisa triste—. Tenemos el cincuenta por ciento de posibilidades de escoger inmediatamente la base adecuada... y muchas más posibilidades de ser localizados por los hombres de Steiger si nos estamos dirigiendo hacia la equivocada...

El inglés siguió conduciendo, intentando evitar los baches peores. En los largos momentos de

silencio intentaba poner en orden sus propios pensamientos. Por lo que sabía, Mary y Bale estaban en un sitio seguro, pero no se podía excluir que el mercader de armas hubiera logrado adivinar su escondite. Quizás el secuestro era sólo una forma para despistarles. De nuevo maldijo a Baedeker, que les había abandonado cuando era más necesaria su presencia junto al niño y la mujer. Mientras se

interrogaba, preocupado, sobre lo que podía ocurrir, se dio cuenta de que había encontrado consolación en la idea de que cuando concluyera aquella aventura Mary estaría esperándole. Desde hacía meses ya, estaban compartiendo una aventura peligrosa, aislados del mundo. La chica le gustaba. No había hecho nada para hacérselo entender, porque estaban todos metidos en sus papeles de protectores del pequeño

Profeta. Ella, en primer lugar, parecía no pensar en otra cosa. Distraerla le habría parecido... un sacrilegio.

Pero cuando todo esto termine..., se dijo. Y aquí, como siempre, se perdió. No conseguía imaginar en absoluto qué es lo que sería de él una vez que todo hubiera terminado.

En Argin, en el punto de encuentro para los turistas, había una especie de almacén abierto al público,

el único en un radio de sesenta kilómetros, donde se podía encontrar comida, cuerda y material para escalar en alta montaña. Un cartel en inglés avisaba de que era posible alquilar colchonetas, sacos de dormir, tiendas para dos y lo necesario para cocinar, incluido un pequeño hornillo de gas.

Para las excursiones más largas, con comitivas numerosas, estaban disponibles mulos, atados en

fila ordenada fuera del emporio. Algunos conductores de aquellas bestias levantaron sobre ellos miradas llenas de esperanza cuando los vieron llegar. Aquella mañana había ya llovido dos veces, bajando la temperatura media de la temporada.

También en el interior de la tienda había pocos visitantes. Haire comenzó a dar vueltas alrededor de las cajas expuestas en el mostrador y a reunir un

número elevado de barritas de chocolate. Jack miraba a su alrededor, con la mirada llena de preocupación. El gestor los observaba con cierta ansiedad, pues había entendido que no se trataban de turistas en una excursión.

En un momento dado, el inglés notó en una esquina lo que parecía una montaña de mantas de colores muy vivos. Se acercó. Un cartel indicaba:

SI TENÉIS FRÍO, HACED COMO

LOS PASTORES ETÍOPE:

COMPRAD UN *GABI*, QUE PODÉIS
USAR COMO MANTA, SÁBANA,
COJÍN O CAPA. PRECIO 70 BRR.

Era la misma vestimenta que le había servido para disfrazarse como etíope en su viaje hasta Gondar. Hizo como que pasaba su mirada hacia otra parte y luego volvió a mirar la frase.

Haire estaba acordando el precio de algún objeto útil con el vendedor. Pero él comenzó a reflexionar.

«Si tenéis frío...». Una idea se le pasó por la mente con la rapidez de un rayo.

—¡Oye! —dijo en voz alta. Haire le había prohibido que le llamara por su nombre en presencia de otras personas. El etíope se dio la vuelta para mirarle.

—¿Has visto algo útil?

—Ven aquí, por favor.

El otro se acercó y leyó el cartel.

—No tenemos necesidad —comentó—. Tenemos las chaquetas...

—¿A qué altura se encuentran los refugios de Steiger? —le susurró Jack.

Haire frunció el entrecejo.

—Uno a tres mil quinientos y el otro a casi cuatro mil metros...

—Por la noche hace frío, ¿no?

—Sí...

—Y hay mucha humedad en esta temporada...

—Claro, ¿pero de qué tienes miedo?

Jack seguía el hilo de sus propios pensamientos.

—Los niños fueron secuestrados hace dos meses, en la temporada seca, cuando se encontraban fuera del poblado. Por lo tanto, en pleno día... bajo el sol...

Haire confirmó con un gesto.

—Así que ahora —
continuó Jack— tendrán frío. Mucho frío. Deben estar pasando las horas encerrados en una gruta, inmobilizados.

El etíope comenzaba a entender.

Jack concluyó su razonamiento.

—Si los secuestradores, como imagino, no se han ocupado de equiparse antes, habrán tenido que hacerlo ahora...

Intercambiaron una señal de entendimiento. Luego se dieron la vuelta ambos y, manteniéndose calmos, se dirigieron hacia el comerciante, que no les quitaba los ojos de encima.

Fue Jack quien habló.

—Tenemos una pregunta para usted...

El hombre arqueó una ceja.

—¿Y por qué debería responderles?

Haire fue más listo. Indicó el nombre de dos comisarios de policía activos en aquella zona. Citó por casualidad el secuestro de los niños en el área del parque. Dijo que Jack había sido encargado por una agencia de investigación

internacional de buscar una pista.

—Os conviene colaborar —concluyó.

El comerciante se lo creyó.

—Han venido ya otros a hacer preguntas. Yo no he visto nada. Y ni siquiera mis compañeros...

Jack no se descompuso.

—Hace dos meses no visteis nada. Pero nosotros queremos saber si habéis visto a alguien que ha comprado recientemente

aquí, en vuestra tienda, un cierto número de *gabi*. Digamos en las últimas cuatro o cinco semanas. Un hombre, dos como mucho, sin otros compañeros. Gente que viajaba sola, sin formar parte de una comitiva...

—Personas robustas — completó la descripción Haire—. Vestidas con ropa militar: botas, pantalones y gorros con colores de camuflaje...

El hombre asintió.

—Bueno... ha habido

alguien como decís vosotros.
Un solo hombre. Un blanco.
Llegó aquí un día, e iba
andando, sin todoterreno.
Compró sólo algunos *gabi...*

—¿Cuántos?

—Cinco, seis... algo así.

Pensamos que quería
regalarlos una vez que
volviera a casa, en América
o en otro lugar.

Jack se animó.

—¿Pero no parecía un
turista, no?

El otro lo confirmó.

—Y decís que iba sin

todo terreno. ¿Cómo podéis estar tan seguro?

El hombre mostró una cierta seguridad.

—Le vimos alejarse. Cruzó la carretera y se marchó así como iba, solo...

Haire sonrió abiertamente.

—Al otro lado de la carretera, ¿eh? Entonces ha cogido el sendero que lleva a la cima de Bwahit...

—Sí, claro. Por esta parte, en cambio, se llega a Mesarerya.

Los dos forasteros se miraron satisfechos. Le dieron las gracias al comerciante y pagaron. Metieron las cajas de chocolate en las mochilas, salieron y se encaminaron andando hacia la otra parte de la carretera.

Iban dándose uno al otro palmadas en la espalda, como si fueran unos jovencitos de vacaciones.

Tres horas más tarde, la curiosidad del comerciante se despertó ante la entrada

de otro visitante que acababa de llegar con su todoterreno. El hombre era un occidental, uno de esos de pocas palabras. Es más, apenas hablaba, mientras iba poniendo dos o tres cosas sobre el mostrador para luego darle un par de billetes suficientes para pagar todo lo que había cogido.

El negociante le dio la vuelta. El tipo parecía no verlo. Estaba golpeando el mostrador con los dedos, como si tuviera prisas. El

etíope no consiguió aguantarse las ganas.

—¿También marcháis hacia Bwahit? Hay bastante gente por allá arriba. Y sin embargo, en esta temporada no suele ir nadie hacia allá...

Steiger se despertó de sus propios pensamientos.

En pocos minutos, sin ninguna necesidad de darle explicaciones al hombre, asustado por su aire amenazador, supo todo acerca de la conversación que había mantenido aquel

día con un etíope alto y robusto y un occidental que se parecía en todo a Jack Miles.

Capítulo 18

Ante el anuncio de la inesperada visita, Madruzzi se mostró inmediatamente disponible. El anciano cardenal que, como todos, pensaba que ya estaba descansando en Jerusalén, se había acercado a visitarle tras una breve llamada telefónica.

—Me acogen mis hermanos, aquí, en Borgo Santo Spirito... —le había

explicado al ilustre colega. Y Madruzzi se había asombrado al descubrir que uno de los miembros del colegio cardenalicio que en el pasado había criticado y temido más que a otros se encontraba no a miles de kilómetros de distancia, sino a pocos centenares de metros.

—Me ocupo de una cuestión delicada. Una investigación sobre la que necesito una opinión vuestra...

¡Qué curiosidad! Hasta pocos meses antes era la Congregación la que pedía opiniones a aquel hombre. Y él, en el papel del asesor, tenía también un pequeño despacho en la planta inferior. Durante años, el célebre estudioso de los manuscritos más antiguos de las Sagradas Escrituras había dispensado indicaciones valiosas sobre diferentes informes, que tenían que ver con el trabajo de arqueólogos y biblistas

activos en cualquier parte del mundo.

Conocía personalmente a la mayor parte de ellos. Y tenía, en opinión de Madruzzi, la mala costumbre de defenderlos siempre. Para él, el valor de la libertad de investigación parecía más importante que tener que confirmar de todos modos la solidez de las enseñanzas de la Iglesia.

El día en el que, en una reunión entre cardenales, el Prefecto se había permitido

criticar abiertamente, si bien en tono de necesario respeto, a aquel templado defensor de la ortodoxia, el célebre biblista había conseguido salir airoso. Para quitarse aquella cuestión tan espinosa de encima había sido suficiente con afirmar que el cardenal Madruzzi podía permanecer tranquilo, visto que seguía en vigor, en la Iglesia católica, una tradición secular que preveía una fuerte separación entre los progresos en el estudio

de las fuentes de la fe, es decir la Biblia, y el concepto de enseñanza de la doctrina a los fieles, encargado casi siempre a teólogos y obispos que se contentaban con tener un conocimiento de las Sagradas Escrituras más bien superficial. Los otros purpurados se habían apresurado a cambiar de argumento. Aquel enfrentamiento personal entre los dos personajes escondía un conflicto jamás resuelto entre las dos almas

de la Iglesia. No era el caso de destruir el clima de aquel encuentro. Y sobre todo, ninguno tenía intención de pronunciarse, enemistándose uno o el otro con las corrientes más fuertes de pensamiento, y de poder, que se movían por el barco de Pedro.

Pero a Madruzzi no le gustaba perder. Había demostrado excelentes dotes de prudencia, y de doble juego, para llegar hasta los vértices más importantes del

dicasterio de la curia romana. Y a un enemigo como el cardenal jesuita tenía sencillamente que situarlo en condiciones de que no le fueran desfavorables.

Por suerte, pensó mientras se disponía de mala gana al encuentro, se había ocupado el buen Dios, haciendo empeorar rápidamente las condiciones de salud de aquella alma tan cándida.

—He sabido de la

trágica muerte de monseñor Epstein, vuestro querido y precioso colaborador — comenzó el visitante en cuanto terminó el ritual de las presentaciones.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, miraba con intensidad los ojos de Madruzzi. El Prefecto captó el mensaje. Ninguna diplomacia. El viejo sabía algo.

Luego añadió con aire contrariado:

—Una verdadera

tragedia. Un intento de secuestro conducido por un chiquillo y terminado trágicamente, me dicen. La criminalidad en las grandes ciudades de los países del Tercer Mundo es una de las plagas de esa pobre población...

El otro asintió, participando en aquel tono de tristeza con un ligero movimiento de cabeza, ya tembloroso por el progreso de la enfermedad de Parkinson.

Madruzzi no realizó otros comentarios. Estaba comenzando a pensar que el cardenal había leído la noticia en los periódicos, pero el otro no se lo dejó creer.

—He tomado algunas notas del asunto de mis buenos amigos los misioneros de la Consolata, a quienes visité hace diez años en sus casas de Etiopía. Entonces realicé un curso de ejercicios sobre las cartas de Pablo...

—¿Y qué es lo que comentan del episodio? — preguntó el Prefecto sin mostrar, sin embargo, un interés excesivo.

El biblista se apoyó sobre el escritorio, lo que era como tocar al mismo Madruzzi, y bajó el tono de la voz.

—Dicen que el intento de secuestro puede que haya podido existir, pero que se ha tratado de una puesta en escena...

Hubo una reacción

abierta de sorpresa.

—¿Una puesta en escena? ¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que se ha tratado de una trampa.

Madruzzi intentó pensar de forma rápida. ¿Qué es lo que sabía aquel desagradecido invitado? ¿Había hablado alguien? En ese momento comprendió completamente el motivo de la visita.

«Quiere asustarme», pensó. Sintió una cierta rabia

que le iba creciendo por el cuerpo. Pero se contuvo.

—La Secretaría de Estado tiene un representante oficial en Addis Abeba. Sé que ya ha sido enviado al gobierno una petición para que aclare este crimen. Yo mismo, usted comprenderá, he insistido para saber la verdad. Se lo debemos a los misioneros que viven en ese país y arriesgan la vida cada día.

El otro se quedó impasible, a la espera.

—Usted... —retomó el Prefecto—, ¿conocía bien a monseñor Epstein?

Se estaba exponiendo. Pero tenía que saber más.

—He leído sus libros, escritos cuando enseñaba en la Pontificia Universidad Lateranense. Era un talento prometedor. E, imagino, un excelente brazo derecho en su delicado encargo... Le vi siempre muy activo en todas las cuestiones importantes que se llevaron a cabo en la Congregación, en los años

de mi actividad como consultor.

Una nueva expresión de consternación marcó el rostro de Madruzzi.

—Sí, —confirmó—, un hombre valioso. Un honesto trabajador del Evangelio. Un defensor de la fe que me ha honrado con su colaboración.

—Y ahora seguía la cuestión de Etiopía, el caso sobre el que usted llamó la atención de todo el colegio cardenalicio en la última

reunión plenaria...

—¿Y usted qué es lo que sabe sobre la cuestión?

Ahora era el Prefecto quien intentaba poner en una situación complicada a su adversario. Los contenidos de las reuniones a puerta cerrada del sagrado colegio eran reservados. Y él, que ya estaba en descanso, no había participado en la última. El otro atacó.

—Vamos, Madruzzi. Conoce bien los mecanismos de la curia. ¿Quiere que no

sepa que lo que se dice es importante? Las indiscreciones sobre el desarrollo del último conclave han llenado las páginas de los periódicos, y yo debería tener un amigo entre los cardenales que me confiese, de forma privada, las últimas novedades, ¿no?

Luego asumió de nuevo un tono lleno de insinuaciones.

—Porque se trata de una cuestión muy importante, ¿no? Usted no ha usado

medias palabras. Se discute, entre nuestros hermanos, que lo sabía.

Madruzzi apoyó los codos sobre el escritorio.

—¿Quiere saber algo más? —le preguntó abiertamente.

El cardenal sonrió con benevolencia.

—Quiero darle una mano, si puedo. La amenaza, si he entendido bien, tiene que ver con las fuentes de la fe. Usted ha hablado del Nuevo Testamento.

Entonces, de Cristo, ¿he entendido bien?

—Creen que el 11 de septiembre el mundo tendrá la prueba de que en Aksum está de verdad el Arca de la Alianza —comenzó Madruzzi con severidad.

—Una cuestión interesante. Que tiene que ver, sin embargo, con el Antiguo Testamento... —le interrumpió el biblista.

—Que tiene que ver o puede tener que ver con todo. ¡Y que hay, de todos

modos, que combatir si se trata de una mentira!

El biblista sonrió de nuevo y se puso de pie.

—Sí, pero para hacerlo hay que ser exactos. ¿Por qué hay que poner en medio de todo este lío a los Evangelios?

Madruzzi se había tragado el anzuelo.

—Quería sólo llamar la atención de los pastores de la Iglesia...

—Buena idea —aprobó el otro—. Pero vamos a ver,

más que intentar impedir un acontecimiento que se verificará de todas maneras, ¿no es mejor unir nuestros esfuerzos para saber algo más? La verdad, si existe, se refuerza con el saber.

Madruzzi sopesó las palabras.

—El hecho es que, eminencia, tengo motivos para creer que no habrá ninguna revelación el 11 de septiembre. Ocurrirá lo que ocurre a muchas sectas de exaltados. Establecen la

fecha del fin del mundo y consiguen convencer también a algún grupo de alocados para que se retiren al desierto con ocasión de la fatídica fecha. Luego, en el momento oportuno, inventan una justificación que explica por qué no ha ocurrido nada.

El viejo parecía reflexionar ante aquellas palabras tan sensatas. Luego se situó.

—¿Y el Profeta, el jovencito encargado por Dios para una misión

especial?

El Prefecto se echó hacia delante, como para que se le entendiera bien.

—No habrá ningún Profeta, ni joven ni adulto. Se hará sólo publicidad. Y alguien escribirá una bonita historia y harán de ello una película en la que, una vez más, la fe cristiana se verá ensuciada y arrasada.

El visitante se apoyó sobre el respaldo de la silla. Había terminado.

—¿Así que Epstein,

según usted, ha muerto porque se encontraba en Etiopía para impedir que grabaran la película? — concluyó.

Madruzzi guiñó los ojos, pero decidió no ceder ante aquel ataque.

—Si usted quiere creerlo así, eminencia...

El tono era seco. La respuesta equivalía a un «ahora déjeme trabajar». El biblista lamentó algún dolor y recordó que las fuerzas, en aquel momento, le habían

abandonado ya. Agarró su bastón, se levantó con esfuerzo, pronunció alguna frase para despedirse y se encaminó. Madruzzi lo acompañó con mucha educación hasta la puerta. Y antes de abrirla le preguntó:

—¿Era esta la cuestión para la que necesitaba mi opinión?

El otro levantó los hombros.

—No, qué quiere que le diga, ya no le robo más tiempo. En otra ocasión le

hablaré de los estudios que estoy llevando a cabo... — Luego, marchándose como si no fuera nada, dijo—: Tienen que ver, figúrese, con los rollos de Qumrán y la comunidad de los Esenios. La clásica comunidad de los Esenios...

Madruzzi asintió con benevolencia. Qumrán, el clavo en el que todos los biblistas se centraban desde hacía cincuenta años. Dentro de sí, en cambio, grabó también esta última

advertencia.

También sabe lo de Baedeker, se dijo.

Y en ese momento decidió que también en Roma había que hacer algo.

Capítulo 19

Era el segundo día de camino.

Se habían levantado al salir el sol y habían recorrido hasta el mediodía un buen tramo del sendero que llevaba hasta la cima del Monte Bwahit. Luego, tras una breve parada, habían comenzado de nuevo. Pero tras sólo tres horas de camino durante la tarde, Haire se detuvo.

—Esperaremos aquí esta noche —anunció con su típico tono autoritario.

—¡Pero si todavía es pronto! —protestó el inglés indicando el sol, alto en el cielo. La idea de que estuvieran procediendo en la dirección exacta multiplicaba sus energías.

El etíope no respondió. Se sentó, abrió su mochila y extrajo algunas barritas de chocolate, disponiéndolas sobre la hierba delante de él, como si las quisiera contar.

Luego arrancó uno de los papeles y comenzó a mordisquear el contenido.

—Eso es. Merendemos y luego continuemos — comentó Jack sentándose.

Haire había adquirido en el emporio de Argin una gran cantidad de aquellas barritas. Había muchas también en la mochila de Jack, que en aquel momento, probándolas, se dio cuenta de que no se trataba sólo de chocolate. Eran pequeñas meriendas: chocolate por

fuera, caramelo suave por dentro y una capa de galleta crujiente con sabor a café. Todo exageradamente dulce.

—Una buena dosis de energía... —comentó tras dar el primer bocado.

Dio un vistazo a la confección.

—Made in USA —leyó —. Era de esperar.

Era el típico aperitivo para picar que, generalmente, no le gustaba en absoluto. Tras el segundo bocado todo aquel azúcar le

pareció incluso insoportable. Haire, en cambio, se había terminado ya su dosis.

—En la tienda había buenas barritas energéticas, de esas que se comen cuando se hace *trekking* por la montaña. ¿A ti te gusta esto? —le preguntó Jack. El etíope se le quedó mirando, hasta que por fin respondió —: No mucho —admitió. Luego, como si estuviera hablando más bien consigo mismo, añadió—: Pero no es una cuestión de gusto. Se

trata de comida útil, eso es todo...

Jack no prestó atención a aquellas palabras que acababa de escuchar. Vio, en cambio, que Haire agarraba algunas barras de dulce y se ponía de pie.

—Dejemos aquí las mochilas —dijo—. Sígueme.

Y se encaminó hacia la subida, adentrándose entre la espesa vegetación que cubría el sendero.

Caminaron durante

mucho tiempo, parándose de vez en cuando, porque el guía se detenía a intervalos regulares y miraba a su alrededor, escuchando los rumores que provenían del bosque.

—¿Qué es lo que estamos haciendo? —le preguntó Jack.

—Intentamos establecer un contacto —fue la respuesta.

Y en media hora el contacto fue establecido. También el inglés se dio

cuenta. No estaban solos. Es más, una multitud cada vez más numerosa les acompañaba. Enseguida los vio.

Babuinos. Una manada más bien numerosa, que no les quitaba el ojo de encima desde que habían invadido su territorio. En ese momento Haire se detuvo y agarró una de las barritas. Se llevó el contenido a la boca con un amplio gesto y le dio un pequeño mordisco. Luego puso en el suelo la

merienda. En ese momento se dio la vuelta, miró a Jack y le susurró:

—Vámonos, camina muy lentamente y no hagas ruido.

Se alejaron unos diez metros y se escondieron detrás de un matorral, desde donde podían ver el lugar donde yacía el chocolate.

Esperaron un cuarto de hora. Luego vieron a un babuino acercarse prudentemente hacia el regalo del guía. El animal

agarró el dulce, lo olió y lo probó. Y después de haber comido, exprimió su aprobación con una serie de agudos versos.

Haire sonrió.

—Esperemos que sea convincente —comentó.

Luego, sin añadir nada más, se encaminó hacia abajo, en dirección al sendero.

A mitad de camino cogió otro dulce, le dio un pequeño mordisco y lo puso en el suelo. Luego hizo lo

mismo cuando llegaron a unos cincuenta metros de las mochilas.

—¿Por qué los pruebas todos? —se asombró Jack.

—Porque así ellos me prueban a mí —fue su respuesta.

Aquella tarde y aquella noche descansaron vigilados por cien ojos ávidos.

Mientras Haire y Jack buscaban a los babuinos, Steiger había recuperado la ventaja que los otros le habían dado. Desde hacía un

par de horas avanzaba cubierto, escondido en la vegetación de los bordes del sendero. De repente vio las mochillas abandonadas delante de él. Se detuvo y esperó el regreso de los dos, hasta que, bien escondido, los observó mientras se colocaban para pasar la noche e hizo lo mismo.

Al alba, retomaron la marcha.

Jack se había resignado ya a no hacer más preguntas. Con intervalos regulares,

dejaban en el suelo un trozo de dulce.

Tras la sugerencia de Haire, también él probó alguno.

—Así también me conocen, ¿no?

—Exacto —respondió el otro con una sonrisa. Luego, como si le tomara el pelo, añadió—: Así no me quedaré solo cuando les tengamos que decir que no... —Y siguió caminando.

—Parece un juego —le gritó desde atrás el inglés.

Antes de seguir, miraron a su alrededor. Los babuinos continuaban escondiéndose en la vegetación que estaba a su alrededor. Pero se percibía que eran cada vez más numerosos. Cada vez estaban más cerca. Tuvo un escalofrío. No estaba seguro de que aquel juego fuera de su agrado.

Cuando superaron los tres mil metros de altura, la vegetación comenzó a ser cada vez más baja. En ese punto, la manada de

babuinos pudo verse en sus impresionantes dimensiones. Eran al menos trescientos, calculó Jack. Ahora que no tenían ningún lugar donde resguardarse, los animales se hicieron de nuevo más temerosos y mantuvieron cierta distancia. Si bien continuaban siguiéndoles.

En ese punto, Haire interrumpió la serie de regalos. Y aminoró la marcha.

Muy pronto abandonaron el sendero y

comenzaron a realizar un amplio giro, encaramándose por el lado más rocoso.

—No estamos lejos del escondite de los secuestradores —anunció el guía.

Mientras subían, seguían controlando el fondo del valle, como ya habían hecho en el primer intento por sorprender a los enemigos. Pero, por lo que parecía, quienes les estaban observando eran sólo los babuinos. Algún grupito

comenzó incluso a seguirles por aquel largo recorrido en tan mal estado.

El etíope les premió con un único dulce, que las diferentes bandas se disputaron con una lucha corta y enfurecida. Luego no ofreció nada más.

Llegaron al camino. Continuaron y bajaron por un valle poco profundo, donde establecieron un nuevo campamento. Mientras caía la noche escucharon las llamadas de

los babuinos.

—¿Están subiendo todos, verdad? —preguntó Jack cada vez más maravillado por lo que estaba ocurriendo.

Haire asintió.

—Claro, así que esta noche haremos turnos de guardia...

El inglés se asombró.

—¿Turnos de guardia? ¡Pero si no los hemos hecho antes!

El etíope indicó las mochilas.

—Porque hasta ahora no teníamos un tesoro que defender —dijo.

Establecieron los horarios, y Jack se durmió el primero. Más allá de la medianoche, Haire lo despertó.

Él se levantó hecho trizas. La cabeza le daba vueltas. Respondió con alguna palabra vaga a las recomendaciones del guía, se envolvió en una manta y se puso a mirar el fuego con los ojos llenos de sueño.

Le despertó un grito altísimo. Se puso de pie, asustado. En el resplandor del fuego, que se había debilitado mucho, vio a Haire que con todas sus fuerzas intentaba arrancar una de las mochilas de las patas de uno de los babuinos. Las bestias elevaban los agudos chillidos que le habían despertado.

—¡Agarra un tronco encendido! —le gritó el etíope—. ¡Amenázales con

esto!

Él se precipitó inmediatamente. En cuanto lo vieron acercarse con un tronco ardiendo, los animales soltaron la presa y desaparecieron en la noche.

Haire jadeaba.

Jack lo único que pudo hacer fue pedirle perdón por su negligencia.

—No creías que estábamos en peligro, ¿verdad? —le provocó el guía.

Él movió la cabeza algo

confundido.

Se quedaron en silencio.

La oscuridad que los rodeaba era impenetrable pero Haire escuchaba.

También Jack prestaba atención. Y percibió la respiración de centenares de animales. Los imaginó grandes, salvajes, hambrientos y peligrosos. Todos a su alrededor, quizás a pocas decenas de metros, toda la manada estaba al acecho.

Capítulo 20

A más de tres mil metros, en las laderas de Bwahit, cuatro adultos bien armados, un europeo y tres etíopes, estaban de guardia de un puñado de chiquillos.

En ausencia de Steiger, y de los otros hombres de confianza que el jefe se había llevado a Gondar, Josh Stiller dirigía el equipo. La gente del lugar no le había gustado nunca. Es verdad

que eran eficientes, habían combatido en los últimos años en guerras civiles, eran unos expertos del territorio y obedecían a los superiores blancos. Pero él no conocía su idioma, no aquel que decidían usar en función de las circunstancias. Había aprendido el amárico pero ellos, cuando no querían que se les entendiera, se hablaban en uno de los miles de dialectos del país. En aquellos momentos el extranjero se sentía excluido

y descubriría que, por muchos esfuerzos que realizara, le era imposible conocer la vida de los africanos y comprender su mentalidad.

Esto le impedía obtener de ellos el máximo, como le había ocurrido a propósito de la vigilancia de la zona de los alrededores. Durante unos días, Stiller había conseguido imponerse y había obligado a los etíopes a registrar regularmente la región para no verse sorprendidos por nadie.

Luego, cuando las imprevistas lluvias de la nueva temporada habían caído y hecho desaparecer los grupos de turistas, no había habido forma de obtener de ellos una vigilancia adecuada que fuera más allá de la garganta en la que estaban escondidos.

Con el paso del tiempo se había rendido ante aquella negligencia y se había relajado. Es más, la situación parecía tan segura

que había encargado a los etíopes la vigilancia de los prisioneros para bajar hasta el valle y comprar los *gabi* para que los niños no se murieran de frío. Y todo aquello había salido bien. Pero justo cuando comenzaba a darles la razón a aquellos hombres y a sentirse de verdad tranquilo, sin ninguna comprensible razón, estos comenzaron a inquietarse.

Todo comenzó una noche. Mientras estaban

todos sentados alrededor del fuego, uno de ellos habló largo tiempo con los otros sobre un argumento que parecía apasionarles.

Stiller no entendía una palabra, pero no se preocupó mucho. Discutieron también de cuestiones que tenían que ver con su clan, o de pagas o de alguna empresa criminal nueva que tenían que llevar a cabo una vez que terminara el secuestro.

Pero al alba del día siguiente, con gran asombro,

dos de los etíopes le comunicaron que iban a dar una vuelta de reconocimiento. En ese momento estaba lloviendo con fuerza.

—¿Pero qué os pasa? — les preguntó el europeo, cansado—. Cuando os lo ordeno yo hacéis como si nada, y ahora que sólo un loco podría decidir subir hasta aquí, queréis ser prudentes...

La respuesta que le dio el hombre que hablaba

mejor el inglés le dejó sin habla.

—Tiene que haber ocurrido algo. Llevamos dos días que no vemos a los babuinos.

El occidental abrió los ojos de par en par.

—¿Babuinos? ¿Y a quién le importan los babuinos? —dijo desconcertado.

Generalmente aquellas bestias daban vueltas por los alrededores, sobre todo por la noche, cuando estaban

preparando la única comida caliente del día para sí y para los prisioneros. Divididos en pequeños grupos, se mantenían a distancia y estudiaban los movimientos de los hombres, bostezando y rascándose.

Una vez él mismo había arrojado a algunos los restos de la cena. E inmediatamente los etíopes se habían alarmado y habían comenzado a gritar.

—¡No les des comida!

—le dijeron—. ¡Es muy peligroso!

Él se había encogido de hombros, y pensó que estaban exagerando. ¿De qué podían tener miedo? En cualquier momento podían matar a una de aquellas bestias y mantener alejadas a las otras. De todos modos, no había querido discutir y se había acomodado, decidiendo ignorar a aquellos estúpidos monos.

No se había ni siquiera dado cuenta de que en los

últimos tiempos habían desaparecido. Es más, si le hubieran preguntado, habría jurado que había visto uno la noche antes.

Ahora los dos mercenarios lo miraban impacientes.

Él reflexionó.

Parecían intencionados a marcharse inmediatamente, bajo aquella lluvia. ¿Cuál era el verdadero motivo de tanta urgencia? Entonces recordó la encendida discusión que los etíopes

habían mantenido la noche antes y una sospecha comenzó a abrirse camino.

¿Se habían cansado?

¿Querían escapar?

—Esperaos al menos a que deje de llover... —se atrevió a decir.

El otro tuvo un gesto lleno de impaciencia.

—Los babuinos están en su territorio y lo controlan mejor que nosotros. Si se han reunido es porque hay una amenaza —sentenció.

Stiller miró fijamente al

etíope. El otro sostenía su mirada con aire de desafío. Se comportaba como si supiera bien de lo que estaba hablando y quería desmentir la autoridad de hombre que mandaba sin conocer la situación.

¿Por qué no?, se dijo, si tienen ganas de mojarse... De todos modos, era mejor ser prudentes.

—Ve tú solo —dijo. Y antes de que el otro pudiera protestar añadió levantando la voz—: E intenta regresar

antes de que llegue la noche,
¿entendido?

El hombre le explicó al
compañero la orden que
habían recibido. El otro se
inquietó pero no hizo ningún
gesto de rebelión. Y
mientras el etíope que
realizaría la expedición se
alejaba del campamento,
llevándose un fusil y una
mochila con algunas
provisiones, Stiller le gritó:

—¡Captura algún
babuino y nos lo comemos!

Haire y Jack lo vieron

llegar desde arriba,
tumbándose sobre la cima en
la que se habían encaramado
poco antes, rápidamente.

El etíope no habría
jamás podido darse cuenta
de ellos, en aquel momento,
porque en cuanto había
salido de la pequeña
estrechez rocosa, excavada
en la roca desde hacía siglos
por la erosión, se había
detenido, asombrado, frente
a aquel espectáculo
inesperado.

La explanada que se

abría delante estaba invadida por una densa fila de babuinos que, oyéndole llegar, se habían casi dado la vuelta para mirarle, molestados en su propia ocupación.

No, no había visto tantos de una sola vez.

Estaban reunidos en círculos concéntricos alrededor de un punto donde algunos ejemplares más robustos estaban luchando furiosamente alrededor de algo.

Miró atentamente.

Era una mochila.

Los machos del rebaño luchaban por la posesión de la mochila. Un par de ellos yacían muertos, matados poco tiempo antes con bocados y arañazos. El hombre vio como se le quedaban mirando centenares de ojos hostiles. Moviéndose lentamente, agarró el fusil y disparó al aire. Luego otra vez.

Las detonaciones resonaron entre las rocas.

Las bestias se asustaron. Pero no escaparon tal y como él había esperado. Son demasiados, se dijo.

Echó hacia atrás unos pasos.

Luego se dio la vuelta lentamente. Haciéndolo así, enseñó su espalda. Su mochila. Su comida.

Dio unos pasos más rápidos.

Notaba los gritos hambrientos y el terreno que comenzaba a temblar.

No se dio la vuelta para

ver lo que estaba ocurriendo. Intentó ponerse a correr todo lo que pudo.

Después de unos metros, el primer babuino le agarró una pierna. Otro estaba ya sobre su hombro.

El tercero se había subido a su brazo.

Y mordían, mordían.

Steiger observó la escena desde lejos.

Hasta aquel momento había seguido a los dos ignaros adversarios, manteniéndose a una cierta

distancia, de forma que les habría podido atacar por detrás cuando hubiera querido. Ahora descubriría que no le habría sido fácil acortar las distancias. En cuanto lo intentaba, había babuinos que se inquietaban y llamaban a otros con sus gritos. Corría el riesgo de ser visto y no quería renunciar a la sorpresa.

Así que le quedaba observar, en espera de darle la vuelta al grupo, si bien el asunto se hacía cada vez más

complicado. Miró de nuevo a la manada y se preguntó cuántos podían ser.

Había contado centenares, y otros seguían añadiéndose al grupo.

Llegó el atardecer.

El sol pintaba de rojo y dorado la mitad del cielo y las grandes nubes que se despleaban sobre las montañas de los alrededores.

Otra pausa de la lluvia.

El primer frío de la noche.

Stiller estaba furioso. El

etíope no había vuelto.

Mientras los otros dos preparaban la cena, él iba de un lado a otro de la gran tienda militar. No quería que le vieran tan nervioso.

¿Dónde se había metido aquel bastardo?

Ante sus insistentes preguntas, los africanos habían respondido levantando los hombros, lo que le había enfurecido todavía más. Salió y llegó a la extremidad del altiplano.

Se asomó y miró hacia el

valle.

En la luz de la noche conseguía ver todavía el camino para los turistas, que se observaba a unos cien metros debajo de ellos y continuaba hacia el oeste. En aquel momento estaba desierto, como lo había estado todo el día.

Se dio la vuelta y registró con la mirada su escondite.

La gruta en la que estaban encerrados los niños se abría sobre una pequeña

zona plana, cubierta por ambos lados con altas paredes de roca y expuesta hacia la pista como un balcón encima del precipicio. La única entrada a aquella invisible esquina de montaña, que no preveía una peligrosa escalada, estaba en el lado oeste. Un sendero cubierto por la hierba llegaba hasta el altiplano entre dos altas rocas volcánicas que formaban una especie de entrada.

Un ruido de platos llamó su atención.

Los dos etíopes estaban llevando a la gruta la olla humeante con la comida para los prisioneros. Como había dispuesto, los liberarían de las cadenas y los mantendrían bajo vigilancia el tiempo necesario para comer. En aquella media hora los niños estiraban las piernas y realizaban los únicos pasos del día.

Los mercenarios se

dirigieron un gesto de entendimiento. Querían demostrar que todo procedía como siempre. Esperaban que él se calmara. Respondió a su gesto y se quedó mirándolos mientras entraban por la gruta. Luego se dirigió hacia el sendero.

Pensaba en alejarse unos centenares de metros, con la esperanza de divisar al hombre que estaba de vuelta. Pero, en cuanto hubo superado la estrechez entre las rocas, tuvo una sorpresa.

Un babuino. Solo.

Un ejemplar particularmente robusto. Antes le habían parecido más pequeños.

El animal estaba herido. De las largas heridas que llevaba en el pecho, caía sangre. Comía algo y miraba a Stiller con una cierta hostilidad.

Él se acercó prudentemente, para darle la vuelta al animal sin molestarlo.

Lo consiguió. Pero, una

vez que hubo dado unos cuantos pasos más, se detuvo.

Decenas y decenas de babuinos, inmóviles a una debida distancia del primero, estaban silenciosos, en espera de algo.

Aquí estáis, susurró. Y en ese momento se arrepintió de no haber llevado consigo un arma. Comenzó a echarse hacia atrás sin perder de vista la imponente manada de animales. Pero las bestias no

le prestaban atención. Miraban fijamente un punto encima de su cabeza.

Se dio la vuelta lentamente. Levantó la mirada.

En lo alto de una roca, pocos metros encima de él, un etíope que no había visto antes le miraba sonriendo. Tenía entre las manos una mochila. Cuando sus miradas se cruzaron, el africano le gritó:

—¡Tengo un regalo para ti!

Y arrojó la mochila
contra él.

Instintivamente, Stiller
agarró el objeto. Era ligero.
Vacío, pensaba. O casi.

No tuvo tiempo para
recuperarse tras el estupor.
El grito de los babuinos, que
explotó en cuanto vieron lo
que tenía entre las manos, le
apartó de cualquier
pensamiento.

Se dio la vuelta.

Se estaban acercando,
amenazantes.

En primera fila iban los

más fuertes, que mientras avanzaban se daban golpes unos a otros, como para llegar los primeros. Pero no esperó un segundo. Dio un salto y comenzó a correr. Seguía apretando con fuerza la mochila entre sus brazos. Recorrió en un instante los pocos metros que le separaban de la estrechez que formaba parte de la entrada en la zona plana, y en cuanto llegó cerca de la tienda comenzó a gritar.

—¡Nos atacan! ¡Nos

atacan!

Los etíopes salieron corriendo de la gruta. Cuando lo vieron precipitarse hacia ellos, seguido por una manada furiosa, se quedaron paralizados por el miedo. Stiller siguió su carrera hacia la tienda, donde tenía sus armas.

Poco antes de entrar arrojó la mochila. Los babuinos se precipitaron hacia su presa. Pero no todos se detuvieron en la carrera.

El prado estaba inundado por el olor a más comida y grandes grupos de simios gritones se dividieron a la caza e invadieron la tienda, los cobijos nocturnos y la cocina.

Y mientras los niños intentaban recuperar los fusiles, sin pensar en ello se dirigieron precisamente hacia donde tenían las provisiones, desencadenando contra ellos la hostilidad de las fieras. Detrás de la manada,

moviéndose sin correr, Jack y Haire se dirigieron con pasos rápidos hacia la gruta.

Los niños estaban libres y muertos de miedo.

—¡Fuera! ¡Fuera! —
gritó Haire en su dialecto.

También Jack les incitaba y cogió en brazos al más pequeño. Pero en aquel momento, en la entrada de la gruta, una voz se hizo más alta que el terrible ruido creado por los hombres y las bestias que estaban luchando.

—¡Haire, maldito
bastardo!

Se dieron la vuelta. Ian Steiger les había seguido, y había entrado inmediatamente tras ellos. Y ahora apuntaba con rabia su fusil. Jack se estremeció y apretó con fuerza al niño que acababa de recoger y que no dejaba de temblar, e instintivamente le dio la espalda al mercader de armas.

En el interior se escuchó el eco del disparo.

El inglés cerró los ojos, pero no advirtió ningún dolor.

Miró hacia Haire.

Él sí que había sido alcanzado. En el pecho. Pero no se desplomó al suelo.

De su boca, en cambio, se escuchó un grito feroz. E inmediatamente saltó hacia delante, con la potencia y la elasticidad de un animal.

Se escuchó otro disparo.

Jack se agachó, y no tuvo forma de ver si Haire había sido alcanzado de

nuevo. Cuando levantó la mirada, el etíope y quien le había disparado se encontraban en el suelo, uno sobre otro.

—¡Mátame! —gritaba Haire, con una furia incontenible. Pero en su voz había también una loca, increíble alegría—.

¡Mátame, por fin!

¡Precisamente tú!

¡Precisamente tú!

En su furia, dio un fuerte golpe al mercader de armas, que no consiguió aguantar el

gemido. Luego otro, y otro más.

—¡Llévate a los niños!
—gritó el guía. Al emitir aquel grito escupió sangre, pero no soltó el cuello de su presa enemiga.

El inglés reaccionó.

Los niños estaban todos reunidos, así que agarró la mano de uno de ellos y comenzó a avanzar hacia la salida. Lograron superar a los dos hombres que estaban luchando, y en cuanto salieron fuera miraron la

terrible confusión que se había apoderado del campamento.

Uno de los mercenarios etíopes yacía en el suelo, con la garganta rajada. Los babuinos gritaban, arrancaban sacos de harina, rompían las confecciones de galletas, luchaban entre ellos para adueñarse de cualquier cosa.

Evitando que los pequeños se distrajeran, Jack guio al grupo hacia el sendero. Una vez que

superaron la estrechez, comenzaron a correr como no lo habían hecho jamás antes en su vida. Luego se tiraron hacia el sendero que llegaba hasta una amplia pista que terminaba en el valle.

Mientras avanzaban, ayudándose y animándose los unos a los otros, corrían y rodaban, y el eco de los animales, tras ellos, fue debilitándose cada vez más.

Capítulo 21

Tom Baedeker llegó al poblado como si estuviera perseguido por animales feroces. Un vistoso vendaje en el hombro era el dibujo de su desventura en Addis Abeba. Pero lo que más impresionaba era su mirada.

Había recorrido quién sabe qué carreteras para llegar a Weleka sin ser visto. Ahora, sin embargo, no se sentía en absoluto tranquilo.

Mary intentó calmarlo. Quería reflexionar, decidir con calma.

Él no le dio paz.

—¡Tenemos que marcharnos inmediatamente! —gritaba. La resistencia de la mujer le exasperaba.

—¿Y por qué? —contestaba ella—. Llevamos semanas viviendo aquí, en un sitio seguro...

—Y quién te dice que no están sencillamente esperando el momento oportuno para atacar al niño

y a sus protectores. En cuanto he llegado a la capital, entre millones de personas, en menos de veinticuatro horas sabían dónde estaba, ¡y con quién quería hablar!

Aron Alemu asistía, pensativo, a la discusión entre los dos occidentales. Bale miraba al arqueólogo fijamente, con severidad. No le gustaba el tono en el que estaba hablando a Mary. La americana, por otro lado, no aceptaba la idea de dejar el

poblado falasha sin haber antes recibido noticias de Jack.

—¿Y dónde iremos, visto que estás tan convencido de que están espiando cualquier paso que damos?

El otro no dudó a la hora de contestar.

—A Egipto —anunció.

Mary levantó las cejas, asustada.

—¿A Egipto? ¿Y por qué?

—Porque no esperarán

que cuando quedan sólo dos meses para el 11 de septiembre nosotros nos alejemos tanto. Es más, a otro país. Porque además yo tengo conocidos allí. Y porque...

Baedeker dudó.

Se había preparado todo el argumento pero no conseguía esconder la importancia, el principal motivo de aquella marcha.

—¿Por qué? —le preguntó Mary.

—Porque mis

investigaciones me llevan allá —concluyó él.

—¿Y qué importan ahora tus investigaciones? —protestó ella—. ¡A esto nos han llevado! Mira, ¡casi te han matado y quién sabe dónde se encuentra Jack en este momento! ¡Y todo esto mientras tú vagabas por Etiopía siguiendo las pistas de antiguas leyendas!

—Pero no entiendes...

—¡Entiendo, claro que entiendo! A ti no te interesa nada de nosotros. ¡Nos has

usado! Mientras hemos seguido juntos has disfrutado de protección y de la confianza de los jefes religiosos a quienes has solicitado que te explicaran lo que necesitabas saber. ¡Ahora que te sientes amenazado de nuevo has venido a buscarnos!

Tom guardó silencio durante un buen rato. Alemu tomó entonces la palabra.

—En una cosa tiene razón este hombre —dijo con calma—. No es

imposible que le hayan seguido. Al menos hasta la frontera de esta región. Y con los medios que tienen a disposición podrían venir pronto hasta aquí. O vigilar cualquier movimiento que se produzca hacia Aksum. En ambos casos, el refugio del chico en este punto se transforma en una prisión. Y en el fondo, es lo que están buscando.

Mary clavó la mirada en el jefe del poblado. Y leyendo en sus ojos perdió

cualquier esperanza. Tenía razón, por desgracia.

Él asentía.

—Una maniobra de desviación es necesaria — concluyó.

Tom sonrió con aire satisfecho. El viejo le estaba ayudando, así que se acercó a Mary y suavizó el tono de la voz.

—Marchémonos enseguida —le dijo.

Ella abrazó al niño y no respondió nada. La angustia le quitaba la respiración.

Sorprendiéndola, como siempre, Bale se dirigió a Baedeker.

—¿Has descubierto algo en Addis Abeba? —El estudioso captó la fuerza de la mirada inquisidora del pequeño—. ¿Algo que tiene que ver con mi misión? —completó el pequeño.

—Algo, sí —respondió el adulto. Luego se arrodilló y miró directamente a los ojos del Profeta—. Y en Egipto, estoy convencido de ello, sabremos toda la

verdad...

Se marcharon a la mañana siguiente.

Mary entregó a Alemu una carta para Jack.

—Se la daréis si viene aquí —le rogó—. O se la entregaréis allá donde se encuentre.

El viejo escondió la hoja doblada en su túnica. Fuera de la cabaña escucharon la voz de Baedeker.

—¿Nos vamos?

Ella miró fijamente al sacerdote. En sus ojos había

una muda pregunta.

—Sí —respondió él—.

Confía. Baedeker piensa sólo en su investigación, es verdad, pero el Señor se sirve de las finalidades de los hombres para realizar sus propios fines. Todavía no sé cómo conseguiréis estar en Aksum el 11 de septiembre. Pero es evidente que los enemigos del Arca no pueden tolerar la idea de que él realice progresos en el conocimiento. Y esto es señal de que la investigación

tiene que continuar —dijo. La mujer asintió, poco convencida. En ese punto, Alemu añadió el argumento más importante—: Y además, Bale espera algo de él. ¿No te parece?

Era verdad.

La mujer miró fuera. El niño ahora daba incluso la mano al extranjero.

Mary abrazó al amigo, que la bendijo. Luego salió y se puso en camino con los otros dos y con un guía de confianza.

Tres días más tarde, Jack llegó hasta el poblado.

Encontró a Alemu, esperándole.

También le esperaban las palabras de amor de la mujer en la que no había dejado de pensar desde hacía semanas.

CUARTA PARTE

LA VERDAD

Capítulo 1

Un pequeño avión, puesto a su disposición por el director de un enorme museo europeo, aterrizaba en la pista del aeropuerto turístico de Khartoum. Tom Baedeker se complacía consigo mismo. Su fama de investigador no se había empañado en los últimos meses y él seguía teniendo valedores importantes entre los arqueólogos empeñados

en las nuevas excavaciones de Egipto. Y estos colegas tenían dinero que gastar.

Por otro lado, en los últimos diez años el interés del público hacia el antiguo Egipto había crecido continuamente. Todos estaban convencidos de que lo que se sabía del pueblo de las pirámides y de los faraones era sólo una mínima parte de los misterios que todavía tenían que ser descubiertos. Y cuando también en los

canales de televisión por satélite había resultado evidente que los egipcios eran las verdaderas estrellas de la historia antigua, desde instituciones privadas y públicas de todo el mundo habían llovido fondos para nuevas investigaciones.

Para la masa de los telespectadores, se dijo el estudioso, la palabra Egipcio rimaba ya con cualquier cosa: extraterrestres, magia, alquimia, medicina alternativa, masonería,

mística, esoterismo, y mucho más todavía. Pocos se acordaban de una conexión fundamental: Egipto y Biblia. Sin la presencia de un imperio estable y floreciente en las propias fronteras, la historia de la antigua Palestina y del pueblo de Israel habría sido completamente diferente. Los textos del primer y segundo testamento hablaban claro: Abrahán se había salvado de la hambruna en Egipto;

Jacobo, sus doce hijos y sus descendientes habían vivido allá durante siglos y uno de los hijos del gran patriarca, José, se había convertido en virrey de aquel estado; Moisés había guiado al pueblo de Dios fuera de Egipto, pero sólo después de haber aprendido en las orillas del Nilo todos los secretos de una ciencia milenaria. Había sido él quien había fabricado, en el desierto, el Arca de la Alianza, siguiendo precisas

instrucciones impartidas, se decía, por el propio Dios, pero probablemente procedían de los cultos de Egipto. Los poderes del Arca, por lo tanto, descendían de las propias fuerzas gracias a las que habían sido edificadas las pirámides, una obra arquitectónica casi imposible para los medios de aquella época. Un misterio jamás resuelto por los estudiosos.

Pero también después de

Moisés, Egipto había continuado representando un desafío para los hebreos. Muchos profetas habían puesto en guardia a sus ciudadanos para que no cedieran ante la nostalgia por los antiguos ritos y las antiguas prácticas de devoción del poderoso pueblo de Occidente. Esto revelaba una fuerte dependencia cultural y espiritual, además de política, de Israel frente a aquellas fértiles tierras. Pero,

a pesar de su hostilidad y sus celos, algunos de aquellos hombres de Dios habían encontrado refugio allá cuando los invasores asirios y babilonios habían destruido Samaria y Jerusalén, las grandes capitales del reino de Israel.

Por último Jesús, el último de los maestros o, como decían los cristianos, el mismo Hijo de Dios, había encontrado un refugio en Egipto huyendo de Herodes, que en Belén

mataba a sus coetáneos, y allá había vivido durante largo tiempo con su familia, antes de regresar a Nazaret.

Tom, Mary y Bale tomaron asiento en el vehículo.

El joven estaba nervioso, y mientras adquirían velocidad miraba fuera de la ventanilla con los ojos soñadores. La mujer, como siempre en aquellos días, se mostraba tensa. Cuando el avión se elevó del suelo con un tirón, pareció que algo se

le estaba rajando en su propio corazón.

El arqueólogo la miró y movió la cabeza.

No la entendía.

Después de meses escondiéndose, habían cruzado la frontera de Etiopía moviéndose con prudencia, siempre esperando que no fueran traicionados. Luego

Baedeker había corrompido a más de un funcionario sudanés para marcharse junto a la mujer y el niño sin

responder a demasiadas preguntas.

El dinero, en África, valía siempre más que cualquier otro argumento. Y ahora, gracias a él, estaban a punto de ponerse en un sitio seguro. En Egipto, desorientando completamente a sus seguidores. Sólo Bale parecía comprender el lado interesante de aquella huida.

Mientras desde arriba admiraban el curso del Nilo, Baedeker volvió a sus

propios pensamientos. De repente, el piloto recibió una comunicación vía radio y mantuvo una breve conversación con la torre de control del aeropuerto que acababan de dejar atrás. Luego el hombre llamó la atención del arqueólogo y le pidió que se acercara.

—¿Conocéis a Mr. Jack Miles?

Para que se escuchara su voz el piloto había subido de tono y todos, dentro del pequeño habitáculo,

escucharon bien aquella pregunta.

Tom no tuvo tiempo de decidir qué hacer, porque inmediatamente Mary se echó hacia delante y casi gritó:

—¡Sí! Es uno de nosotros.

Si no hubiera sido por el cinturón de seguridad, se habría puesto de pie. También Bale había apartado los ojos del paisaje al escuchar el nombre del inglés y se había puesto a

mirar fijamente al piloto, de forma tensa. El hombre sonrió ante tanta excitación.

—Ha llegado al aeropuerto y está volviendo a todo el mundo loco. Dice que tiene que marcharse del modo que sea con vosotros... que forma parte de vuestra expedición — comunicó el hombre.

—¡Así es! —confirmó Mary. Y lanzó una mirada firme a Baedeker.

Ahora el piloto miraba fijamente al estudioso, que

sin decir una palabra asintió con la cabeza.

—Bien. Evitemos que lo detengan por estorbar el tráfico aéreo —afirmó el hombre—. Acabamos de marcharnos, puedo volver sin cambiar mucho el plan de vuelo...

Y entre las frases de agradecimiento de Mary y los gritos de felicidad de Bale, el vehículo aéreo realizó un viraje y se dirigió de nuevo hacia la pista.

Retomaron el viaje en un

clima completamente diferente. Hicieron a Jack miles de preguntas, haciéndole perder más veces el hilo de la historia.

Mary parecía una jovencita. Mientras el hombre la ponía al corriente de sus aventuras, ella se lo comía con los ojos.

El abrazo entre los dos, bajo la estrecha vigilancia de los dos policías sudaneses que habían acompañado al extranjero hasta la pista, había sido muy caluroso y

prolongado. La mujer había llorado, derramando lágrimas que la liberaron de una tensión dominada con esfuerzo en aquellas últimas semanas. Incluso Baedeker, absolutamente desinteresado a los sentimientos de los demás, se conmovió ante aquella transformación.

Bale, a su vez, había admirado la efusión entre los dos sin ninguna sombra de vergüenza, como si para él aquella intimidad, aquel alivio y aquella alegría

fueran las cosas más normales que podían ocurrir.

Después de una buena media hora de vuelo, la historia de Jack estaba llegando a su fin.

—Ese hombre, Steiger, quizás ha muerto con Haire. O quizás no. Pero no nos ha seguido. De todos modos, en cuanto llegué a la pista, los niños liberados me guiaron durante un par de kilómetros, pero luego la abandonamos para continuar por un recorrido alternativo.

Era de noche, además. Me hubiera gustado parar para descansar, pero ellos no quisieron detenerse, especialmente los dos que tenían la oreja herida...

El inglés dudó un instante y miró a Bale. Uno de los niños heridos era su compañero de juegos en el poblado. Bale se interesó especialmente en conocer quién había sufrido más, y al pensar en sus amigos sus ojos se llenaron de lágrimas. Cuando el inglés pronunció

sus últimas palabras, el pequeño Profeta comentó orgulloso:

—Sabía que Sefiw no se habría cansado. ¡Es el más fuerte!

—¿Y llegaste solo a Weleka? —preguntó Baedeker, preocupado—. ¿Estás seguro de que no te ha seguido nadie?

Jack dudó unos instantes.

—No estoy seguro de nada, Tom. Cuando llegamos al punto de

refuerzo de Argin recuperé el todoterreno. Luego llevé a los niños a sus poblados, pero de ahí me marché enseguida, sin dejarme ver, para evitar a aquella gente más problemas si hubieran querido acogerme. Así que luego me fui corriendo hacia Weleka con la esperanza de encontraros y de poder contar todavía con la protección de los falasha... De Steiger no he vuelto a tener noticias.

Intercambió una mirada

de entendimiento con Mary para continuar después.

—El viejo Alemu me habló sobre vosotros. Me dijo que no tenía dudas de que nos encontraríamos pronto sanos y salvos...

—¿No tenía dudas, eh?
—comentó con escepticismo Baedeker.

—Sí —confirmó el inglés—. Dice que se lo dijo Bale.

Nadie replicó ante aquellas palabras. Los tres adultos miraron al joven,

que se había dado la vuelta para admirar de nuevo el espectáculo desde la ventanilla.

El motor del avión cantaba con una monótona regularidad. Debajo se iba desanudando el río Nilo, hacia el norte, como los cuatro fugitivos. Media hora más tarde, Bale dormía con la cabeza apoyada sobre las piernas de Mary, que le acariciaba el pelo. También Jack se relajó, sujetando la mano libre de la mujer.

Baedeker, que había explicado brevemente al inglés los motivos de su marcha, mostrando la herida del hombro como justificación de su urgencia, volvió a encerrarse en sus reflexiones sobre el misterio del Arca. Y a leer la Biblia.

Capítulo 2

En Asuán se alojaron en un hotel para turistas. La sociedad que gestionaba las excavaciones por cuenta de los arqueólogos amigos de Baedeker había reservado algunas habitaciones para estudiantes, ayudantes, asesores, financiadores y amigos, en espera de marchar hacia la zona de las investigaciones o de volver a casa.

Tom recibió un cuarto, otro fue destinado para Jack y el tercero para Mary y Bale. Por la noche, Mary se quedó despierta hasta tarde junto al chico, que había descansado en el avión y no conseguía quedarse dormido. Se sentía agitado. Mientras contaba a Bale, como ya había ocurrido en otras ocasiones, historias para niños que recordaba de su infancia, se impedía pensar en lo que podía ocurrir en aquellas horas de

paz. Pero todo dentro de ella la preparaba a algo que la molestaba y la excitaba.

En cuanto estuvo segura de que el pequeño estaba durmiendo, salió. Los cuartos daban a una pequeña veranda que se asomaba al Nilo. Ella se apoyó en la balaustrada y admiró la luz de la luna que se expandía en miles de brillos sobre el curso del antiguo padre de Egipto. El río estaba lleno por las lluvias que habían caído en abundancia en los

últimos días en los altiplanos de Etiopía.

Suspiró.

Estaba feliz, pero no estaba segura de lo qué debía hacer. En ese momento una voz rompió el silencio a pocos metros de ella.

—Un poco de belleza, por fin...

Se asustó, pero no por el temor a un intruso. Se asustó porque conocía muy bien aquella voz. Y ya le había cogido cariño.

Se dio la vuelta.

Jack se había acercado y la miraba en la luz nocturna. Ambos se abrazaron y se besaron. Al principio muy lentamente, con dulzura, como si estuvieran articulando un discurso que era difícil de exponer de una tirada. Luego sus labios se unieron con más fuerza, con urgencia. Y así sus cuerpos.

Mary se sentía como si no hubiera besado jamás a un hombre, como si no supiera qué hacer. Era

bellísimo dejarse llevar así. No tenía una sola preocupación, ni una duda. Estaba donde quería estar.

En poco tiempo entraron en la habitación de él. Aquella noche hicieron el amor devorados por una fiebre que sólo el cuerpo del otro podía aplacar.

Por la noche, solo en su cuarto, Tom Baedeker consultaba febrilmente la Biblia y el contenido de su ordenador. Una duda le atormentaba desde hacía

años. Y lo agrupaba con otros estudiosos del Arca de la Alianza.

El arqueólogo sabía bien que la Biblia, una vez terminada su historia del reino de Salomón, no hablaba de nuevo de forma explícita de aquel poderoso talismán. Su desaparición era formalmente reconocida en la época de la construcción del segundo templo, después del regreso de los hebreos de la deportación en Babilonia.

Pero el Antiguo Testamento parecía literalmente olvidar durante los siglos siguientes al reino de Salomón. No afirmaba que el Arca había desaparecido, no afirmaba que había sido destruida, no afirmaba que había sido robada, escondida, llevada a otro lugar. No afirmaba nada.

Y este silencio le hacía a Baedeker volverse loco.

Ahora que, a partir de las investigaciones realizadas en Etiopía, el estudioso se había

puesto tras las pistas del recorrido del Arca en Egipto, pasaba horas leyendo las páginas de las Sagradas Escrituras sobre las que ya se había detenido en miles de ocasiones. Y, al leerlas con una mirada diferente, estaba listo para captar el mínimo indicio, la mínima tonalidad, cualquier mínima señal que pudiera enlazar con las historias que le había contado Memir Fisseha y Muluna Marsha. Tenía que lograr establecer

cuándo y por qué el Arca había dejado Israel hacia Egipto. Y luego hacia el cuerno de África, la meta final de su misterioso viaje.

¿Y qué había sido de aquel preciosísimo objeto en los siglos de sus peregrinaciones? Las piezas del mosaico salieron a flote una tras otra de los libros milenarios del Antiguo Testamento. Era necesario sólo un poco de paciencia y de imaginación. Basándose en las citas indirectas

que la Biblia realizaba sobre el Arca, Baedeker circunscribió el periodo en el que la reliquia tenía que haber sido deportada fuera del Templo para ser salvada del enemigo. Y entendió que aquel traumático acontecimiento no se podía imputar a un conquistador extranjero o a los sacerdotes de Jerusalén.

El culpable era un rey de Jerusalén. De ahí el porqué de la continuas reticencias de las Escrituras. Y entre los

numerosísimos y religiosos soberanos de Israel que se habían sucedido durante los siglos, todos respetuosísimos con el culto y la tradición, seguidores de la fe creada por Moisés, sólo uno podía haberse manchado con tal infamia: el rey Manasés, que había gobernado el país entre el 687 y el 642 antes de Cristo.

El segundo libro de los Reyes, de hecho, en el capítulo 21, en los versículos

del 2 al 7, afirmaba sin medias palabras que Manasés «hizo lo que el Señor reprueba, imitando las costumbres abominables de las naciones que el Señor había expulsado ante los israelitas. Reconstruyó las ermitas de los altozanos derruidas por su padre, Ezequías, levantó altares a Baal y erigió una estela [...]; adoró y dio culto a todo el ejército del cielo; puso altares en el templo del Señor, del que había dicho el

Señor: *Pondré mi nombre en Jerusalén*; edificó altares a todo el ejército del cielo en los dos atrios del templo; sacrificó a su hijo en la hoguera; practicó la adivinación y la magia; instituyó nigromantes y adivinos. Hacía continuamente lo que el Señor reprueba, irritándolo».

Un rey de Israel idólatra y sacrílego.

Eso es lo que había sido Manasés: un pagano.

El soberano había

impuesto su ley en Israel durante más de cuarenta años, devolviendo la fe del pueblo de Moisés en las creencias de los siglos atrás. Y había cometido el peor de los crímenes, construyendo altares y levantando estatuas a las divinidades primitivas en el Templo de Jerusalén, reservado por siempre al único Dios de los hebreos. Pero en aquel tiempo, en su tabernáculo, en la celda de oro que Salomón había querido para conservar el

Arca de la Alianza, el Dios de los hebreos no toleraba otras presencias. Allí, como decía el segundo Libro de los Reyes, «Dios había puesto su nombre», superior al de todas las otras divinidades.

Era inconcebible — Baedeker lo sabía—, que Manasés al introducir ídolos en el tabernáculo hubiera dejado en su lugar el Arca, símbolo de una fe rigurosamente monoteísta. Era también igualmente

improbable que la hubiera destruido: no podía atreverse a ponerse en contra de su pueblo hasta ese punto. Era verosímil, por lo tanto, pensar que hubiera ordenado a los sacerdotes levitas quitar el Arca de la Alianza del Templo y ponerla en otro sitio. Seguramente el clero israelita había obedecido con alegría ante esta invitación. Por eso no podía haber mayor sacrilegio de la contaminación entre el trono de Dios y las divinidades

paganas.

A continuación, los actos repugnantes de Manasés habían suscitado revueltas entre los hebreos. La misma Biblia revelaba que el rey había «derramado ríos de sangre inocente, de forma que inundó Jerusalén de punta a punta». Y los sacerdotes seguramente odiaban al soberano. Sabían, sin embargo, que no se podían oponer a él con la fuerza.

Hicieron lo único que

estaba en sus manos. Cogieron el Arca y la escondieron.

Durante todos aquellos años, Tom Baedeker había estado convencido de que la reliquia se encontraba en el corazón del Monte del Templo. Y era lógico pensar que los levitas la hubieran custodiado allá, cerca del templo, en espera de la muerte de Manasés para poder restaurar el culto de Dios en Jerusalén. Pero algo había salido mal. El Arca no

había vuelto a su tabernáculo. Jeremías, el gran profeta, se lamentó incluso de su ausencia. Y según el Antiguo Testamento, los babilonios no la encontraron en la época de la destrucción de Israel, medio siglo después de la muerte de Manasés, el rey pagano.

¿Por qué el culto del Arca y del Templo no había vuelto a renacer?

Las historias de los viejos etíopes y las alusiones

entonces, que los seguidores de la pureza de la fe de Israel, se acercaran en peregrinaje a Egipto en los largos años de exilio del Arca. Quizás, se dijo el arqueólogo, había nacido un culto en exilio, del que se encargaban los miembros de un grupo de sacerdotes que actuaban en secreto para no despertar la hostilidad de los soberanos enemigos de la fe y de los invasores extranjeros: asirios, babilonios, persas, griegos, y

por último los romanos.

Una larga cadena de paganos opresores, sin dios. Ninguno de ellos, en el momento de la conquista, había encontrado el Arca en su sitio.

Y cuando, como decía Muluna Marsha, el templo del hebreo en Egipto había sido destruido por la hostilidad de los egipcios y la comunidad de los hebreos había quedado dispersa, el núcleo mejor organizado de los defensores del Arca tenía

que haberla escondido en un lugar todavía más seguro, es decir, en Etiopía.

Y siempre en espera de un regreso a casa.

Hasta la época romana. Hasta la época de Jesús de Nazaret.

Se estremeció. Todo eso eran teorías. Estaba reconstruyendo un escenario ordenado, pero faltaban demasiadas fichas en el mosaico que estaba delineando. Y no tenía pruebas. Sólo las voces

débiles de los viejos.

Capítulo 3

Richard Ashcroft no creía lo que estaban viendo sus ojos.

Cuando había conocido a Steiger, el traficante de armas se encontraba ya a la cabeza de uno de los sistemas más eficientes de abastecimiento de material bélico de todo el cuerno de África. No lo había visto en acción en los tiempos de su militancia en las bandas de los delincuentes de Bogotá,

cuando mataba a los enemigos personalmente, exponiéndose al riesgo de la violencia en la calle. Ahora, por primera vez, se lo encontraba delante desfigurado por las señales de una dura lucha cuerpo a cuerpo. Tenía un ojo morado y las mejillas estaban marcadas por vistosos arañazos. Respirar profundamente le costaba gestos de dolor, porque algunas de sus costillas estaban rotas, y cojeaba

ostentosamente.

—Recuperarme del esguince de tobillo ha sido lo más difícil —dijo el jefe que, viéndose observado con tanta insistencia mientras uno de los suyos le curaba las heridas, había comenzado a contar con voz grave cuanto había ocurrido en el refugio sobre las montañas Simien—. Durante horas no he podido ni siquiera pensar en caminar. Y luego estaban aquellos malditos babuinos feroces.

Para no atraerles hacia mí he tenido que fingir que estaba muerto. Aunque eso no fue lo más difícil, teniendo en cuenta cómo estaba...

—¿Y los niños?

Steiger dirigió a su fiel brazo derecho una mirada oscura.

—Han escapado —respondió—. El inglés se los ha llevado mientras intentaba que no me matara ese bastardo, Haire...

Ashcroft se asombró.

—¿Haire Musseweni?

¿Está todavía vivo?

—Ya no. Le disparé y le alcancé. Es quien me dejó así mientras sus pulmones se llenaban de sangre, y hasta que no le explotaron en el pecho no paró. Estaba loco. Quién sabe dónde ha vivido en estos años...

Steiger se interrumpió con un breve gemido, mientras el hombre que le curaba apretaba una faja alrededor de su tórax.

—Era él la bestia. Por eso aprendió tan bien a

entenderse con los babuinos
—concluyó.

La amplia tienda les resguardaba de la lluvia inexistente. Habían fijado el campamento sobre las colinas entre Gondar y los poblados de los falasha.

Ashcroft se sentó en un taburete. Se esperaba la pregunta de su jefe, que llegó puntual en cuanto hubo recibido los cuidados básicos necesarios.

—¿Y nuestros ángeles protectores? ¿Sabes algo de

ellos? —dijo alargando los brazos. No tenía ninguna noticia útil—. No importa —comentó Steiger—, ahora no pueden ya contar con la ayuda de Haire, y tampoco Epstein puede protegerlos. Dejemos que sigan escapando. Tenemos una cita con ellos y nosotros no fallaremos. Si somos capaces de localizar inmediatamente a Baedeker en Addis Abeba, no se nos escaparán a Aksum cuando intenten entrar en la ciudad

los cuatro. A estas alturas faltan pocas semanas para el 11 de septiembre.

El inglés asintió.

Blindar Aksum. Era la nueva orden.

Se despidió y salió, para comenzar a organizar la cosa.

El último acto decidido por el mercader de armas fue aprobado también por el cardenal Madruzzi.

—Tendréis que tener ojos y oídos por todas partes... —les aconsejó el

purpurado—. Localizarles y dispararles inmediatamente. El chico no puede entrar en la ciudad. Muchos esperarán verlo llegar al Arca y realizar quién sabe qué rito. Y precisamente ese día todos deben pensar, en cambio, que los sacerdotes etíopes han mentido: no habrá ningún Profeta y nadie abrirá el Arca.

—Puedo garantizarle que todo ocurrirá como usted desee —le aseguró Steiger. Luego, con un tono

más preocupado añadió—: A no ser que lleguen otras sorpresas de Roma...

—No se preocupe. Epstein nos ha traicionado, pero actuaba él solo — mintió Madruzzi—. Y de hecho, como ha visto, no ha conseguido mucho.

—Pero estaba en compañía de esos misioneros, que luego han ayudado a Baedeker a dejar la capital...

—Amigos suyos —se apresuró a responder el

Prefecto—. Gente que tiene miedo de su sombra. Y de todos modos, sé cómo intervenir y poner un freno a su curiosidad. Usted, más bien, tendrá que completar su acción con otro tipo de intervención.

Steiger se quedó pensativo.

—¿A qué se refiere?

—Tendréis que usar todos vuestros contactos para esparcir desde el principio voces contrarias a esta leyenda del Profeta. La

espera que se ha desencadenado en la población es muy fuerte y cuando todo quede terminado la desilusión y la rabia tendrán que tomar el lugar de la espera. Decid que los sacerdotes de Aksum están sencillamente intentando atraer gente hacia su santuario para recoger cuantas más ofrendas posibles. Decid que haciendo así han puesto en peligro la vida de muchos. Y que, algo todavía más grave,

por primera vez después de siglos han expuesto a serias amenazas el principal tesoro de Etiopía. Recordad que los protectores del joven son extranjeros y que uno de ellos está directamente implicado en una estafa colosal contra el pueblo hambriento, una estafa que esta invención a propósito del Arca tenía que ocultar muy bien, apartando la atención de la gente...

—A usted no le faltan argumentos —comentó

irónico el traficante de armas.

—Ni medios —contestó el cardenal, complacido—. Le haré llegar hoy mismo un texto con todas estas noticias. Podemos hacer pasar este bonito discurso por la televisión y la radio del Estado. Tengo amigos influyentes, a nivel oficial. Y usted también los tiene, si no me equivoco...

—Seguramente.

—Bien. Entonces hagamos de forma que toda

esta historia naufrague en un bonito escándalo, y todos nos quedaremos contentos.

—De acuerdo... —

comentó Steiger a modo de conclusión.

Pero Madruzzi no había terminado todavía.

—Usted, sin embargo, en algo no tiene bajo ningún concepto que fracasar... — dijo.

Él se aguantó. Llegados a aquel punto no era precisamente el caso de mandar al diablo un cliente

de un millón de dólares. Apretó los puños y esperó pacientemente las últimas palabras del purpurado.

—Lo he pensado bien y he concluido que es mejor para nosotros que el joven y Baedeker mueran. Además, si es posible, los documentos que el estudioso tiene consigo hay que sustraérselos. O si no, destruirlos. Vamos, de esos dos no puede quedar rastro alguno. ¿Ha entendido bien?

Steiger se empeñó sin

dudarlo. Luego hizo de forma tal que la conversación se abreviara. No había nada que quisiera preguntarle a su cliente. En pocas semanas todo habría terminado, pensó. Era suficiente concentrar las fuerzas en Aksum.

Los dos se despidieron, empeñándose en no comunicarse de nuevo entre ellos hasta el día siguiente de la fecha del desenlace, salvo en caso de necesidad extrema.

Capítulo 4

El proyecto arqueológico que tenían que visitar se encontraba en medio del Nilo, sobre la isla de Elefantina. Un tiempo atrás aquel trozo de tierra había acogido un floreciente centro administrativo y religioso. Mientras Jack, Mary, Tom y Bale, acompañados por un guía, se acercaban en barca, admiraron los restos del

templo de Khnum, el señor de la primera catarata del Nilo, que se encontraba a poca distancia, y los del templo de Satis y del templo de Isis.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Mary al arqueólogo.

—Porque tenemos noticias ciertas de la presencia en este lugar de una colonia hebraica antes de la conquista persa —les explicó Baedeker—. Nos encontramos a mitad de

camino entre Palestina y Etiopía, y la comunidad de los hebreos en cuestión podría no estar fuera del misterio del Arca.

En la otra orilla les esperaba Dav Salomon, un investigador israelita, educado y sonriente. Llevaba un amplio sombrero de cowboy y un gran pañuelo en el cuello. Saludó a Tom con cariño y los dos recordaron los largos meses de estudio, juntos, en la Universidad de Jerusalén.

—Una bonita broma de la suerte —comentó Salomon, divertido—. Yo, hebreo, he seguido las pistas que llevaban hasta Egipto, como hicieron los antiguos patriarcas en el exilio. Tú, un pagano, has puesto las raíces en Jerusalén como haría un rabino... ¡y mira por dónde nos encontramos de nuevo en este lugar olvidado!

Después de los saludos y las presentaciones, mientras caminaban hacia la zona de

las investigaciones, los dos estudiosos se enfrascaron en conversación, seguidos por los otros que les escuchaban en silencio.

—Entonces explícame bien, ¿qué es lo que te lleva hasta aquí desde la colina del Templo de Salomón?

Baedeker expuso al colega todos los descubrimientos en Etiopía. Luego procedió con las conclusiones.

—Cuando me comentabas tus estudios me

decías que entre el siglo VII y el V antes de Cristo aquí vivió una floreciente comunidad. Hasta hoy, sin embargo, pensaba que vuestros estudios sobre esta isla para reconstruir la historia de una colonia de hebreos olvidados por todos, y luego perseguidos y diseminados por los egipcios, fueron una pérdida inútil de tiempo. Pero ahora tengo motivos para creer que esta gente estuvo aquí, reunida alrededor de su

templo, porque este custodiaba el tesoro más grande posible: el Arca de la Alianza. Y he venido a estudiar cada centímetro de la construcción.

Salomon escuchaba con interés. Cuando oyó citar el Arca lanzó al visitante una mirada velada de escepticismo. Sabía que la antigua reliquia era el clavo que golpeaba continuamente Baedeker, y en más ocasiones había dicho que estaba convencido de que no

podía haber desarrollos significativos en su investigación. Pero el tono partícipe con el que el colega pronunciaba sus palabras le retuvo a la hora de expresar una vez más sus reservas.

Los dos llegaron para asomarse sobre una amplia fosa. Sobre el fondo, en puntos diferentes, estaban los investigadores ocupados en remover con cuidado detritos y en examinar restos.

—Aquí estamos —dijo el israelita—. Hemos excavado durante años entre las ruinas del templo romano, construido encima del hebreo. Esperábamos y pensábamos que podía haber algo. Pero hemos llegado a los fundamentos y no hemos encontrado nada, absolutamente nada. Desde el punto de vista arqueológico, aquí alrededor hemos descubierto sólo alguna casa del pueblo. Hay poquísimas pistas del templo

hebreo.

Tom se concentró, mientras no dejaba de mirar a su alrededor. No había mucho, en efecto. Pero no podía haber hecho tanto camino para quedarse con un puñado de moscas en la mano. Intentó ignorar aquella terrible sensación de fracaso. Y preguntó una vez más:

—Si no habéis encontrado nada, ¿cómo podéis decir que este sitio fue un enorme asentamiento

hebreo?

—Es muy sencillo, y no hay ninguna duda al respecto. Los hebreos que en aquel entonces vivieron en la isla Elefantina mantuvieron estrechos contactos con Jerusalén. Las cartas fueron escritas sobre piezas de barro cocido y rollos de papiro, luego copiadas y archivadas. Hemos encontrado muchísimas, enviadas tanto desde aquí como desde Israel. Hemos traducido

algunas y gran parte de estas se refieren de forma específica a este templo. Fue denominado el templo de Dios de Elefantina. Precisamente gracias a la correspondencia sabemos dónde se encontraba y cuándo fue destruido. Por desgracia, el trabajo de traducción se encuentra todavía al principio. Se nos escapan muchos detalles sobre las características del edificio y sobre los ritos que se desarrollaban dentro.

—¿En qué idioma fueron escritas las cartas? — preguntó con voz excitada Baedeker.

Cuanto le había sido detallado, no sobre un genérico lugar de culto sino de un templo de Dios, había despertado en él la certeza de ir por el camino exacto.

—En hebreo antiguo y griego.

—¿Dónde se encuentran ahora?

—Allá abajo...

El arqueólogo siguió la

hacían.

En los días siguientes, Baedeker se quedó encerrado en el almacén que conservaba los antiguos documentos. Salía sólo durante breves pausas, y nadie conseguía sonsacarle una palabra de los resultados de sus lecturas.

Dav Salomon no le molestaba y no le preguntaba nada. Conocía ese tipo de concentración, la propia de un estudioso en busca de un secreto, de

alguien que se siente cercano a un importante paso hacia delante y al mismo tiempo se ve angustiado por el riesgo de quedar decepcionado. Consideraba una suerte la llegada, a su campamento, del experto más importante en manuscritos antiguos que él conocía. En cuanto a la idea de que el Arca hubiera pasado por allí, pensaba que se trataba de un sueño. Pero si aquella ilusión llevaba a su colega a realizar una

buena parte del trabajo de interpretación del material recogido, también ello se agradecía.

Jack, Mary y Bale aprovecharon la ocasión de aquella permanencia para visitar los alrededores de la isla. El testimonio de la antigua civilización egipcia era fascinante y el paisaje de las orillas del Nilo relajante.

Los dos adultos disfrutaban de su relación y el joven sabía respetar sus necesidades de intimidad.

Tras un par de días se hizo amigo incluso de los hijos de algunos pescadores que vivían en un poblado no muy lejos del río. No hablaban el mismo idioma, pero consiguieron igualmente inventarse una serie de juegos muy divertidos.

Jack y Mary se acostumbraron a perderlo de vista durante largas horas, antes de verlo llegar al punto donde se subían a una barca e iban hasta Elefantina. Pero

una tarde le esperaron inútilmente mucho más allá de la hora pactada. Cuando comenzaban a preocuparse, de la isla llegó un pescador que les avisó de haber trasladado al niño en su barcaza.

—Me ha dicho que a vosotros no os molestaría —dijo el hombre, padre de uno de los niños que jugaban con Bale—. Y que tenía prisa por ir a ver las excavaciones.

Jack y Mary cruzaron rápidamente el río y llegaron

a la fosa excavada, donde tiempo atrás se levantaba el templo hebraico. Los hombres encargados de los trabajos y de la investigación estaban cada uno ocupados en su sector. Generalmente descansaban en las horas más calurosas del día para luego retomar la actividad a media tarde y continuar hasta el atardecer. En medio de ellos, inmóvil en un punto ignorado por todos, Bale estaba agachado y trazaba signos en la tierra

con un bastoncito.

Jack le llamó.

—¡Bale!

El joven no contestó y Mary miró fijamente al compañero con aire preocupado.

—No debería estar dibujando en el suelo de las excavaciones. Le van a reñir —dijo Jack.

Bajaron y se acercaron al pequeño Profeta. Estaba concentrado en su actividad. Observaron lo que estaba escribiendo. Era una estrella

de David, y junto a ésta había dos letras hebraicas.

Estaban a punto de pedirle explicaciones, cuando el joven habló:

—Estuvo aquí —dijo con una voz firme—. Estuvo aquí durante mucho tiempo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Mary.

Él levantó la mirada y sonrió.

—Del Arca —respondió—. Había una sala secreta. Bajo tierra. Allí la tenían escondida.

Y sin añadir nada más, trazó otra letra y se quedó unos momentos observando su trabajo. Luego, con un pie, lo borró todo.

Por la noche, Baedeker les honró con su atención. Mary y Jack le contaron las palabras de Bale y sus extraños dibujos. Describieron detalladamente las letras y el estudioso las interpretó.

—Sion —dijo—. Ha escrito Sion en hebreo. Sion es uno de los nombres con

los que se indica el Arca de la Alianza en el *Kebrá Nagast*. ¿Sabrías reconocer el punto en el que el joven estaba escribiendo?

Los dos acompañaron al arqueólogo al interior de la fosa y a la luz de las antorchas indicaron el lugar donde Bale se había detenido.

—Al este. Es lógico — comentó Tom—. Esta indicación no significa que el chico tenga poderes extraordinarios. Cualquiera

puede haberle enseñado que el *sancta sanctorum* de un templo está en el este. También las iglesias en Etiopía están orientadas en esta dirección, hacia el sol naciente...

—¿Y la frase en hebreo con la estrella de David?

—También esto puede haberlo aprendido. La única novedad es que hable de un sitio secreto. El *sancta sanctorum* es una sala reservada, pero por todos los fieles es conocido el lugar

donde se encuentra. Y también por los infieles. Digamos que Bale trabaja bien la fantasía. De todos modos, esto confirma la atención con la que el joven ha sido educado por los sacerdotes que le acogieron —concluyó el estudioso—. Y su inteligencia.

—¿Y tú que has descubierto? —preguntó Mary.

Baedeker miró a los ojos de los dos compañeros de viaje.

—Sentaos —dijo—. Me ayudaréis a poner en orden mis ideas.

—El templo de Elefantina era de verdad de dimensiones considerables. Los restos de vasijas y papiros están llenos de informaciones a tal propósito. He calculado que medía casi veintisiete metros y medio de largo por nueve de ancho. Corresponden, en las antiguas unidades de medida, a sesenta cubitos por veinte cubitos. Y es un

hecho extraordinario, porque la Biblia cuenta que el Templo de Jerusalén tenía las mismas dimensiones. Además, precisamente al igual que en Israel, el templo de Elefantina tenía un techo de madera de cedro.

—¡Como si los hebreos egipcios tomaran como modelo el templo de su patria!

—Exacto... Y si el Templo de Jerusalén fue construido para acoger el Arca de la Alianza, es muy

verosímil pensar que el templo de Elefantina fue igual en todo al otro, y con la misma función.

—¿No se trata de una hipótesis demasiado atrevida?

—En absoluto, porque hay muchos elementos a su favor.

—¿Cuáles?

—Escúchame bien. En la apertura de la semana de la Pascua hebrea, los sacerdotes de Elefantina sacrificaban una cabra. Y he

encontrado muchas otras noticias sobre sacrificios animales realizados en esta isla. Esto indica que la comunidad hebrea que se asentó aquí emigró antes de las reformas del rey Josías, que prohibió definitivamente las ofrendas a Dios fuera del Templo de Jerusalén. Sabemos que esta prohibición fue tan rigurosa que fue respetada incluso en la época de la deportación a Babilonia...

—Hay algo que no me

encaja —le interrumpió Miles—. ¿Acaso no has dicho que los hebreos de esta isla quedaron durante mucho tiempo en contacto con Israel?

—Claro.

—Entonces sabían que los sacrificios habían sido prohibidos. Estos no eran falasha, no vivían aislados del mundo...

—Es verdad —confirmó Baedeker—. La correspondencia entre los dos pueblos de hebraísmo

continuó, por lo que sabemos en este momento, hasta el siglo VI y V antes de Cristo. En mi opinión, esta contradicción se puede explicar de una forma. Realizaban sacrificios, a pesar de la prescripción de Josías, porque pensaban que tenían una autoridad especial para hacerlo. Y tal autoridad podía derivar sólo de la presencia del Arca en su templo. Tened también presente que los antiguos hebreos consideraban el

suelo extranjero impuro y no habrían construido nunca un lugar de culto tan grande e importante salvo por un motivo absolutamente fuerte. Y precisamente por la necesidad de conservar el Arca.

—Pero del Arca, al menos por lo que dices, tus papiros no hablan nunca.

—Lo admito —sonrió Baedeker—. No hablan de ello, o al menos no de forma directa...

—¿Qué es lo que quieres

decir?

—Para los descendientes de Moisés, Dios estaba donde se encontraba el Arca. Pensaban que estaba físicamente presente en el Templo de Jerusalén, y fue así hasta la desaparición de la reliquia. Es verdad que mis papiros no nombran el Arca de la Alianza. Pero hacen una cosa muy importante: afirman de forma inequívoca que Dios «moraba» en el templo de Elefantina, que «estaba» en

el templo. Y no se habrían arriesgado de esa forma si no hubieran tenido el Arca.

—¿Cuándo fue construido el templo?

—Bueno, ahí tenemos un problema al que no he encontrado solución en la correspondencia — respondió algo serio Baedeker—. Las cartas más antiguas son de principios del siglo VII antes de Cristo. En aquella época ya vivían aquí numerosos hebreos, como mercenarios pagados

por los egipcios. Quizás otros compatriotas se unieron a ellos, en bandadas sucesivas de emigración. De cualquier forma representaban una base suficiente para el culto del templo, por lo que creo que se edificó precisamente en aquel entonces. Sin decir que es justo el periodo en el que el Arca pudo haber dejado Jerusalén. Manajé reinó en Israel, de hecho, alrededor de la mitad del siglo VII.

—Así que piensas...

—Sí, yo pienso que ante la falta de piedad del rey, los levitas decidieron llevarse el Arca lejos de Israel. Por lo que sabían, la apostasía podía durar siglos. Es más, visto así el asunto, contrariamente a lo que pensaba, es completamente plausible que el Arca no fuera escondida bajo el Monte del Templo, sino lo más lejos posible del mismo.

—De cualquier modo — reflexionó Mary Champion

—, ésta es sólo una parte de la historia. Abbe Fisseha, en Tana Kirkos, sostenía que el Arca había llegado a Etiopía cuatrocientos años antes de Cristo. ¿No tenemos un problema con las fechas?

—No —le explicó Baedeker—. El templo de Elefantina fue destruido precisamente en el 410 antes de Cristo. Muchas cartas fueron enviadas a Jerusalén para describir cuanto había ocurrido, pedir ayuda en dinero y obtener el permiso

para reconstruir el templo.
Pero, por lo que sabemos, no
se hizo nada de todo eso.

—¿Por qué?

—Odio interétnico... Al
parecer, hacia el 520 antes
de Cristo los hebreos
colaboraron con el
emperador persa Cambise
después de la conquista de
Egipto. Caído el imperio, los
egipcios reconquistaron la
independencia y
comenzaron a perseguir sin
piedad a los hebreos,
acusados de traición.

Destruyeron el templo y convirtieron su vida en algo imposible. En ese momento, quizás, los hebreos eligieron por fin abandonar Egipto, donde habían vivido durante más de dos siglos y medio. Y fue entonces cuando se dirigieron a Etiopía. Las fechas se aproximan, además del inevitable descarte debido a la dificultad que acontecimientos tan lejanos se puedan recordar con exactitud.

—Y si no me equivoco, esta reconstrucción encaja también con lo que te ha contado Muluna Marsha en Addis Abeba.

—Sólo en parte —respondió Baedeker con los ojos soñadores—. El viejo jefe de los falasha sostiene otra cosa. Dice que, de todos modos, las peregrinaciones del Arca no terminaron. Afirma básicamente que el Arca iba siempre de un lado a otro, entre Etiopía y Egipto, en espera de volver a

Jerusalén. Si he comprendido bien, sus protectores no renunciaron nunca al antiguo proyecto de regreso. Y también Etiopía era por ellos considerada una etapa provisional, un refugio temporal. Mientras tanto, después del regreso del exilio a Babilonia, los hebreos reconstruyeron el Templo de Jerusalén. Pero muchos de ellos no lo consideraban un lugar digno para acoger el Arca, porque fue construido con el

permiso de los persas y bajo su supervisión. Luego Herodes el Grande, en época romana, aumentó aquel templo y lo restituyó espléndidamente. Pero no era todavía un templo puro. Muchos lo consideraban una sede indigna para la gloria de Dios, porque fue construido por un rey de sangre extranjera y aliado de los romanos. En aquella época, precisamente por esto, en Palestina se difundió una secta de puros, los

monjes esenios de Qumrán, que vivían en el desierto de Judea, lejos de la ciudad. De ellos ignoramos muchas cosas, pero estamos seguros de que esperaban el acontecimiento del Mesías, el enviado de Dios que habría destruido el templo de Herodes y construido el templo santo, donde finalmente el Arca podría morar de nuevo. Por esto odiaban a los sumos sacerdotes de Jerusalén, que encima, como ya había

hecho Herodes, habían pactado con los dominadores romanos con tal de mantener ellos el poder. Y si vivían en la espera de la renovación de la fe de Israel, puede también decirse que... que sabían que el Arca todavía existía. O quizás incluso que eran ellos quienes la conservaban. Quizás en Etiopía, donde estaba un grupo unido a ellos y encargado de custodiar el Arca en la zona del lago de Tana, es decir en una base

secreta... Y así todo encajaría. Si bien quedan dudas en relación con Egipto. Quizás tenga razón Muluna Marsha, quizás el Arca, que desde su construcción fue una reliquia destinada a acompañar la parte pura de Israel en sus traslados, iba y venía desde Etiopía hasta aquí, si bien aquí ya no había un templo.

—Pero de todo esto no tienes confirmación, ¿no?

Tom miró a su alrededor. Ahora eran sus ojos los que

ardían.

—Depende...

—¿Depende de qué?

—De algunos

fragmentos que estoy leyendo desde ayer.

Pertenecen a un documento más reciente. Está claro que es posterior a la destrucción del templo de Elefantina. Y esto ya es un descubrimiento sorprendente: quiere decir que, en época sucesiva al desastre, algunos hebreos estaban ya aquí. ¡Vivían aquí pero sufrieron menos

persecuciones! —dijo con un tono cada vez más nervioso.

Hubo un momento de silencio absoluto. Jack y Mary reflexionaban ante aquellas palabras. Y el arqueólogo, de nuevo encerrado en sus pensamientos, no se preocupaba de lo que pudieran estar pensando. Se puso de pie, esbozó un gesto de saludo y, sin añadir nada más, se alejó hacia el almacén.

Capítulo 5

Incrédulo, padre Mauricio escuchaba por teléfono las palabras del venerado cardenal. En aquel momento llegaban a su mente desde una distancia todavía mayor de la que separaba Addis Abeba de Roma. Eran la revelación de un mundo del que hasta ese momento sólo los más acérrimos enemigos de la Iglesia le habían hecho sospechar de su existencia.

—No se asombre de nada —le indicó su interlocutor—. El malvado encuentra quien le sirva en cualquier ambiente, y disfruta particularmente teniendo cómplices allá donde podría reinar la paz de Cristo...

Aquellas palabras, de todos modos, no reducían la angustia que crecía en el corazón del sacerdote. Pero el purpurado no dejó que él se concentrara en aquellas impresiones.

—Tenemos que actuar
—dijo—. Las personas
contratadas por el cardenal
Madruzzi intentan impedir
de cualquier forma que el
pequeño Profeta llegue vivo
a Aksum para el 11 de
septiembre. Para hacer esto
blindarán la ciudad.
Conocían la presencia del
arqueólogo en la capital y
vigilarán con facilidad un
centro más pequeño. Como
ha visto, no tienen ningún
escrúpulo en matar a
inocentes con tal de lograr

su propósito. Y tienen amigos poderosos...

El misionario, que vivía en Etiopía desde hacía quince años, imaginaba el escenario que se le presentaba delante. En los últimos meses había visto crecer entre la gente la emoción ante el momento solemne previsto para el próximo año nuevo, comienzo del tercer milenio. Ahora sabía de las intensas discusiones que se habían desencadenado por las

noticias difundidas en la televisión y en la radio, que avisaban de no dar crédito a los anuncios de un acontecimiento extraordinario.

¿Estaban los enemigos del Profeta, por lo tanto, preparados para oponerse a todo un pueblo?

—Pero... la propia gente protegerá al joven. Estoy seguro de ello —afirmó.

—No hay duda de ello —admitió el otro—. Pero personas que mienten tan

descaradamente, que
secuestran niños, que
torturan y matan a
sacerdotes indefensos, que
eliminan adversarios
recurriendo a la mano de un
niño, ¿cree que tendrán
respeto por un pueblo que se
encuentra en estas
condiciones? Pienso que no.
No se detendrán ni siquiera
frente al riesgo de provocar
una matanza en medio de la
multitud.

El padre Mauricio dejó
escapar un suspiro.

—¿Entonces? —

preguntó desesperado.

—Entonces tendremos que dar una mano a Dios, si este es su proyecto. Es nuestro deber.

—¿Y cómo lo vamos a hacer?

—Yo tengo una idea, pero sólo usted puede realizarla. Y créame, no pienso en absoluto en transformarlo en un combatiente o un guardaespaldas. Digamos que aprovecharemos sus

verdaderas capacidades.

¿Está dispuesto a ayudarme?

El misionero notó un ligero sentimiento de vértigo. Suspiró de nuevo y se rindió ante la evidencia.

—Le escucho,
eminencia.

El joven teólogo que acababa de darle las noticias a Madruzzi no esperaba suscitar en el anciano tanto resquemor. Desde hacía un año el Prefecto había rogado tener bajo especial vigilancia los progresos de los avances

arqueológicos en todo el área de Oriente Medio, y habían sido invertidos en aquel sector recursos extraordinarios. Casi cada mes se inauguraban nuevas líneas de investigación y se abrían nuevas excavaciones en Israel, Túnez, Siria y Egipto. Sólo las tensiones políticas, que azotaban la vasta región donde antiguamente se habían desarrollado las grandes civilizaciones, ralentizaban lo que parecía ya una

especie de carrera por semillas de oro.

Y sin embargo, entre las numerosas noticias que por orden del cardenal llegaban sobre su escritorio con periodicidad semanal, había tenido que ser él, recién ingresado en la congregación, quien le llevara una que parecía interesarle enormemente.

—¿Baedeker?

El viejo, que sujetaba con una mano la hoja con la comunicación que acababa

de recibir de su informador, se había puesto de pie de un salto. En el rostro se le dibujaba una expresión llena de incredulidad.

—¿Baedeker en Egipto?

—Eso es lo que asegura el hombre que nos tiene informados sobre la evolución de las excavaciones en Elefantina. Una búsqueda, si me permite, de poca importancia...

El cardenal fulminó al joven en un segundo.

—Eso deje que sea yo quien lo decida —dijo con un tono lleno de frialdad—. ¿Sabe quién es Baedeker?

El otro esbozó una sonrisa, avergonzado, y realizó un recorrido por toda su memoria.

—Un experto de códigos antiguos...

—¿Y?

—Un célebre investigador que se ha perdido detrás de teorías estrambóticas a propósito de la secta de los esenios,

llamando la atención de toda la comunidad científica.

Madruzzi sonrió.

—Bien. Comprenderá entonces que un personaje de este tipo no se ha movido sin una motivación hasta Elefantina. ¿Quién dirige las excavaciones? —preguntó. El sacerdote retomó con un aire lleno de eficiencia.

—Un israelita. Dav Salomon, un personaje digamos que con los pies en la tierra.

—Preste atención —dijo

el cardenal mirando fija y severamente a su subalterno —. Ninguno de los que colaboran con Baedeker es una garantía de seriedad. Así es como lo vemos aquí. Ahora deje a un lado cualquier otra cuestión y recoja para mí cualquier información sobre este Salomon. Emplee también a nuestros hombres en Jerusalén. Antes de que termine el día quiero un informe completo: currículum, publicaciones,

amistades, colaboraciones, subvenciones, encargos públicos, vida privada. Todo, ¿lo ha entendido?

—Sí.

—E informe a nuestro hombre en Elefantina de que tiene que seguir cualquier movimiento de Baedeker: en qué concentra su atención, dónde excava, qué encuentra, qué lee, qué es lo que dice cuando discute con el colega... ¡Qué ofrezca señales de vida más a menudo y le dé prioridad

absoluta!

El otro estaba impresionado ante tanta atención recibida.

—Ahora márchese. E infórmeme inmediatamente si hay novedades.

El joven, tenso, se atrevió a realizar una reverencia y dejó inmediatamente aquella sala.

Madruzzi se quedó solo con sus pensamientos.

—¡Están en Egipto! —se

repetía constantemente.

Estaba sorprendido. Gozaban, por lo tanto, de protecciones más amplias de las que podían garantizar los pobres sacerdotes etíopes. Pensó inmediatamente en el cardenal rival. Se le pasó por la mente que la idea de la fuga hacia Egipto podía haber sido suya.

«¡Maldito!», pensó. «¡Tenía que haberle parado los pies antes!».

¿Pero por qué a Egipto? Y además, a pocas semanas

del 11 de septiembre.
¿Habían quizás renunciado a
la cita? ¿Y aquel inestimable
descubrimiento?

No tenía respuestas.

La inseguridad era algo
insoportable para un hombre
acostumbrado a tener todo
bajo control. Pero mientras
tanto había algo que podía
hacer personalmente. Agarró
el teléfono y compuso un
número. Al otro lado del
teléfono le respondió una
voz muy amable. Él, sin
embargo, no se presentó.

—Tenemos que acelerar —dijo—. Todo tiene que quedar terminado en un par de días.

—Esto aumenta el riesgo...

—No importa, y usted no se preocupe de nada. Proceda como le he dicho, y recuerde: lo estoy haciendo por una justa causa.

Tras un momento de silencio se produjo la respuesta.

—Daría la vida por el Evangelio, usted lo sabe.

—Entonces, obedezca. Y por favor, cuando todo haya terminado siga con su vida de siempre, independientemente de lo que ocurra. ¿Ha quedado todo claro?

—He entendido. Buena suerte, eminencia. Dios la bendiga.

Terminada la conversación, Madruzzi volvió a leer el informe que poco antes había recibido.

«En Egipto», pensó.

Tampoco allí le faltaban

personas útiles.

Capítulo 6

El atardecer no se había todavía apagado en el horizonte y ya las hogueras que habían sido preparadas para la fiesta ardían en las cuatro esquinas del campamento. En las brasas estaba lista la carne que asarían para la cena. Investigadores, ayudantes, obreros y habitantes del lugar con sus familias se iban reuniendo con un aire

relajado. El grupo de los músicos, que habían llegado desde una ciudad cercana acostumbrados a alegrar el ambiente en los cruceros más lujosos del Nilo, estaba ya manos a la obra. La idea de una simpática noche había nacido espontáneamente en los últimos días. Casi por arte de magia.

Mary sospechaba que la presencia de Bale no sería extraña en aquellas ganas de encontrarse y divertirse. El

entendimiento del pequeño con los jóvenes de la zona, que implicaba a sus familias y había llevado también a ella y a Jack a entablar nuevas amistades, había roto el invisible muro de separación entre los invitados extranjeros y la gente del lugar.

El joven, además, visitaba de buena gana la zona de las excavaciones. Observaba a los trabajadores y hacía preguntas, usándola a ella como intérprete.

El encanto de la mujer y la perfecta sintonía con el pequeño, que revelaba extraordinarias dotes de observación y una curiosidad intensa, habían creado a su alrededor un ambiente muy positivo. En pocos días, la llegada de los invitados provenientes de Etiopía se había revelado una bonita novedad. Cuando todos, entre saludos, bromas y presentaciones, se hubieron acomodado en las sencillas alfombras

colocadas por los habitantes, comenzó la distribución de la comida.

A Jack no le gustó tener que tomar asiento lejos de Mary. Hombres y mujeres, por respeto a la tradición, se sentaban separados, aunque poco a poco estuvo contento de verse tratado con simpatía por los egipcios y los extranjeros, como si se tratara de alguien que ya conocían desde hacía tiempo.

Los únicos ausentes eran

Dav Salomon y Tom
Baedeker.

Desde por la tarde, los dos se habían quedado en el almacén. Varias veces alguien fue enviado a solicitar su presencia pero todos los enviados volvieron alargando los brazos y contando, no sin mucha ironía, que los dos científicos se encontraban al máximo de su concentración. En el campo se multiplicaron las imitaciones de los dos

maníacos de las antigüedades ocupados en descubrir las pistas de un faraón más grande que Tutankamón, y fueron propuestos diferentes brindis ante la inminente revelación que cambiaría completamente los conocimientos sobre el antiguo Egipto. Luego comenzaron las danzas.

Los egipcios más jóvenes cogían carrera y realizaban saltos a través de las llamas de la hoguera

entre los aplausos del público. Las mujeres los incitaban mientras los extranjeros no paraban de realizar fotografías. Bale asistía a aquellos juegos junto a otros niños.

En cuanto fue posible, sin parecer poco respetuoso a las normas, Jack se acercó a Mary. La mujer miraba las danzas y sonreía ante los gritos nerviosos de los niños.

—Qué contraste con los peligros que hemos vivido en Etiopía... —dijo el

inglés.

La mujer se dio la vuelta para mirarlo a los ojos. Le había parecido inmediatamente que aquella conversación contenía una sugerencia. Un mudo diálogo corrió entre sus miradas.

—Estás pensando en no volver, ¿verdad? —le dijo ella. Él miró muy serio el bellissimo rostro iluminado por las llamas de la hoguera.

—¿Por qué? —dijo—. ¿No sería una buena idea?

¿Acaso quieres negar que también tú lo estás pensando?

Ella bajó la mirada.

—Que aquí estamos en un sitio seguro es verdad —admitió—. Y la historia del joven Profeta podría ser sólo una peligrosa ilusión... —Se dirigió hacia Bale, que estaba contento imitando a los jóvenes valientes que creaban espectáculo—. Y también aquí Bale no corre peligro alguno. Y esto es algo importante para mí. Le

quiero mucho. Y sin embargo...

Dudó.

—¿Y sin embargo?

Ella miró a Jack y retomó con un tono más decidido.

—Y sin embargo, siento que no somos nosotros quienes decidimos. Es él. Ocurre lo que él quiere, o al menos lo que es necesario para su misión. Ahora, por ejemplo, está convencido de que es justo que estemos aquí y se comporta como si

viviera aquí desde siempre —dijo. Luego hizo una breve pausa y retomó con convicción—: ¿No entiendes que nosotros mismos nos encontramos bien en este sitio precisamente porque él nos ha introducido también en este ambiente?

Jack miró hacia Bale.

Ahora, quién podía saber por qué, el niño, que se encontraba a una cierta distancia, se había dado la vuelta y le miraba fijamente como si le estuviera

llamando. Se encontraba calmado y hacía un extraño contraste con los niños excitados que cantaban y gritaban y bromeaban a su alrededor. Jack tuvo la extraña sensación de que el pequeño podía escuchar lo que decían. Pero aquello, obviamente, era imposible.

—Sabe lo que estamos pensando —afirmó Mary siguiendo el curso de los pensamientos de su hombre—. Conoce nuestros sentimientos. Lee dentro de

nosotros. Estoy segura de ello...

Él no realizó ningún comentario. Eran días que se comportaban como una pareja cualquiera de turistas. Una pareja muy enamorada y olvidada por el mundo. Pero era suficiente poco para llevarlos de vuelta a la realidad del increíble asunto en el que estaban implicados.

Bale seguía mirándoles fijamente.

—¿Y entonces qué es lo

que ocurrirá? —le preguntó.

—Lo que no podamos evitar —fue lo único que obtuvo como respuesta.

Finalmente, los dos arqueólogos se acercaron hasta donde se encontraban los demás participantes a la fiesta. Fueron recibidos con un aplauso unánime y hubo quien se apresuró a decir que, a juzgar por su expresión concentrada, la larga investigación se encontraba en un momento decisivo.

Dav respondió con una sonrisa tirante ante aquellas bromas. Parecía de verdad estar muy cansado. Baedeker, en cambio, se encontraba completamente nervioso. Ignoró a los presentes, que le invitaban a brindar y a unirse a la fiesta.

Jack y Mary le observaban. Vieron que el estudioso buscaba a alguien entre la multitud. Hicieron gestos para llamar su atención, pero él no quería saber nada de ellos. En

cuanto vio dónde estaba Bale, se movió inmediatamente hacia el joven. Se acercó, lo cogió por los hombros y se arrodilló delante de él para estar a su altura.

Jack y Mary se les acercaron.

Bale mantenía la mirada inquisidora de Tom. Se percibía que el hombre se encontraba molesto. No se había comportado antes así con el joven. Es más, había manifestado desde el

principio un cierto
escepticismo frente a la
leyenda de que era un
elegido.

—¿Qué ocurre? —
preguntó por fin Jack.

Baedeker respondió sin
quitar los ojos del niño.

—Sucedde que él lo sabe
todo —dijo con un tono
lleno de desafío—. Sucedde
que... una secta de iniciados
lo adoptó y le transmitió un
conocimiento que yo llevo
años intentando reconstruir
con mucho esfuerzo.

Bale no contestaba.

Permanecía tranquilo y miraba al extranjero fijamente.

—Ocurre que este joven tiene de verdad una cita con la historia. Y esta cita es el 11 de septiembre — continuó. Luego el estudioso se levantó y, sin dar explicaciones, anunció—: Mañana nos marchamos a Etiopía.

—¿Mañana? —

exclamaron casi a la vez Jack y Mary.

—Sí —confirmó el otro—. No podemos correr el riesgo de llegar tarde a Aksum. Sus enemigos tienen ojos y oídos por todas partes. Y ahora ya sé de qué tienen miedo.

E inmediatamente se alejó de nuevo hacia el almacén. Mary miró a Bale. Y el niño le dirigió una amplia y bonita sonrisa. Luego se unió a los demás y retomó el juego.

Capítulo 7

—Considéralo un pacto entre nosotros, Tom. Nosotros nos fiamos de ti como estudioso. Y tú cuentas con nosotros como protectores del chico. ¿O has olvidado lo que hice en el Monte Simien? ¿Y la relación entre Mary y el niño?

Baedeker tuvo un gesto de malestar. Había comenzado desde hacía poco

a leer de nuevo el fragmento del papiro hallado entre los otros después de días de búsqueda y no quería ser molestado. Pero Jack y Mary le habían inmediatamente seguido y habían entrado en el almacén. Y ahora le estaban mirando con extrema firmeza. Desde el exterior llegaban los ecos de la fiesta, voces alegres, cantos y risas.

—Resígnate. O nos explicas lo que está ocurriendo o esta vez

seremos nosotros quienes nos oponemos a la marcha de Bale... —Mary se encontraba determinada y no dudó en pronunciar la frase siguiente—: Ese niño es como si fuera mi hijo. Y él me reconoce como madre, ¡me ha dado mil pruebas!

El arqueólogo tuvo un sobresalto y se dirigió a la mujer con una sonrisa en los labios.

—Tú... su madre —susurró. Un nuevo pensamiento llamaba su

atención—. Ya, Mary...
¿por qué no?

En ese momento, una voz detrás de ellos intervino en la discusión.

—Díselo, Tom. Esta gente no es contraria a la verdad y han corrido tus mismos peligros.

Era Dav Salomon quien hablaba. Tom se quedó mirando fijamente a su colega y luego asintió:

—De acuerdo, me rindo. Es justo. Os necesito, por otro lado, para proteger al

chico.

Mary se contuvo. Hasta ese momento Baedeker había hecho bien poco para proteger a Bale. ¿Qué es lo que había pasado para que cambiara?

—He comenzado leyendo aquí y allá en esta serie desordenada de material. He empleado sólo dos días en comprender la lógica con la que han sido recogidos los documentos. Se trata, en realidad, de un archivo más bien ordenado

y, algo para nosotros mucho más valioso, de éste se ha salvado la parte secreta porque estaba mejor escondida y por lo tanto protegida de los saqueos y de las ofensas del tiempo. Lo primero que resulta interesante es el año en el que la colección parece interrumpirse, no el 410 antes de Cristo, sino el 70 después de Cristo... — Baedeker realizó una breve pausa, todavía impresionado por aquel descubrimiento.

—El año 70 es una fecha fundamental: la destrucción del último Templo de Jerusalén de manos de los romanos —explicó Dav a Jack y a Mary, que no mostraban comprender la importancia de aquel detalle—. Desde entonces hasta hoy Israel no ha vuelto a tener un lugar oficial de culto.

—Pero tengo la prueba de que la comunidad hebrea de Elefantina sobrevivió en la isla hasta entonces, si bien

con un número mucho más reducido —retomó Tom—. Y sobrevivió, por lo que entiendo, porque tenía que mantener un contacto con Palestina y tener alta la esperanza del verdadero Israel: llevar un día el Arca de la Alianza a Jerusalén, a un templo puro. Cuando los romanos en el año 70 rompieron aquel sueño, la función del grupo que residía aquí fue perdiéndose y estos se trasladaron a Etiopía, donde ya se había

refugiado gran parte de la población hebraica tiempo atrás presente en la zona. Eran esenios, más de un papiro lo confirma, y se encontraban en estrecho contacto con los esenios de Qumrán y con un grupo de ellos en Etiopía.

—No entiendo —
intervino Jack—. Si los esenios consideraban impuro el templo de Herodes, tanto que no querían que acogiera el Arca, deberían de haber visto en su destrucción por

mano de los romanos la ocasión justa para realizar sus planes. ¿Por qué se retiraron a Etiopía?

Tom asintió. Se trataba de una pregunta sensata.

—Porque en Palestina alguien hizo de forma que los romanos no se limitaran a domar la revuelta popular contra ellos, sino que se les empujó a destrozar también al grupo de los esenios, que en realidad habían permanecido extraños a aquel intento de rebelión...

—¿Los esenios tuvieron enemigos mortales dispuestos a utilizar la fuerza de los romanos con tal de destruirles?

—Sí. Desde hace tiempo mis investigaciones así lo confirman. Y hoy he añadido una ficha en la reconstrucción de cómo fueron las cosas. Aquellos enemigos fueron cristianos... o al menos parte de ellos...

Mary se asombró.

—¿Cristianos?

Baedeker intercambió un gesto de entendimiento con Dav.

—Aquí tenemos un alma cándida que piensa que los primeros cristianos fueron ovejas del Señor —dijo. Y se dirigió luego a la mujer —. Procedamos por orden y te presentaré un escenario algo diferente. Yo mismo, hace un año y medio, traduje por primera vez un célebre fragmento de un papiro que se había hallado en las grutas de Qumrán, y por

haber publicado mi versión de aquel texto atraje fuerte hostilidad. Según mi versión, en aquel fragmento se dice, en sustancia, que en tiempos de la ocupación romana en Palestina los Esenios poseían el Arca de la Alianza y la conservaban en un lugar secreto, a la espera de colocarla en un nuevo templo de Jerusalén porque el que había lo consideraban impuro al igual que el del rey Manajés, el soberano idólatra de la

antigüedad. Y en ese punto estoy convencido de que esto demuestra que el Arca había estado siempre escondida en Palestina y la buscaban en la ciudad santa, igual que hicieron antes que yo otros, como los templarios.

Tom realizó una breve pausa y se sentó. Al recordar el largo recorrido realizado hasta aquel momento, sobre su rostro se apreciaba al mismo tiempo el cansancio y el ansia febril de la

búsqueda.

—Pero en los últimos meses —retomó— es cuando me encontré tras la pista de una leyenda alternativa que lleva incluso hasta Etiopía. Comencé a estudiar esta pista con mucho escepticismo, pero poco a poco descubrí que quizás el Arca había estado de verdad en ese país tan lejano, y... quizás lo sigue estando. Vamos, me entran serias dudas. Los nuevos elementos, sin embargo, me

obligaban a pensar que mis descubrimientos sobre los esenios como custodios del Arca eran estúpidos. Pero ahora mi investigación me ha llevado hasta aquí y es aquí donde descubro una conexión entre una comunidad de esenios, presentes durante siglos en Egipto, una activa en Etiopía y los esenios de Palestina. Una unión que permaneció en vida hasta que los esenios de Qumrán existieron y tuvieron la esperanza de

inaugurar en Jerusalén una nueva era...

—Pero en el periodo de los contactos entre los esenios de Egipto y aquellos de Qumrán —preguntó Jack, que intentaba seguir con atención la exposición de Tom—, ¿el Arca dónde estuvo? Si la tenían en Palestina, ¿por qué la población de Egipto fue tan importante? Y si la escondieron aquí, ¿por qué los esenios de Qumrán hablan de la misma como si

la tuvieran al alcance de la mano? Y finalmente, ¿no habías descubierto que el Arca, después del año 410 antes de Cristo, estaba casi seguramente en Etiopía?

—Es aquí donde entran en juego los cristianos — respondió Dav sonriendo.

—Exacto —confirmó Baedeker—. Es mi segundo descubrimiento en estos días, o al menos eso es lo que creo... —Y diciendo así, indicó, extendido sobre una superficie plana e

iluminada por una lámpara, el fragmento de papiro que estaba leyendo desde hacía horas—. Este documento es de época romana. Es de los tiempos de la infancia de Jesús. Está en parte dañado, pero ofrece noticias extraordinarias. Está registrada la visita a Elefantina de algunos hermanos esenios provenientes de Palestina. Eran tres personajes que fueron acogidos, se dice, con todos los honores, como si

tuvieran que llevar a cabo una misión importante. Se trataba de una familia, algo no raro en la secta, que comprendía hombres y mujeres que habían elegido el celibato pero también casados con niños. Y aquí está lo más interesante: la mujer se llamaba Miryam, que nosotros traducimos como María... —Aquí el arqueólogo hizo una breve pausa, antes de continuar—. El hijo único se llamaba Yehoshua. ¿Os dice algo?

—¡Jesús! —exclamó

Mary impresionada.

—Ya, Jesús, que escapó con su familia a Egipto, precisamente en aquellos años, como cuentan también los Evangelios.

—¿Y el hombre? —le preguntó Jack. E inmediatamente añadió—: ¡Ahora dime que se llamaba José!

A Tom le brillaban los ojos.

—No, en este punto hay una sorpresa: el marido se

llamaba Yaqob.

El inglés se dirigió hacia Dav, que le analizaba en silencio.

—Santiago —tradujo al hebreo—. O Jack, si prefieres.

Mary y Jack se miraron el uno al otro impresionados.

—¿Es una broma? —dijo él.

—¿Y José? —susurró ella.

—Ya. San José —respondió Dav sarcásticamente—. El buen

anciano José de los Evangelios. Un útil payaso que no es, eso se dice, el padre verdadero del joven y que muere sin molestar a nadie... No, la verdad es otra. A estas alturas son muchos los estudiosos que piensan que detrás del nombre de José los cristianos escondieron el nombre del verdadero jefe de aquella familia: el hombre que los Actos de los Apóstoles llaman, después de la muerte de Jesús,

Santiago *el mayor*, es decir el anciano líder de la comunidad cristiana de Jerusalén, el famoso personaje al que debían obediencia los discípulos, el propio Pedro y, si las cosas hubieran ido como tenían que haber ido, también el gran Pablo. En la familia compuesta por María, Santiago y Jesús se encontraría, por lo tanto, el origen de la historia cristiana. Y se trataba de una familia de esenios. Incluso el

papa Benedicto XVI no ha excluido esta hipótesis en un libro sobre Jesús...

—Pero volvamos a su visita aquí, a Esenia — retomó Baedeker—. Este documento dice que a los tres les fue entregado *el tesoro de la comunidad* porque los tiempos, así está escrito, eran maduros.

—Y el tesoro — preguntó Mary—, ¿era el Arca de la Alianza?

—El texto no es tan explícito. Y además, como

os decía, es fragmentario. Se habla de una entrega y se indica el nombre de Sion, el nombre con el que está indicada el Arca en el *Kebrä Nagast*...

—¿Y esto es suficiente para pensar que... que la Sagrada Familia que vino a Egipto no lo hizo para escapar de las amenazas de Herodes, sino para llevarse el Arca? ¿Y que el Arca vino en aquella ocasión de Etiopía, donde se encontraba en un lugar seguro desde

hacía cuatro siglos?

Tom frunció el entrecejo.

—No, claro. No es suficiente. Pero hay un detalle para nosotros muy inquietante. En la última línea del texto se hace una afirmación que, evidentemente, tenía que justificar ante los ojos de la comunidad la entrega realizada. Y se habla del pequeño, de Yhoshua. Se dice:

Es él. El Profeta

esperado. Los hermanos del desierto de Judea lo han probado. Y su testimonio es verdadero...

Mary se sentó.

—Jesús... ¿igual que Bale? —dijo abriendo los ojos casi incrédula.

—Sí. Y Myriam como Mary y Yaqob como Jack...

El inglés se apartó de encima la atmósfera tensa que los envolvía.

—Y si tu hipótesis es acertada, ¿qué fue del Arca?

—Has dicho bien. Es

una hipótesis. Quizás una
sugestión. De todos modos,
los estudiosos saben que en
aquellos años los esenios de
Qumrán estaban
convencidos de que la
liberación de Israel era
inminente. ¿Y por qué no
pensar que el liberador que
ellos esperaban era
precisamente Jesús,
entendido como el custodio
del Arca? En efecto, tal y
como sabemos, el pequeño
creció y se convirtió en un
profeta poderoso, con un

largo grupo de gente que le seguía...

—Y él, en el curso de su misión —dijo Dav—, la tomó con el Templo de Jerusalén. ¡Guarida de ladrones!, gritó. Y echó a los mercaderes del patio...

—Por la interpretación que dan los Evangelios de este episodio —retomó Tom—, lo de la expulsión de los mercaderes fue un mero episodio simbólico. Escriben que Jesús quería sólo decir que en el templo se tenía que

rezar y no comerciar. El evangelista Juan escribe incluso que Jesús hablaba del templo de su cuerpo, preparándose para morir en la cruz... y resucitar.

—¿Y en cambio?

—En cambio, en el momento oportuno, después de la entrada triunfal en la ciudad, aclamado por una enorme multitud, Jesús pudo haber atacado el templo precisamente para llevar a cabo el plan de los esenios: destruirlo, construir otro,

colocar en este el Arca y reconstruir Israel aprovechando los poderes de la antigua reliquia.

—¿Y qué ocurrió?

Baedeker miró fijamente a Jack.

—El plan fracasó. ¿No te lo imaginas? Jesús fue traicionado. Entre los suyos también había traidores. Muchos traidores. Gente aliada con los sacerdotes del templo y con los romanos, que de hecho mandaron asesinar al Profeta en la cruz

con la acusación, mira por
dónde, de haberse
proclamado el Rey de los
judíos.

—¿Y entonces?

—Entonces, creo que la
espera popular suscitada por
la inminente revelación del
poder del Arca, aquella
revelación que Jesús era el
encargado de hacer posible,
fue demasiado fuerte para
apagarse inmediatamente
con él. Con la muerte de
Jesús hubo quien se
demostró capaz de

aprovecharse de ese clima...

—Jesús fue divinizado
—concluyó Dav— y,
paradójicamente, su mensaje
fue contrapuesto al valor del
templo y a la fe de Israel.
Nosotros y otros estudiosos
pensamos desde hace tiempo
que san Pablo fue el
verdadero líder de un
movimiento que nació de
esta mentira. Él y sus aliados
extranjeros y paganos, es
decir, los griegos y los
romanos. Como proclamaba
Esteban, el diácono que en

los Actos de los Apóstoles escritos por Lucas, otro griego amigo de Pablo, dice:

El Altísimo no habita en fábricas humanas, como dice el Profeta: El cielo es mi trono y la tierra estrado de mis pies. ¿Qué casa me vais a construir? —dice el Señor—, ¿qué lugar para mi descanso?.

—Es verdad, —comentó Mary—. Dice así... es todo completamente contrario al sueño de encontrar una casa para el Arca.

Tom sonrió a la mujer.

—Pablo, Esteban, Lucas, Marco y los otros discípulos y evangelistas divinizaron a Jesús para espiritualizar su misión y apartarla de su verdadera raíz. Era el sueño hebreo de restaurar Israel alrededor del Arca de la Alianza y luego unir a todos los pueblos del mundo en una única fe, con una única ley, sencilla y fundamental. Si este era el proyecto, evidentemente los esenios, ante la noticia del

nacimiento de Jesús, se llevaron el Arca desde Etiopía hasta Elefantina, donde habían mantenido una base secreta, y desde aquí ésta fue llevada a Qumrán por la familia del pequeño. Luego, frente a la inesperada muerte en la cruz del Profeta, Santiago, el padre de Jesús, y sus otros aliados, intentaron oponerse a la traición realizada por el grupo de los extranjeros. La lucha por la verdadera herencia de Jesús y de

Qumrán duró mucho tiempo, hasta que aquellos que luego, hasta nuestros días, se hicieron llamar cristianos, lanzaron a las autoridades del templo y a los romanos contra los seguidores de Santiago, los llamados judeo-cristianos. Santiago murió el primero. Qumrán fue destruida por los invasores. Y éstos destruyeron también el templo. ¡Y pensar que los romanos seguían siempre la praxis de respetar el lugar de

culto de los pueblos que sometían!

Dav asintió y completó, con tono grave, la exposición del colega.

—Cuando todo terminó, justo después del 70, los cristianos escribieron los Evangelios y los Actos de los Apóstoles para imponer su versión de los hechos: Jesús iniciador de una nueva religión; la Ley de Moisés, custodiada en el Arca, ya superada; y la Iglesia, con sus enseñanzas, como nueva

fuente de verdad y de salvación.

—Y por lo tanto — susurró Mary, turbada—, ¿Jesús no era el hijo de Dios?

—Si lo quiere creer — respondió de forma seca el israelita—, hágalo. El punto es otro: hijo o no hijo, es necesario comprender cómo Jesús entendió de verdad su misión. Y qué quiere decir unirse a su verdadero mensaje. Piense sólo en esto: traicionando su naturaleza

de Profeta de Israel, la Iglesia ha provocado siglos de persecuciones a los hebreos... ¡el pueblo del propio Jesús!

—Y los romanos, ¿no destruyeron también el Arca? —preguntó Jack.

—Probablemente no — afirmó Tom—. Lo sabremos. Era el tesoro más precioso de la comunidad. Cuando la ruina fue evidente, los últimos seguidores se la llevaron y la pusieron en un lugar seguro.

Pero no tomaron el camino hacia Egipto, era demasiado peligroso. Habrían tenido que viajar por el territorio del Imperio romano. No, en ese punto es más probable que se la llevaran por mar a Etiopía, donde una comunidad de hebreos, como hemos dicho, estaba ya presente para recibirla y protegerla como había hecho ya durante cuatro siglos, antes de aquel viaje que había suscitado en ellos tantas esperanzas.

—Todo esto hay que probarlo —dijo Mary.

—¿Y a qué nos llevaría, hoy? —exclamó Jack—. Es decir, vamos, ¿nosotros qué tenemos que hacer?

Como respuesta, Tom pidió a sus dos compañeros que se acercaran e indicó en el papiro, que estaba encima de la mesa, algunos caracteres en hebreo.

—Es la fecha en la que los esenios pensaban que se habría producido la manifestación del Arca de

manos de Jesús —dijo.

Luego, con una curiosa emoción que no le era típica, leyó:

—A mitad del mes de *Tishri*, el día siguiente al llamado de la Expiración...

Jack y Mary miraban fijamente al arqueólogo. Esperaron inquietos hasta que él dio una explicación.

—Corresponde a nuestro 11 de septiembre —dijo, y ante aquellas palabras los dos se miraron incrédulos—. Sé que parece todo de locos

—admitió Baedeker—, pero las coincidencias comienzan a ser demasiadas. Quizás es todo una locura. Quizás Bale no es lo que dicen. Yo, en primer lugar, no me lo creía. Pero ahora tenemos este testimonio sobre un pasado que presenta muchas zonas de sombras. Y también hoy tenemos un pequeño Profeta y dos protectores, vosotros, que, quién sabe por qué, tenéis el mismo nombre que los antiguos protectores. Y tenemos la misma fecha,

quizás idéntica Arca...

Tom se interrumpió.

Fue Dav quien procedió con las conclusiones.

—Sólo en Aksum tendréis la respuesta. Cuando Bale abra el Arca, algo hasta hoy prohibido a cualquiera, sabremos algo más sobre esa reliquia. Y nuestra reconstrucción de los hechos podría tener confirmación.

Mary agarró de la mano a Jack.

—Tenemos que hacerlo

—admitió él—. No podemos oponernos a que se revele la verdad.

—Y además, es Bale quien así lo quiere. Lo sé. Lo siento...

Sobre el rostro de la mujer se dibujó una sonrisa llena de resignación.

—Bien —concluyó Dav—. No tenemos ni un momento que perder. Os marcharéis mañana por la mañana. Y que Dios os acompañe.

Capítulo 8

Estaba de nuevo mal. Pero esta vez era mucho peor.

Al temblor de las manos se unía un molesto dolor de cabeza. Y una sensación de náuseas, muy fuerte aquel día. Con mucha dificultad se levantó de su escritorio.

El texto de un reciente estudio sobre los esenios de Qumrán se quedó abierto en la página en la que intentaba profundizar la probable

pertenencia de la familia de Jesús a aquel movimiento. El viejo cardenal sabía que aquella era la pista más importante. Pero quedaban todavía demasiadas cosas que aún ignoraba, él y tantos otros colegas biblistas. En cuanto a las teorías anticristianas de un número cada vez mayor de estudiosos, era de verdad difícil darles crédito.

Mientras se tumbaba con dificultad en la cama y se abría el cuello de la camisa,

el purpurado pensó que el tiempo sin embargo era maduro para una revisión de los estudios sobre las relaciones entre los cristianos provenientes del paganismo y los cristianos procedentes del hebraísmo en las primeras décadas después de la muerte de Jesús.

Sudaba.

Y sin embargo, bien posicionado, el aire acondicionado refrescaba y secaba el clima de la sala.

Sus hermanos jesuitas se habían encargado de cada detalle de su bienestar en la casa de Borgo Santo Spirito.

Intentó cerrar los ojos para realizar un breve sueño, pero se dio cuenta de que le costaba trabajo respirar. Alargó una mano, temblorosa, agarró el interruptor que colgaba de un lado de la mesita de noche y lo apretó. Aquella sencilla operación le costó un esfuerzo penoso.

En espera de que llegara

el hermano encargado de la asistencia a los religiosos más ancianos, intentó retomar el hilo de su reflexión. Un Jesús educado por los esenios habría cultivado un particular detalle por la tradición de Israel: la Ley, el Templo. El Arca de la Alianza.

Pero con el tiempo, como señal del cristianismo, habría cambiado de idea, poniéndose a sí mismo en el centro del anuncio de la inminente llegada del Reino

de Dios. Él, la nueva Ley; él, el templo; él, el Arca de la presencia de Dios en medio de los hombres.

Por eso le habían matado.

Matado.

Advirtió un intenso dolor en el pecho.

«El estómago», pensó.

Y, sin embargo, había comido lo de siempre. Y tomado las mismas medicinas. Otro pinchazo, esta vez mucho más fuerte.

Gemía.

No, no era el estómago.
¿Quizás el corazón?

En aquel momento escuchó un ligero toque en la puerta.

Intentó decir «adelante» con voz fuerte, pero de su voz sólo salió un débil susurro.

El hermano Hemmer entró de todos modos por la puerta medio cerrada. Dio otro vistazo. E inmediatamente abrió la puerta de par en par y se precipitó en medio de la

sala.

—¡Eminencia! —

exclamó, acercándose a la cama.

Evidentemente, su aspecto era pésimo.

Intentó sonreír.

Sintió el tercer pinchazo, que le cortó la respiración. Su cabeza no dejaba de darle vueltas.

Lo único que conseguía oír eran gritos.

Era Hemmer, que llamaba pidiendo ayuda. Abría la ventana, lo que

permitió que entrara la bella luz del verano romano. Un resplandor.

«La luz», pensó confusamente.

La verdad.

Escuchó la voz de padre Filippo, su querido amigo. Le llamaba. Le apretaba la mano.

Jesús asesinado...

En ese momento lo entendió.

A esto se podía llegar con tal de esconder la verdad. Peor, para ni

siquiera buscarla.

Intentó hablar. Con un dedo indicó las pastillas que estaban en su mesita de noche.

Aquellas equivocadas, evidentemente.

No le entendía.

Se agitaban.

No importaba. Ya no importaba nada.

De nuevo el dolor, muy fuerte, pero esta vez parecía provenir de mucho más lejos. De una profundidad desconocida.

Antes de ceder ante la

más completa insensibilidad, pensó en padre Maurizio, allá en Etiopía.

Esperemos que pueda hacer como hemos dicho, se dijo. Esperemos...

La noticia de la muerte del cardenal, por muchos considerado el único verdadero antagonista del papa reinante en el último conclave, dio la vuelta al mundo en pocas horas. Madruzzi se interesó por lo ocurrido acercándose hasta la sede de los padres

unas palabras de participación, e hizo otras preguntas sobre las circunstancias de la muerte. Cuando logró comprobar que los hermanos del difunto no sospechaban nada sobre las verdaderas causas de la muerte, se despidió con rapidez.

Ya lo había logrado.

En Roma no tenía enemigos. Ni testigos incómodos.

Pero, ¿y en Etiopía?

Se puso de pie y

comenzó a recorrer nerviosamente el edificio. Sobre el escritorio yacía el último informe escrito proveniente de Egipto.

Su agente en las excavaciones de Elefantina le hacía saber que los tres occidentales y el niño etíope se habían marchado repentinamente y sin dar explicaciones.

Se le habían escapado en el último momento. Precisamente cuando todo estaba casi listo para el falso

atentado de extremistas islámicos contra una expedición arqueológica occidental en el que el grupo habría perdido la vida.

¿Qué es lo que les había hecho partir?

Faltaban todavía dos semanas para el 11 de septiembre.

¿Había sido traicionado?
¿O es que Baedeker había descubierto algo?

Llamó a su ayudante y transmitió la petición de más información. ¿Qué es lo que

había pasado con Dav Salomon, el educado anfitrión de aquellos individuos?

Una hora más tarde llegó una respuesta que le dio más motivos de preocupación. También el arqueólogo israelita se había marchado. Hacia Jerusalén.

Se sentó y apoyó las manos sobre el rostro.

No le quedaba otra cosa que esperar. Steiger jugaría el último partido. Se producirían víctimas, de eso

estaba seguro. Pero era necesario llegar hasta el final.

Levantó la mirada hasta el crucifijo pintado que tenía colgado encima de la puerta de entrada, de forma que podía invocar a Cristo en una pausa de trabajo o en el curso de una difícil conversación para encontrar fuerzas en su difícil misión.

También yo estoy en la cruz, se dijo.

Y este pensamiento le consoló.

Capítulo 9

Aksum. El día de la gran fiesta.

Manifestaciones

oficiales, fiestas, desfiles militares y solemnes celebraciones religiosas estaban previstas desde hacía tiempo en toda Etiopía. Pero ninguna ciudad se encontraba en el centro de atención tanto como Aksum.

Steiger y sus hombres, todos concentrados en

aquella área, se habían dado cuenta en los días anteriores. Las voces que habían circulado durante meses entre la gente habían suscitado la espera de muchos fieles para la próxima revelación del Profeta del Arca. Otros, sin embargo, habían recibido aquella leyenda levantando los hombros, pues en un país que vivía de fantásticas tradiciones tenía que surgir a la fuerza una en vistas del año nuevo del tercer

milenio.

Pero cuando la televisión y la radio del Gobierno habían abiertamente tomado posición contra aquella que había sido definida como la última invención de los sacerdotes, la curiosidad de la gente había aumentado considerablemente. También los más escépticos consideraban ahora interesante acercarse hasta la antigua capital para ver qué es lo que estaba ocurriendo.

El mercader de armas

miraba preocupado el mapa de la ciudad. No había un solo lugar de hospedaje libre, hotel o casa privada, y las calles estaban llenas de gente que, con tal de no perderse el espectáculo, había decidido acampar al aire libre y llevaba así días, lista a ponerse en marcha en cuanto recibiera la primera voz de un acontecimiento excepcional.

Richard Ashcroft estaba delante de él, tras haber regresado de un

reconocimiento de los alrededores.

—Vigilamos cualquier punto encendido en la ciudad y tenemos espías en todas las esquinas. Tenemos vigilada sobre todo la zona donde se encuentra la capilla que conserva el Arca. Pero con toda esta confusión no podemos estar seguros de que no hayan pasado delante de nosotros.

Steiger se quedó serio. La situación corría el riesgo de escapársele de las manos.

—Y más gente sigue llegando, se esperan más para esta noche —añadió su mano derecha—. Caravanas enteras. Y hay algo sorprendente...

—¿A qué te refieres?

—Me había parecido notarlo también en los días precedentes, pero ahora estoy seguro de ello. Han llegado y siguen llegando: los oromo, los amaras, los tigray, los sidama, los afar, los gurage, los harar, los falasha... tribus que hasta

ayer se mantenían encerradas. Tribus que tienen por lo menos un muerto asesinado por familia a quien buscarle culpables en una de las poblaciones de los alrededores...

La voz del mercader contenía una nota de sorpresa que irritaba a su jefe.

—Deja a un lado a los oromo y a los demás... —dijo Steiger severo—. Después de esta tregua, los exaltados volverán a robarse

las bestias y a llevar a cabo sus enfrentamientos — aseguró—. Más bien concéntrate en nuestra misión. Mantén contacto con todos nuestros informadores. En este clima de locura religiosa, en cuanto el niño entre junto a sus compañeros se desencadenará tal entusiasmo que será difícil esconder su presencia. Y nosotros atacaremos inmediatamente...

Ashcroft asintió. Era verdad: la espera era tan

fuerte que detrás del grupo se formaría probablemente una espontánea procesión de acompañamiento. Todos sabían que el Profeta era un niño de diez o doce años acompañado por tres blancos.

Sin embargo...

—¿Y si hubieran entrado ya? ¿Y si estuvieran muy bien escondidos junto al área sagrada alrededor del Arca, en espera de salir fuera en el momento apropiado?

—También he pensado

en esto. Los espías que tenemos allá no han notado nada en las últimas semanas. Pero no se puede excluir una astucia parecida. Aumentemos la vigilancia alrededor de la capilla y esparzamos entre la multitud la voz de que es muy peligroso reunirse allí, así tendremos un espacio de maniobra. También la Policía tiene la orden de evitar concentraciones excesivas en aquella área y de detener al joven y a sus

protectores porque quieren turbar el regular desarrollo de la celebración ya prevista. Hemos instruido correctamente a sus jefes. Así que, si al final consiguieran engañarnos, actuaremos contra el niño antes de que consiga abrir la reliquia. Si alguna vez ocurre, los mismos sacerdotes que la custodian tendrán miedo de exponerla a un riesgo creciente...

Mientras seguían comparando hipótesis y

contramedidas, se escuchó un golpe seco que llamaba a la puerta.

—¡Adelante! —dijo

Steiger.

Entró un hombre con el aire de tener una noticia importante. De hecho no esperó a que le preguntaran por qué molestaba la reunión de los superiores.

—¡Han llegado! ¡Y sabemos dónde se encuentran! —anunció

triunfador. Inmediatamente los dos jefes se levantaron.

—¿Estás seguro?

Steiger se sentía incrédulo.

—Sí, vienen del norte.

Dos hombres y una mujer joven, los tres blancos, y un niño etíope. Avanzan en medio de la multitud, que les saluda como si hubiera llegado el Mesías. Muy pronto cruzarán el parque de las Piedras.

El padre Maurizio estaba inquieto. De los tres blancos que acompañaban y protegían al Profeta, conocía

personalmente sólo a Baedeker y esto no facilitaría seguramente su trabajo.

Miró el reloj.

Para no correr riesgos, él y sus amigos habían decidido no comunicar entre ellos usando móviles o *walkie talkies*. Tenían que actuar en silencio, respetando cada uno el horario concordado. Esperó todavía unos minutos más. El padre Antony, un misionario anglicano que

conocía desde hacía tiempo y que no se había echado atrás ante su petición de ayuda, se encontraba detrás de él. Le tocó el hombro.

—¿Vamos? —preguntó. También él se encontraba inquieto, como era obvio.

El italiano se dio la vuelta para observar al grupito que le miraba en la oscuridad.

Además del padre Antony estaba la hermana Ángela, el doctor Tompson y el pequeño Sefiw, un niño

de la misma edad de Bale. Su querido compañero de juegos con una oreja cortada. Les miró a todos a los ojos durante un largo momento.

—Vamos.

Los mejores tiradores de Steiger se dirigieron hacia el norte. Se posicionaron sobre los tejados de los edificios, desde los que dominaban el área de las dos iglesias de Santa María de Sión, allá donde se encontraba la capilla que contenía el Arca.

El traficante de armas había llegado personalmente al lugar.

«Han llegado muy cerca de su objetivo», pensó mientras veía, proveniente del parque de las Piedras, a la multitud que avanzaba con ánimo festivo hacia ellos.

—¡Qué estúpidos! — dijo a Ashcroft, que se encontraba a su lado—. Entrar en la ciudad cerca de las iglesias, ¡precisamente donde podían haber previsto

que tendríamos más
vigilancia!

Pero Ashcroft no le
estaba escuchando. Hasta
justo un minuto antes
también él estaba mirando
por la mirilla, como los
demás, apuntando al
horizonte con su fusil de
precisión. Ahora había
bajado el cañón del arma y
se apretaba uno de los
auriculares de la radio contra
el oído. Y tenía una
expresión alarmada.

—¿Qué ocurre? —le

preguntó Steiger.

El otro se dio la vuelta para mirarle.

—Es Roger... está diciendo... que el niño y sus tres acompañantes se acercan a la ciudad desde el sur...

La expresión del mercenario era la de sentirse completamente perdido. Steiger agarró su receptor y sintonizó.

—¡Roger! —se escuchó cual trueno. El otro se quedó muy contento de tener que

hablar directamente con el jefe.

—¡Estoy aquí! —se le escuchaba entusiasta—.

¡Vienen por nuestra parte!

Van andando. Tengo

hombres suficientes, ya

posicionados. ¡Podemos

alcanzarles desde el techo

del hotel Lalibela!

—¿Pero estáis seguros

de que son ellos?

El hombre no se

descompuso.

—¡Claro! Dos hombres

blancos y una joven también

blanca, y el niño. Deberías ver con qué entusiasmo le están recibiendo. ¡Imagínate la que se va a montar dentro de poco!

Steiger se quedó mirando fijamente a Ashcroft. En ese momento, las voces de la multitud festiva se comenzaban a escuchar a pocos centenares de metros de ellos. El cortejo que vigilaban se estaba acercando y el número de participantes de la marcha iba creciendo

continuamente. De la radio salió la voz de Roger que pedía con fuerza una respuesta.

—¿Nos dais la orden de disparar? ¡No os escucho! ¿Podemos disparar?

Steiger no respondió.

Se dieron la vuelta. El traficante de armas apuntó con sus prismáticos en medio de la gente que avanzaba hacia ellos cantando y bailando. Intentó ver quién se encontraba en medio de aquel pueblo.

Se concentró en un grupito que estaba en el centro. Un hombre. Un blanco. Otro, a su lado, llevaba de la mano a una mujer.

—Jack Miles no está —susurró. Y le pasó los prismáticos a Ashcroft. El hombre miró atentamente.

—Y ninguno de esos dos es Baedeker —constató.

A través de la radio, su hombre seguía solicitando una decisión.

—Estamos listos. Será

fácil. ¿Tiramos?

Steiger se pegó la radio a la boca.

—¡Parad! —ordenó—.

Dejadles pasar. Nos acercaremos Richard y yo. Están todavía lejos de la meta, les atacaremos en la zona del Old Palace. ¿Has entendido? ¡En posición de nuevo!

El otro se limitó a un «recibido», en el que se podía apreciar una cierta desilusión, y cerró la comunicación.

—Ingenioso —comentó Ashcroft, que continuaba observando el falso grupo del Profeta y de sus protectores, que avanzaba rodeado por la multitud.

—Y arriesgado —juzgó Steiger—. Podríamos matarles a todos...

En ese momento, otra voz por radio pidió hablar con ellos.

—Soy Herman, ¿me escucháis?

La voz estaba llena de nerviosismo. El traficante de

armas tuvo un
presentimiento.

—Habla Herman,
¿novedades?

—¡Los hemos pillado,
jefe! Están aquí, en el este.
Vienen por el camino de
Gondar, acompañados por
una nutrida multitud.
Entrarán en la ciudad dentro
de unos minutos. Puedo
alcanzarles con mis hombres
incluso permaneciendo en la
posición donde estamos
ahora, sobre el techo del
hotel. ¿Procedemos?

El padre Maurizio y los suyos avanzaban por el oeste, por el camino que llevaba al centro proviniendo desde Adwa. Como habían previsto, en cuanto se bajaron del camión y recorrieron pequeños pasos, la gente se percató de ellos. Él había levantado la voz y en un perfecto amara había gritado:

—¡Aquí está el Profeta del Arca! El joven puro que hoy abrirá la sagrada Sion,

¡el tesoro del Arca!

A su lado, el padre Antony repetía las mismas palabras en los dialectos de los oromo y de los tigray.

La hermana Ángela avanzaba detrás de ellos, sujetando al pequeño Sefiw por una mano.

Justo antes de llegar a las proximidades de los edificios más altos, desde donde temían ser alcanzados, se formó a su alrededor una multitud de curiosos que iban llamando

a más, una multitud cada vez más numerosa que se iba acercando por todas partes. Todos incrédulos por la suerte que habían tenido al encontrarse en el centro de los acontecimientos de la jornada. Y así estaba formada la cuarta procesión festiva que acompañaba hacia el centro a un falso profeta.

Capítulo 10

Mary y Bale observaban la capilla del Arca en la que habían asistido, casi diez meses antes, al intento de robo de la reliquia. Faltaba una hora para el comienzo de la procesión y nadie sabía de su presencia en la ciudad. Estaban solos, e ignoraban dónde se encontraban Baedeker y Jack. Días antes se habían puesto todos de acuerdo en que, después de

la fea experiencia del
estudioso en Addis Abeba,
no podían fiarse más que de
ellos mismos. Seguramente
se escondían espías también
entre los sacerdotes que
servían en las iglesias de
Santa María de Sión, y la
gente, que llenaba las calles
de la ciudad, habrían
indicado su presencia si los
hubiera reconocido: los tres
protectores y el niño.

Por este motivo se
habían visto obligados a
separarse al llegar a la

ciudad, justo en el último minuto. La mujer se encontraba bien disfrazada. También su rostro había sido pintado de negro, para no dejar nada en manos de la casualidad. Bale le había tomado el pelo tras verla así.

Y ahora, inmóviles a una cierta distancia de la capilla del Arca, asistían a los últimos preparativos para la celebración de la procesión extraordinaria con la sagrada reliquia. Muy pronto notaron que había desconcierto entre

los encargados de officiar la ceremonia. Los sacerdotes discutían entre ellos.

Mary imaginaba el motivo de aquel enfrentamiento. Durante meses, y con creciente atención, se había hablado de cuánto tenía que ocurrir aquel día. Y ahora nadie sabía con seguridad ni siquiera si el Profeta estaba vivo.

Abbe Gebrel había muerto, y de los protectores del joven, los tres célebres

extranjeros, no se tenía señal alguna.

Ahora algún exponente del clero, ya escéptico a propósito de promesas y acontecimientos extraordinarios, estaba seguramente echándoles en cara a sus hermanos las inútiles tensiones y los riesgos de los últimos tiempos.

Pasaron otros dos policías, con largos bastones en la mano que usaban para dispersar a la muchedumbre

o para que los curiosos dieran marcha atrás.

Había muchos en aquella área, estaban encargados de rodear la iglesia más importante de Etiopía e impedían a cualquiera que se acercara. Mary notó que los agentes parecían ponerse cada vez más nerviosos, si bien, en apariencia, precisamente allí no les estaba ocurriendo nada de particular.

—¿Cómo vamos a lograr llegar hasta la capilla?

¿Cómo lograremos dejarnos reconocer y obtener el permiso para que tú veas el Arca? —le preguntó Mary al pequeño, como si en ese momento los papeles se hubieran invertido y le tocara a él el deber de protegerla y sobre todo de guiarla.

—Ocurrirá algo —afirmó él.

Evidentemente no sabía el qué, pero tenía la íntima convicción de que su misión había llegado a la meta. La

mujer suspiró. Si al menos supiera dónde estaba Jack.

También el inglés y Baedeker habían desaparecido.

—Cada uno por su cuenta —le había propuesto el arqueólogo—. Nos vemos delante de las iglesias de Santa María. Y esperemos que los dos lo consigamos.

Jack tenía su misma idea. Sus enemigos les habían visto la cara, si bien en momentos bien distintos. Así habían marchado,

divididos hacia la ciudad, proviniendo de direcciones opuestas, cada uno eligiéndose un disfraz.

El inglés no sabía cómo había logrado llegar hasta aquel sitio. Él había acumulado experiencia en Gondar y en los Montes Simien. Pero nada le había preparado para la sorpresa que ahora le implicaba.

En cuanto había llegado a las puertas de la ciudad, por el este, y precisamente mientras se preocupaba por

no ser reconocido, un gran y repentino entusiasmo popular se había desencadenado a su alrededor. La multitud, excitada, avanzaba con entusiasmo como si tuviera una meta e iba cantando himnos de gloria. No entendía una palabra y no comprendía el motivo de tanta exaltación. De todos modos, hombres y mujeres, cantando y bailando, se dirigían hacia el centro y lo protegían de ojos

indiscretos. Para él
funcionaba bien.

En un momento dado
levantó los ojos hacia la
terraza del primer edificio
que marcaba su entrada en la
parte más moderna de la
ciudad. Lo primero que vio
allá arriba fue a unos
hombres blancos armados.
Quizás eran agentes de
policía o de un servicio de
seguridad. Quizás no. De
todos modos no estaban
tensos, apuntando con las
armas, sino que se

encontraban de pie, con las manos en los costados. Observaban asombrados el río de la multitud, sin hacer nada. Por otra parte, el nerviosismo alrededor de él crecía continuamente. Le vino la duda de que Mary y Bale hubieran sido reconocidos por la gente y que aquello fuera el motivo de la fiesta.

Entonces, aprovechando el hecho de estar solo, se abrió camino entre los otros, intentando llegar hasta la

cabeza de aquella espontánea procesión de la que ya formaba parte y que contenía al menos un millar de personas. En un cierto punto comenzó a oír a alguien que pronunciaba la palabra en amárico de «profeta». Contento, pero también preocupado, siempre teniendo a la vista aquellos hombres encima del techo, avanzó con más determinación. Pero cuando, algo cansado por el esfuerzo, llegó a ver el objeto de las

alabanzas de aquella gente, se quedó asombrado al descubrir que todos alababan a unos blancos, a una tímida mujer y a un niño etíope.

A tres desconocidos.

«¿Qué diablos está ocurriendo?», se preguntó.

Siguió empujando, y se metió donde intuía un paso. Luego se dejó empujar hacia el margen de la carretera y finalmente, más libre, corrió hacia delante hasta alcanzar la cabeza del cortejo. Desde allí se abrió camino de

nuevo, entre los brazos alzados y las piernas de quien saltaba en la danza, y llegó justo al lado del grupo formado por los tres occidentales.

Uno de ellos, un hombre con una cara simpática, barba y una camisa alegre, lo notó y se asustó muchísimo. Inmediatamente se echó hacia atrás e intentó proteger con su propio cuerpo al niño y a la mujer. El comprendió los gestos y comenzó a gritar.

—¡No! ¡No tengas miedo!

Levantó las manos en alto, para mostrar que se encontraba desarmado. También el otro occidental, un inglés en apariencia, le miraba con atención.

—¿Usted quién es? —le preguntó.

Jack se quedó dudando. ¿Podía gritar, en medio de la multitud, que era uno de los protectores del Profeta?

Luego venció cualquier temor.

—Conozco a Bale, el Profeta. ¡Y no es él! —dijo indicando a Sefiw. En ese momento, el hombre que protegía al joven lo apartó, dirigiéndole una sonrisa de triunfo.

—¡Claro que no es él! —dijo en inglés. Luego se le acercó, le puso una mano sobre un hombro y le dijo—: Soy padre Maurizio, un misionario católico italiano. Si ha venido para matar al Profeta, se encuentra en el lugar equivocado. Si ha

venido para protegerlo,
¡póngase también usted a
cantar y a saltar!

Steiger maldijo a todos
los pueblos de Etiopía.

La gente que había
armado durante años,
enriqueciéndose. Hombres y
mujeres que conocía por su
capacidad de odiar y llegar a
matar. Ahora se encontraba
en medio, y con dificultad se
hacía un hueco entre las
miseras ropas y el fuerte olor
a sudor. Hubo quien le dio
una palmada en el hombro,

quien lo invitó a bailar. Se encontraban presos de un delirio colectivo.

Había encargado a sus hombres seguir vigilando la zona. Pero frente a la marea humana que estaba invadiendo el centro de la ciudad, los mercenarios no sabían sobre qué más se tenían que concentrar.

Había bajado por el camino con Ashcroft. Luego le había perdido de vista. Se dijo que no importaba. Su brazo derecho sujetaba sólo

un fusil de precisión. Y no podía atravesar la multitud llevándolo consigo sin levantar sospechas y hostilidad.

Él llevaba consigo únicamente una pistola. Y no se equivocaría. Otra vez no. Precisamente la confusión le ayudaría y protegería. Además, la capilla del Arca se encontraba a pocos centenares de metros.

Tom Baedeker, proviniendo de otra

dirección, había descubierto al igual que Jack el truco que había puesto en marcha el padre Maurizio y sus amigos. Entonces había hecho lo más sencillo y se había unido al grupo, teniendo a un lado a uno de los extranjeros que escoltaba al falso Profeta.

Se dirigían hacia Santa María de Sión. Le acompañaban, entre himnos y oraciones de agradecimiento a su cita con la historia.

Mary y Bale intentaron avanzar hacia la capilla, pero inmediatamente se vieron bloqueados.

—¡Oye! ¿Dónde pensáis que vais?

Un agente se acercó corriendo a ellos.

—¡Parad! —les ordenó—. ¡El área está reservada!

Luego, observando a la mujer de cerca, el hombre notó que no se trataba de una etíope, sino de una occidental que se había pintado el rostro. Entonces

puso una mano sobre la pistola, dirigiéndole una mirada dura.

—Muéstreme su documentación —le ordenó. E inmediatamente añadió—: ¿Quién es el niño? ¿Por qué está con usted?

Mary no tenía ninguna intención de responder a aquellas preguntas. Dio un paso atrás, siempre manteniendo a Bale de la mano. Pero no podían sustraerse a la vista del policía. La gente formaba

tras ellos una pared impenetrable. Ella fingió que estaba buscando algo bajo las vestiduras. Pero se dio cuenta de que estaba temblando. El agente la estaba apuntando con el arma.

—Baja el arma —dijo Bale con un tono imperioso—. Soy Bale, el Profeta del Arca.

Al escuchar aquellas palabras, sobre el rostro del hombre apareció una sonrisa de triunfo.

—Bien —dijo—. Muy bien, mucho mejor.

Extendió el brazo y apuntó con el arma al rostro del joven.

—Podrás ser el Profeta —susurró—, pero no tienes mucha suerte... Ahora sígueme, tenemos la orden de detenerte.

Mary reaccionó instintivamente. Saltó hacia delante y agarró el brazo del policía, levantándolo hacia arriba.

El hombre disparó. E

inmediatamente se escucharon gritos de sorpresa y miedo. La mujer se arrojó contra el agente con todas sus fuerzas, intentando que se cayera al suelo.

—¡Ayuda! —gritó él.

Los otros policías, alertados por la detonación y el curioso espectáculo de una mujer que asaltaba a un colega, se estaban acercando con toda rapidez. Pero justo en ese momento la multitud, que por un instante se había

echado hacia atrás, se vio empujada hacia el frente por una fuerza irresistible y se llevó todo por delante.

Entre cantos y gritos de exaltación, la primera de las cuatro procesiones que se acercaba hacia el centro había llegado hasta la capilla del Arca y había duplicado su frenesí, implicando a todos aquellos que esperaban en la plaza durante horas.

Mary se vio catapultada hacia delante. Bale la siguió

sólo porque estaba agarrado a la ropa de la mujer con todas sus fuerzas. Superaron al policía contra el que ella estaba luchando, que se había caído al suelo. Y se llevaron también por delante a los demás.

Comenzaron a correr hacia la capilla mientras la gente gritaba: ¡El Profeta! ¡El Profeta!

Pero nadie se dirigía a ellos. Todos miraban hacia un punto en un lateral de la plaza, hacia la cabeza del

cortejo que acababa de realizar su entrada llevando consigo una gran confusión. Luego se escucharon otras voces, el ritmo y la melodía de un canto diferente. Un nuevo río de gente irrumpía en el ensanche de la dirección opuesta.

Mary y Bale no se detuvieron, como hacían los demás para ver lo que estaba ocurriendo. Continuaron hacia la capilla, hasta situarse delante del grupo de sacerdotes que, asustados,

intentaban entender los motivos de la locura colectiva.

Llegados delante de aquellos hombres, Bale dijo: —Dejadme entrar. Soy el Profeta del Arca.

Aquellos se le quedaron mirando, incrédulos. Mary no lo dudó y gritó:

—Dejadnos entrar, este niño está en peligro. Una vez dentro decidiréis qué hacer con él.

Turbados y asombrados, le dejaron pasar. El clamor

en la plaza aumentaba cada vez más. Ahora el primer cortejo que había ocupado la plaza había llegado justo delante de la capilla. Hombres extranjeros y una mujer blanca presentaban un niño a los sacerdotes y dijeron:

—¡Dejadlo pasar, es el Profeta del Arca!

La gente, a su alrededor, insistía con fuerza para que les contentaran. Nadie pudo oponerse a tanto entusiasmo.

Pocos minutos después,

cuatro severos hombres de Dios permanecían enfrentados en el interior de la capilla del Arca a un curioso grupo de extranjeros.

Había dos blancos que les miraban sonrientes después de haberse identificado como misioneros que vivían desde hacía años en Etiopía, y una mujer que jadeaba en una esquina, evidentemente incrédula todavía por haber llegado a su destino. Y otra

mujer que abrazaba feliz a un hombre llamado Jack, que había llegado hasta allí con los misioneros y estaba lleno de alegría. Luego los dos niños etíopes, que los observaban serios, quizás los únicos que de verdad eran conscientes de la gravedad del momento.

De fuera provenía la exaltación potente de un coro de miles de voces que elevaba al cielo un canto sagrado. Los sacerdotes etíopes no tuvieron tiempo

para reflexionar sobre lo que tenían que hacer, porque casi inmediatamente la puerta de la pequeña iglesia se abrió de nuevo para dejar entrar a los otros hombres blancos, mujeres y niños. Entre los recién llegados se encontraba Tom Baedeker.

En ese momento, Steiger dejó de avanzar hacia la capilla. Ahora la veía bien y se encontraba a la distancia perfecta para abrir fuego. Proceder hacia delante era muy difícil y seguramente

habría llamado la atención. Y además, se dijo, permanecer confundido entre la multitud era la mejor elección.

Aquellos idiotas que gritaban le podrían hacer de parapeto y luego se disolverían por el pánico, después de pocos disparos. Podía hacerlo todo. Podía todavía disparar y adueñarse de cualquier cosa que saliera de aquella maldita capilla.

Metió la mano debajo de la chaqueta y apretó la culata

de la pistola. Sí, podía hacer de todo. No entenderían ni siquiera de dónde provenían los tiros.

El custodio del Arca apartó la tienda que aislaba el *sancta sanctorum* y avanzó hacia el aula. Ahora todos se callaban y le miraban fijamente.

En primera fila, delante de él, había cinco niños etíopes. Se acercó y analizó sus rostros.

—¿Alguno de vosotros
—dijo— es aquel que

llaman el Profeta del Arca?

Inmediatamente, los cuatro falsos se miraron los unos a los otros y, como por un acuerdo tácito, echaron un paso hacia atrás. Bale, en cambio, se echó hacia delante, y con voz clara dijo:

—Soy yo.

El custodio se situó delante del joven.

Hubo un largo momento de espera, que a Mary le pareció una eternidad. Se acercó todavía más a Jack, que observaba la escena

embobado. De repente se dio cuenta, casi asustada, de que ahora la multitud callaba. El silencio era ensordecedor.

—Si eres el Profeta —
afirmó el hombre—,
pertenece al Arca y recibes
el poder.

Bale asintió.

—Entonces dime —
insinuó el sacerdote—, ¿en
este momento, el Arca está
protegida?

—Sí —respondió Bale.

—¿Y por cuantas telas?

El joven apenas lo dudó.

—Sólo con dos. Una verde y la otra dorada.

El hombre levantó una ceja.

—La roja —siguió el pequeño— está doblada en tres partes. Y para venir aquí la has depositado a la derecha del Arca. Pero cuando te hemos interrumpido la estabas quitando. La querías extender sobre la caja, para proteger el Arca a la vista, como siempre.

El custodio miró a su

alrededor, como buscando ayuda. Bale concluyó su discurso.

—Esta mañana también tú esperabas que hoy llegara el Profeta. Y has quitado algunas telas, esperando ver una señal en el Arca que confirmara tu fe. Luego lo has dudado. Has dicho que la esperanza del pueblo era absurda, que la mía era una leyenda. Has esperado con angustia hasta hace pocos minutos, sin saber qué es lo que era mejor hacer. Y

cuando hemos entrado estabas a punto de cubrir de nuevo el Arca, para salir en procesión con el Arca falsa, como siempre.

El hombre se arrodilló lentamente.

Lo mismo hicieron los otros sacerdotes. Una lágrima surcaba el rostro del custodio.

—Eres tú —murmuró.

Manteniendo los ojos clavados en el Profeta, se llevó las manos al cuello. Luego las levantó e hizo

pasar por encima de la cabeza una cadena de oro. Y de la cadena colgaba una llave.

Ciñó el cuello de Bale con la cadena.

—Desde hace siglos —dijo—, cada nuevo custodio del Arca recibe en herencia esta llave. Pero ninguno la ha usado nunca. Decide tú, hoy, si ese momento ha llegado.

Capítulo 11

Bale avanzó un paso hacia la gruesa cortina. Luego se detuvo y se dio la vuelta.

—El custodio del Arca y los protectores del Profeta entran conmigo —ordenó.

Tom fue el primero que dio un paso hacia delante. Con fatiga, se había aguantado las ganas de interrumpir el diálogo entre el sacerdote y el Profeta para obligarles a que se dieran

prisa y ahora, una vez que había escuchado las palabras del joven, tenía un aire radiante.

Jack y Mary se acercaron al niño, sonriéndole con cariño. También el viejo etíope se acercó, emocionado y serio. Baedeker apartó la cortina y todos entraron en la pequeña sala reservada.

El Arca estaba allí, cubierta y apoyada sobre un altar de piedra. Cuatro lámparas de aceite, situadas

en las cuatro esquinas de la base, la iluminaban desde cada lado.

Bale se apartó, quitó la primera cortina y la pasó al sacerdote. Luego hizo lo mismo con la segunda. Y apareció una caja de la medida que Baedeker se esperaba en base a las indicaciones que aparecen contenidas en la Biblia. El objeto estaba sin decoración, le faltaba la tapa de oro, y sobre ésta, las estatuas de los dos querubines alados que se

miraban. El arqueólogo se dio cuenta inmediatamente de que sólo la falsa Arca, aquella que salía siempre en procesión, estaba completa tal y como se describe en las Sagradas Escrituras. De aquella verdadera, en cambio, permanecía sólo la caja de una madera marcada por el paso del tiempo y dañada en varios puntos. En las cuatro esquinas superiores habían fijado unos anillos que, a primera vista, no habían sido

realizadas en un metal de gran valor. Jack y Mary recordaron que aquellas anillas servían para meter las pértigas que les permitían el traslado del Arca en las procesiones, en el viaje del pueblo de Israel a través del desierto o en los campos de batalla.

En cuanto la reliquia fue descubierta y permaneció indefensa delante de sus miradas, el custodio efectuó una profunda respiración. Quizás temía la

manifestación de poderes del mítico objeto. De hecho, después de haber dado una breve mirada, se arrodilló y mantuvo los ojos dirigidos hacia la tierra mientras recitaba en voz baja una oración.

Bale examinó la caja, localizó el cierre y metió la llave. En el silencio irreal, que parecía dominar en toda la ciudad, se escuchó un sonido seco. El joven levantó la tapa. Tom se acercó y abrió los ojos de

par en par. Jack y Mary aguantaron la respiración.

En el interior había un bastón, dos tablas de piedra y el rollo de un manuscrito.

Bale agarró una de las tablas, la levantó y la mostró a Baedeker.

El arqueólogo leyó los caracteres grabados. Mientras se concentraba por entender mejor bajo la luz débil de las pequeñas luminarias, se atrevió a mover la mano para tocar la piedra. Pero inmediatamente

Bale la apartó, asustado. Entonces el estudioso retiró la mano y se la acercó al rostro. A todos los allí presentes les pareció una eternidad.

—Hebreo... —susurró al final el arqueólogo. Su voz estaba rota por la emoción —. Es el texto... de los Mandamientos, como aparece en el libro del Éxodo...

—Tom —dijo la voz de Jack con un tono extraño. También a él le costaba

dominar la emoción—, ¿son de verdad las Tablas de Moisés?

Baedeker estaba concentrado.

—Es una inscripción antigua, seguramente... — tartamudeó—. Pero debería realizar algunos relieves... analizar la piedra con el método del Carbono 14...

En ese momento ocurrió algo, un acontecimiento que nadie pudo recordar luego con exactitud. Quizás porque a cada uno le pareció

algo diferente.

Cada uno, durante una fracción de segundo, tuvo la impresión de que la piedra emanaba una luz débil, un rastro de diferentes colores.

Fue un instante, que hizo que todos enmudecieran, y un sentimiento de miedo se apoderó de sus corazones.

¿Sugestión?

No tuvieron tiempo de preguntárselo, porque Bale se había movido. Sujetando la primera tabla con una sola mano, y apoyándola contra

el pecho, levantó también la otra demostrando una fuerza sorprendente. Y llevando ambas, sin decir una palabra, se acercó hacia el exterior.

Jack y Mary se echaron a un lado para que pudiera pasar. El custodio se levantó y, siempre rezando, se apresuró para seguir al joven. Tom, en cambio, miraba el Arca.

Miraba fijamente el papiro. Un rollo que tenía toda la apariencia de ser un resto de la época romana.

No logró retener su impulso.
Lentamente, acercó la mano
temblorosa.

Lo tocó.

No ocurrió nada.

—¡Cógelo! —ordenó la
voz de Bale—. Es para el
mundo entero —dijo—,
¡recuérdalo!

El arqueólogo cogió el
rollo y con prudencia
comenzó a desenrollarlo.
Ante sus ojos aparecieron
palabras desconcertantes.
Con una voz clara, llena de
incredulidad y sorpresa,

comenzó a leer:

Yo, Jehoshua, el Profeta del Arca. Prisionero de Roma y de sus sacerdotes del falso templo por la traición de Judas y de sus cómplices tanto hebreos como paganos, os escribo, hermanos puros del desierto, hermanos de Egipto, hermanos de la tierra de Etiopía...

Enmudeció. Las manos le temblaban. El texto estaba escrito en arameo. Pero el papiro era antiguo, de eso no había lugar a dudas. Hizo discurrir la mirada entre las líneas y comenzó a leer sin emitir un ruido.

*Me han condenado.
Moriré en la cruz.
Quien me traiciona me
ve mártir de una cosa
que no es la nuestra.
Quiere crear una nueva*

*religión. Dirán que
quise ser rey de Israel.
Que me he querido
convertir en Hijo de
Dios. Pero
precisamente así
humillaremos a Israel.
Me usarán para
establecer un nuevo
culto, para anegar la
ley de los padres... ¡No
les escuchéis!
Permaneced fieles al
Templo que vendrá, al
Arca de Dios.
Recordad: nosotros*

*tenemos el Arca
construida por Moisés,
la Gloria de Dios, la
alianza con él, que es
para todos los hombres,
la ley, el verdadero
culto, las promesas
hechas a los
patriarcas...*

Bale le interrumpió.

—¡Vámonos!

Teniendo las tablas
apoyadas contra el pecho, el
joven salió del *sancta*

sanctorum. En la capilla, el número de sacerdotes etíopes había aumentado. La noticia de que el custodio del Arca había permitido al joven de los Montes Simien que abriera la caja se había difundido rápidamente en el exterior. Frente a la decisión indiscutible de la suprema autoridad nadie se había atrevido a protestar, y también quien dudaba esperaba ahora el desarrollo de los acontecimientos.

Viendo avanzar al

pequeño con una expresión seria en el rostro y con su misterioso tesoro, los religiosos se fueron arrodillando uno detrás de otro. Bale pasó en medio de ellos y salió a la luz del sol, que le azotó, cegador, justo cuando cruzó el umbral de la capilla. Seguía manteniéndose el silencio absoluto.

La multitud rodeaba, compacta, toda la zona de alrededor. Todos miraban fijamente al joven y a las

dos tablas de piedra. Mary comprobó una intensa emoción al ver una cantidad parecida de personas de todas las edades que aguantaban la respiración como si se trataran de un solo hombre. Y todavía más impresionada se quedó cuando vio que los niños y niñas, metiéndose entre las piernas de los adultos, se habían echado hacia delante y constituían las primera filas de aquel ejército mudo. Sus ojos grandes, que se

veían sobre los rostros afilados, brillaban como piedras duras, abiertos de par en par a la espera.

El custodio se situó al lado de Bale. Miró alrededor y valoró el número de reunidos y la intensidad del ansia que los unía.

—El Arca está abierta — suspiró con voz temblorosa.

—Dilo con fuerza —le dijo Bale.

—¡El Arca está abierta! —anunció el anciano.

Bale levantó las dos

tablas y se las mostró a todos.

Una viva emoción se dibujó en sus rostros.

Un sacerdote, a pocos pasos del Profeta, exclamó con sorpresa:

—¡Estamos de verdad ante los custodios del Arca!

Luego reunió coraje, se abrió camino y gritó con fuerza:

—¡El pueblo de Etiopía, todos juntos, somos los custodios de las Tablas de la Ley de Moisés!

En un instante su entusiasmo contagió toda la plaza. Se levantó un grito de alegría, una explosión liberadora de energías escondidas desde siempre en el secreto de los corazones. Los niños se animaron en una loca danza espontánea, levantando al cielo risas y gritos. Todos comenzaron a saltar, a gritar. Se abrazaban y realizaban gestos de exaltación. Gente que no se conocía. Gente de diferentes etnias.

Se volvieron locos en un momento de alegría colectiva.

Detrás de Bale estaban Jack y Mary.

Baedeker, que seguía leyendo el papiro, había salido el último y parecía no darse cuenta del altísimo ruido que provocaba la multitud. Luego, como asombrado por lo que estaba ocurriendo, levantó la mirada sobre la gente. Y de repente dejó caer el papiro y se arrojó hacia delante, entre

la gente y Bale. La bala le llegó en mitad de la espalda.

En la confusión, nadie había escuchado el disparo. Él se quedó inmóvil, con la respiración rota. Miró fijamente al joven, que siempre teniendo levantadas las tablas, le miraba calmo y asentía despacio.

Sabía también esto, se dijo Baedeker, mientras las energías le abandonaban rápidamente.

Jack se acercó, hizo para ayudarlo a levantarse y se

dio cuenta de la herida porque la sangre del arqueólogo le mojaba las manos. Entonces miró a la multitud y fue cuando reconoció a Steiger.

Con el rostro lleno de odio, el traficante de armas, empujado por todas partes, intentaba apuntar de nuevo con el arma. Y esta vez contra el Profeta. El inglés se lanzó hacia él. El otro disparó. Pero la gente exultante le había hecho perder el equilibrio y el tiro

se quedó perdido. Algunos se dieron cuenta de este segundo disparo e inmediatamente se abalanzaron sobre él. Steiger perdió el arma, se soltó y comenzó a golpear a quienes le iban sujetando por todas partes. Gritaba algo que hizo enfurecer todavía más a los etíopes que habían logrado inmovilizarlo.

Jack consiguió llegar hasta donde el otro estaba. Le miró a los ojos, lleno de furia homicida y de locura.

—Sujetadlo fuerte —
ordenó a los hombres más
robustos que inmovilizaban
al extranjero—. Ha
intentado matar al Profeta.

Entonces estos
intentaron arrastrar a Steiger
hacia delante para evitar los
empujones de la gente.

Pero la voz de que
alguien había atentado
contra la vida de Bale se
esparció rápidamente y
ocurrió lo inevitable.

—¡Matadlo! —gritó
alguien.

Un fuerte golpe llegó al rostro del mercader de armas e inmediatamente comenzó a salirle sangre de la boca.

Otros se unieron al asalto.

La misma fuerza que había hecho explotar la fiesta y el delirio colectivo, alentaba un intenso deseo de justicia. Jack intentó oponerse, pero nadie le escuchaba. Algunos policías intentaron intervenir y arrancar a la multitud su víctima. Pero en pocos

minutos recibió todo tipo de golpes y patadas. Los agentes sólo consiguieron arrastrarlo y llevárselo cuando estaba ya a punto de morir.

El trágico desarrollo de los hechos había mínimamente turbado la alegría colectiva. Bale observó impasible toda la escena y lanzó una mirada de reconocimiento a Jack cuando el inglés volvió sobre sus propios pasos. Luego el Profeta, protegido

por un cordón de religiosos, avanzó hacia el pequeño palco, preparado con prisas para que pudiera subirse a él y ser visto por el mayor número de personas.

Jack se acercó a Baedeker, que yacía en el suelo. Mary le sujetaba una mano.

—¡Están buscando a un médico! —decía la mujer.

El estudioso le hacía una señal de negación con la cabeza. Quería decirle algo.

Jack se dobló sobre él y

acercó el oído a la boca del herido.

—Dav Salomon... —
susurró—. El papiro... a
Dav Salomon...

El otro hizo un gesto de haber entendido con la cabeza. Y en ese momento Tom Baedeker esbozó una sonrisa para morir inmediatamente después.

Capítulo 12

La fiesta duró varios días. Se extendió por todo el país, conforme iba llegando la noticia de la apertura del Arca también a los poblados más aislados. Desde los altiplanos a la región de los lagos, desde el desierto de Ogaden a los pequeños centros sobre las orillas del Nilo Azul y del Tekezé.

Desde hacía tiempo se preparaban para celebrar un

extraordinario año nuevo, el comienzo del nuevo milenio. Pero mucho más intenso fue el efecto del clima de exaltación religiosa que implicó a todos.

Masas de gente pobre se pusieron en camino hacia Aksum, que acogió durante todo el año siguiente extraordinarios peregrinajes. Quienes les animaban eran los cristianos de diferentes confesiones y hebreos falasha, ya sin la sombra de las sospechas del pasado.

Pero también muchos musulmanes se movieron en dirección a esta ciudad, empujados por algo más fuerte que la mera curiosidad. Una cosa tan importante que probaba la presencia del Dios de Abrahán y de Moisés en medio de ellos no podía no incumbirles.

En pocos días, la extraordinaria temporada que se había levantado en un pobre país africano olvidado por todos se convirtió en una

noticia en todo el mundo. Arqueólogos y estudiosos de la antigüedad, de religiones, y en particular de tradiciones hebraicas y cristianas, manifestaron abiertamente su escepticismo. Nadie, a falta de pruebas ciertas, quería correr el riesgo de dar crédito a aquella que los etíopes consideraban una noticia cierta: en Aksum estaba conservada la verdadera Arca de la Alianza. Ésta contenía las Tablas de la Ley y el bastón

de Moisés.

Del misterioso manuscrito, que ninguno de los testigos había comentado, se perdió inmediatamente la pista. Para los pueblos de Etiopía, la demostración más evidente de los poderes del Arca se encontraba en el contagio benéfico que, con su apertura, ésta había llevado a cabo en cada comunidad y en las relaciones entre las propias comunidades. Después de

años de guerras civiles y de comportamientos egoístas, nadie se quedaba excluido de un incontenible e igualmente inexplicable gesto de generosidad, de clemencia, de recepción recíproca.

—Pasará —comentaban los más escépticos, dentro y fuera de los límites del país.

—Es, de todos modos, un bien para nuestra nación —aplaudieron, prudentes, los políticos en el poder.

Y esto mientras los

medios de comunicación de todo el mundo registraban, asombrados, los movimientos de fieles hacia Aksum provenientes de países africanos del otro lado de la frontera, comenzando por Sudán. Y también las primeras comitivas de europeos.

El cardenal Madruzzi siguió más que cualquier otro todas las noticias, incluso la más sencilla, proveniente en aquellos días de Etiopía. Por lo tanto, la

apertura del Arca el 11 de septiembre había ocurrido. Los etíopes tenían su Profeta, y su Arca.

Pero, se decía el purpurado recuperando gradualmente la confianza, todo podía ser reconducido a la idea de una exaltación colectiva, de una superstición popular con efectos, en el fondo, beneficiosos. E inocuos.

Cuando luego se supo que el Profeta y los sacerdotes de Aksum se

negaban a someter las tablas que habían encontrado en el Arca a pruebas científicas, el cardenal encontró su calma. Ni siquiera las voces, muy pronto confirmadas por el gobierno, de una investigación a cargo de un misterioso traficante de armas occidental linchado por la multitud porque intentaba matar al joven, alcanzando con un tiro mortal a un célebre arqueólogo, le preocuparon mucho. Sabía cómo borrar

las pistas de las transferencias bancarias secretas, única prueba cierta de sus relaciones con Steiger. Es más, era algo que ya había hecho.

Y Baedeker había muerto, con todo su conocimiento, con todas sus sospechas.

Una mañana, cuando tuvo la última confirmación positiva, comenzó a mirar el crucifijo que colgaba de la pared de su despacho y dirigió a su Señor palabras

mudas de agradecimiento.

En las semanas siguientes al gran acontecimiento, no ocurrió lo que Mary había temido. Bale pertenecía a Etiopía y a su fe. Pero era también suyo y ella tenía confirmación de ello cada día.

Una mañana el joven le anunció, con asombrosa sencillez, que su misión había concluido. Acababa de salir de una asamblea con los jefes del clero etíope.

—Les he explicado que

no es a mí a quien tienen que adorar, sino al Arca y a la Ley...

Mary sonrió a su niño.

—Y... ¿están de acuerdo? —preguntó acariciándole la cabeza, con un gesto que el pequeño amaba mucho.

Él sonrió.

—Lo entenderán —dijo.

Ella asintió. Se había acostumbrado ya a respetar las decisiones del Profeta.

—¿Ahora puedo ir a jugar? —le dijo, como

cualquier otro niño.

En el jardín de la gran casa de acogida, en el que habían sido temporalmente recibidos, Sefiw y los otros amigos estaban ya gritando. El juego había comenzado mucho antes.

Ella le respondió que sí. Luego se quedó mirándolo mientras se alejaba feliz. Casi olvidó las grandes cosas que le habían visto hacer como protagonista.

Se asomó a la ventana.

Los niños jugaban.

A poca distancia, con dos campesinos etíopes, Jack iba organizando el jardín. Proyectaba con ellos un huerto. Ella sintió un sentimiento profundo de alegría que le abrazaba el corazón.

Pasaron semanas, después de los acontecimientos del 11 de septiembre. Todas las que fueron necesarias para realizar todas las pruebas sobre el papiro que Dav Salomon había recibido en

Jerusalén. Más tiempo, mucho más de cuanto habría sido suficiente en otras circunstancias, había necesitado para actuar con total secretismo.

Fingía que se ocupaba de un papiro cualquiera encontrado en Elefantina, pero prohibía a cualquiera que fuera capaz de leerlo de darle incluso una mirada al escrito que estaba analizando.

Recogió datos, descifró, certificó cada detalle,

encontró más pruebas. Recogió un informe bastante grande.

Se convenció de haber realizado, junto a su amigo Baedeker, un gran descubrimiento. Y comenzó a hablar, en visitas nocturnas, con los pocos colegas en los que tenía depositada una confianza absoluta.

Al final, siempre mostrando que se ocupaba de un descubrimiento arqueológico importante que

tenía que ver con Egipto, anunció una conferencia de prensa en Jerusalén, el 11 de septiembre.

Se hablaría, dijo, de las últimas teorías elaboradas por Tom Baedeker. Nada más.

Faltaba una semana para tal acontecimiento.

Nadie sabía que en ese encuentro estarían presentes también una americana, un inglés que tenía fama de héroe por haber salvado a unos niños secuestrados

(expuesto, con tal de estar allí, a que le detuvieran por un mandato de captura internacional emitido contra él después del escándalo de United Food en el que, sin embargo, se consideraba que tenía un papel de ejecutor inconsciente), y un joven etíope acompañado por el célebre custodio del Arca de la Alianza.

Mientras tanto Madruzzi, sentado en su escritorio, estaba absorto en una oración mirando fijamente el

crucifijo, y un ligero rumor le apartó de su paz. El cardenal dejó entrar y miró, algo molesto, al joven ayudante que avanzaba por la sala con una hoja en la mano y una expresión llena de preocupación en el rostro.

—¿Qué pasa? —le preguntó severo—. Tenéis la cara de quien anuncia una catástrofe.

—Una catástrofe no lo sé... —se justificó el sacerdote—. Pero tengo una noticia urgente de un

informador que tenemos en Jerusalén que no sé cómo interpretar... Leed. Dav Salomon ha anunciado que dará una conferencia de prensa sobre las últimas investigaciones de Baedeker y sobre las excavaciones de Elefantina en Egipto...

Madruzzi sonrió.

—Esto lo sabemos. El amigo de ese loco quiere honrar la memoria del gran colega recordando sus alocadas teorías. ¿Esta es la noticia? Ya lo sabía.

—Sí. Pero nuestro hombre ahora asegura que en las últimas semanas, después del 11 de septiembre, Dav ha trabajado intensamente y en total secreto en un solo papiro que, en realidad, le llegó de Etiopía.

El prefecto se puso serio.

¿De Etiopía? Nadie había hablado del descubrimiento de un manuscrito en Etiopía.

—¡Dadme! —gritó, arrancándole la hoja de la

mano al ayudante.

El informador añadía otros detalles y, algo todavía más peligroso, se excusaba de no haber descubierto antes el origen del manuscrito por la gran prudencia demostrada por Dav Salomon y sus colaboradores. Ahora sabía y avisaba: el papiro provenía de Aksum, de la célebre Arca de la Alianza recientemente abierta y presentada al público. Y el texto tenía que ver sobre el

Arca, pero sobre todo de Jesús. Jesús de Nazaret. Él mismo, aseguraba el espía, se definía «El Profeta del Arca». Era todo lo que había podido lograr.

Madruzzi expresó un gesto como de dolor.

Así que era verdad.

El Arca, como temían los papas de la Edad Media y como sabían los templarios, era un peligro. Él había intentado frenar la locura, pero ahora Salomon se apresuraba a revelar al

mundo quién podía imaginar
qué secreto. ¡Quién sabía
qué secreto!

EPÍLOGO

La insistencia del cardenal Madruzzi comenzaba a convertirse en algo vergonzoso.

El Vaticano tenía sus protocolos, especialmente a propósito de las audiencias privadas del Santo Padre. Él se había saltado cualquier mediación de la Secretaría de Estado y se había dirigido directamente a la secretaría privada.

Ahora, después de haberse abierto camino a la fuerza hasta los apartamentos pontificios, y mientras un guardia suizo lo sujetaba con garbo y firmeza, salió a su encuentro, preocupado, el propio secretario personal del pontífice.

—¿Qué tenéis eminencia? —le preguntó alarmado.

—¡Tengo que ver al papa, ahora!

La luz de la mañana

penetraba en el pasillo decorado con frescos y amplias ventanas expuestas hacia la plaza de San Pedro.

Se escucharon los retoques de las campanas de la basílica. Eran las siete de la mañana.

—Se acaba de retirar en oración, como hace cada día hasta las siete y treinta — respondió con tono comprensivo el monseñor alemán que servía al papa desde los años de su dirección en la

Congregación para la Doctrina de la Fe. Luego, añadió, como para hacer una concesión—: Veo que tenéis una cuestión muy importante y por lo tanto os concedo venir a verle por la mañana, digamos después de las once, cuando haya terminado de recibir a los obispos de Polonia que están de visita... Tenéis una media hora para hablarle, antes de que comiencen las audiencias privadas.

Madruzzi gesticuló un

gesto de asco. Protestó. Se encontraba en medio de un ataque de ansia difícilmente contenible.

Este hombre se ha vuelto loco, se sorprendió pensando del secretario.

El cardenal lo agarró por un brazo.

—No entendéis —dijo en un tono calmo—. Dentro de pocos días ocurrirá un hecho que alterará mucho más que una agenda llena de citas de Su Santidad. Y tengo que hablarle de ello...

¡Tengo que prepararlo!

El colaborador del papa reflexionó rápidamente.

Madruzzi era siempre uno de los más altos cargos de la curia romana. Que lo resolviera con el papa, él no quería causar un problema diplomático.

—Calmaos —le invitó, liberando el brazo de las manos del otro—. Y seguidme.

Recorrieron algunas habitaciones.

Un pasillo.

En el fondo, decorado con un crucifijo de madera del siglo XVII estaba la puerta que daba a la capilla privada.

Los dos hombres se acercaron despacio.

El secretario llamó discretamente.

Se escuchó apenas un «¡adelante!» con un tono de sorpresa.

El secretario y Madruzzi entraron despacio.

El papa les daba la espalda.

Tenía en las manos,
delante de él, un libro
abierto sobre una página del
Evangelio.